


STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES

HISTORIA

POLÍTICA Y LITERARIA

DE LOS TROVADORES,

POR

DON VÍCTOR BALAGUER,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO SEXTO.

MADRID:
IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1880.

NOTA.

En lugar de los siete tomos ofrecidos en el prospecto, se ha reducido esta obra á seis para comodidad de los suscritores; pero como á consecuencia de esto resulta este último volúmen con gran exceso de páginas, ha habido necesidad de aumentar su precio *en 10 reales.*

No deben, pues, extrañar los suscritores que se cobren 40 rea-


STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES

HISTORIA

POLÍTICA Y LITERARIA

DE LOS TROVADORES

POR

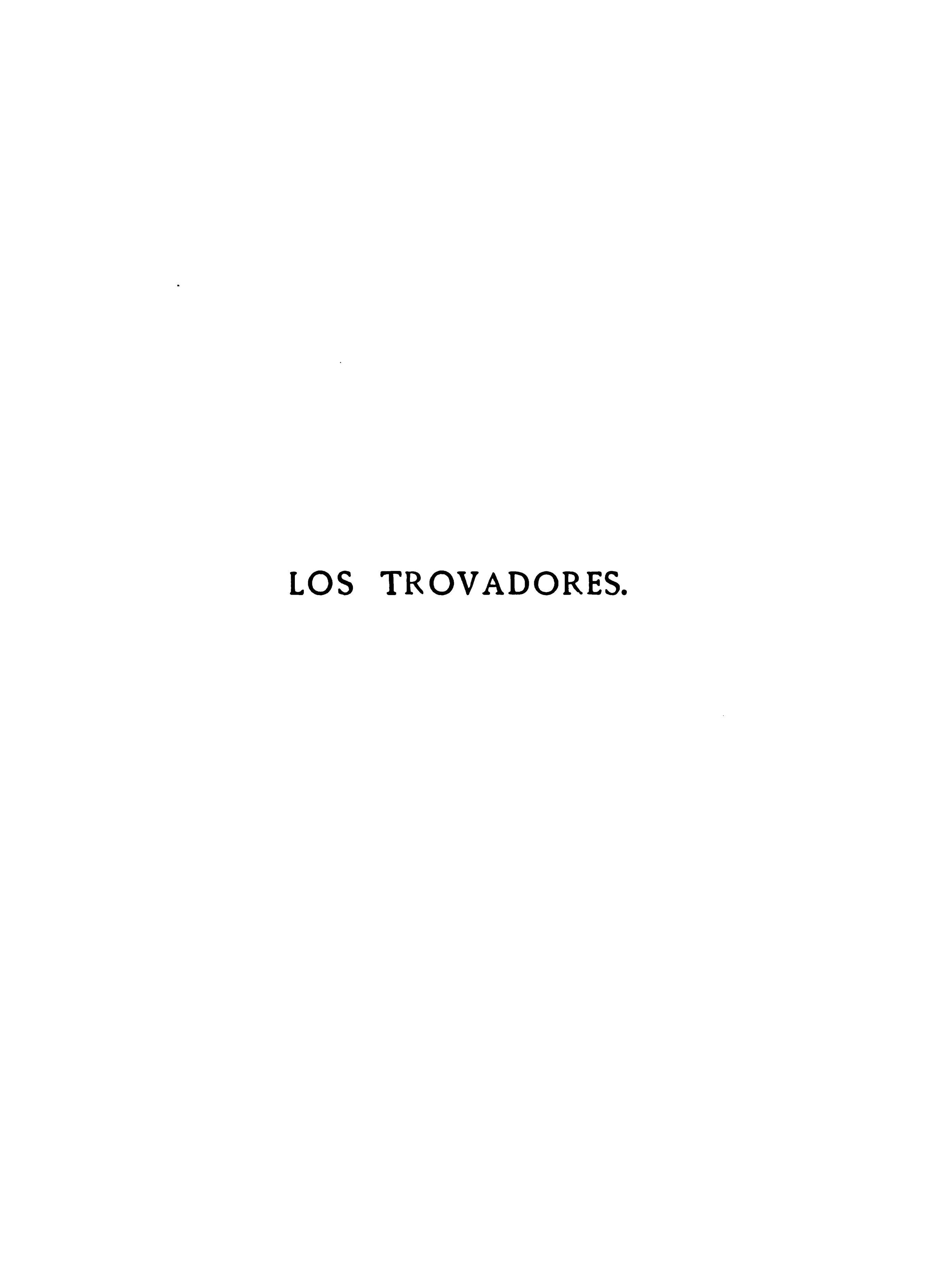
DON VÍCTOR BALAGUER,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO SEXTO.

MADRID:
IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1879.



LOS TROVADORES.

P.

PAULET DE MARSELLA.

El nombre, la patria y lo que se desprende de las tres ó cuatro poesías que le han sobrevivido, hé aquí lo único que se sabe de este trovador. Como la de tantos otros, su biografía queda sin hacer, su vida permanece ignorada para la posteridad.

Sólo sabemos, pues, que se llamaba Paulet, que era de Marsella, y que, como demuestran sus poesías por los asuntos de que se ocupan, floreció entre mediados y últimos del siglo XIII.

De su *planch* ó elegía á la muerte de Barral, último ó penúltimo vizconde de Marsella, se deduce la fidelidad del poeta á sus señores, fidelidad tanto más estimable y digna cuanto que Barral de Baucio pertenecia al partido francés y habia seguido á Cárlos de Anjou á Nápoles, de cuyo reino le hizo este último gran senescal, miéntras que el trovador Paulet, como se des-

prende de la *pastorela* política que más abajo se inserta, era enemigo de los franceses y de Cárlos de Anjou, contrario á su dominacion en Provenza y partidario decidido de la casa de Aragon á la que deseaba ver reinar en las comarcas provenzales.

En su *planch* á la muerte de Barral de Baucio se hallan el énfasis y la exageracion comunes á las composiciones provenzales de este género, pero hay verdad de sentimientos y delicadeza de ideas.

Con la muerte del vizconde de Marsella, que continuaba sin duda la tradicion de su casa, constante protectora de la poesía provenzal, el trovador llora la decadencia del arte y de las letras, y todo lo ve ya desaparecer en lontananza, fiestas, honores, proteccion á los poetas, amor, gentileza y cortesía.

«Ya los caballeros, los donceles, los juglares no vendrán á Provenza, donde eran tan hidalgamente acogidos», exclama con dolor.

Se consuela, sin embargo, de la muerte del padre considerando las virtudes del hijo, heredero de la casa de Baucio, y termina su lamentacion con estas palabras:

«¡Que el Dios que por nosotros se dejó poner en cruz y por quien serán los justos redimidos, se digne tomarle en su gracia y acogerle en su reino de felicidad, como él, generoso protector, acogia á los huéspedes en su placentera corte! ¡Que el Espíritu Santo le salve y le guie hácia las celestes moradas, como era él aquí abajo el guía y la salvaguardia del honor!»

Es interesante y notable, más aún que por su mérito literario, por su intencion política y por su importancia

histórica, una poesía de Paulet que debe trasladarse íntegra.

Un príncipe de Castilla, el infante D. Enrique, hermano del rey Alfonso X *el Sabio*, tomaba parte activa y personal en las luchas que ensangrentaban el suelo de Italia. Segun parece, primero sirvió al partido güelfo, bajo las banderas de Cárlos de Anjou, que le hizo nombrar senador de Roma; pero no tardó en pasarse al bando de los gibelinos, aceptando la causa del desdichado Conradino. En aquella funesta batalla en que por el momento quedó resuelta la suerte de Sicilia, Conradino y Enrique quedaron prisioneros de Cárlos de Anjou, quien mandó decapitar al primero en público cadalso. El príncipe castellano, víctima al parecer de una negra traicion, pues que fué entregado cobardemente al vencedor por los mismos que le acogieran fugitivo ofreciéndole salvarle, quedó largo tiempo prisionero.

Este suceso, que ya movió á otro trovador, Bartolomé Giorgi, á dirigirse al rey de Castilla en un levantado *serventesio*, inspiró á Paulet la siguiente composicion, dirigida tambien al monarca castellano.

«Con desconsuelo y con ánimo contristado quiero cantar, si bien no me conviene el canto, porque el valor ha decaido en gran manera y ha menguado en Provenza la nobleza, y porque tengo triste el corazon por la prision del valiente *D. Enrique.*

»En gran desconsuelo debe estar toda España, y á Roma le toca llorar por el senador franco y buen compañero, el más valiente desde Burgos á Alemania;

sobrado han delinquido cuantos en el campo abandonaron al valiente *D. Enrique.*

»Todos los españoles desde Gronh (?) á Compostela deben llorar la prision, ciertamente nada honrosa, de D. Enrique de Castilla, y el rey D. Alfonso que tan bien se porta con maduro juicio, debe reclamar inmediatamente á su hermano *D. Enrique.*

»Alemanes débiles, astutos, de frívola malla, que el verdadero Dios no os ayude ni os valga, puesto que abandonásteis en la batalla á D. Enrique: de oprobio habeis cubierto la Alemania, viles mendigos, abandonando en el campo al valiente *D. Enrique.*

»Ya que por su valor y por su noble denuedo, con honrado vasallaje sostenia D. Enrique la ilustre alcurnia de Conradino, el rey D. Alfonso con su noble baronía rica de corazon debe reclamar inmediatamente á su hermano *D. Enrique.*

»No sería propio de un rey que tiene tanto aliento y tan alta prez como el rey D. Alfonso, dejar que siga preso un hombre de su linaje; no tarde, pues, en reclamar inmediatamente á su hermano *D. Enrique.*

»Como descreidos y cobardes obrarán todos los españoles de buena alcurnia si en breve no llevan á cabo tal empresa que salgan de ella ricos, y pobres los que tienen preso á *D. Enrique.*»

Ab marrimen et ab mala sabensa
vuelh er chantar, sitot chans no m' agensa,
quar valors a preza gran dechazensa,
e paratges es mermatz en Proensa,
et ay enic

mon cor per la preizó del pros 'N-Enric.
Ben deu ésser marrida toda Espanha,
e Roma tanh e covè be que planha
lo senador franc, de bella companha,
lo plus ardit de Burx en Alamanha.
A trop fallic
quascús qu' él camp laysset lo pros 'N-Enric.
Tug l' espanhol, del Gronh tro Compostella,
dévon plánher la preizó, que ges bella
non fo ni es d' En-Eric de Castella;
e 'l reys 'N-Anfós, que tan gent se capdella,
ad sen antic
deu demandar tost son frair' En-Enric.
Alaman flac, volpilh, de frévol malha,
ja lo vers Dieus no'us aiut ni vos valla,
quar á 'N-Enric fallitz á la batalla:
aunid' avetz Alamanha, ses falla,
malvays mendic,
quar sol layssetz él camp lo pros 'N-Enric.
Que per valor e per noble coratge
mantenia 'N-Enric l' onrat linhatge
de Colradí ab honrat vassalatge;
e 'l reys 'N-Anfós, ab son noble barnatge,
que a cor ric,
deu demandar tost son frair' En-Enric.
No tanh a rey que a tan ric coratge,
quo 'l reys 'N-Anfós, e tan noble barnatge,
lays' estar pres home de son linhatge;
doncx elh no's tric
que no deman tost son frair' En-Enric.
Recrezénsa faran e volpilhatge
tug l' espanhol, silh que son de paratge,
si 'n breu de temps no fan tal vassallatge
don sion ric
e paupre silh que ténon pres 'N-Enric.

Claro está en la poesía que se acaba de leer el espíritu del trovador contrario á la causa sostenida por Cárlos de Anjou, pero más claro resulta aún y más evidente en la siguiente curiosa *pastorela*, especial en su género, que es una invectiva contra Cárlos de Anjou y el bando güelfo, al propio tiempo que una declaracion terminante del poeta en favor de los derechos de la casa de Aragon con respecto á Provenza, oprimida á la sazon por los franceses.

La composicion comienza como todas las de su clase. El poeta, yendo á distraer sus preocupaciones, encuentra á orillas del rio á una gentil pastora guardando su rebaño.

L' autr' ier m' anan ab cor pensiu
per una ribeira en jos,
trobei pastora ab agradiu
cors plazen ab plazens faissós,
que gardav' anhels pres d' un riu...

Intenta el trovador galantearla, pero en lugar de una conversacion de amores, se entabla una conferencia política.

—«Señor, exclama la pastora, decidme, si os place, por qué el conde que hoy es dueño de Provenza (el conde de Anjou), oprime á los provenzales y les hace derramar su sangre, y por qué les hace todo el mal que puede, no habiéndole hecho ellos ninguno por su parte. ¿A qué viene ese empeño en despojar al rey Manfredo, que no le ha faltado, que ninguna tierra tiene de él, que no es cómplice en la muerte del noble conde de Artois

(hermano del de Anjou), que no debe pagar la pena del juramento que de vengar esta muerte hizo el conde Arnaldo, y, finalmente, que de él no tiene ni casa, ni campo, ni renta, ni censo?

»*Paulet.*—El orgullo del conde de Anjou le ciega de tal modo, que mata en él todo sentimiento de piedad para con los provenzales. Los curas le sirven de espuela; son los que le atizan, le animan y le incitan á despojar al rey Manfredo, que es un príncipe noble y valeroso. Pero lo que me consuela es que nunca el orgullo fué engendrador de gloria, y los franceses sucumbirán de seguro si Manfredo y los suyos se mantienen firmes y unidos al pié de su bandera.

»*La Pastora.*—Y decidme, señor, ¿qué sucederia si el noble infante de Aragon se decidiera á reclamar el patrimonio de sus padres? Puesto que es bueno y bravo, yo quisiera que lo probase arrojando de nuestro país á los usurpadores de sus derechos.

»*Paulet.*—Mucho hay que esperar del amor que al infante profesan los provenzales, quienes reivindicarán sus derechos, y seria muy conveniente que el papa se pusiera de su parte.

»*La Pastora.*—Quisiera ver estrechamente unidos á este noble príncipe y al jóven Eduardo de Ultramar (1). Poseedores entrambos de grandes cualidades, siendo del

---

(1) Se trata del infante D. Pedro, hijo de Jaime I *el Conquistador*, y de Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, Enrique III, que era de la sangre de Aragon por su madre Leonor, hija del último Ramon Berenguer de Provenza.

mismo orígen, queridos de todos, si á desplegar se decidieran el valor de su raza, se cubririan de gloria y llevarian á cabo grandes empresas.

»*Paulet*.—Deseo que el rey de Aragon, que tan juicioso es, cuide pronto de su reputacion y de su gloria, pues si se retrasa, ni rey ni emperador han de hacerle caso. Los dos jóvenes príncipes, el infante y Eduardo, son generosos, diestros, valientes, y no conviene que queden despojados de su herencia. Que se disponga pronto el juego y se arregle el tablero donde han de venir á rajarse muchos yelmos y desenmallarse muchas cotas.»

Como envío ó endereza de la *pastorela*, la pastora se dirige el infante de Aragon diciéndole:

—«Señor Pedro, que por vos sean honrados y protegidos los infelices provenzales.»

Y Paulet replica á la pastora:

—«Pastora, mucho me habeis complacido con las alabanzas dirigidas al infante, pues no conozco otro príncipe que ame tanto la virtud.»

PALAZIS Y TOMIERS.

Palazis y Tomiers, que para algun crítico forman una sola personalidad, eran, sin embargo, dos caballeros de Tarascon. *E foron dui cavallier de Tarascon, amat é ben volgut per los bons cavalliers e per las domnas*, dice el manuscrito provenzal, el cual añade, y es toda la noticia que de ellos nos da, que escribian serventesios sobre el rey de Aragon, sobre los condes de Provenza, Tolosa, y el señor de Baucio, y sobre las cosas de actualidad del país.

No se sabe si escribieron entre ámbos las obras ó si al citarlos unidos, se les ha confundido. Lo poco que de ellos queda, se ignora á quién de los dos pertenece.

Hay sin embargo entre los trovadores un *Palais* desconocido, que bien pudiera ser el Palazis de que aquí se habla. Quedan con nombre de ese *Palais* dos serventesios, uno contra los malos señores á quienes reprende sus vicios, y otro contra los malos poetas que se ponen á hacer versos sin talento para ello.

De Palazis y Tomiers, ó de uno ú otro, quedan sólo dos *serventesios* políticos, por los cuales se puede deducir que vivian á principios del siglo XIII, y que fueron activos y entusiastas cantores de la independencia provenzal.

Entrambas poesías pueden considerarse como documentos históricos, siendo muy de lamentar que hayan desaparecido otras de esta clase por lo conducentes que hubieran sido tal vez á aclarar puntos confusos y dudosos de la historia.

La primera está escrita evidentemente ántes de la batalla de Muret y ántes por consiguiente de que don Pedro de Aragon tomara parte en favor del conde de Tolosa. Así se desprende de la estrofa en que habla de una condesa de Aviñon abandonada de sus parientes, lo cual debe referirse á la esposa del conde de Tolosa, hermana del aragonés. Lo que se dice de Guillermo de Baucio y todas las alusiones al estado de la Provenza, concuerdan con la época en que el conde Ramon de Tolosa se veia amenazado por la cruzada que capitaneaba Simon de Montfort.

«Tengo tantos motivos para hablar, que no sé verdaderamente por dónde empezar. Que cada uno haga sus reflexiones y tome ejemplo de Tolosa, donde los más nobles están peor que si se les hubiese condenado á muerte. Para esto vale más cien veces la guerra que una deshonrosa paz.

»La buena condesa de Aviñon ¡Dios la bendiga! se ha portado mejor que sus parientes de allá de los montes, pues ninguno levanta la frente decidiéndose á mar-

char por el buen camino. El uno tiene sus miras en Portugal y el otro en Lombardía.

»Vale más defenderse que dejarse matar ó caer prisionero, y hay que garantirse contra los obispos ¡Dios los confunda! de quien muchos tienen motivo para quejarse. Recordad si no la perfidia con que trataron al conde de Foix, que se habia fiado de ellos.

»No obstante los envidiosos, Aviñon continúa siendo gloria y esperanza de Provenza, y ruego á Dios que la sostenga, pues sus ciudadanos lo merecen por su digna conducta. ¡Ah noble y cortés ciudad! Vuestra fortaleza es la honra de Provenza.

»Que Guillermo de Baucio se aleje de nosotros para unirse á los hombres del Norte. Vaya en buen hora. Ellos le cubrirán de vilipendio, como cuando le arrancaron el señorío del Venaissin que ántes le dieran...»

El segundo *serventesio* debió escribirse años más tarde, despues de la batalla de Muret, quizá cuando ya habia empuñado las riendas del gobierno de Aragon el jóven rey D. Jaime I, á quien evidentemente se alude en la cuarta estrofa.

Esta composicion es doblemente notable, por su forma y por su fondo.

Contra la costumbre de los *serventesios* y de las poesías políticas, está escrita en versos de arte menor, como una letrilla moderna, y todas sus estrofas terminan con un estribillo.

El autor alude visiblemente al proyecto que se abrigaba de hacer ir á los condes de Tolosa á la cruzada de Ultramar para que no intentasen recobrar su territorio;

á la esperanza que en el regreso de sus condes tenian los oprimidos pueblos provenzales; á la confianza que se tenía en el auxilio de Aragon y en la de los reyes de Alemania y de Inglaterra; á la injusticia de la cruzada contra Provenza; á la innoble conducta del clero y del cardenal legado del papa, sin olvidar como en la anterior, un tributo á la firmeza y valor con que la ciudad de Aviñon, en medio de tantas catástrofes, se mantenia adicta á la proscrita casa de Tolosa y á la independencia de Provenza.

Hubo de ser compuesta esta *cancion-serventesio* para reanimar el espíritu del pueblo provenzal, abatido por la rota de Muret y la ruina de la casa de Tolosa, y debió ser, al propio tiempo que una voz de consuelo y de esperanza para el pueblo oprimido, un grito de indignacion contra la usurpacion y el fanatismo.

En cuanto á la forma, diósela de seguro el autor á propósito para que, sobre algun aire popular, pudieran cantarla los juglares, repitiendo á coro la concurrencia el estribillo. En un pueblo meridional como el de Provenza, la música y la poesía ejercen un gran influjo y producen un gran efecto, siendo un medio eficaz para levantar el ánimo. La *cancion-serventesio* de Tomiers ó de Palazis, ya que se ignora á cual de los dos pertenece, debió ser un aguijon para aquel pueblo oprimido, el cual iria cantándola en grandes masas y á coro por villas, caminos y ciudades. Algo como la moderna *Marsellesa* es lo que puede verse en la composicion de Tomiers ó de Palazis.

«La idea de la cruzada no ha podido realizarse. Dios,

que es justo, ha permitido que se abandonara un proyecto cobardemente forjado.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Confiemos en Dios, y de él nos vendrá poderoso auxilio. Por él obtendremos la victoria contra los franceses, que Dios se venga de los ejércitos que no le temen.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Los que engañados vinieron á esta falsa cruzada, se verán obligados á huir sin hallar misericordia. Contra los que combaten bien, no pueden ni los más grandes príncipes.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Vanos han sido mis esfuerzos y mis serventesios para con los aragoneses, y el jóven rey no encuentra quién le secunde.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Si Federico, rey de Alemania, sufre que el rey de Francia invada su Imperio y lo usurpe, no lo ha de ver con gusto el rey de Inglaterra.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»No creo que Aviñon decaiga, miéntras sus ciudadanos velen, constantes como son y nobles. ¡Maldito sea el que de esto se enoje!

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»A los obispos malvados se les importa poco que se pierda el Santo Sepulcro donde estuvo nuestro padre al llegar del desierto, y prefieren la vida de Beaucaire (1).

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Nuestro cardenal huelga y se divierte y se aloja en los mejores palacios ¡así Dios le confunda! importándosele poco de los males de Damieta.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*»

Hé aquí ahora las dos últimas estrofas de esta composicion para que se pueda formar idea de ella:

Li evesque culvert
non o preson gaire
si 'l Saintz Vas se pert
ho fo nostre paire,
quant moc del desert,
mas amon Belcaire.
Segur estem, seinhors,
e ferm de ric socors.

Nostre cardenals
sojorna e barata,
e pren bels ostals,
de que Deus l' abata,
mas pauc sent los mals
quant á Damiata.
Segur estem, seinhors,
e ferm de ric socors.

---

(1) Delicioso pueblo á orillas del Ródano, junto á Tarascon, muy celebrado en lo antiguo y en lo moderno por sus fiestas y ferias.

Por la estrofa cuarta de esta poesía se ve que el autor habia escrito otros serventesios para mover el espíritu público en Aragon y en Cataluña pidiendo en nombre de Provenza auxilio contra los franceses, pero como tantas otras composiciones, políticas sobre todo, desaparecieron para la posteridad bajo las iras de los franceses y las llamas de los inquisidores.

En lo citado está todo cuanto de Palazis y de Tomiers pudo salvarse.

DON PEDRO III DE ARAGON.

Así como su bisabuelo D. Alfonso II fué el primero de los trovadores, D. Pedro fué el último. La época de los trovadores, en efecto, comienza con un monarca aragonés y acaba con otro.

D. Pedro III de Aragon *el Grande*, tiene dos épocas en su reinado que serán eternamente para su nombre y su recuerdo un título de gloria. Su aclamacion como rey de los sicilianos, despues de aquellas célebres y sangrientas Vísperas que acabaron con el dominio francés en Sicilia; la heróica defensa de sus Estados de Cataluña y Aragon contra la invasion francesa.

Como marido de Doña Constanza, último resto de la casa de Suavia, D. Pedro fué elevado al trono de Sicilia por la nobleza y el pueblo, que en él vieron al vengador de Conradino el *Descabezado*, al jefe y cabeza del partido gibelino, al protector de las libertades pú-

blicas, al adversario poderoso de la Francia y de la Iglesia usurpadora.

La Santa Sede no hubo de perdonar á D. Pedro su elevacion al trono siciliano en brazos y por voto solemne de la soberanía nacional y en detrimento de la casa de Anjou, y entónces el papa, como si á su sabor pudiera dar y quitar reinos, dió la investidura de rey de Aragon á Cárlos de Valois, hijo segundo de Felipe de Francia *el Atrevido*. Con poderoso ejército dispusiéronse los franceses á pasar los Pirineos y á caer sobre los Estados del monarca aragonés, pero D. Pedro se preparó á heróica resistencia, admirablemente secundado por sus súbditos catalanes y aragoneses que, sin temor á las censuras de la iglesia ni á las armas de la Francia, se agruparon junto á su rey, decididos á que no fuese su noble país patrimonio de un usurpador extranjero.

Cuando á últimos de 1284 ó principios de 1285 preparaban los franceses, auxiliados por la Iglesia y en son de cruzada, la invasion que tan fatal debia serles, fué cuando D. Pedro escribió aquella su poesía-serventesio, dirigida al parecer á un poeta provenzal llamado Pedro Salvaje, como una especie de canto de guerra para recordar á los provenzales que en situacion parecida, cuando su abuelo D. Pedro II, se habian unido las armas de Provenza y de Aragon contra la Francia.

Así dice la poesía del rey aragonés, importante bajo el doble aspecto de la historia y de las letras:

«Pedro Salvaje, en grave duelo me obligan á estar

dentro en mi casa las flores (1) que aquí quieren pasar sin consideracion á derecho ni razon alguna. Por esto advierto á los de Carcasona, de Agen, y á los gascones que ha de pesarles si las flores me hacen menguar en mi poder; pero tal piensa aquí ganar perdones (2), que éstos se les han de convertir en segura perdicion.

» Mi sobrino (3), acostumbrado á usar flores, quiere ahora cambiar de blason, lo cual no me agrada, y oimos contar que se hace apellidar rey de Aragon: mas, pese á quien pese y guste á quien guste, mis jaquesas se mezclarán con sus tornesas (4), y á Dios plazca que triunfe el que tiene mejor derecho, que yo en ningun tiempo por esperanza de breton dejaré la insignia de las Barras (5).

» Si mi dama de corazon cortés, lleno de todas las bondades, Salvaje, quisiera valerme y me diera lugar en su corazon, no me fuera necesario entónces armarme contra el enemigo ni desplegar al viento pendon ni estandarte. »

---

(1) Es decir, las flores de lis, las armas francesas.

(2) Alusion á la cruzada que la Iglesia predicó contra D. Pedro. A los que tomaran las armas por la Francia, los agentes del papa les concedian el perdon de sus culpas, absolviéndoles.

(3) Cárlos de Valois, que era hijo de Felipe *el Atrevido* y de Isabel de Aragon.

(4) Jaquesas y tornesas, segun se llamaban las monedas acuñadas en Jaca ó en Tours.

(5) Una esperanza bretona, una esperanza falsa, frase muy usual entre los trovadores.

Peire Salvagg' en greu pesar
me fan estar
dins ma maizó
las flors que say volon passar,
senes guardar
dreg ni razó.
Donc prec asselhs de Carcassés
e d' Ajenés
et als gascos prec que lor pes,
si flors me fan mermar de sua tenensa,
mas tal cuia sai gazanhar perdó,
qu' el perdós li er de gran perdició.
E mos neps que flor sol portar,
vol cambiar,
do no 'm sap bo,
son senhal, et auzem contar
que 's fai nomnar
rey d' Aragó,
mas cuy que plais' o cui que pes,
los mieus jaqués
se mesclaran ab lor tornés,
e plass' a Dieus qu' el plus dreiturier vensa;
qu' ieu ja nulh temps per bocelh de bretó
no laissarai lo senhal del bastó.
E si mi dons al cor cortés,
ples de totz bes,
Salvagge, valer mi volgués,
e del seu cor me fes qualque valensa,
per enemics no 'm calgra garnizó
ni desplegar pennol ni gonfanó.

A esta composicion contestó Pedro Salvaje:

«Señor, rey que tan enamorado parece, no debe manifestarse tímido con las flores, ántes bien debe pensar en hacer buena cosecha de ellas en aquel mes en que

empieza el verano y nacen las flores más espesas. Lo que debe hacerse es que los cosechadores sean de tal valía que ni en montaña ni en llanura, ni en selva ni en matorral dejen flor alguna del lado de acá de Montmelió.»

Senher, reys qu' enamoratz par,
non degra estar
ab cor feló
contra flors, ans deu albirar
com posca far,
ab bon ressó,
culhir las flors en aquel mes
on l' estiu es
e las flors náisson plus espés;
e 'ls culhidors sian de tal valensa
qu' en pui ni plan, en selva ni boyssó,
no láisson flors de sai de Montmelió.

En los artículos relativos al conde de Foix y á Bernardo de Auriac se puede ver cómo contestaron estos dos trovadores al canto del rey D. Pedro, levantando el guante por la Francia.

Cuando los franceses se retiraron en derrota, llevándose consigo el cadáver de su rey Felipe, D. Pedro parece que compuso otro canto de triunfo dirigido al mismo trovador Pedro Salvaje, pero no está bien comprobado que esta nueva poesía sea suya.

«Ya podemos cantar y dedicarnos al amor, dice, y, tú, pueblo aragonés, dime si puede separárseme de mi blason y si puede impedirse que estemos unidos contra el francés.»

Salvagg, tuit auzem cantar
e n' amorar:
pleis d' Aragó
digame se porian tan far...

Las demás composiciones poéticas del rey D. Pedro han desaparecido y no se tiene de ellas noticia alguna.

PEDRO DE AUVERNIA.

I.

Fué Pedro de Auvernia, dicen las *Vidas de los trovadores* en las pocas líneas que le consagran, «el primer buen trovador que en aquel tiempo hubo en el mundo y el que hizo la mejor melodía que jamás se haya hecho, sobre aquel *verso* suyo, que comienza:

> De josta 'ls breus jorns e 'ls loncs sers...»

Más abajo dice tambien el manuscrito provenzal: «Pasaba por el mejor trovador del mundo, hasta el dia en que apareció Giraldo de Borneil.»

Y luégo añade: «No hizo ninguna cancion porque en aquel tiempo todo lo que se cantaba se llamaba *verso* y no *cancion*; pero vino Giraldo de Borneil é hizo la primera cancion que haya sido compuesta.»

Sobre estos datos y el de que Pedro era hijo de un vecino del obispado de Clermont, hay que basar todas

cuantas investigaciones puedan hacerse relativamente á la vida de este trovador célebre. Por desgracia estas investigaciones dan escaso resultado, y los azares y sucesos de su vida permanecen en la más completa oscuridad.

Hé aquí sólo lo que pude recoger, esparcido entre manuscritos y libros que he tenido ocasion de consultar, y lo que se deduce de sus propias poesías llegadas en número de veinte y cinco hasta nosotros.

Hablemos primero de la época en que floreció. Muchos han vacilado tocante á este punto, pero existe un dato concluyente.

Tiene un *serventesio* en que habla del conde de Barcelona, cuyo favor solicita, y no pudo ser otro este conde que Ramon Berenguer IV, el que casó con Doña Petronila llevando á cabo la union de Cataluña y Aragon. La época histórica de este conde, se encierra entre 1131 y 1162.

Tiene tambien otra poesía, escrita evidentemente en Castilla, dirigida á lamentar la muerte de Alfonso VII el emperador, y á celebrar el advenimiento de su hijo Sancho III, cuyo reinado fué tan breve que se encierra entre 1157 y 1158.

Conocida es, pues, y fuera ya de toda duda, la época en que vivia y residia en España Pedro de Auvernia; pero esto debió ser á los comienzos de su vida literaria, pues su sátira contra algunos poetas provenzales, que sólo florecieron á últimos del siglo XII y principios del XIII, demuestra que su vida se prolongó hasta llegar por lo ménos á la segunda década del siglo XIII, y

hemos de comprenderla, por lo mismo, entre 1140 y 1215.

Pedro de Auvernia escribia aún á una edad muy avanzada, pues en un serventesio hace referencia á la batalla de Bovines, que fué en 1214.

Dante, al hablar de él, lo coloca entre los trovadores más antiguos, y así fué, pues debió alcanzar los tiempos de Marcabrú, á quien cita en su poesía á Sancho de Castilla. Petrarca en su *Triunfo de amor*, cap. IV, al hablar de los poetas provenzales, nos le presenta como cargado de años:

e il vechio Pier d' Alvernia con Giraldo.

Pudo morir, pues, en edad avanzadísima, muy entrado ya el siglo XIII.

Fué Pedro, efectivamente, hijo de una familia desconocida. Tomó el apellido de su patria y se ignora el de sus padres.

Debió salir muy jóven de su país y pasar á Cataluña y á Castilla, donde por sus poesías se le encuentra en los primeros años de su vida literaria, y parece adivinarse que Marcabrú pudo ser su maestro y guiar sus primeros pasos.

Segun los manuscritos, el trovador Pedro de Auvernia era hombre «gallardo de figura y sabio de entendimiento.» Trovaba y cantaba admirablemente, y debia ser un excelente músico, pues que compuso para una de sus canciones la mejor melodía oida hasta entónces. Fué muy honrado y protegido de los más altos barones y más bellas damas de su tiempo, y Nostradamus añade

que entre éstas gozaba de gran prestigio, hasta el punto de qué, luégo de haber cantado y recitado sus poesías, se le permitia en recompensa dar un beso á una de las damas presentes. «Y siempre, añade aquel cronista á cuyo cargo dejamos la noticia, siempre obtenia la preferencia la bella Clarita de Baucio, hija del señor de Berre, de la cual estaba perdidamente enamorado el trovador.»

Nada más se sabe de Pedro de Auvernia sino que, ya de edad provecta, se hizo monje retirándose al claustro donde murió.

Millot, dada la escasez de noticias que existian sobre este poeta cuando escribió su obra, sospecha si pudo ser el mismo que un autor jacobino llamado *Petrus de Auvernia*, escritor del siglo XIII. No es así. Nuestro Pedro de Auvernia murió á principios del siglo, y el escritor eclesiástico á que se refiere Millot florecia á mediados de él, por los años de 1250. En cuanto á las poesías devotas de este trovador, que indujeron á Millot á fundarse más en su sospecha, debieron ser escritas por Pedro hallándose en el claustro.

Fué mucha la celebridad que obtuvo este poeta, reconocido en efecto como el primero ántes de la aparicion de Giraldo de Borneil, contribuyendo á esta celebridad los viajes que hizo por distintos países. Hemos visto ya que estuvo en Cataluña y en Castilla, siendo en esta última corte donde residió por más tiempo, favorecido de Alfonso VII, de Sancho, y tal vez, segun fundadamente puede sospecharse, del otro hijo de Alfonso, Fernando II de Leon, á cuya corte pudo trasladarse.

Hay asimismo indicios para creer que estuvo en la corte de Francia y en la de Leonor de Aquitania.

Le gustaba mucho, segun parece, encomiarse sin medida en sus propias obras y criticar las de los otros creyéndose el maestro de los trovadores; pero este defecto ha sido siempre general en los que rinden culto á las Musas.

Fundaba sin duda su maestría en su habilidad suma en el manejo de la forma. Realmente, la forma de los versos de Pedro de Auvernia es perfecta, viéndose en ello la obra del músico, al par que la del poeta.

Por lo general sus poesías carecen de sentimiento, excepcion hecha de la del ruiseñor, que más abajo se traslada, aun cuando hay galanura y riqueza. El arte brilla en sus obras más que el genio. Debieron contribuir mucho á su nombradía sus talentos músicos, su voz que modulaba perfectamente, segun él mismo dice, y la originalidad de los cantos y melodías con que acompañaba sus versos. Su fama, por lo visto, era como artista más quizá que como poeta.

II.

La estancia de Pedro de Auvernia en Castilla, nos la demuestra el *serventesio* que escribió al subir al trono el rey D. Sancho III, en quien el pueblo castellano fundaba grandes y legítimas esperanzas, defraudadas por una muerte prematura.

Se ve claramente que el poeta conoce á fondo las cosas de Castilla, como si en ella residiera de mucho ántes; se hace eco del dolor que hubo de causar la muerte del emperador, mueve el ánimo del nuevo rey para que acometa grandes empresas contra los almohades respondiendo al sentimiento nacional, y alude visiblemente á descontentos, parcialidades ó intrigas de corte que dificultaban sin duda en aquel entónces la política del monarca castellano.

Hé aquí este *serventesio*, difícil de traducir, por lo demás, no sólo por su oscuridad en algun pasaje, sí que tambien porque debe faltar alguna estancia y debe existir error de copia en algunas palabras:

«Grato es para mí, cuando florece la rosa y avanza la gentil estacion, hacer un verso al suceso que agita mi corazon, miéntras que en la oscura noche oigo resonar el dulce canto del ruiseñor por campos y verjeles.

»Rey, la fuerza que los almohades adquieren, debilita á los cristianos. No existe conde ni duque, de cinturon ceñido, que mejor que vos sepa herir con su lanza. Duéleme de la muerte del emperador, que conmigo lamentan tambien muchas gentes, pero tal la llora que en su interior se alegra.

»Vuestro valor acrece porque teneis buena esperanza. Cabalgad sin vacilacion para caer sobre los paganos, gente villana; alzad con mano firme el estandarte, y como vayais en derechura contra Marruecos, vuestra será la victoria.

»Veo que mengua en prez aquel que se aparta de

las corrientes del siglo (1). Hijo es de criatura deshonrada quien tan deshonrosa muestra da de sí, y sin embargo, no baja la cabeza porque ya su impudencia ha llegado al extremo.

. . . . (2).

»Cantador, el verso se os acaba y debeis aprender su comienzo. Marcabrú, con gran rectitud, trovó de una manera muy parecida: téngale en buen hora por loco aquel que no conozca su naturaleza ni recuerda para qué nacemos.»

Bel m' es quan la rosa floris
e 'l gens terminis s' enansa,
fas' un vers a m' aventura
d' on mos cors es en balansa,
pel dous chan del rossinhol
c' aug chantar la nueit escura
per los vergiers e pels plais.

Reis, per los crestinas faillis,
quar Masmut nos fan sobransa;
coms ni ducx non senh sentura
miels de vos feira de lansa;
per l' emperador me dol,

(1) El sentido de esta estrofa es muy oscuro, lo propio que el de la que sigue. Este pasaje, traducido al pié de la letra, dice: «aquel que el júbilo (ó el deporte) del siglo destierra, veo que mengua en prez.» *Sel qu' el joi del segle delis, rei que son pretz desananza.* Me parece que la interpretacion verdadera es la que le doy, pues en ciertas poesías de trovadores, hay que interpretar más que traducir. La cuestion está en interpretar con acierto.

(2) Confieso no saber qué interpretacion se puede dar á esta estancia, que dejo por esto en blanco.

c' a moutas gens fai fraitura;
tals en plora que n' a jais.
Vostre coratges s' esclargís
quar n' avetz bon' esperansa;
sobre Paguans, gens tafura,
cavalguatz senes duptansa;
premiers penrés l' abadol,
e si anatz ab dreitura
tro a Maroc, faran lais.
Sel qu' el joi del segle delís
vei que son pretz dezenansa;
fils es d' avol criatura
que fai avol demostransa,
e per tan non baisa 'l col,
quar gitatz es a non cura,
estais mais entr' els savais.
Per mi non dic, tan m' abelís
quan vei molt gran alegransa,
amors vol calonja's dura,
e non pot aver fizansa,
si carnal arma non vol,
quar vei que cors non a cura
mas de senhor que engrais.
Chantador, lo vers vos fenís;
aprendetz la comensansa:
Marcabrús per gran dreitura
trobet d' artretal semblansa;
e tenga lo tug per fol
qui no conois sa natura,
e no 'l membre per que-s nais.

Ya conocemos una de sus poesías políticas. Veamos ahora una de sus canciones galantes. La más notable entre éstas, la que está escrita con más sentimiento, más naturalidad y más ingenio, es la siguiente:

«Ruiseñor, ve á encontrar á la dama á quien adoro, cuéntale mis penas y haz que te cuente las suyas. Si te encarga decirme que no me olvida, no te detengas un solo momento, vuela hácia mí para contarme lo que hayas oido. Piensa sobre todo que yo no tengo ni amigo ni pariente, ni nadie de quien espere con más ánsia noticias.

»El hermoso pájaro parte. Emprende alegremente su camino, informándose de todos hasta que encuentra á mi dama. Al verla, comienza sus dulces trinos, segun tiene de costumbre cuando ve brillar el lucero del alba. Se calla en seguida, y piensa en lo que ha de decir y en la manera de decirlo para que se le preste atencion.

—»Vuestro leal amigo, dice por fin, me envia para que os diga las cosas que más gratas pueden seros. ¿Qué puedo contestarle cuando salga impaciente á recibirme? Si le doy una buena respuesta, os ha de complacer á vos tanto como á él, pues que con toda el alma os quiere y lo que es júbilo en el uno lo es en el otro. Pero temo apercibirme de que mi mensaje es mal recibido. Vuestro amigo, os lo aseguro, cifra su dicha toda en amaros. ¿Qué esperais, pues? Aprovechad la ocasion del amor que se presenta. Pensad que es una flor que se marchita pronto. No perdais momento.

»La dama oye el mensaje del ave, y contesta:

—»A mí vino el ruiseñor, y con placer escuché lo que de vuestra parte me dijo. Él podrá á su vez deciros cuánto me aflige vuestra ausencia, mi dulce y bello amigo, pues que nadie me cautiva sino vos. Os alejásteis de mí muy pronto, y á podérmelo figurar, no hubiérais

obtenido de mí lo que os he dado. Siento ahora haberlo hecho, pues que mi corazon está dominado por el amor; siempre estoy triste pensando en el que amo. Cuando él está conmigo, todo son alegrías, juegos y risas, y por nada en el mundo cambiaria de amante. Prefiero su amor al del más alto y poderoso, que el buen amor, como el oro puro, va cada dia afinándose, y el que á vos os tengo crece más á cada instante. Parte, dulce ruiseñor, emprende tu camino, y, lo mejor que sepas, dile hasta qué punto le amo. Parte, corre, vuela y vuelve. ¡Como! ¿no has vuelto aún?»

Este último rasgo es de una belleza exquisita.

Indudablemente es esta una de las mejores poesías galantes de aquella época.

III.

En otra cancion elogia á su amada como la más bella de las mujeres y enumera sus perfecciones buscando punto de comparacion á todas, y encontrando reunidas en ella cuantas cualidades y dotes puede tener una dama para ser perfecta. Halla que su frente es más pura que el lirio, sus ojos más brillantes que la estrella guiadora del náuta, su tez más fresca y de más bellos colores que la flor, y su seno y cuello más blancos «que la nieve de Noche Buena.»

Todas estas comparaciones se hallan, andando los tiempos, repetidas en las obras de poetas más modernos, y la última, para nosotros más nueva, se encuentra tam-

bien en Bernardo de Ventadorn al hablar de su primer amor, la desdichada Inés de Montluzó.

Entre las canciones de Pedro de Auvernia hay una, que acaso pudiera explicarnos su resolucion de sepultarse en el claustro donde terminó su vida.

El poeta lo halla triste todo, todo de «color de invierno.» Ya pasó para él aquel tiempo en que todo lo veia hermoso y en que se recreaba viendo brotar la flor del jazmin, oyendo el cantar de los pájaros y extendiendo su mirada por las verdes llanuras en las cuales descollaban grupos de flores amarillas, encarnadas, verdes y blancas.

Belha m' es la flors d' aguilen
quant aug del fin joi la douzor
que fan l' auzelh novellamen,
pel temps qu' es tornat en verdor,
e son de flors cubert li reynh
gruec, vermelh, e vert, e blan.

En esta otra cancion el poeta, como el cisne, canta su próxima muerte. Lamenta los rigores de su suerte, la ingratitud de su dama, la falsedad de las mujeres, y dice que por más que éstas puedan ofrecerle y darle, no volverá á ellas, pues va á buscar su consuelo en Dios.

Entre sus *serventesios* los hay contra las costumbres del siglo y contra el amor, tan ensalzado ántes por el mismo y del que habla como si hubiese sido su víctima. Uno de estos últimos merece particular mencion. Aunque de paso, y sin profundizarla, Pedro de Auvernia provoca una gran cuestion, llevada recientemente, si

bien en otra forma, á la escena del teatro Español por un autor eminente, el Sr. Echegaray.

Hablando de las mujeres casadas que se entregan á amores ilícitos, dice: «De sus adulterios nacen hijos, propietarios luégo de bienes que no son suyos.»

Tiene tambien dos ó tres *serventesios* de cruzada. En uno de ellos, que debió ser escrito desde el claustro por los años de 1214, pues es la época á que el trovador se refiere, exhorta á los reyes Felipe de Francia, Juan de Inglaterra y el emperador Oton, á la sazon en guerra, á hacer las paces para ir juntos á servir bajo las banderas de Jesucristo.

Pero la poesía suya á que se ha dado más importancia, presentándola entre sus obras como capital, con grave error, en mi pobre juicio, es su sátira contra los trovadores, sátira que, segun vimos en su lugar, ha sido imitada por el Monje de Montaudon.

Es un rudo y cruel ataque, injusto sobre todo y falso con respecto á algunos, contra doce de sus cofrades en poesía, la mayor parte de ellos por cierto desconocidos.

Como poesía vale poco y como sátira traspasa el límite que en todos tiempos se ha fijado á este género, para no convertirse en libelo.

Hé aquí esta composicion.

«Voy á decir algo de esos trovadores que cantan de cualquier manera. Los más malos creen hacer prodigios, pero yo les aconsejo que se vayan á cantar á otra parte, pues hay un centenar que no conocen el valor de las palabras y que sólo han nacido para guardar rebaños.

»El I de quien se me ocurre hablar es Pedro Roger.

Canta siempre el amor, pero más le valiera pasarse el tiempo en la Iglesia salmodiando ó llevando el candelero con el cirio encendido.

»El II es Giraldo de Borneil que con sus cantos débiles y lánguidos parece un trapo puesto al sol y bueno todo lo más para una lavandera. Si se mirara á un espejo, se encontraria delgado como una aguja.

»El III es Bernardo de Ventadorn más descarnado aún que Giraldo; su padre era un mal arquero, y su madre recogia leña y encendia el horno.

»El IV es Brival el limosin, uno de los ménos malos juglares que hay de aquí á Benavent. Se asemeja á un peregrino enfermo que canta para la canalla, y casi me da lástima.

»El V es Guillermo de Ribes, tan malo por dentro como por fuera, canta con voz cascada, pareciéndose á una caña rota. Al ver sus ojos, se le tomaria por una de esas cabezas colgadas de las paredes de una iglesia.

»El VI es Elías Gaumás, que de caballero se hizo juglar. Maldito sea el que le dió sus ropas verdes, pues ya abundan demasiado los de esa calaña.

»El VII es Pedro Bremon. No hace nada que valga desde que el conde de Tolosa le proteje. Alabaria al que le robó, si al par le hubiese mutilado, pues así no habria otros de su raza.

»El VIII es B. de Saisac, cuyo mejor oficio fué el de ir pordioseando. El mismo caso hago de él que de un perro, y más me gusta Beltran de Cordelles, sin embargo de ser como una chapa vieja y usada.

»El IX es Rimbaldo, que cree sus versos muy ale-

gres, aunque sean tristes y frios. Vale más oir á los pobres pidiendo limosna.

»El X es Elías Sanchal, miserable villano, que se alaba de un lado y se vende del otro por dineros.

»El XI es Garsal Rosin, tan vano con sus versos como con sus humos de caballero. Pero nunca estuvo tan bien armado que se atreviera á dar un golpe, y nunca se batió más que con las piernas, corriendo.

»El XII es un lombardo llamado Sicard. Llama cobardes á sus vecinos, y huye en cuanto ve sólo un indicio de peligro. Está muy pagado de las melodías groseras que compone sobre versos que no tienen sentido comun.»

Al final de esta composicion, toda en sextetos de ocho sílabas, sigue una semblanza del autor, evidentemente escrita por él mismo.

Peire d' Alvernc a tal votz
que canta de sobr' e de sotz,
e siei sons son dous e plazen,
e pois es maiestre de totz
ab qu' un pauc esclarzis sos motz
qu' a penas nulhs hom los enten.

«Pedro de Auvernia tiene una voz alta ó baja, segun le place, y sus melodías son dulces y agradables. Es, á más, el maestro de todos, faltándole sólo que esclareciera un poco sus palabras, pues apénas si se le entiende.»

Millot y Coll y Vehi al copiar esta poesía y al llegar á esta estrofa, insertan otra, continuada en ciertos manuscritos de esta manera:

Peire d' Alvernhe a tal votz
que chanta cum granolh' en potz
e lauzas trop á tota gen,
pera maistres es de totz, etc.

Es decir: «Pedro de Auvernia canta como una rana en un estanque y va alabándose ante la gente de ser el maestro de todos, pero sería necesario que explicase sus versos pues que nadie los entiende.»

Esta variante, de mano extraña sin duda y escrita por algun enemigo del autor, es lo que indujo á los citados autores para creer que la última estrofa no pertenecia á Pedro de Auvernia. Pertenece á él, sin embargo, pero escrita segun la transcribo más arriba.

La composicion termina con dos versos en que no creo se haya fijado nadie y que pueden ser, sin embargo, clave de la sátira, para manifestar que se escribió sólo por broma, pero ni aun en broma sientan bien ciertas cosas á poetas serios.

Lo vers fo faitz als enflabotz
á Poivert tot jogan, rizen.

«Esta cancion fué hecha cuando las luminarias de Poiverd (alguna fiesta), jugando y riendo» ó tal vez «para bromear y divertirse.»

PEDRO BREMON.

Crescimbeni y Millot dicen que se llamaba Pedro Bremon-Ricas Novas y que fué el mismo poeta de quien habla Nostradamus bajo el nombre de Ricardo de Noves.

Parece que, en todo caso, *Ricas Novas* debia ser un apodo más que un apellido.

En cuanto al Ricardo de Noves, de que habla Nostradamus, nada puede tener de comun con el Pedro Bremon, de que voy á ocuparme.

Segun Nostradamus, al cual poco crédito puede darse ciertamente, Ricardo era de la noble familia de los Noves de Provenza, se distinguió por su valor y proezas, y aun cuando sus padres habian sido partidarios de la casa de Baucio contra los de Barcelona, él sirvió al conde de Provenza, celebrándole en muchas de sus canciones y haciendo, á su muerte, su elogio fúnebre, que iba recitando y cantando por los castillos y cortes, con

lo cual ganó mucho dinero. Atacaba en este *planch* á la casa de Anjou y representaba á la Provenza perdida por haber caido bajo la dominacion francesa. Sus amigos le persuadieron de que corria grandes riesgos por esta imprudencia, y dejó de trovar. Ricardo escribió contra la usurpacion de varias tierras de Noves y Barbantane llevada á cabo por los obispos de Aviñon. Se dice que el conde de Provenza habia hecho á Ricardo llavero ó guardador de llaves de su palacio, empleo de gran sueldo y consideracion en la corte de aquel príncipe. Tambien se dice que una vez los emisarios del papa quisieron castigarle por sus injurias contra las gentes de iglesia, arrojándole vivo á un pozo muy profundo del castillo de Noves, donde era costumbre precipitar á los clérigos sorprendidos en adulterio. Ricardo murió el año 1270.

Tal es en sustancia lo que cuenta Nostradamus relativamente á Ricardo de Noves, sin que nada de esto tenga relacion alguna con las poesías de Pedro Bremon, á quien Crescimbeni y Millot llaman Ricas Novas, suponiendo ser el mismo Ricardo, de Nostradamus.

La verdad es, que nada se sabe de la vida de Pedro Bremon ni de su patria, aunque hay que considerarle provenzal por sus poesías, quedando tambien por éstas demostrado que floreció á mediados del siglo XIII y que era contemporáneo de Sordel.

El *serventesio* de este último sobre Blacás, imitado tambien por Beltran de Alamanon, le dió asunto é idea para una poesía, que es la más notable entre las suyas.

Sordel, á la muerte de Blacás, quiso distribuir su corazon entre los magnates de la época para que, comiendo un pedazo de él, cobrasen el valor de que carecian. Pedro Bremon, con objeto parecido, se dispone á distribuir su cuerpo.

Dice así:

«Blacás fué celebrado por Sordel y Alamanon que repartieron su corazon; pero yo voy á repartir su cuerpo entre varias naciones, dividiéndolo en cuartos.

»El primero se lo doy á los lombardos, á los alemanes, á los de la Pulla, de la Frisa, y á los brabanzones, invitándoles á ir á Roma para *adorar* el cuerpo santo. Deseo que el emperador haga construir allí una capilla donde estén en honor el mérito, la prez, el placer y los cantos.

»El segundo se lo doy á los franceses, á los borgoñones, á los de Saboya y del Vienesado, á los auverneses, á los bretones y á los valientes poitevinos, porque son nobles. Y si los cobardes ingleses van á rezar ante esta reliquia, por malos que sean, se tornarán buenos. Es preciso que este cuarto sea colocado en un lugar religioso, y el rey á quien pertenece París, debe guardarlo cuidadosamente de los pícaros, pues le conviene.

»El tercero se lo doy á los bravos castellanos. Les invito á que vayan á *adorar* la reliquia con los gascones, catalanes y aragoneses, que son gentes de pró. Si el rey de Navarra quiere ir tambien, es preciso que sepa que no la verá, como ántes no sea valiente y generoso. En cuanto al leon que es rey de Castilla, tendrá en su mano el cuarto del cuerpo de Blacás y lo guardará,

y con generosidad, recordando que esta virtud ilustró á su abuelo.

»Por lo que toca al cuarto, lo guardaremos para nosotros los provenzales, pues haríamos muy mal en darlo todo. Lo pondremos en San Gilles. Que vengan los de Tolosa, Roverga y Beziers, si quieren alcanzar pró.

»La cabeza quiero enviarla á Jerusalen, al soldan del Cairo, si quiere hacerse bautizar. De no ser así, se la doy á Guido, que se mantiene en virtud entre los paganos. Si Conrado, el rey de Acre, quiere prestarla culto, tendrá que despojarse de su avaricia, y ser valiente y generoso.

»Puesto que Dios ha tomado el alma de Blacás, que su cuerpo sea así repartido y pueda ser honrado por caballeros.»

Algunas alusiones de este *serventesio* son claras, pero no así todas. No se sabe, por ejemplo, quién es ese Guido, á quien se destina la cabeza de Blacás, caso de que no se haga bautizar el soldan.

La alusion á los lombardos y alemanes, que seguian el partido del emperador Federico II, prueba que el autor era un decidido gibelino, aspirando á que Federico se apoderarse de Roma y destruyera el poder de los papas.

El rey de Castilla que se cita debe ser Fernando *el Santo*, nieto de Alfonso VIII, y el rey de Navarra falto de valor, aquél que fué primero conde de Champagne, Tibaldo, poeta tambien, pero no entre los trovadores, sino entre los trouveres.

La penúltima estrofa va dirigida á los provenzales

con el objeto de animarles á recobrar el dominio de sus antiguos señores, arrojando de sus tierras á los franceses.

Las demás composiciones de Pedro Bremon, son poco importantes y valen poco.

En una de ellas ataca duramente á su contemporáneo Sordel el mantuano. Le dice que sus versos, que tanto le engrien, no tienen piés ni cabeza, y le acusa de falta de valor, así como tambien de no servir para los placeres del amor. Habla de su mala conducta, que le ha obligado á huir de Lombardía, y le llama falso juglar, añadiendo que su mujer ruega á Dios todos los dias para que se lleve á su marido.

Algun odio personal, alguna gran enemistad hubo de existir entre estos dos trovadores, pues otra poesía de Pedro Bremon, que parece ser en respuesta á una de Sordel, es una continuacion de injurias contra éste.

PEDRO BUSC.

De este trovador, que unos manuscritos llaman Basc y otros Buse, existe sólo una poesía, pero tan singular que merece llamar la atencion.

Digamos primero que Pedro Busc floreció á mediados del siglo XIII, en la época de D. Jaime *el Conquistador*, á cuya corte pertenecia sin duda á juzgar por la cita que de este monarca hace en su única composicion. Esto es todo cuanto se sabe de él, lo cual es ciertamente bien poco.

Por lo que toca á su poesía, han hablado de ella, aunque sólo de pasada y con cierto desdén, Millot, Coll y Vehi y Milá, coincidiendo los tres en darle á esta composicion el carácter de un *serventesio* burlesco, escrito al parecer con motivo de una ley suntuaria. Coll y Vehi, fundándose sin duda en un verso de esta poesía mal interpretado, supone eclesiástico al autor, lo cual no era así evidentemente, y dice de esta composicion

que es una súplica al papa y al rey D. Jaime para que retirase las prohibiciones contra el lujo de los trajes.

Autorizada es la opinion de los tres autores citados, coincidiendo en apreciar la composicion bajo el mismo punto de vista, pero yo me atrevo humildemente á poner una opinion distinta en frente de la suya.

Léase, lo primero de todo, la poesía, en la que, dicho sea de paso, se hallará la forma y el metro de *Li dous cossire* de Cabestany:

Ab greu cossire
et ab greu marrimen
planch e sospire
ab pervilhós turmen.
Can me remire
ab pauc lo cor no 'm fen,
ni mos huels vire,
que gart mos vestimen
que son rics et honratz
et ab aur fi frenatz
e d' argen mealhatz
ni regart ma corona.
L' Apostoli de Roma
volgra fezes cremar
qui nos fai desfrezar.

Sesta costuma
ni sest establimen
non tenrá gaire
c' an fag novelhamen,
car lo rei Jacme
no fon a presen
ni l' Apostoli

c' absolva 'l sagramen.

. . . .

La sentura mesclaia
qu' ieu solia senchar
lassa! no l' aus portar.
De ma camiza
blanc' ai tal pessamen
qu' era cozida
de seda ricamen...

. . . .

Blanca é blava
ab aur et ab argen,
lassa! non l' aus vestir.
Lo cor me vol partir,
e non es meravilha.
Senhors, faitzme esclavina
qu' aitan l' am portar
c' an vestir ses frezar.

«Con triste duelo y con gran pesar lloro y suspiro con peligroso tormento. Cuando me vuelvo á mirar, por poco no se me parte el corazon, así como cuando fijo los ojos en mis vestidos que son ricos y honorables, prendidos de oro fino y enmallados de plata, ó cuando miro mi corona. Ojalá que el apóstol de Roma mandara quemar á quien de este modo nos hace ir disfrazados.

»Ni esta costumbre ni este establecimiento de tan reciente creacion podrán durar mucho, pues ni el rey Jaime se hallaba presente ni el papa lo absolverá del juramento (?)... La cintura de mezcla que solia yo ceñir ¡pobrecita! no me atrevo á usarla.

»Gran pesar tengo de mi camisa blanca ricamente cosida de seda... Blanca y azul con oro y plata ¡pobrecita! no me atrevo á vestirla. El corazon se me parte, y no es maravilla. Señores, hacedme una esclavina, pues más prefiero llevarla que vestirme con disfraz.»

Tal es esta poesía que, por su género, por sus mutilaciones y por sus indudables errores de copia, es, en ciertos pasajes, difícil de interpretar y de traducir.

Sin embargo, su simple lectura basta para comprender que hay algo oculto en el fondo de ella, algo que no se explica y que escapa si no se fija muy detenidamente la atencion.

No; esta poesía no es un serventesio burlesco escrito con motivo de una ley suntuaria. Hay algo profundamente serio en el fondo de ella.

¿Qué significa lo de que el rey D. Jaime no estaba presente? ¿qué la alusion al papa hecha á seguida? ¿qué lo de pedirle al sumo pontífice que mande quemar á los autores del disfraz impuesto á la gente, alusion clara y evidente á las hogueras de la Inquisicion? ¿No pudiera entenderse por este disfraz la influencia francesa que venía á cambiar los usos, las costumbres y la lengua de los provenzales?

Y esto debe aún aparecer más claro cuando el autor habla de una camisa, que no se atreve á usar, blanca y azul, con oro y plata. ¡Blanco y azul, con oro y plata! Estos eran los colores y este el emblema de la infortunada casa de Tolosa, á la cual es sabido que el rey D. Jaime se decidió en cierta ocasion á proteger comprometiéndose á ello de palabra y por juramento

(véase Guillermo de Montagnagout). ¿Puede aludir á esto el pasaje: *car lo rey Jacme—no fou à presen—ni l' apostoli—l' absolva 'l sagramen?*

Es muy de creer que esta poesía encierra un fondo político con relacion á las circunstancias del momento en que se escribió.

PEDRO CARDINAL.

I.

Por sus altas cualidades de pensador, de filósofo y de poeta, Pedro Cardinal debe ocupar uno de los puestos más altos y privilegiados en la historia de las letras provenzales.

Mereció ser llamado el Juvenal de la Edad-media, como Beltran de Born puede recibir el nombre de Tirteo del Mediodía.

Nació de padres ilustres en el Puy de Velai, pero nos es desconocida su familia, ya que el apellido de Cardinal es uno de esos sobrenombres frecuentes entónces y que procedian de un feudo, de un castillo, de una cualidad, etc.

Educado para la Iglesia y para ser canónigo de la catedral de Puy, cuya plaza pertenecia á su familia, recibió una instruccion esmerada y completa, pero, dice el manuscrito provenzal, al llegar á la edad varonil, «se

encontró jóven, gallardo y apuesto, y se dejó arrastrar por las vanidades del mundo.»

De un alma bien templada y de un carácter poco dispuesto á recibir imposiciones extrañas, Pedro Cardinal sintióse arrastrado por la actividad de su genio á más vasto campo y á teatro más extenso que el que ofrecerle podia un sitio, por elevado que fuese, en el capítulo de Puy. Abandonó, pues, el canonicato por la nómada y libre profesion del trovador, á que se sentia fuertemente empujado, pero al divorciarse pronto de la galantería, como hizo al entregarse á estudios detenidos y á meditaciones constantes, al escribir obras profundamente serias, dió bien claro á conocer que las *vanidades del mundo* no habian sido ciertamente el móvil de su conducta.

Cantor de la libertad y de la independencia de su patria, necesitaba de toda la libertad y de toda la independencia de su vida para entregarse por completo á la ruda tarea y á la alta mision que parece haberle confiado la Providencia, ya que, por su enérgica y varonil poesía, por las nobilísimas ideas á cuya propaganda se consagraba, por su alteza y rectitud de miras, por su amor á la libertad de la patria romana, por su talento y por sus virtudes, la gigantesca figura de Pedro Cardinal descuella entre todos los trovadores, y sobre todos, como la roca granítica que sostiene Puy de Velay, la villa que fué su cuna, se eleva orgullosa sobre los lugares y comarcas que la circundan.

Poco afortunado en amor, del cual parece haber probado sólo las amarguras, escribió algunas canciones ga-

lantes, en número ciertamente bien escaso, y se consagró á cultivar el *serventesio*, en cuyo género llegó á ser maestro de maestros. Pedro Cardinal es el maestro, tal vez el creador, del *serventesio* moral, como Beltran de Born lo fué del *serventesio* político.

Vió perturbado el siglo por la discordia y por la guerra, por la inmoralidad y por el vicio, y su alma, amante entusiasta de lo bueno y de lo justo, rebelándose contra toda iniquidad y todo desafuero, se aisló y encerró en sí misma como en un alcázar de virtud y de justicia, para desde allí flagelar rudamente, sin consideracion ni debilidad alguna, todos los vicios, todas las inmoralidades, toda la corrupcion de su siglo y de su tiempo.

Con un celo, con una independencia, con una energía y con un talento que no se encuentran reunidos en ningun otro trovador, censuró los vicios y costumbres de su época, sin perdonar ni á los malos eclesiásticos ni á los malos barones, por altos que fueran y poderosos, y, fuerte en su conciencia, arrostraba con impertubable serenidad los odios y las venganzas que atraerle podian las desnudas verdades de sus populares *serventesios*. Preciso es, sin embargo, decir que la pureza de sus costumbres y la superioridad de su talento hicieron á este trovador respetable hasta para el mismo vicio, pues que, léjos de vérsele perseguido, se le ve por el contrario acogido y honrado de todos.

Vivió hasta alcanzar la edad de cien años, segun su biógrafo provenzal, y durante el curso de esta larga vida gozó del aprecio y estimacion generales. Visitaba

las cortes acompañado de un juglar que cantaba sus *serventesios*, los grandes barones le estimaban y respetaban á pesar de sus invectivas contra los abusos de la grandeza, y fué muy particularmente honrado y protegido del rey de Aragon D. Jaime I *el Conquistador*, que, mejor sin duda que otro príncipe alguno de su tiempo, tenía altas condiciones para poder apreciar el carácter y temple de alma del trovador provenzal.

Molt fo onratz e grazitz per mon seignor lo bon rey Jacme d' Aragó, dice su biógrafo, añadiendo á continuacion: «Y yo, maese Miguel de la Tor, os hago saber que Pedro Cardinal, al pasar de esta vida, tenía alrededor de cien años. Y yo el susodicho Miguel escribí de mi mano sus serventesios en la ciudad de Nimes.»

II.

Nuestro poeta comenzó su carrera por abrir su corazon á los deseos y emanaciones del amor, pero de un amor puro, honesto, virtuoso, que nada tenía de comun con el materialismo y la sensualidad de la época.

Hé aquí cómo el poeta entiende y quiere el amor en la siguiente poesía, que debió ser una de las primeras que compuso:

«Yo cantaria con entusiasmo si estuviera enamorado ó fuese amado; pero como no me sucede ni lo uno ni lo otro, quiero cantar al ménos una vez para decir lo que sería para mi amada si tuviese una. Como gozara

yo de esta dicha, no habria amante más sincero ni más leal en el mundo.

» Podria mi amiga no concederme nada, pero desde el instante en que hubiese comenzado á amarla, sería suyo únicamente y para siempre, que yo sé bien cómo debe uno conducirse en amor. Semilla de amor cultivada en un corazon hace nacer tres; un placer diez nuevos placeres; un goce cien otros goces, y así se va multiplicando todo hasta conseguir mil por uno.

» Pero el amor está hoy perturbado. Los buenos y los corteses sufren la pena y los malos gozan del placer, lo cual no sucederia si las damas fuesen más fieles al honor y á la virtud, pues que entónces premiados serian los buenos y castigados los malos. »

Como se ve, ya en esta poesía galante, más que al poeta se ve al filósofo, y más que por los goces del amor, suspira el corazon por los derechos de la rectitud y de la justicia.

No tardó el poeta en sentir los desencantos del amor y en convencerse de que el lauro que pudiera alcanzar como trovador, no se hallaba para él en el género de las canciones galantes.

Hé aquí su segunda cancion:

« Insensato es aquél que se consagra al amor, pues quien más fia en él, más perjudicado sale. Tal quiere calentarse que se quema. Los bienes de amor son tardos en llegar y los males vienen en tropel cada dia; así es que sólo puede cautivar y llevarse consigo á los inocentes, á los insensatos ó á los malvados. Me divorcio, pues, de él.

»Fuerza es que mi amiga se desengañe: yo no seré suyo como ella no sea mia. Tengo formada mi resolucion de hacer lo que ella haga. Si me engaña, me encontrará engañador á mi vez, y si rectamente procede conmigo, rectamente procederé con ella.

»Nunca gané tanto como el dia que perdí á mi amiga, pues que perdiéndola, gané cuanto yo perdido habia.

Anc non guazanhei tant en re
cum quant perdey m' amia;
quar perden lieys, guazanhei me
cuy ieu perdut avia.

»Poco gana quien mucho pierde, pero mucho gana quien pierde lo que daña. Lo cierto es que yo me habia entregado á quien me arruinaba.

»Que no cuente más conmigo, pues sólo engaño y falsedad he hallado en ella. A leal amiga corresponde amigo leal, pero la que engaña merece ser engañada. ¡Ojalá, pues, que aquella que me engañó encuentre quien la engañe!»

Por medio de una tercera cancion Pedro Cardinal se felicita de estar ya libre y de haber roto los lazos que le ligaban al amor. Declara que por fin ha llegado para él el momento de poder alabar el amor, pues que ni le hace perder ya el apetito ni el sueño, ni le hace correr por las noches como un loco, ni le obliga á tener mensajeros á sueldo. Su alma recobra la libertad, su espíritu la independencia, abandona el amor para siempre, y su dama, de la cual *se ha escapado*, no le inspira ya

ninguno de aquellos cuidados ni de aquellas preocupaciones que tanto atormentan á los amantes.

Ar mi puesc ieu lauzar d' amor
que no 'm tolh manjar ni dormir,
ni 'n sent freidura ni calor,
ni non badalh ni non sospir,
    ni 'n van de nueitz aratge,
ni 'n sui conqués, ni 'n sui cochatz,
ni 'n sui dolens, ni 'n suy iratz,
    ni non logui messatge,
ni 'n sui trazitz ni enganatz,
que partitz me 'n suy ab mos datz.

. . . .

A esto se reduce todo cuanto Pedro Cardinal escribió en el género galante, lo cual, como se ve, ni es mucho ni muy galante tampoco. Sus inclinaciones y sus estudios le llevaron en seguida al *serventesio* moral y al político, y en una larga serie de éstos se le ve siempre, con nunca interrumpida constancia, condenar los abusos, los crímenes, los vicios, y enaltecer la moral, la virtud y la justicia.

El poeta, vacilante por un momento en medio de las costumbres del siglo y de la galantería de la época, rompe completamente con el amor y se consagra por entero á otro culto y á otras damas, que se llaman la patria romana y la razon humana, de las cuales se proclama caballero y á quienes sirve, durante todo el resto de su vida, con la conciencia, la fidelidad y la pasion de un libre pensador, de un espíritu independiente y de un gran ciudadano.

III.

Hé aquí un *serventesio* que puede muy bien servir de introduccion á todos los suyos y que debe insertarse íntegro y original, sin ni siquiera intentar su traduccion para no hacerle perder su valor de fondo, de forma y de colorido.

El trovador hace de sí propio un retrato de mano maestra y explica las causas que motivan su ruda franqueza y su fiera independencia. Es de corazon leal, ama la virtud, sostiene el derecho, se lamenta de la falsedad y del engaño que en el siglo nota, y la maldad, el vicio, la traicion son á sus ojos manchas que no se borran jamás y que matan el alma destruyendo todo lo que de bueno y sano existe en el hombre.

D' un sirventes faire no 'm tuelh;
e dirai vos razon per que,
quar azir tort, aissi com suelh,
et am dreg, si cum fis ancsé;
e qui qu' aia autre thesor,
ieu ai leialtat en mon cor
tant qu' enemic m' en son li plus leial;
e si per so m' aziron, no m' en cal.

On plus d' omes vezon miei huelh,
on mens pretz las gens e mais me;
et on plus los siec, piegz lur vuelh,
et on mais los aug, mens los cre;
et on plus intr' en lur demor,

mens ai de plazer en mon cor;
que si pogues viure de mon captal,
greu m' asegra la nueg en lur fogal.

Dels rics malvatz barons mi duelh,
quar son tant de malvestat ple;
mal m' es quar la mortz no 'ls acuelh,
e piegz quar vida los sosté;
e mal m' es quan mavatz, hom mor,
quar la malvestatz qu' a el cor,
no mor ab el tot ensems, per engual,
que non restes ab son filh al ostal.

Manta carta vei e mant fuelh
on aitals escritz se conté,
qu' hom azir tort et erguelh,
e laisse 'l mal, e fassa 'l be;
mas trastotz lo mons, d' or en or,
a juratz l' ai re en son cor,
qu' hom laisse lo ben, e fassa 'l mal,
e 'l dreg azir, et am lo tort mortal.

Ben camja civada per juelh,
e tiriaca per veré,
et anguila per aneduelh,
qui laissa Dieu per laia re.
Tan vai traciós a vil for,
que si l' hom, que plus n' a el cor,
la trazia en plen mercat venal,
no 'l daria hom mealha del quintal.

Trachos, si 'n vos tricha no mor,
la malvestatz qu' avetz el cor
vos menará á fort malvat ostal,
qu' anc non fon us que non anés a mal.

Con estas ideas y con este espíritu de independencia, Pedro Cardinal debia pertenecer al partido político que enlazó su suerte á la casa de Tolosa. Así fué. El poeta abrazó la causa de los vencidos en Muret, y permaneció fiel á ella sin que su constancia se sintiera quebrantada en lo más mínimo por la extensa serie de no interrumpidas desgracias que cayeron sobre ella y sus defensores. Al contrario, cuanto más obstáculos se le oponen, cuanto más potentes y numerosos son sus adversarios, cuanto más rudas son las contrariedades, más gloria halla el poeta en defender la causa y más elogios le merece el conde Ramon de Tolosa, jefe y cabeza del partido nacional de la Provenza. El trovador cree que Dios guia al conde de Tolosa, *de quien nace la caballería como brota el agua de una fuente*, y le ensalza porque se defiende contra todos y principalmente contra los peores hombres del mundo, los franceses y los clérigos.

Hé aquí este *serventesio* político que parece haber sido la *marsellesa* del movimiento de la reconquista que comenzó al desembarcar en Marsella los condes proscritos:

«Yo querria, si á Dios pluguiese, que hubiésemos recobrado la Palestina, y que el noble emperador fuese dueño de la Lombardía, y recuperado el Vivarrés (el Velay, patria del poeta) el valiente conde, duque y marqués (Ramon de Tolosa). Esto me complaceria, y grande es mi deseo de ver como así lo hace Dios, por ser de justicia.

»Así como en la mar vale más un navío que un leño ó una saetía, y más vale un leon que un jabalí, y más

virtud que hechicería, así vale más el conde que otro cualquier baron. Castigando á los traidores y recompensando á los fieles, sigue el camino del honor, aumenta en mérito sin descender, y es maestro en altos hechos.

»Marsella, Arles y Aviñon siguen un mismo camino, y Cavaillon y Carpentrás, Valencia y Dia, Viena, Pupet y el Drome tendrán por rey al mejor caballero que lleva calzas y espuelas, aquél que al mismo valor sobrepujaria, como el valor no le retuviera.

»A Tolosa se dirige Ramon, nuestro conde, guiado por Dios. Así como brota el agua de una fuente, así nace de él la caballería, pues se defiende de todo el mundo y de los peores hombres que existen. Contra los franceses, contra el clero, contra todos lidia, se humilla ante los buenos y confunde á los malos.»

Yeu volgria, si Dieus ho volgués,
aguem cobrat Suría,
et 'l pros emperaires agués
cobrada Lombardia,
et 'l valent coms, duxs et marqués
agués sai cobrat Vivarrés,
qu' en aissi me plairia;
que aital volontat m' a pres
que Dieus affars volria
so que dreit n' es.

—

Si com val mais gran naus en mar
que lings et sagetía,
et val mais leós que singlar,
et mais dos que fadia,
val mais lo coms qu' autre bar;

qu' ab tolre als fals et als fis dar
seg de valor la via,
et puja en pretz sens devalar
et á la maestria
de rics faits far.

—

Marseilha, Arles et Avinhós
tots segon una via;
et Carpentras et Cavalhós,
et Valensa et Dia,
Viana, Pupet et 'l Dromós
agron rey lo pus cavailhós
. . . .
que port causas ni esparós,
car si pro no 'l tenia
trop seria pros.

—

A Tolosa atal Ramon
lo coms, cui Dieus guia;
qu' aissi com nais aiga de fon
nais d' el caballeria,
car dels pejors homes que son
se defend, et de tot lo mon,
que francés ni clegía
ni las autras gens no l' han fron;
mas als bos s' humilia
e 'ls mals confon.

El trovador aplica á la política las mismas ideas que á la moral. En política, como en todo, el poeta busca la verdad. Todo lo que es falso le parece punible y despreciable, y así, para pintar la traicion y la deslealtad, busca en su paleta los colores más sombríos y oscuros y no halla palabras bastante duras ni frases bastante

enérgicas para demostrar la aversion que á todo hombre honrado debe inspirar un traidor político.

Hé aquí el cuadro que Pedro Cardinal traza con este motivo, y no sería aventurado creer que pudiera verse aquí retratado aquel Balduino de Tolosa, hermano del conde Ramon, que vendió á éste para pasarse al conde de Montfort y hacer una guerra cruel y de exterminio á su casa, á su patria y á su propia sangre.

Razos es qu' ieu m' esbaudey,
e sia jauzens e guais
el temps que fuelha e flors nais,
et un sirventés despley,
quar lialtats a venzut
falsetat; e non a guaire
qu' ieu ai auzit retraire,
qu' un fort trachers a perdut
son poder e sa virtut.
Dieus fai e fará e fey
si com es dous e savais,
dreitz als pros e als savais
e mercé segon lur ley:
quar a la pagua van tut
l' enguanat e l' enguanaire,
si com Abels e son fraire,
que 'l traitor seran destrut
e li trahit ben vengut.
Dieu prec que trachors barrey
e los degol e 'ls abais
aissi com fos Alguais
quar son de peior trafey:
mais aissó es ben sauput,
pieger es tracher que laire,
atressi con hom pot faire

de covers morguc tondut,
fai hom de tracher pendut.

Ya en las últimas estrofas del *serventesio* que íntegro se ha trasladado más arriba, se encuentran expresadas las mismas ideas por medio de imágenes sencillas y hasta vulgares, pero buscadas con arte y con talento:

Bcn camja civada per juclh
c tiriaca per veré...

Véase ahora otro *serventesio* político de Pedro Cardinal, cuya intencion y cuyo sentido podrán apreciar perfectamente los que conozcan á fondo aquella época de lucha y de odios en que la Iglesia y la Francia unidas aspiraban al triunfo de sus ideas, fiando en la fuerza de sus armas y en los horrores de la guerra.

El poeta, que no alaba á rey alguno que no guarde su fe, es decir que no sea hombre de honor, considera que es locura en los de Pulla y Lombardía, en los longobardos y alemanes pensar que pueda serles de algun provecho su alianza con los franceses.

Cree que para dominar el mundo necesitarán estos últimos tener buenos estandartes y contar con quien luche mejor que Rolando y sepa más que Reinaldo, y posea más que Corbarán y tema ménos la muerte que el conde de Montfort.

Se pregunta en vano qué resultado puede sacarse de la guerra, como no sea peligros y desastres, tumultos, duelos y perjuicios, y añade:

«Hombre, poco valen ni tu ingenio ni tus artes si has de perder tu alma por tus hijos. Para calentar á

otros te abrasas, y para abrigarlos te despojas, y sin embargo, has de llegar al puerto donde se sumarán los engaños, las fechorías y las faltas que hayas cometido.

»Ni Cárlos Martel, ni Gerardo, ni Marsilio, ni Aygolante, ni el rey Gormon, ni Isembardo llegaron á matar tantos hombres que sacaran el valor de un huerto. No les envidio ni riqueza ni arnés.

»Nadie á su muerte se lleva otros bienes ni otro arnés que las obras que hizo.

Per fols tenc Polhés e Lombartz
e Longobartz et Alamans,
si volon Francés ni Picartz
á senhor ni a dragomans;
quar mordrir á tort
tenon á deport;
et ieu no laus rey
que no garde ley.
Et aurals ops bos estandartz,
e que feira mielhs qne Rotlans,
e que sapcha mais que Rainartz,
et aia mais que Corbairans,
e tema mens mort
que 'l coms de Montfort,
qui vol qui á barrei
lo mons li soplei.
¿Mas sabetz qual será sa part
de las guerras e dels mazans?
Los critz, las paors e 'ls reguartz
qu' el aurá fagz, e 'l dol e 'l dans,
seran rien per sort;
d' aitan lo conort
qu' ab aital barrei
venrá de tornei.

Hom, petit val tos giens ni t' artz
si perts t' arma per tos efans:
per l' autrai carbonada t' artz
e l' autrui repaus t' es afans.
Pois vas á tal port
on cre qu' usquecs port
l' engan e 'l trafei
e 'ls tortz faitz que fei.
Anc Carles Martel ni Giratz
ni Marsilis ni Aigalans,
ni 'l rey Gormon ni Isembartz,
non auzizeron d' omes tans,
que n' aion estort
lo valen d' un ort;
ni no lor envei
aver ni arnei.
No cug que á la mort
negás plus emport
aver ni arnei,
mas lo faitz que fei.

IV.

Uno de los más bellos *serventesios* de Pedro Cardinal, es aquel en que despues de haber hablado de la caridad como la mejor y más sublime de las virtudes, figura un diálogo ó *tension* entre la Injusticia y el Derecho, el *Tortz* y el *Dreitz*.

La caridad es tan noble virtud para el poeta que encuentra reunidos en ella todos los amores y tambien todas las bellezas. La piedad la encierra dentro de sí, la verdad la acompaña, la rectitud la apoya, la merced

y la paz la siguen, es amiga de la sabiduría, elemento del poder y emanacion del Dios de amor. En vano trata la Injusticia de apagar el brillo de esa virtud, eterna siempre y resplandcciente. Ahí está el Derecho para proclamar que nada hay posible en el mundo sin la virtud.

La Injusticia y el Derecho entablan una discusion, siendo muy de notar que cuando la Injusticia dice que más grande honor tiene quien más posee, el Derecho contesta con laconismo espartano:—«No sin mí.»

Obsérvese tambien de qué manera es proclamada aquella gran verdad evangélica de que el hombre ha de comer el pan regado con el sudor de su frente. «Con el trabajo, dice el Derecho, es como se consiguen bienestar y riqueza.» Honrada merece ser la memoria del poeta que así realzaba la gloria del trabajo en medio de una sociedad que lo consideraba como cosa baja y vil.

Caritatz es en tan belh estamen
que pietatz la resenh e la clau,
vertatz la vol, dreitura la congau,
mercés la te, e patz vai seguen;
poder la defen,
sabers l' es amics,
e bontatz abrics
sus el gra aussor,
ab lo Dieu d' amor,
cuy esperit armatz ve
ab los huelhs clars de la fe.
E sains es tortz que ab dreg conten,
et es mentirs qui siec tort per esclau,
et an enguan e bauzia e frau
e cobeytat et erguelh eissamen;

de lor parlamen
salh us tals prezics
que conorta 'ls rics
et ensenha lor
que sian trachor
e de malvestatz tug ple,
tro que la mortz los enmé.
Dreitz ditz á totz que vivan justamen
que *Tortz* peris, engal qu' el ben li clau;
e *Tortz* respon aquo que li abau:
«Qu' els tieus son paubr' e li mieu son manen.»
Dreitz dis que:—«Qui men
es mon enemics.»
Tortz ditz:—«Si t' en gics
non aurás ricor.»
Dreitz ditz:—«Qu' om labor,
et aurá ricor e be.»
Tortz ditz qu' om non li 'n lais re.
Tortz ditz als sieus qu' es gardon en presen,
qu' om no val re qui l' aver non enclau;
e *Dreitz* respon:—«Aquel que Dieu non au,
et no au luy, ni sos precs non enten.»
Tortz dit que «qui pren
es savis e rics;»
Dreitz ditz:—«Non t' afics
en aital ricor.»
Tortz ditz que «honor
maior a qui mais reté.»
Dreitz ditz:—«Non a ges ses me.»
La gran folhor del mon *Tortz* ten a sen
et a folhor lo sen qu' ab Dieu s' enclau;
e 'lh dons voler de Dieu *Tortz* ten a brau,
e selh del mon a dons et a plazen;
mais *Dreitz* lo repren,
e ditz qu' als enics

es l' enans destrics,
qu' el ris torna en plor
e 'l joi en dolor
e 'l gran poder en non re;
e *Dreitz* vai lai on convé.

La composicion concluye con estos cuatro bellísimos versos llenos de uncion y ternura:

A belh amador,
que a belh amor
qu' adonat son cor e se,
ai donat m' amor e me.

Otra de las más notables composiciones de este poeta ilustre es una larga *Gesta* en que pasa revista á las diferentes clases de la sociedad y hace una gráfica y animada pintura de sus vicios. Es una sátira tanto más cruel y terrible cuanto más verdadera, en la que el vicio es presentado en toda su deformidad y el vicioso en toda su desnudez. Desde el papa al mendigo, desde lo más alto á lo más bajo, todo pasa á los ojos del lector, todo cae bajo la férula del poeta que habla en nombre de la virtud y de la justicia. A nadie perdona, nadie se libra de su anatema, ni el papa, que es el primero en faltar porque debiera ser el primero en dar ejemplo; ni los cardenales, que convierten la iglesia en un un mercado; ni los obispos, que trafican con lo más santo; ni el clero todo, alto y bajo, que se hace notar por su corrupcion de costumbres; ni el rey, que es el primero en faltar á las leyes; ni los barones, que oprimen al pueblo; ni los jueces, que son venales; ni los abogados, que son

defensores de malas causas; ni los notarios, que hacen escrituras falsas; ni los médicos, que no tienen conciencia; ni los boticarios, que falsifican las medicinas; ni los cortesanos, ni los empleados, ni las mujeres, ni los menestrales, ni los mercaderes, ni los mendigos, ni los juglares.

La *Gesta* de Pedro Cardinal concluye con dar á todos buenos consejos para que abandonen el camino del mal y sigan el del bien.

May dire no vuelh plus,
mas qui vol puiar sus,
sus en l' albre de vida
esforcese cascús
que fassa bon conclús
e bona departida;
totz los mals seran bos
si laisso falhisós,
e que cascús s' ature;
e si Dieu me perdó,
lo mal ai dig per pro,
que mal plus no pejure
e que be se melhure.

Sus últimos versos son una dulce y tierna invocacion á la Vírgen:

Ai! Regina del cel,
plus dossa trop que mel,
paradis me apparelha;
dona, fai nos fizels
lials com fist Abel!
Tot lo mon, dona, velha
en tú, rosa vermelha.

El clero, es decir el mal clero, el que no cumplia con la alta mision de su sagrado ministerio, merece á Pedro Cardinal este duro anatema cuya severidad y rigidez de pensamiento expresa con el enérgico realismo de una forma desnuda:

Tartarassa ni voutor
no sen plus leu carn puden,
com clerc e prezicador
senton on es lo manen:
mantenen son siei privat,
e quan malaltia 'l bat,
fanli far donatió
tan que 'l paren no i an pro.
. . . .

«Ni el cuervo ni el buitre perciben más pronto el olor de la carne podrida de lo que les sucede al clérigo y al predicador con su presa. En seguida que ven enfermo á uno, le rodean y le hostigan hasta obligarle á hacerles donacion, despojando á sus parientes.»

Con esta misma dureza de colorido, con esta misma desnudez de pensamiento, continúa tratando al clero en este y en otros *serventesios* por el mismo estilo escritos. En uno, que como él mismo dice, está *tezcut d' ennueitz*, *d' antas mesclat*, cuenta de los malos eclesiásticos lo que nadie contó nunca.

Dice de ellos que han reunido todo el orgullo, toda la maldad y toda la codicia del mundo; que no hay quien sea como ellos traidor; que todo lo venden y con todo trafican; que con su hipocresía y sus predicaciones han usurpado la autoridad de los reyes y gobernantes; que

se les ve ir á los altares saliendo de los burdeles; que son lujuriosos, cínicos, engañadores, ladrones, etc.

En otro *serventesio* Pedro Cardinal se disculpa de la claridad de su lenguaje con la necesidad de cumplir con su deber:

Per qu' ieu non vuelh jamais esser celaire
de lurs crois faitz, on es desleialtatz,
pus qu' atrestan es vas Dieu encolpatz
selh que manten lairon, com es lo laire.

Y al final de este mismo *serventesio* protesta de que sólo son objeto de su saña los clérigos que se apartan del camino de la rectitud:

Guardon si selhs que fan de tort drechura,
que solamen fauc de lor rancura.

Acusa tambien á la iglesia de venalidad y corrupcion:

Fraire son tug, mas no son pas engals
las partz que 'lhs fan dels bens de Jhesu Crist.
Ai! verais Dieus, qu' ab ton sanc nos rempsist,
veias com es Sancta Gleiza venals,
que hom no i a dignetat ni prebenda,
si non lur fai soven donar socors,
o non es neps o filhs de tos pastors,
o non cossen lor desleial fazenda.

Las hogueras de la Inquisicion, la ley del más fuerte, los desafueros de los conquistadores, nada pudo hacer que el poeta se redujera al silencio. Cada vez más valeroso y enérgico, sus *serventesios* son más terribles contra la gente de iglesia cuanta más osadía ve en ella.

El cuadro que traza de la dominacion de los clérigos y de los frailes, es vigoroso y de una terrible realidad.

«Los clérigos, dice, se llaman pastores y son asesinos. Cuando les veo con su disfraz de santidad, me recuerdan al lobo aquel que para entrar en el corral se vistió con una piel de cordero, y así devoró á las infelices ovejas.»

Los clercs se fan pastor
et son aucissedor,
et semblan de sanctor
quan los vey revestir,
et prend' en sovenir...

«Indulgencias, absoluciones, perdones, Dios y el Diablo, todo aprovecha á sus deseos, añade. A unos les abren las puertas del paraiso con sus absoluciones, á otros las del infierno con sus excomuniones.»

A los frailes dominicos, que al principio parecian guardar gran rigidez de costumbres, les acusa de ser muy aficionados á los buenos vinos; de haber establecido un tribunal de justicia (la Inquisicion) donde hacen condenar como herejes á todos los que se oponen á sus designios; de procurar saber, finalmente, por todos los medios, incluso el de la confesion, los secretos de los demás á fin de valerse de ellos para sus fines.

A los hospitalarios les acusa de hacer consistir su pobreza en conservar sus bienes y en apoderarse de los de otros; de haber reemplazado sus trajes pobres por ricas lanas de Inglaterra; de apropiarse las limosnas des-

tinadas á los pobres; de alimentarse con sabrosas carnes y excelente pescado; de beber los mejores y más exquisitos vinos, y acaba diciendo que los maridos no deben permitir que esas gentes se acerquen á sus mujeres.

A todos los frailes en general, de todas las órdenes y de todos los colores, los culpa de tener más soberbia y codicia que las mismas gentes de guerra.

«Ellos encuentran medio, dice, para que nadie les niegue lo que piden. Recogen mucho, se regalan bien y hacen construir soberbios edificios donde se acomodan á gusto. Los turcos y los sarracenos nada deben temer de sus sermones porque los frailes tienen demasiado miedo á la mar y á la muerte, y más que convertir ó destruir infieles, prefieren darse buena vida y buen trato.

»No hay crímen ninguno de que uno no pueda hacerse absolver por ellos. Con dinero se puede estar seguro de hacer que den á los renegados y á los usureros la sepultura que niegan á los pobres faltos de recursos para pagarla. Vivir tranquilos y regalados, comer bien y beber mejor, esta es su gran preocupacion de todo el año. ¡Pluguiese á Dios que yo fuera fraile, si de este modo se alcanza la salud eterna!»

Estas terribles verdades, que resultan serlo por los documentos históricos de aquellos tiempos, expusieron al autor á las acusaciones de ateismo y de herejía, tan comunes entónces y tan funestas tambien para aquellos altos y varoniles ingenios que atacaban de frente los vicios y los errores del siglo; pero á estas acusaciones de impiedad contestaba Pedro Cardinal con bellísimas can-

ciones á la Vírgen llenas de uncion y de ternura, como aquella que comienza:

> Vera vérgene María
> vera vida, vera fes,
> vera vertatz, vera via,
> vera vertutz, vera res,
> de patz, si 't plai, dona, traita
> qu' ab ton filh me sia faita.

«Verdadera vírgen María, verdadera vida, verdadera fe, verdadera verdad, verdadera vía, verdadera virtud, verdadera cosa, verdadera madre, verdadera amiga, verdadero amor, verdadera gracia, haz que por tu gran merced me ilumine el espíritu de tu Hijo. ¡Oh Dama, si te place, permite que se haga un tratado de paz entre nosotros y tu Hijo!

»Tú enmendaste la locura de Adan, tú eres la estrella que guia á los caminantes, tú el alba del dia de que Dios Hijo es el sol que le calienta é ilumina, porque Dios Hijo es la sinceridad y la rectitud. ¡Oh Dama, si te place, etc.

»Oriunda eres de Siria, gentil y pobre de galas, modesta, pura, piadosa en obras, en palabras y en pensamientos, tan perfecta en todo, que exceptuada fuiste de todo mal y dotada de todo bien, de tan dulce compañía que Dios se puso en tí. ¡Oh Dama, si te place, etc...»

V.

Pedro Cardinal, con gran alteza de miras, con gran superioridad de ingenio sobre todos los de su época, se

hallaba siempre dispuesto á combatir el error y á reprender el vicio donde quiera que los hallaba y veia, ya entre lo más alto, ya entre lo más bajo de la sociedad.

Ya hemos visto el retrato que hace de los malos eclesiásticos. Véase ahora el que hace de los malos barones, de aquellos que, como dice con acertada y limpia frase, eran *pobres en amor y ricos en felonía*, *ricos para el robo y mendigos para la limosna*.

> E 'l razos dels barons mesquis,
> paubres d' amor e de feunia ricx,
> sors en erguelh, en valor deschauzitz,
> amicx de tort e de Dieu enemicx.
> Mal lor di hom, mas lor es vers,
> qui los apela querentis
> ni renoviers d' autruy avers,
> ni raubadors d' autres camis,
> trebalh dels bos e dels layros abricx,
> cautz de tortz far, e de caritat ferz,
> ricx en raubar, et en donar mendicx.

Más adelante añade:

«En vano fuera que Dios otorgara á uno de esos malos barones todas las tierras que hay de aquí á Turquía. No por esto lograria satisfacerles. En ellos la maldad es honrada y menospreciados el valor y cortesía. No hacen caso alguno de la probidad que miran como un nombre vano. Son más avarientos de presa que los lobos, y mienten con más impudencia que las mujeres perdidas.

»En otro tiempo se daba caza á los traidores y se les colgaba como á los ladrones; hoy se les honra y de entre

ellos salen los bailes y los senescales. Si algun señor comete una traicion ó una felonía, todos se apresuran á honrarle y agasajarle, y consiste esto en que los traidores buscan el apoyo de los traidores para cometer á mansalva sus felonías. ¡Si Dios quisiera á lo ménos que su maldad apareciera escrita en su frente!»

«Hay quien viste de seda y posee grandes tierras, dice Pedro Cardinal, á quien no llamo yo baron, pues le veo marchar en compañía de la maldad. Y hay quien va desnudo, y nada tiene, como la criatura que llevan á bautizar, pero que es bueno y honrado, y á éste es á quien doy yo nombre de baron.»

Tal a vestit
drap de samit
et pot ben gran aver mandar,
que ges no 'l do
nom de baró
quant li vey malvestat menar.
Et tal es nus
que non a plus
qu' aquel qu' om porta á batejar,
sol car es pros
et 's pla rasós,
lo deu hom baron apellar.

Y á renglon seguido invita al pueblo al perdon y á la concordia:

«Perdonadles, dominad vuestros agravios, y no necesitareis llevar silicio. Amad á amigos y á enemigos, y no tendreis que pasar la mar.»

Perdonas leu,
versas vos greu,
et no vos cal heira portar.
Amats amics
et enemics,
et no vos cal anar outra mar.

El poeta une estas ideas de paz, de fraternidad y de concordia á otras que hasta siglos más tarde no debian predicar los apóstoles políticos.

«Las ovejas, dice, son más numerosas que los lobos, y hay un buitre por cada mil perdices, pero tambien es cierto que, más que al malvado y al criminal, ama Dios al pueblo pobre y humilde.»

De lops et de fedas vey
que de las fedas son mays,
et per un austor que nais
son mil perditz, fe qu' as dey.
Et aquo es conegut
qu' hom murtrier ni raubaire
no platz tan á Dieus lo paire,
ni tan non ama son frut,
com fai del pobol menut.

En una composicion, lamentándose de la impureza de costumbres y de la falta de moralidad, el gran poeta provenzal exclama, con amarga melancolía, en sentidos versos:

«Turbado está nuestro siglo por un viento impetuoso que levanta las olas como aquellos huracanes que espantan á los peces y revuelven las entrañas del mar. Así se ve subir del fondo de los corazones atribulados todo

el fango de la impureza y de la mentira, de la deslealtad y de la traicion, con las cuales se pretende dominar. De esta manera perece la verdad y pierde su derecho el hombre honrado que decirla quiere.»

Tot altressi com fortuna de ven
que torba 'mar e fa 'ls peissos gandir,
es torbada en est segle la gen
per un fort ven que dels cors fan salhir
fals messongiers, deslials e trahire,
ab que 's cuion eyssaussar é fermir;
et en aissi fan veritat delir,
e 'n pert son dreg hom bos que 'l ver vol dire.

Pero este derecho varonil Pedro Cardinal no lo abdicó nunca y lo hizo siempre valer, âun ante las espantables hogueras de la Inquisicion triunfante. Hablaba á los altos y á los bajos, á los poderosos y á los humildes, á los príncipes de la iglesia y á los príncipes de la sangre con la misma energía y la misma verdad. Resguardado por la rectitud de su conciencia y la práctica de la virtud, anatematizaba la deslealtad, la traicion, el vicio, el dolo, la maldad donde quiera que lo hallase, y con una temeridad que tenía mucha parte de nobleza, y con una arrogancia, que tenía mucho de deber, luchaba él solo contra la sociedad entera y contra las corrientes de su siglo, buscando sólo la recompensa en el cumplimiento de sus deberes de hombre honrado.

No le importa que la falsedad y la demasía estén en combate abierto con la verdad y el derecho: no le importa que la lealtad sea vencida por el dolo, la largueza por la avaricia, el amor por la felonía, por la maldad el

honor, y por el pecado la santidad. El poeta se refugia en su conciencia y allí encuentra su ideal:

Falsetat e desmezura
han batalha empreza
ab vertatz et ab dreitura,
e vens la falseza;
e deslialtatz si jura
contra lialeza,
e avaretatz s' atura
en contra largueza;
feunia vens amor,
e malvestatz honor,
et peccat cassa sanctor
e baratz simpleza.
. . . . . .
Mas qui se ren
en tal coven,
ges ieu la feldat mia
non daria
pel sieu sen.

Su *serventesio* contra los malos barones está escrito con una gran energía de forma y de fondo, y puede servir de modelo en la misma historia de la poesía moderna al propio tiempo que por la riqueza de sus rimas y la galanura de su poesía, por la virilidad y el atrevimiento de la concepcion y del lenguaje.

Merece publicarse íntegro:

«La verdad debe decirse siempre á los que viven encenagados en las maldades y en los vicios. Por esto yo no hallo embarazo ninguno en decir que el baron degradado es peor que un bandido, peor tambien que

cualquier miserable salteador de caminos, digno de oprobio y castigo.

»Mirad con qué acompañamiento emprende uno de esos barones su camino. Lleva por compañía á la Maldad que va delante de él, con él y detrás de él. Le sigue la gran Codicia con todo su séquito. La Iniquidad lleva su bandera y el Orgullo su escudo.

»Cuando un mal baron se presenta así, ¿qué creeis que hace? Miéntras otro se solaza y se divierte, él mueve zambra á uno, maltrata á otro, atormenta á éste, molesta á aquél, irrita á todos y no cumple con la cortesía y con el honor como debiera.

»El mal baron que da fiestas y mantiene corte, y es amigo de banquetes y algazaras, lo hace con el fruto de sus exacciones y de sus robos. Sus dones, sus ofrendas, sus luminarias y reparaciones, provienen solamente de sus latrocinios. La guerra y el saqueo son sus rentas.

»El mal baron, cuando quiere dar una fiesta, comienza por ordenar un impuesto. Tortura á sus vasallos miéntras les queda un sueldo. Un baron de éstos es peor que el huracan, que el hambre y que la peste. Y sin embargo, quien no lo conoce le toma por un cumplido caballero.

»He dicho un poco de la historia que queria contar, pero la materia es tan vasta que hay suficiente con un poco para embriagarse.»

La traduccion, sin embargo, por más que he procurado hacerla fiel y ajustada, es pálida ante la brillantez, energía, y concision del original.

Para el poeta, los ricos faltos de las prendas morales

preçonizadas por la caballería, no merecen la estimacion de los hombres honrados:

Ricx hom que greu ditz vertat e leu men,
e greu vol patz e leu mou ochaizó,
e dona greu e leu vol qu' om li do,
e greu fai be e leu destrui la gen,
e greu es pros e leu es mals als bos,
e greu es francx e leu es orgulhos,
e greu es larcx e leu tol e greu ren,
deu cazer leu d' aut luec en bas estatge.

Pero entre sus *serventesios* de este género hay uno superior á todos, que llamó la atencion de Coll y Vehi, quien lo reprodujo íntegro en el estudio que escribió sobre Pedro Cardinal, estudio por cierto muy meditado, hecho con imparcialidad, en este autor distinguido tanto más notable cuanto que no es comun en él tratándose de trovadores.

Es el que empieza con esta estrofa:

Los tems azir falsedat et enjan,
et ab vertat et ab dreg mi capdelh,
e si per so vauc atras o avan,
no m' en rancur, ans m' es tot bon e belh,
qu' els uns dechai lialtatz mantas vetz,
e 'ls autres sors enjans e mala fes;
mas si tant es qu' om per falsetat mon,
d' aquel montar dissen pueys en preon.

Sería preciso llenar todo un volúmen para decir cuanto se puede y ocurre sobre Pedro Cardinal y sus obras.

A más alta y clara inteligencia está reservada esta

tarea. Alguien hará algun dia este libro, que bien lo merece la memoria del insigne poeta provenzal.

Ahora, para terminar este boceto, preciso me es hacer mencion, si quier sea ligeramente, de algunas otras composiciones de Pedro Cardinal que no han hallado sitio en el anterior relato, y que contribuirán á dar más completa idea de la rectitud de principios y morales dotes de nuestro poeta.

Contra la costumbre por otros seguida, raras veces se ve á Pedro Cardinal descender á la personalidad. Atacaba á las clases en sus vicios y costumbres, pero nunca á las personas, y sólo en determinadas circunstancias, y por muy relevantes motivos, se le ve abandonar esta línea de conducta. Su *serventesio* contra Estéban de Belmont es una prueba de ello.

Hé aquí el suceso que dió lugar á su durísima poesía.

Estéban de Belmont, noble señor, fué convidado por un pariente suyo. Estéban llegó á su castillo con toda la efusion del contentamiento y de la amistad, presentándose acompañado de muchos amigos y criados, halcones y perros, como si se dispusiera á una cacería, pero en el acto mismo de sentarse á la mesa de su huésped, se arrojó sobre él, le mató, lo propio que á un hijo suyo que estaba á su lado, y se apoderó de su castillo y sus bienes.

El poeta, hablando de este suceso, no sólo le condena con toda la dureza y la energía de color y de lenguaje que pudo inspirarle su herida rectitud, sino que no titubea en lanzar el nombre del criminal á la pública execracion para ejemplar expiacion y perpétua memoria.

«Estéban de Belmont, sabedlo, dice, es un miserable traidor. Nunca hizo daño á aquellos que podian hacérselo á él, ni injuria nunca á nadie que pudiera contestarle. Sólo es temible para sus huéspedes, para sus servidores y para sus tocinos, con cuyo degüello se deleita. Quiero hacer un ungüento para frotar con él á los traidores que de nada se ruborizan, pero ántes me es preciso despellejar al más infame traidor del mundo para procurarme la grasa.

»Estéban, jamás se ha conocido á un hombre más traidor que tú ni más malvado, y es de tí de quien quiero hacer el ungüento para frotar á los otros. Estéban miente más descaradamente que el centinela colocado para guardar un paso. ¡Así se vea pronto colgado y pasto de los buitres su inmundo cadáver! ¡Maldito sea desde ahora en adelante quien, pudiéndolo hacer, no lo castigue!»

La composicion prosigue en este tono, de verdadera originalidad y de verdadero genio en medio de lo grosero y realista de las imágenes, y concluye con este rasgo superior:

«Si es verdad que existe una raza de Cain, su sangre corre por las venas de Estéban. Que éste vaya, si quiere, á confesarse, pero que el confesor, en lugar del Padre Nuestro, le haga recitar este serventesio.»

Queda ya dicho que Pedro Cardinal era partidario declarado de la casa de Tolosa y sostenedor de la independencia provenzal.

En una de sus poesías dice, dirigiéndose al conde:

«Conde de Tolosa, duque de Narbona, marqués de

Provenza, vuestro valor honra al siglo. Todo el país desde la mar de Narbona hasta Valencia está lleno de pérfidos y de malvados, pero debeis despreciarlos á todos lo propio que á esos franceses ébrios, quienes no deben daros miedo alguno.»

En otra dice:

«El arzobispo de Narbona y el rey de Francia no son bastante poderosos para de un hombre malvado hacer un hombre de honor. Pueden darle oro, trajes, dignidades, pero la honra sólo Dios la da...

»¿Sabeis cuál será el fruto que ha de sacar de esta guerra? dice aludiendo á Simon de Montfort. Duelos, horrores, desgracias, el recuerdo de los espectáculos horribles que habrá visto y el de los grandes males que habrá sufrido. Tales son los laureles que traerá del torneo.»

Nada más singular ni más nuevo entre las composiciones de Pedro Cardinal, y tambien entre las de todos los poetas provenzales, que un *serventesio* escrito para contar lo que piensa decir á Dios el dia del juicio final, si por él fuere condenado. Tiene esta composicion un sello de originalidad y de genio que la hace única en su clase.

Dice así:

«Quiero hacer un nuevo serventesio que recitaré el dia del juicio final, á aquel que me hizo y me formó de la nada. Si de castigarme trata por algun pecadillo y me quiere enviar con la Diablería, yo le diré: «Señor, perdonadme, que toda mi vida la pasé en trabajos en el mal siglo que me cupo por suerte. Evitadme, si así os place, los tormentos.»

»Toda la corte celestial se maravillará oyéndome hablar así, pero yo sostengo que Dios caerá en falta con los suyos, si así quiere castigarles enviándoles al infierno (*infernándoles* dice el poeta inventando un verbo para expresar su idea). Quien pierde lo que puede ganar, en buena ley no cumple como debe, y Dios debe ser misericordioso y justo reteniendo y guardando cuantas más almas pueda.

»No debiera Dios tener cerrada la puerta del cielo, lo cual es en desdoro de San Pedro, que es el portero. Cualquier alma que quisiera entrar, debia tener franca la puerta. No hay corte cumplida si en ella unos rien miéntras otros lloran. El dueño que no abre á todos su palacio, siendo soberano y todo poderoso, debe ser justamente censurado.

»Lo que Dios debiera hacer sería desheredar al Diablo. Esto haria que las almas fuesen á él en mayor número y más á menudo, y esto complaceria á todo el mundo. Lo mejor que pudiera hacer sería perdonar á todos. ¿A qué condenarlos cuando puede absolverlos? Buen Señor Dios, libradnos de nuestros pesados y crueles enemigos.

»Yo no quiero perder mi esperanza en vos. Al contrario, la deposito en vos por completo, y confio que me salvareis á la hora de mi muerte. Puedo haceros una buena proposicion; la de pediros que me volvais allí de donde me sacásteis un dia. Perdonadme, pues, mis pecados, que no los hubiera cometido ciertamente si ántes no hubiese nacido.

»He sufrido durante mi vida, y si me condenábais al

fuego del infierno, sería, en mi opinion, una gran injuticia vuestra. Bien podeis salvarme, que por cada bien he sufrido mil males. A vos particularmente os lo pido, dama Santa María, interceded por nosotros cerca de vuestro Hijo. Amparad á los padres y á los hijos y llevadles allí, donde reside San Juan.»

Es importante esta composicion bajo muchos aspectos, distinguiéndose por su originalidad y por el fondo de filosofía que encierra.

Es el canto de cisne de un gran poeta. Quiere suprimir el infierno, desheredar al Diablo, abrir de par en par las puertas del paraiso. La puerta de un tribunal ha de estar abierta para todo el mundo. No concibe la idea de Dios más que uniéndola á la de perdon y misericordia. ¿Por qué,—dice en una bellísima é inspirada frase, y con un alcance superior á los hombres de su siglo,—por qué condenar cuando se puede absolver? Para el poeta la tierra es el infierno. Aquí, por un goce que uno se permita, sufre miles de males. ¿Para qué, pues, otro infierno?

Cuanto más se estudia y se medita, más bella aparece esta composicion, que copio aquí íntegra en su original:

Un sirventés novelh vuelh comensar
quo retrairai al jorn del jutjamen
á sel que 'm fets e 'm formet de nien:
si 'l me cuja de ren ochaisonar
e si 'l me vol mettre en la Diableria,
ieu li dirai: Senher, mercé no sía,
que 'l mal segle trebaliey tots mos ans,
et guardats-me, si us play, dels turmans.

Tota sa cortz faray meravelhar
quant auziran lo miei plaideyamen,
qu' ieu dic qu' el fay ves lo sieus faillimen
s' el los cuja delir ni enfernar;
car qui perd so que gazagnar poiria,
per bon drey a de viutat carestia
qu' el deu essen dous et multiplicans
de retener sas armas trepassans.
Et sa porta non si dogra vetar,
et san Peyres pren-hi grand aunimen
car n' es portier; mais qu' hi entrés rizen
quascun' arma que lai volgués entrar.
Car nulha cortz non es ja ben complia
que l' un en plore, et que l' autre en ria,
et sitot s' es sobeyrans et poissans
si non s' obre, sera li 'n faits demans.
Lo Diables degra desiretar
et agra mais d' armas et pus soven;
el deseret plagra a tota gen
et el mezeis pogra s' o perdonar
tots, per mon grat; tots los destruiria
pus tots sabem qu' absolver s' en poiria.
Belh Senher Dieus, siats descretans
dels enemics enojós e pesans.
Ieu no mi vuelh de vos desesperar,
ans ai en vos mon bon esperamen,
perque devets m' arma et mon cors salvar
et que 'm valhats a mon trepassamen.
Et farhos ai una belha partía,
que 'm tornetz lai d' on m' ec lo primer dia;
et que me siats de mos torts perdonans
qu' ieu no 'ls fairia, si no fos nat enans.
S' ieu ai sai mal et en infer ardia,
segon ma fe, torts et peccats saria,
qu' ieu vos pues be esser recattinans

que per un ben ai de mal mil autans.
Per mercé us prec, dona Santa Maria,
qu' ab vostre Filhs nos siats bona guia
et que prendats los paires et los enfans
e 'ls metats lai on está Sant Joans.

Y ahora, para terminar este estudio sobre uno de los más grandes poetas provenzales, sólo nos resta recordar el bellísimo apólogo de Pedro Cardinal, cuya traduccion hallará el lector en el discurso preliminar de esta obra y en el capítulo que trata de los diversos géneros de la literatura provenzal.

PEDRO DE CORBIAC.

No está continuado este poeta en el ejemplar de *Vidas de trovadores* que poseo, y sin embargo merece entre éstos un sitio de honor.

Nada se sabe de él, su vida nos es desconocida como la de tantos otros, y sólo se sospecha que murió á mediados del siglo XIII; pero tiene dos obras que le dan legítimo derecho á la memoria y recuerdo de la posteridad.

Ya en otro lugar de este mismo libro, se ha dicho algo de su *Tesoro*, obra rara y singular, de 840 versos alejandrinos nada ménos, todos monorrimos, especie de memorandum ó enciclopedia en que el autor hace gala de todos sus conocimientos y ciencias, que parece querer poner al alcance de todo el mundo.

Comienza así:

«Yo soy rico de ingenio, y aunque no tenga grandes propiedades, castillos, burgos ni otros dominios, aun

cuando no tenga ni oro, ni plata, ni seda, reduciéndose todo mi bien á mi sola persona, no soy sin embargo pobre; al contrario, soy más rico que alguno que tiene mil marcos de oro. Mi nombre es Pedro, y he nacido en Corbiac, donde se hallan mis padres y mis amigos. Módicos son mis haberes; pero mi cortesía y mi ingenio me mantienen en honor entre las gentes honradas. Llevo alta la cabeza, como si fuera un rico, y en efecto, lo soy por el tesoro que he sabido amasar. Más precioso que la plata, el oro y las pedrerías, no puede perecer ni serme robado por los ladrones, y léjos de disminuir, se acrecienta de dia en dia. Mi tesoro es mi ciencia, que someramente voy á detallar.»

Ieu n' ai un ric thezaur amassat clar e gens
et es pus pretiós, pus cars e pus valens
que peiras pretiosas ni fis aur ni argens;
ilh laire no s' en meta en grans aspiramens,
que no 'm pot esser folts ni emblans furtilmens.

Despues de este exordio, que no está inspirado ciertamente por una gran modestia, continúa de esta manera:

«Salomon lo dijo: todas las ciencias proceden de Dios. Él fué el criador de los diez órdenes de ángeles, de entre los cuales el más perfecto fué arrojado á los infiernos por haber querido igualársele. Creó despues el cielo y la tierra, que es redonda é inmóvil, el sol, la luna, y finalmente, Adan y Eva, quienes, tentados por la serpiente, fueron arrojados del Paraiso.»

A seguida de esto el autor da un bosquejo de la his-

toria religiosa y habla de los patriarcas, de los jueces, de los judíos, de los profetas; pasa luégo á la vida de Jesucristo, á su pasion, al martirio de los apóstoles, y nos dice lo que sucederá el dia del supremo juicio.

En todo esto hace consistir la primera y principal parte del tesoro de su ciencia. La segunda es para él ménos importante, aunque de adquisicion más difícil, y comprende algunas nociones sobre las siete artes liberales, que el poeta dice conocer á fondo, como tambien la geografía, la astronomía, la aritmética, la medicina, la cronología, la mitología, la farmacia, la cirugía, la nigromancia, la geomancia, la magia, la adivinacion y la historia.

De nigromancia apriz totz los encantaments,
mais de geomancia sai totz los esperimens,
las sortz e las esperas et los desviamens,
e de las XV cans los XV ponchamens,
catre cauzas fa om poians primieramens,
e fai n' om autras IIII, d' aquelas en bestens,
e las VIII ne fan IV cap ins en estrenhens,
las IIII ne fan doas, las doas un' aissamens
e pueis remanon XV totz escaridamens,
mais las XII ne fan testimoniaments,
e las tres sotirans respondon als querens,
e si 'm vuelh entremetre, sai prou d' aramens
d' encontre de demandas, e dels auzels prenens,
los destres e 'ls senestres, los anans e 'ls venens,
d' albanel, de garanh, d' autras auzels ferens,
del corp e de la gralha los cridans, los tacens.

Pedro de Corbiac nos dice cuál ha de ser la ciencia del trovador.

En totas las VII arts sui assatz conoissens,
per gramatica sai parlar latinamens,
declinar et construcre e far derivamens...
e 'm gar de barbarisme en pernunciamens.
Per dialectica sai molt razonablamens
apauzar e repondre e falsar argumens,
sophismas e concluire, e tot ginhosamens,
menar mon adversari á desconfezimens.
De rethorica sai per bels afachamens
colorar mas paraulas e metr' azautimens...
D' arismética sai totz los acordamens
creisser, multiplicar é mermar dividens,
par las onzas dels detz tot en brevadamens
poiria contar d' un rei totz sos despensamens.

Dicho todo esto, despues de hacernos saber que con las uñas de sus dedos se atreveria á contar todos los gastos de un rey, el poeta, continuando la ciencia del trovador, nos dice que su fuerte es la música. Ha estudiado el sistema de las gammas y de las siete mudanzas de tono, segun los diversos métodos de Boecio y de Guido el Aventino.

Tota la solpha sai e los VII mudamens
que don Gui et Boeci feron diversamens.

Conoce las reglas de los acordes que de dos sonidos unidos forman uno solo:

Qu' ab doas (cordas) paron una, tan sono doussamens;

y con este estudio, añade, me acostumbré á procurarme toda clase de diversiones, á tañer instrumentos, y á

componer, segun el uso, lais, canciones, tonadas de todo género:

> Per aquest artz sai ieu tot, e verzadamens,
> far sons e lais e voutas et sonar estrumens.

Al estudio de las ciencias, une el poeta el de la historia, el de la mitología y el de la novela, haciendo de todo una extraña mezcla.

Conoce y sabe, dice, las vidas de Rómulo, de César, de Pompeyo, de Augusto, de Neron, de Vespasiano, de Tito que se apoderó de Jerusalen, de los doce Césares hasta Constantino; las historias de Tebas, de Troya, de Roma, de Grecia, y la de Alejandro, que al morir repartió sus conquistas *entre sus doce pares;* la historia de Francia, la de Clodoveo, Cárlos Martel y Pepino, la de las conquistas de Carlo Magno y de Rolando contra los paganos, la del buen rey San Luis que murió combatiendo; la de los ingleses *desde que Bruto llegó de Troya á Bretaña, abordando en Inglaterra donde venció al gigante Cornieu;* la de los amores de Tristan y de Belda, la de Merlin y otras muchas.

Da tambien reglas para vivir convenientemente. Así, por ejemplo, él sabe arreglarse con los locos y con los cuerdos y hacerse simpático á caballeros y á servidores. Con los locos se porta como puede; con los cuerdos cuerdamente, y con este método y conducta pasa alegremente los siete dias de la semana.

> E sai esser de segle ben e ginhozamens,
> retenc los fols e 'ls savis, a cascú soi plascens,
> ab totz me sai aidar cavayer e sirvens,

ab fols passi com puesc, ab savis saviamens,
e VII jorns la semana m' esfais alegremens.

Por fin, la obra termina diciendo:

«Tal es mi tesoro y tales son mis placeres. Riqueza es esta que no me da inquietud alguna, y con ella nadie puede impedirme que esté contento todos los siete dias de la semana. No pido á Dios más que la salud del cuerpo y la del alma y los medios para alimentarme y vestirme. Así termina el *Tesoro* de Pedro de Corbiac.»

Por difusa y empalagosa que parezca, esta obra sin embargo, inspiró á Brunetti de Florencia la idea de un *Tesoro* semejante, compuesto en versos italianos, y la de otro *Tesoro* en prosa francesa que fué á parar á la biblioteca del Vaticano donde se conserva con notas escritas de mano del Petrarca.

Más importante que esta, y sobre todo más bella, es otra composicion de Pedro de Corbiac ó de Corbian, segun le llaman algunos.

Es una cancion á la Vírgen, de la que Millot se ocupa con gran desdén, y que, sin embargo, con perdon de dicho autor sea dicho, es una obra lírica que encierra muy bellos detalles, aun despojada de su lengua, forma y melodía nativas.

«Señora reyna de los ángeles, esperanza del creyente, voy á cantaros en lengua romana, segun mi ingenio me permita...

»Señora, rosa sin espinas, olorosa sobre todas las flores, tierra que sin labor da fruto, rama seca que, sin embargo, da fruto, estrella madre del sol... el mundo no tiene otra semejante, ni presente ni futura.

»Señora, desde la más tierna infancia obediente fuísteis á Dios y á sus mandatos. Por esto la gente cristiana cree verdadera la nueva anunciada por el ángel de que Dios sería concebido en el seno de una Vírgen.

»Señora, vírgen pura é inmaculada, ántes que tuviera lugar el parto, de vos tomó carne humana Jesucristo nuestro salvador, así como pasan á través del vidrio, sin quebrarle, los encendidos rayos del sol.

»Señora, vos sois el verde jazmin que vió Moisés entre las quemantes llamas; vos el copo de lana que en el aire seco se impregnó de rocío para tranquilizar á Gedeon. La naturaleza se maravilla de que hayais permanecido inmaculada.

»Señora, estrella de los mares, entre todas la más brillante, muéstranos la derecha vía á los que combatidos nos vemos por los mares y los vientos; que si á buen puerto conducir nos quieres, no habrá buque ni timonel que teman el furor de la tormenta ni las olas de la mar.

»Señora, médico sois y remedio, salud y bálsamo para las heridas del cuerpo y del alma. Dulce, piadosa, clemente, apartadnos del camino del mal. Esposa, hija y madre de Dios, pedid al Hijo, rogad al Padre, aconsejad al Esposo, á fin de que seamos recibidos en su gracia. Dormidos como estamos, despiértanos antes de llegar la hora de nuestra muerte.»

Domna, dels ángels regina
esperanza dels crezens,
segon que 'm aonda mos sens,
chan de vos lenga romana.

. . . .

Domna, rosa ses espina,
sobre totas flors olens,
verga seca frug fazens,
terra que ses labor grana,
estela del soleilh maire,
. . . .
el mon una no 'us somelha
ni londana ni vezina.

Domna, joves e mesquina
fost á Dieus obediens
en totz sos comandamens,
perque la gens crestiana
cre ver e sap tot l' afaire
qu' us dis l' ángel saludaire,
que consebras per l' aurelha
Dieu qu' enfantes vergína.

Domna, vérges pura e fina,
ans que fos l' enfantamens
e apres tot eissamens,
de vos traits sa carn humana
Jhesu Crist nostre salvaire;
si com, ses frachura faire,
vai e ven rais quan solelha
per la fenestra vezina.

Domna, vos etz l' aiglantina
que trobet vert Moysens,
entre las flamas ardens;
e la toizó de la lana
qu' es moillet en la sec' aire
don fo Gedeons proaire;
mas natura 's meravelha
com romazest enterina.

Domna, estela marina,
de las autras plus luzens,
la mars nos combat e 'l vens;

mostra nos via certana:
quar si 'us volc a bon port traire
no tem nau ni 'l governaire,
ni 'l tempier que 'ns estorbella
ni 'l stori de la marina.
Domna, metjes e metzina,
lectoaris et enguens,
nos nafratz de mort temens
la velia oing e sana,
dossa, pia, de bon aire
fai nos tost de mal estraire.
Dieu espoza, filh' e maire,
manda 'l Filh e prega 'l Paire,
ab l' Espos parl' e conselha
com merces nos si' aizina.
Pos durmen, mas tu 'ns revelha
ans que 'ns sia mort vezina.

PEDRO RAMON.

Millot no habla de este trovador, y todo cuanto de él dicen las biografías provenzales se reduce á lo siguiente:

«Pedro Ramon, llamado *el Viejo*, era hijo de un ciudadano de Tolosa. Hízose juglar y se fué á la corte del rey Alfonso de Aragon, que le acogió, distinguiéndole y honrándole sobremanera. Era un hombre entendido y sabio, de ingenio sutil, que sabía trovar y cantar muy bien, componiendo buenos versos, lindas canciones, y siendo muy celebrado por sus frases. Vivió largo tiempo en las cortes del rey, del buen conde Ramon de Tolosa y de Guillermo de San Leidier. Despues retiróse á Pamiers donde se casó y acabó su vida.»

Es todo cuanto se sabe de él, y poco más se puede deducir por sus poesías, canciones galantes todas, que en número de veinte le han sobrevivido.

Se le ve en la corte de D. Alfonso de Aragon, y floreció por consiguiente á fines del siglo XII.

Debió residir en Barcelona, donde tuvo amores con una dama.

Lai, al renc de Barsalona
estay l' amors c' amar suelh,
e aqui d' autre amor me sona
perdu Dieus qui non l' acuelh,
qu' ieu non pertrai á ma vida,
tant es de bona razina...

Otra cancion dirige tambien al puerto (sin duda Barcelona misma) donde reina su alegría, donde cosecha prez y valor el rey sabio y entendido de Aragon, á quien el poeta consagra el homenaje de su amor:

Chansons al port d' alegratje
on pretz e valors s' aten,
al rey que sap et enten
m' iras en Aragó dire
qu' ancmais tan jauzens no fui
per fin' amor cum er sui.

Los elogios del monarca aragonés, *el que trovó*, se hallan á cada paso en las composiciones de Pedro Ramon que debió serle muy adicto y fiel. Al ménos esta vez, si D. Alfonso sembró favores, no recogió ingratitudes y desengaños como le sucedió con otros poetas.

En una cancion dice que quiere mandarla directamente á Aragon, para cuyo rey pide el auxilio de Dios, pues que por él son mantenidas la nobleza y la prez, más que por rey ninguno nacido de madre, siendo tan

excelentes sus prendas que se distinguen y sobresalen entre las de los otros, así como descuella la flor blanca en el verjel.

Esta chansós vuelh que tot dreg repaire
en Aragó, al rey cuy Dieus aiut,
que per lui son tug bon fag mantengut,
plus que per rey qu' anc nasquet de maire.
Qu' aissi 's vai trian
sos pretz, e s' espan
sobr' autres que so,
com sombr' el verjan
fai la blanca fló.

Los manuscritos llaman á este poeta *el Viejo*, sin duda por haber llegado á una edad avanzada, ó tal vez por ser de la vieja escuela, del siglo de oro de los trovadores.

Sus canciones tienen originalidad, espontaneidad, frescura, fácil lenguaje, elevacion de miras, y abundan en pensamientos ingeniosos, en ideas nuevas y delicadas, que han inspirado á otros trovadores.

«La bujía, dice en una poesía, se consume y se gasta por sí misma para dar luz á otro. Así canto yo mi amor.»

Imitando á los clásicos latinos y con una sobriedad admirable, pinta con un rasgo el amor y sus martirios. Lo siguiente no puede decirse mejor ni de más delicada manera:

«El amor sabe herir con su dardo, lo sé: ¿pero cómo cura su herida? Lo ignoro aún.»

Lo propio que Aimeric de Peguilhá, que Bernardo

de Ventadorn, que Pons de Capdeuil, que muchos otros trovadores, Pedro Ramon proclama la excelencia del amor y confiesa debérselo á él todo.

«No son, dice, los prados en flor, ni el cielo azul, ni los risueños verjeles los que me hicieron cantor, sino vos á quien adoro, vos, mi bella y gentil dama, la que ha llenado de alegría mi corazon.»

El amor del poeta tolosano es el amor clásico de los grandes trovadores provenzales, el que vivió luégo en Dante y en Petrarca, un culto, una religion, manantial y fuente de toda virtud.

«El amor, dice, es conjunto de todo bien y de toda perfeccion, y el verdadero amante debe cuidar de que su dicha no sea conocida, ya que más pura es cuanto más ignorada. Debe hacer callar su corazon, ocultar á todos su felicidad, y bendecir al amor así por sus bienes como por sus males.»

La dama de Pedro Ramon es la divinidad antigua. El poeta sólo llega á ella de rodillas, cruzadas las manos, para adorarla sólo, sin pronunciar una palabra ofensiva, sin atreverse siquiera á exhalar una queja.

«La veo y me embeleso mirándola. Estoy delante de ella en adoracion constante. Cuando me mira ó me sonrie, mi alma se inunda de goces de paraiso. Cuando tengo que darle una queja, permanezco mudo al verla.»

En una palabra, Pedro Ramon es uno de esos poetas delicados, de la buena escuela antigua, y no se comprende por lo mismo la *tension* que de él existe con Beltran de Gordon, continuada en el artículo referente á este último poeta. Se destaca ésta de todas sus demás

composiciones. No es aquel su género ni pudieron ser aquellas sus costumbres.

Hé aquí, para terminar este ligero estudio, una poesía de Pedro Ramon que merece trasladarse original é íntegra:

Us novels pessamens m' estai
al cor, perqu' eu n' ai greu cossir,
don fas mant angoissós sospir;
e n' ai soven mon cor plus guai,
e 'm gart miels de far desplazer,
e 'm esfors en ben captener,
quant vei que n' es luecx e sazós;
e selh qu' a son poder es bos,
ben deu aver mais d' onransa.

—

Onramens grans cre que 'l n' eschai
a celh que sap en patz sufrir,
son dan, o belhamen cubrir,
mantas vetz, so qu' al cor no 'l plai;
e qui sobrirás sap tener
de far e de dir non dever,
ges non s' en merma sa razós;
porqu' om non deu esser coytós
de far gran desmezuransa.

—

Desmezura conosc hueimai
que fai ma dona, ses mentir,
pus qu' a se 'm fetz aissi venir,
e so que 'm promés er m' estrai;
que qui non a vezat aver
gran be, plus leu sap sostener
afan, que tals es belhs e bos,
qu' el maltraitz l' es plus angoissós
quan li sové 'l benanansa.

Benanansa en fin joi verai
aic ieu de mi dons al partir.
Partitz non suy, perqu' ieu m' azir,
quar a mos precs braus respós fai.
Denan sos pes l' irai cazer,
s' a lieis platz que denhe voler
que de lieis fasa mas chansós
quar de me no suy poderós,
qu' en autra paus m' esperansa.

—

Ben esper, per l' afan que n' ai,
que 'm vuelha mi dons mantenir,
que non es autr', al mieu albir,
ni fon tan belha, sotz lo rai.
Sopleian, quier que 'm denh valer;
qu' ieu conosc, segon mon saber,
qu' ab los melhors se fai hom bos;
et es assatz belha razós
aver joi de fin' anansa.

Obsérvese en esta poesía de qué manera el final de cada estrofa se encadena con la siguiente por medio de la última palabra, que se repite en la primera de la otra.

PEDRO ROGER.

Ya hemos hablado en esta obra de Ermengarda de Narbona (véase entre otros Adelaida de Poncairagues), y sabemos quién fué esa bella y varonil princesa.

Hija de Aymerico II de Narbona, el que murió en la batalla de Fraga al lado de D. Alfonso I de Aragon, gustaba del trato con los poetas, y su corte era centro escogido y selecto donde hallaban proteccion decidida las artes, las letras y las ciencias. En el lárgo período de su gobierno, desde 1143 á 1192 en que abdicó á favor de su sobrino Pedro de Lara, Ermengarda fué constante protectora de los trovadores, y éstos, acudiendo desde lejanas tierras á disfrutar de la hidalga hospitalidad que les ofrecia, supieron convertir su corte en un lugar seductor de galantes discreteos, de fiestas literarias, de luchas poéticas donde la inteligencia y la cultura hallaban horizontes en que esparcirse, áun entre el fragor de las armas y el estrépito de las batallas que

tan á menudo venian entónces á turbar la paz de los Estados.

Confundido entre multitud de aquellos trovadores, llegó un dia á Narbona un gallardo jóven, hijo de una noble familia de Auvernia. Se llamaba Pedro Roger y era caballero, y sus padres, dedicándole desde la infancia á la carrera eclesiástica, habian obtenido para él un canonicato en Clermont. Mozo aún, vióse revestido con esta dignidad, comenzando así por donde los demás terminaban. Pero el jóven sentia latir un alma de fuego bajo sus hábitos clericales, y mal se avenia con la soledad y el retiro. Amaba las fiestas, los placeres, la animacion y el ruido; sentíase atraido por la vida aventurera del caballero ó la existencia nómada del trovador, y el mejor dia colgó sus hábitos dirigiéndose á correr cortes.

Cuando llegó á Narbona, Ermengarda estaba en la flor de su belleza y de su poder. Era una dama que unia al ingenio de un poeta, el talento de un político y el valor de un caballero. Viuda de su primer marido que fué un señor español, llamado Alfonso, á quien al parecer amaba con ternura, habia casado en segundas nupcias con Bernardo de Anduse, y como no debió hallar en este segundo enlace la felicidad que en el primero, buscaba solaz á sus duelos en el cultivo de las letras, en las preocupaciones de la política, y hasta en los azares y peligros de las armas.

Rodeábala una corte de admiradores y galanes, á través de los cuales logró abrirse camino Pedro Roger, que se distinguia al par que por su gallardo porte por

su esclarecido ingenio. Llegaron un dia á fijarse en él las miradas de su soberana, pero aquel dia decidió de su vida. Turbada la paz del alma, sintió nacer en su pecho el fuego de una pasion devoradora que ya no debia terminar sino con su vida. El amor le hizo poeta. Al llegar á Narbona, Pedro Roger era un aventurero: cuando el rayo de luz desprendido de los ojos de Ermengarda hubo de fijarse en él, Pedro Roger se convirtió en el trovador amante y apasionado que tan bellos y tiernísimos cantos debia escribir.

Al principio fueron grandes su timidez y reserva; apénas si se atrevia á demostrar su amor, y segun la costumbre entónces generalmente establecida entre los trovadores de dar á su dama un nombre poético, Ermengarda se llamaba para Pedro Roger *Tort no avetz*, es decir, *sin tacha*, *no teneis tacha*.

No tardó en murmurarse de los amores del trovador y en sospechar quién podia ser la dama ilustre á la cual elevaba sus miradas; pero el trovador contestaba á estas indiscretas hablillas diciendo en una de sus canciones:

«No importa quién sea ni dónde se encuentre mi dama. Yo soy su adorador, aun cuando no me corresponda. Mi corazon arde en silencio, sin vanidad y sin ruido, pues que ella ignora la dicha que me causa cuando la veo, la felicidad que me inunda cuando la hablo. Todo cuanto me digan es inútil; jamás revelaré su nombre, pues temeria perderlo todo dejando de ser su amante ignorado.»

El poeta hace el elogio de su dama y la presenta tan afable y cortés «que las gentes más rudas y groseras

se convertirian en modelos de cortesía si tuvieran la dicha de conversar con ella.»

Hace en seguida hablar al amor que le exhorta á mostrarse digno de las bondades de una dama tan superior á él por cuna y por mérito. Teme no ser amado, confiesa no haber obtenido ningun favor y desespera de obtenerlo. Da tambien consejos á los amantes diciéndoles que no deben ser temerarios ni impacientes, pues que los celos, las riñas injustificadas, las sospechas y el espionaje pueden acabar por hacerlos insoportables al objeto de sus amores.

«Un buen amante, dice, no debe dar crédito ni á la maledicencia ni al mismo testimonio de sus ojos al tratarse de una traicion de su dama. Debe creer lo que ella le diga, sin exigirle juramento, y no creer ni siquiera lo que ha visto.

»Por no atender á estos consejos he visto muchas veces á los más cuerdos cometer grandes locuras al obstinarse en cosas que provocan el enojo de su dama. Y de aquí que las risas se truequen en llanto, sucediéndoles á esos insensatos el ser víctimas de sus errores.»

Bos drutz non deu creire auctors
ni so que veiran sei huelh
de nenguna forfaitura
don sap que sa domna 'l trays:
so que dis qu' a fait alhors
creza, sitot non lo jura,
e so qu' eu vi dezacuelha.
Qu' ieu vey de totz los melhors
qui sempr' en devenon fuelh,

qu' en queron tant lur dreitura
tro que lur domna's n' irays,
e 'l ris torna' es pueis en plors
e 'ls folhs per mal' aventura
vai queren lo mal qu' el duelha.

Así continuó el poeta por largo tiempo dirigiendo sus cantos entusiastas á aquella que «deslumbra como el sol, dice, pues que para cualquiera que la vea, la noche se torna de repente en dia claro y hermoso.»

Ermengarda llegó á saber que ella era el *Sin Tacha* del enamorado poeta, y parece que sus ojos hubieron de dárselo á conocer un dia.

El poeta cantó en seguida:

«Ayer una de sus miradas me hizo feliz. Estoy condenado á no obtener nada más, ya lo sé, pero no por esto quedo ménos reconocido á favor tan insigne.»

Si puede darse crédito á lo que dicen las *Vidas de los trovadores*, á este favor siguieron otros bien pronto, que el poeta hubo de creer todavía más insignes. Vencida por el amor y por la constancia del galan, *Sin Tacha* debió dar lugar á que se la pusieran á sus relaciones con el enamorado trovador. Comenzaron los rumores y las murmuraciones entre los cortesanos: la reputacion de la vizcondesa, intachable hasta entónces, hubo de sentirse herida, y, celosa de su honra, Ermengarda creyó que debia alejar de su corte á aquél á quien hasta entónces colmara de gracias y de honores.

Despues de una larga permanencia en Narbona, que debió ser entre 1168 y 1177, Pedro Roger se alejó triste, pensativo y afligido de aquella ciudad y de aquella

corte donde tan felices dias pasara y donde enterrado dejaba su corazon, y fué á demandar hospitalidad y consuelos á Rimbaldo de Orange, á quien en semejante ocasion dirigió aquel su serventesio que comienza:

Senhe 'N Raimbaut, de vos lo conort e 'l solatz...

Pero, ausente de Narbona, su dama seguia ocupando por completo su pensamiento. El pobre amante de Ermengarda sólo en ella pensaba, sólo cantaba el infortunio y la tristeza de sus malhadados amores.

«No importa que esté léjos de ella, decia hablando de su *Sin Tacha*: es como si estuviese á su lado, como si fuera aún su huésped, pues que el amante sólo con la muerte se aparta de su amada.»

Y así fué para el pobre Pedro Roger.

No hallando alivio á la dolencia de su corazon junto á Rimbaldo de Orange, pasó á la corte de D. Alfonso de Castilla y luégo á la de Alfonso de Aragon, mereciendo á estos monarcas ser objeto de favores y distinciones señaladas; pero siempre perseguido por su constante idea, volvió á pasar los Pirineos con el objeto de acercarse al lugar habitado por su dama y «respirar al ménos los mismos aires que ella.»

Acogióle el conde de Tolosa en su corte, honrándole y distiguiéndole sobre todos, y desde allí hubo sin duda de entablar negociaciones para que le fuese permitido regresar á Narbona, pero las puertas de esta ciudad permanecieron tenazmente cerradas para el poeta infortunado, que en vano cantaba con estos sentidos acentos los tormentos de su alma:

«¡Ay de mí! El llanto, los pesares, los dolores del amor, no es cierto que hagan morir. Yo no puedo creer en la muerte de Andrés de Francia (1), pues que vivo todavía. Ningun penitente, ningun mártir sufrió jamás lo que yo sufro. Antes que ser rey del mundo entero, quisiera ser esclavo de aquella que es causa de mis penas. ¡Si pudiese al ménos volverla á ver! Es una beldad que reune todas las perfecciones y todos los encantos, como recibe la mar y reune las aguas de todos los rios. ¡Ay! ¡Si Dios me diera volverla á ver para quedarme á su lado como el último de sus esclavos!»

Las sentidas quejas del poeta se perdieron en el espacio, y entónces fué cuando su desesperacion le llevó al suicidio de aquella época. Desapareciendo un dia de Tolosa, donde cada vez se veia más colmado de honores, corrió á sepultarse con su tristeza y con su dolor en el claustro de Gaumont, y allí acabó sus dias alejado de todos y de todos ignorado.

Petrarca en su *Triunfo de amor* habla de este poeta, de quien, como muestra, continúo aquí una de sus poesías más bellas, notable entre otras cosas por sus dos estancias *tensionadas*, como se llamaba entónces á este género.

Ges non puesch en bon vers falhir
nulh' hora, qu' ieu de mi dons chan;
cossi poiria ieu ren mal dir?
Qu' om non es tan mal ensenhatz,

(1) Personaje de un poema provenzal, atribuido á Pons de Capdeuil.

si parl' ab lieis un mot ó dos,
que, s' es vilás, non torn cortés.
Perque sapchatz be que vers es
qu' el ben qu' ieu dic ai tot de lieis.
De ren als non pens ni cossir,
ni ai desirier ni talan,
mas de lieis, que 'l pogués servir,
e far tot quant l' es bon ni 'l platz;
qu' ieu non cre qu' ieu anc per als fos,
mas per lieis far so que 'l plagués;
que be sai qu' onors m' es e bes
tot quant fas per amor de lieis.
Ben puesc los autres escarnir,
qu' aissi 'm suy sauputz traire enan,
que 'l mielhs del mon saupi chauzir;
ieu o dic, e sai qu' es vertatz;
pero motz n' i aura gelós
que diran mens, e non es ges,
d' aissó no 'm cal ni no m' es res,
qu' ieu 'm say ben cossi s' es de lieis.
Greu m' es lo maltraitz á sufrir
e 'l dolors, qu' ay de lieis tan gran,
don no 'm pot lo cors revenir;
pero no 'm platz autr' amistatz,
ni mais jois no m' es dous ni bos,
ni no vuelh que 'm sia promés;
que s' ieu n' avia cent conqués,
ren no 'ls pretz, mas cel qu' ai de lieis.
Bona domna, per vos sospir,
e trac greu pena e gran afan
per vos, cuy am mout e dezir;
e quar no us vey, non es mos gratz;
mas si be m' estau luenh de vos,
lo cor e 'l sen vos ai tramés,
si qu' aissi no suy, on tu 'm ves;

e 'l ben qu' ieu ai, totz es de lieis.
Ailás! — Que 't plang? — Laissem morir.
— Qu' as? — Am. — E trop. — Ieu oc tan
que 'm muer. — Mors? — Oc. — No 'n potz querir?
— Ieu, no. — E cum? — Tan suy iratz.
— De que? — De lieis don sui aissós.
— Sofra. — No 'm val. — Clama 'l mercés.
— Si 'm fatz. — No y as pro? — Pauc. — No 't pes,
si 'm tras mal. — Noqua o fas de lieis.
Cosselh n' ai. — Qual? — Vuelh m' en partir.
— Non far. — Si farai. — Quers ton dan.
— Qu' en puesc al! — Volsten ben jauzir?
— Oc, mout. — Crei me. — Era diguatz.
— Sias humils, francs, lars e pros.
— Si 'm fai mal? — Suefr' en patz. — Sai pres.
— Tu? — Oc. — S' amar vols, e si 'm cres,
aissi poirás jauzir de lieis

PEIROL.

El manuscrito provenzal de las *Vidas de los trovadores*, que, como habrá podido juzgarse, se ocupa quizá más de lo que debiera de la vida galante de los poetas y ménos de lo que convendria de su biografía, histórica y literariamente apreciada, sólo habla de Peirol con referencia á una de sus aventuras de amores.

Para reconstruir, pues, la vida de este trovador y decir todo lo que se sabe de ella, es preciso ir casando y enlazando datos y noticias que se encuentran diseminadas y perdidas en las obras de Millot, de Diez, de Raynouard, de Lafont, de Crescimbeni, de Wyte, de otros muchos, sin olvidar como fuente principal, sus mismas poesías y los manuscritos provenzales. Así, y no sin ímprobo trabajo, es como han podido recogerse las noticias que siguen á continuacion.

Peirol, á quien los manuscritos provenzales, por la índole de la lengua, llaman Peirols, vivió en la época de

oro de aquella literatura y hay que colocarle á últimos del siglo XII y principios del XIII, de 1170 á 1180 á 1220 ó 1230.

Era de Auvernia y de orígen noble, pero hijo de un caballero muy pobre, sin fortuna de ninguna clase. Nació en un castillo llamado Peirol, del que tomó el nombre, situado al pié de Roquefort, en tierras del Delfin de Auvernia, y otra cosa no pudo hacer por él su padre que la de conseguirle un puesto al servicio del Delfin Roberto.

Reunia Peirol á una gallarda presencia unos modales corteses, un talento claro y despejado, un ingenio agudo y perspicaz, y muchas otras dotes y cualidades de esas que abren camino al hombre ganoso de prosperar y de mejorar su suerte.

No tardó, pues, en conquistarse las simpatías del Delfin, que era poeta, amante de fiestas, de lujo y de fausto, protector decidido de los trovadores y hombres de valía. Cuidó, pues, de él el Delfin, y acabó por tratarle como amigo, más que como servidor, dándole mesa y aposento en su casa, trajes, armas, caballos y todo cuanto podia necesitar. Peirol, siguiendo los gustos de su señor Roberto, comenzó á consagrarse á la poesía, para la cual revelaba gran ingenio y en la cual sobresalió bien pronto, distinguiéndose muy particularmente por sus poesías amorosas.

No pudo saberse al principio quién era la dama de sus pensamientos, aquella por la cual tan buenos y sentidos versos componia, pero no tardó en conocerse que las miras del poeta se elevaban hasta la propia hermana

del Delfin, Assalida de Claustra, esposa del baron auvernés Berant de Mercœur, la misma Assalida que figura tambien en la biografía del trovador Guillermo de San Didier como dama de éste.

Era Assalida gentil y alegre, una de las más peregrinas bellezas de su tiempo, propicia á alabanza y galanteos, amiga de fiestas, cortes y torneos. Sabida es ya su curiosa aventura de amores con Guillermo de San Didier.

Esto no obstante, Peirol hubo de sufrir al principio los rigores de su dama que le correspondia como amiga, pero no como amante. Fuese por coquetería y por dar cebo á su pasion, fuese por creerle muy inferior á ella, ó fuese por estar presa en las redes de otros amores, quizá los mismos de Guillermo de San Didier, lo cierto es, que la baronesa de Mercœur dejó suspirar inútilmente y lamentarse por mucho tiempo al pobre trovador, sin hacer caso alguno de las apasionadas canciones que éste le dirigia, dedicadas casi todas al Delfin de Auvernia, como si esperase que el protector de su juventud lo fuera tambien de sus amores.

Las poesías de Peirol correspondientes á este momento de su vida y á este momento de su avasalladora pasion, son quizá, entre todas las que de él nos quedan, las más sentidas y delicadas. Retratan perfectamente sus angustias, sus dolores, su incertidumbre, sus esperanzas unas veces, sus desilusiones otras, sus tormentos siempre, y halla entónces los más vivos colores de su paleta para pintar fielmente lo que teme ó lo que ansía, lo que le alienta ó abate, lo que una vez le eleva y exalta hasta

los cielos para luégo hundirle en los profundos abismos de la tierra.

El amor es la dicha suprema y la suprema inspiracion del poeta, que exclama con admirable expresion de sentimiento:

«Llama de amor me consume de dia y de noche y en ella se purifica mi alma como el oro en el crisol.»

«Se citan mis cantos como buenos, dice en otra poesía. ¿Cómo no han de serlo, si el Amor ha sido mi maestro? Es el Amor quien me reveló el arte de hacer buenos versos, y si él no me hubiese instruido yo no sería poeta.»

«Amar es todo mi bien y toda mi gloria,» añade en un excelente verso.

Para el poeta no hay nada en el mundo más que su dama. En ella piensa noche y dia, de ella se ocupa siempre, á ella se consagra por completo, todo lo que á ella no importa le es indiferente, por ella y para ella vive tan sólo.

Quiere declararse y no se atreve. Tiene la certeza de que una declaracion le hará perder la amistad de su dama é incurrir en su desagrado, y dice con sublimidad de expresion:

«Por esto mi canto es como el del cisne, que prevé su muerte.»

Esto no obstante, cada vez se siente más atraido hácia ella, y de ella no puede apartar las miradas.

«Donde quiera que me encuentre, exclama, hácia ella se vuelven los ojos de mi corazon, y por léjos que esté la veo y la contemplo, que soy como esa flor de la que se cuenta que está siempre de cara al sol.»

Li huelh del cor estan
a leis, ves on que 'm vire;
si c' adés on qu' ilh an
la viei e la remire.
Tot per aital semblan
com la flors qu' on retrai,
que tota via vai
contr' el solelh viran.

Soñando en delicias de que no le es dado gozar, el trovador se extasía ante el cuadro de felicidad que ofrecen dos buenos amantes.

«¡Qué dulce, dice, es contemplar á dos amantes que se aman con amor verdadero! Avaros de su dicha, no la prodigan, no la entregan á miradas indiscretas ni á maldicientes comentarios. Fieles y adictos el uno al otro, prudentes siempre y sin venderse jamás, escogen la hora y el sitio de sus amores, secretos para todos, sin que pueda descubrirles el ojo del envidioso ni la mirada del celoso.»

Ni siquiera este modo indirecto de proponer á su dama unos amores secretos pudo vencer el rigor de ésta, cada vez más esquiva para el enamorado poeta, el cual, dejándose llevar del desaliento y de la amargura, llora así los desdenes de la ingrata:

«La elevada situacion de mi dama me desespera, pero no tengo fuerza para romper mis cadenas. Soy como el jugador que, por correr tras de su dinero, acaba por arruinarse.

»Esta es la época en que los árboles se visten de hojas y en que los pájaros lo alegran todo con sus can-

tos; pero á mí una ingrata me hace derramar lágrimas en medio de las risas de la naturaleza toda.

» A veces me ocurre hablar mal de ella expresamente delante de todo el mundo, y rebajo su mérito para ver lo que se piensa. Todos á una entonan entónces sus alabanzas, y con esto no consigo sino aumentar mi amor y mi pena.

» Pero esta pena me es agradable al contemplar sus hermosos ojos, su bella boca, su exquisita gracia, la frescura de su cara, su tierna sonrisa. Cuanto más la miro, más bella la encuentro. »

Pero llega ya el momento en que los tormentos son tan crueles que el amante no puede resistir. Su corazon se desgarra, sus penas crecen al ver que inútilmente dirige sus cantos á una ingrata, al ver que sus sacrificios son desdeñados, su fidelidad desconocida y que la mujer amada contesta con la burla á sus instancias. Se decide entónces á un rompimiento, pero al ir á romper este lazo, al ir á separarse de ella para siempre, duda, vacila y retrocede.

Re per autrui no ilh man
d' aissó, qu' eu plus dezire,
ni ieu eus, tan la blan,
re non l' en auze dire,
ans quant li sui denan
maintas vetz quan s' eschai
dic : dona ¿ qué fai ?
No 'm respon mas gauban.
¡ Las ! com muer dezirán
sos hom e sos servire,
qu' ieu seria celan ;

maintas vetz m' en azire
e jur per mal talan,
que tot m' en patirai;
pueis aqui eus truep lai
mon cor, on era antan.

La constancia rompe peñas. Llega por fin un dia en que la estátua se anima, los ojos hablan, el corazon siente. La baronesa de Mercœur olvida la distancia que le separa de su amante, concluye el penoso noviciado de éste, y, vencida por el amor, la dama cae en brazos del poeta.

Es el momento de entonar el canto de triunfo.

«No ha mucho, dice, el dolor rasgaba mi alma y me hacía morir lentamente. Ahora, no cambiaria mi suerte por el trono de un emperador. Los que hablan mal de amor cometen un desatino. Por más penas que cause, llega un momento en que recompensa con creces á quien bien le sirve.

»¡Oh vos, la bella á quien adoro, me considero tan feliz siendo vuestro, que os he de seguir á todas partes como un esclavo! Dichoso con serviros, no diré una palabra, guardaré para mi solo mi felicidad, y si os veo en público, apartaré de vos mis ojos en seguida.

»Me hablarán de mi pasion, pero amor me ordena mentir. ¿Por qué, si amo, he de exponerme al enojo de la mujer amada? ¡Qué cambio, oh cielos! La que ayer me daba muerte, hoy es la fuente de mi gozo y la luz de mi vida.»

Desde este momento todo son dichas y alegrías para el trovador, y sus cantos, obedeciendo á la inspiracion

de lo que siente, al recuerdo de lo que pasa, son el eco de la felicidad y de la ventura que rebosan de su alma.

«Un torrente de amor, dice, inunda mi corazon penetrando en él por todos lados como el agua en una esponja.»

Durante una ausencia de la baronesa, el amante sólo piensa en ella; sólo de ella se ocupa el poeta.

«No importa que esté léjos, pues que mi corazon le estará siempre sometido. El amor verdadero une y encadena, aunque se hallen bajo distintos cielos, dos corazones ardiendo el uno por el otro.»

Vuelve la condesa á sus hogares. Peirol lanza, no un grito, sino un rugido de amor.

«La tendré en mis brazos, dice, le hurtaré un beso, y si se irrita, se lo devolveré.

»Si quiere, ire á morir á sus plantas, satisfecho sólo con haberla vuelto á ver.

»Jamás me separaré de aquella en quien pongo mi esperanza. Seré siempre suyo de pensamiento, de palabra y de voluntad.

»Ve, pobre cancion mia, ve á decir á mi bella y dulce amiga que sólo á ella amo y que mi corazon la acompaña á todas partes.»

Los amores de Assalida y de Peirol no pudieron permanecer secretos, llegando á noticia del ultrajado esposo y del mismo Delfin, que al principio habia parecido favorecerlos y que hasta los protegió, segun algunos, lo cual evidentemente no debió ser cierto á juzgar por las consecuencias. Estas fueron fatales para los amantes, pues que Assalida tuvo que soportar la cólera del es-

poso y la indignacion del hermano, miéntras que Peirol salia arrojado y proscrito de las tierras de Auvernia.

Aun así, áun habiendo incurrido en el desagrado de aquellos poderosos barones y pudiéndolo temer todo de su venganza, áun habiéndose indispuesto con su misma dama, segun parece, el trovador proscrito sólo piensa en los lugares testigos de su felicidad y ansía volver á ellos; el aire que llega de su país le parece más dulce y vivifica sus pulmones, los recuerdos de los dias pasados junto á su amada le son gratos y llora y se lamenta al pensar en las perdidas alegrías, en las inefables delicias ya gozadas, en las horas de placer trascurridas entre juegos y risas con su dama, horas en las cuales le hubiera sido grato morir al entusiasta poeta.

Hé aquí el canto del amante desterrado:

Non es nuilh jorn qu' en mon cor no dissenda
una doussors, que ven de mon pais;
la i joing mas mans e la i estan aclis
e la sapchatz qu' i voldria esser fort
prez de mi dons, sitot s' a vas mi tort:
c' ab belh semblan et ab doussa compaigna
me dauret gen so, qu' ara m' estaigna.

Ar' ai assatz, que plor e que 'm complaigna,
c' a pauc lo cors no 'm part, quan mi recort
e mi soven del ris e del deport
e dels plazers, qu' elha 'm fetz e que 'm dis.
Ai! cum fora garitz s' adoncs moris!
Que quan li prec que de mi mercé ilh prenda,
sol veiaire non fai, qu' elha m' entenda.
Non laissarai, dompna, lo vers no 'us port,
qu' en aissi 'm ten lo desirs en greu laigna,
non pot esser, que ja plus sai remaigna.

Desterrado el poeta, teniendo que decir adios á sus amores y á su patria, huyendo la venganza del marido, la indignacion del hermano, el enojo de su misma dama, un vértigo se apodera de él y decide pasar á Ultramar tomando la cruz y alistándose en aquella cruzada, de tan fatales resultados, emprendida bajo la direccion de los reyes Felipe Augusto de Francia, y Ricardo *Corazon de leon*, de Inglaterra.

Antes de partir y de embarcarse, dejó escrita aquella bellísima *tension* ó diálogo entre él y el Amor, que comienza

Quant Amors trobet partit
mon cor del sieu pessamen...

«*Peirol.*—Cuando Amor se encontró con que mi corazon se habia apartado de su pensamiento, acudió para tensionar conmigo, y ahora vereis lo que nos dijimos.

»*Amor.*—Amigo Peirol, observo que os vais alejando de mí, y ya que ni yo ni el canto tenemos atractivos para vos, decidme pues: ¿qué quereis?

»*Peirol.*—Amor, os serví tan fiel y lealmente, que ningun remordimiento tengo de haberos faltado, y sin embargo, vos sabeis cuán breves fueron mis alegrías. Así es que nada os pido ya, pues de hoy en adelante me contento con mi situacion.

»*Amor.*—¿Pudísteis olvidar por ventura la tierna y cariñosa acogida que una dama os dió, obediente á mis mandatos? Amigo Peirol, sois un veleta. ¡Quién lo hubiera creido, á juzgar por el tono amante y apasionado de vuestras canciones!

»*Peirol.*—Amor, yo adoré á mi dama desde el instante en que la ví, y sigo adorándola todavía, pero sin malos pensamientos. Muchos amantes me dan ejemplo. Lloran allá en Siria el recuerdo de sus amores, pero combaten como buenos en la Cruzada contra Saladino.

»*Amor.*—Peirol, no sois vos ciertamente el destinado á arrojar de la torre de David á los turcos y á los árabes. No os acordeis de otra cosa que de cantar y amar. ¿Qué quereis ir á hacer en la Cruzada, cuando no van los mismos reyes? Mirad cómo se ocupan de otras guerras y cómo los barones tratan de buscar pretextos para dispensarse de partir.

»*Peirol.*—Si os falto, es bien á pesar mio. Otro deber me llama. Ruego á Dios que me conduzca á Tierra Santa y que ponga en paz á los dos reyes.»

Partió Peirol, en efecto, y no sabemos nada de su vida en Tierra Santa ni de los sucesos que le ocurrieron y en que tomó parte, pero existe de él un *serventesio* por el cual se descubren sus impacientes deseos de volver á su patria, al propio tiempo que se le ve hacer tristes profecías por lo tocante al resultado de la Cruzada, á las reyertas de los reyes que en ella tomaron parte y á la negligencia del emperador Federico. Es bajo muchos conceptos un curioso y notable *serventesio.*

«Puesto que he visto ya, dice, el Jordan y el Santo Sepulcro, gracias os doy, Señor Dios, de haberme permitido adorar el lugar en que nacísteis. Sólo falta ahora que Dios nos conceda buena mar, buen viento, buen buque y buen piloto, para dar pronto la vuelta á Marsella.

»Adios seais, Acre, y Trípoli, y vosotros caballeros del Temple y Hospitalarios. El mundo va en decadencia. Buenos reyes habia y buenos señores en las personas de Ricardo y del rey de Francia, Montferrat tenía un buen marqués, pero los que en su puesto han quedado no sé ciertamente cómo se portarán.

»Mi buen Señor Dios, si quereis creerme, escoged mejor en adelante á los que querais hacer reyes y emperadores y tambien á los que regalais castillos y torres, porque cuanto más poderosos son, más os desdeñan. ¿No he visto yo, por ventura, al mismo emperador hacer repetidos juramentos que ahora olvida, como hace el gascon cuando ve pasado ya el peligro?

»Emperador, Damieta os aguarda, y la torre blanca llora noche y dia por vuestra águila que de allí arrojó un buitre. Cobarde es el águila que se deja vencer por un buitre. ¡Deshonra para vos y gloria para el Soldan!»

A su regreso de la Cruzada, Peirol debió residir algun tiempo en Montferrat, aceptando la hospitalidad de este señor, pues así se desprende de alguna de sus poesías en las que alaba á Beatriz de Montferrat.

Existe duda de si volvió á su país de Auvernia reanudando sus en mal hora interrumpidos amores con la hermana del Delfin, pero si fué así, nuevo escándalo quizá y nuevo rompimiento le obligarian á alejarse para siempre, pues le vemos retirado en Montpeller, donde se fijó decididamente, donde contrajo matrimonio segun parece, y donde murió.

Lo que no concuerda ni se aviene con las noticias que de Peirol se tienen, es lo que de él dice en su sátira

contra los trovadores el monje de Montaudon, el cual le supone haber llevado una vida errante y miserable y haber terminado por entrar en el convento de Clermont.

A más de las composiciones citadas, quedan de Peirol algunas otras poesías galantes que demuestran su genio, y varias *tensiones*, no por demasiado libre alguna de ellas, ménos recomendable.

Su *tension* con Bernardo de Ventadorn se continúa ya en el artículo á este último poeta referente, y hay que citar tambien otra con el Delfin de Auvernia.

Peirol pregunta á éste si un amante debe continuar amando á su dama despues de haberlo obtenido todo de ella.

El Delfin responde que el goce debe aumentar el amor, pero Peirol, dice, al contrario, que en este caso el amor puro y perfecto desaparece. La ternura de un amante verdadero, segun el Delfin, se acrece con la gratitud, y sólo un amante poco cortés es el que se enfria con respecto á su dama cuando ésta no le ha dejado ya nada que desear.

Estas y otras razones no convencen á Peirol que continúa estableciendo una notable diferencia entre el amor puro y el impuro.

PERDIGÓ.

Fué hijo de un pobre pescador de L'Esperon, burgo de Gevaudan. Tenía buena presencia, ingenio, osadía, ambicion, hacía buenos versos que él mismo ponia en música, los cantaba perfectamente y con hermosa voz, tocaba con habilidad suma varios instrumentos como el más diestro de los juglares, y todas estas circunstancias reunidas le abrieron fácilmente el camino de los honores y del favor.

El Delfin de Auvernia, á cuya corte fué á parar, hubo de prendarse de él, y despues de protegerle y tenerle á su lado, dióle rentas y tierras y acabó por conferirle la dignidad de caballero, haciéndole su hermano de armas.

Tomó entónces Perdigó todos los aires de un personaje, y visitó á los barones, tratándose de igual á igual con ellos, y siendo bien recibido en todas partes, sobre todo por las damas, que estimaban mucho su mérito y y su galantería.

Sobresalia en componer canciones de amor, que acompañaba de variados y hermosos cantos, y hé aquí una de las mejores que produjo en este género:

Trop ai estat mon Belh Esper no ví,
et es ben dregz que tots jois mi sofranha,
quar ieu me luenh de la sua companha
per mon fol sen, donc anc, jor no 'm jauzi.
Sivals á lieis non costa re,
qu' el dans torna totz sobre me;
et on ieu plus m' en van lunhan,
meins n' ai de joi e mais d' afan.
Si ma fondatz m' enguana ni m' auci,
ben es razós que ja hom no m' en planha;
qu' ieu suy aisselh qu' en mieg de l' aigua 's banha
e mor de set; et es dregz, so us afi.
Qu' ieu mueira deziran del be
que n' aurai dezirat ancsé;
et agra 'n tot so qu' en deman,
si, quan fugi, 'm fos tratz enan.
Si 'm sai mesprés, que ren na sai cossi
m' an denan lieis, ni no sai com remanha;
quar qui fai so a senhor que no tanha,
quant hom l' a bon, franc e lial e fi,
paor deu aver quant i ve
que perda son senhor e sé;
e s' ieu pert lieis cuy me coman,
perdut ai me e joi e chan.
Perdrela puesc, qu' il non perdra ja mi,
que eis lo jorn, vuelh que mortz me contranha,
qu' ieu ja mon cor departisca ni franha
de lieis, en cui tan fermamen s' asi,
qu' en tot autre afar lo mescré;
mas lai lo trop de bona fe,
qu' el cor e 'l saber e 'l talan

y truep acordatz d' un semblan.
Grans mercés er quar morrai en aissi,
senes cosselh marritz en terra estranha;
don ai assatz que plor e que complanha,
quar no vei lieis que de mort me gueri,
e 'm gitet de mala mercé.
Ailas! quals pechatz me reté!
Que s' agués mort estat un an,
si 'l degr' ieu pueis venir denan.
Selh que ditz qu' al cor non sové
de so qu' om ab los huelhs no ve,
li miei l' en desmento ploran,
e 'l cors planhen e sospiran.
Belhs Mainiers, de vos me sové,
qu' ieu us am mais que nenguna re;
e, quant no us vey, cug far mon dan,
e muer per mi dans deziran.

Hé aquí otra:

«Comienzo mi cancion cuando comienza el canto de las aves, ahora que la golondrina cruza los aires y el ruiseñor exhala sus trinos melodiosos, ahora que las flores se ufanan en los verjeles y los arroyos deslizan por la arena su límpida corriente, á través de los blancos lirios en flor.

»Y sin embargo, cuando todo goza, yo sufro. ¡Ay de mí! Yo recuerdo todos los males que en amor he sufrido por los rigores de una pérfida beldad, que me ha engañado y vendido. En vano le pedí gracia: ha llevado su crueldad hasta darme la herida de muerte.

»Ama bien poco el que ama sin celos; ama bien poco aquél á quien le es indiferente todo lo de su amada; ama bien poco aquél que no tiene que reprocharse nin-

guna indiscrecion. Al contrario, cuando se ama mucho, una lágrima de amor vale más que catorce sonrisas.

» Cuando de rodillas pido perdon á aquella que adoro, me acusa, me condena y halla pretextos para atribuirme delitos no cometidos. Las lágrimas caen de mis ojos en abundancia, y conmovida por mi desesperacion, me lanza una mirada de amor. Entónces beso sus ojos y su boca, y me creo trasportado al paraiso.

» Pero, vuelven luégo los rigores, y me siento herido por los dardos que me arroja la dama más bella que hubo jamás. Todo cuanto puede hacer un amante verdadero, lo he hecho, y todo inútilmente. Tantas rudas pruebas como me hace pasar, tantos suspiros hijos del dolor, tantos deseos sin esperanzas, tantos servicios mal recompensados, todo me obliga á olvidarla y á separarme de ella. »

Segun la biografía provenzal, Perdigó fué el héroe de muchas aventuras amorosas, y si algunas veces debió al amor grandes favores, otras en cambio sólo obtuvo de él amarguras y desengaños.

Hé aquí cómo habla el poeta del amor en una de sus composiciones :

« El amor ha hecho para mí lo que el ladron, que cuando encuentra á un extraño en el camino se le muestra tan benévolo que el otro acaba por decirle: « Buen amigo, servidme de guía. » Así es como mucha gente se encuentra vendida, pues el ladron conduce al que de él se fía, á un sitio donde le atan y aprisionan. Lo propio me ha sucedido á mí, pues que me dejaba guiar por el amor, segun queria, y acabó por confinarme en

una cárcel donde me tiene preso y atado y en donde no tengo más esperanza que la muerte.»

Be 'm fetz Amor l' usatge del lairó,
quan encontra selhui d' estranh pais,
e 'l fai creire qu' alhors es sos camis,
tro que li dis: «Belhs amics, tu me guida.»
Et en aissi es manta gens trahida
que 'l mena lai, on, pueis, lo lia e 'l pren.
Et ieu puesch dir atressi veramen,
qu' ieu segui tant Amor com li saup bo,
tan mi menet tro m' ac en sa preizó,
e 'm ten lai pres, on no truep rezemsó
mas de mort...

El poeta italiano Polo imitó, ó por mejor decir, tradujo este pasaje de Perdigó con el siguiente soneto:

Ladro mi sembra Amore poi che fese
si come fel Ladrone fa sorente,
che se in via trova quel d' altro paese
fa i creder ch' el fal cammin certamente.
E inganna quelho che sua guida prese,
prometendol menar seguramente;
e mena la, ó no i valon difese,
e poi si 'l prende, e trattal malamente.
Sebiantemente mi deven d' Amore,
che lui seguii credendo di lui bene:
ello mi prese, e 'n tal loco m' addusse;
e si mi stringe ch' i' non ho valore,
che ni nullo sollazzo mi sowene:
meglio mi fora che morto mi fusse.

Perdigó, no sin ingratitud, segun parece, abandonó la corte del Delfin de Auvernia, su protector, para

pasar á Cataluña y á Aragon donde el rey D. Pedro II le favoreció y distinguió como á pocos. Pero con más negra ingratitud aún que al Delfin de Auverñia, debia pagar sus favores á Pedro de Aragon. Todo cuanto éste hizo por el poeta provenzal, todos cuantos honores le dió, todas cuantas consideraciones, favores y distinciones hubo de acordarle, todo pareció contribuir á hacerle sólo más traidor y más aleve. Hay ciertos corazones ingratos y refractarios á los beneficios, como lo son ciertas tierras al cultivo y ciertos pueblos á la libertad.

Sucedió, al comenzar las desavenencias entre la casa de Tolosa y la Santa Sede, que Perdigó se trasladó á Roma con Guillermo de Baucio príncipe de Orange, con el obispo de Tolosa Folquet y con el abad del Cister, para excitar el celo, ó por mejor decir, el odio del papa siendo fruto de su embajada la predicacion de la Cruzada contra los albigenses. Fué, pues, este poeta uno de los que contribuyeron á desencadenar sobre Provenza los horrores de aquella guerra de crueldades y exterminio que debia terminar por su ruina, por la pérdida de su independencia y la muerte de su literatura.

Incitado por su antiguo compañero Folquet, Perdigó regresó á Provenza para alentar con sus cantos el entusiasmo de los cruzados y tomar una parte activa en todas las escenas del sangriento drama que iba á representarse en el Mediodía.

Segun leí en un manuscrito que tuve ocasion de ver en Narbona, Perdigó iba con los cruzados cuando el saco y matanza de Beziers, á cuyos horrores asistió, y

pasó largo tiempo recorriendo los pueblos y villas, poeta misionero, predicando y cantando para que los pueblos tomasen la cruz, aquella cruz que era verdaderamente la del fratricidio.

Por lo que de él dicen las *Vidas de los trovadores*, se sabe tambien que cuando el rey D. Pedro sucumbió, como noble, en los campos de Muret, Perdigó hubo de entonar un canto de victoria felicitándose de la muerte del que habia sido su protector y su amigo, y celebrando el triunfo de la Cruzada, seguro ya con la derrota del monarca aragonés. El tiempo, ménos ingrato con el poeta de lo que él lo fué con D. Pedro, ha permitido que este canto desapareciese, quedando sólo de él la memoria.

Esta conducta atrajo á Perdigó la indignacion general. El biógrafo provenzal dice que su canto de gracias á Dios por haber muerto y derrotado los franceses al rey, que fuera su bienhechor, le deshonró de tal manera, que jamás pudo recobrar la estimacion pública, ni lavar la mancha arrojada sobre él por la más negra de las ingratitudes.

Vivia entónces abandonado de todos. Ninguno de sus antiguos amigos, los que con vida quedaron, dice el biógrafo provenzal, quiso oirle ni recibirle. *Tug silh que remazon vieu, negús no 'l volgron vezer ni auzir.* Los trovadores le maldecian, los provenzales huian de él como de un leproso, el conde de Montfort, Guillermo de Baucio y los otros señores de quienes esperaba recompensas, perecieron víctimas de aquella misma guerra que habian provocado; hasta el obispo Folquet,

su ángel malo tal vez, hubo de abandonarle, y el hijo del Delfin de Auvernia, ante aquella reprobacion general, le retiró las tierras y heredades que en otro tiempo le diera su padre. Falto entónces completamente de recursos, por todos rechazado y despreciado de todos, no atreviéndose ya á presentarse, sumido en la miseria, fué á encontrar á Lamberto de Monteil, yerno de Guillermo de Baucio, y le suplicó que le recomendara para ser recibido en la abadía de Silvabella, de la Órden del Cister. Admitiéronle, en efecto, gracias á aquella recomendacion, y allí pudo ocultar su vergüenza y sus remordimientos y allí murió abandonado de todos, siendo, con su muerte miserable, ejemplo vivo y enseñanza eterna para la humana ingratitud.



PEDRO VIDAL.

I.

Pedro Vidal era hijo de un pellejero ó comerciante en pieles de Tolosa.

Cantaba mejor que nadie en el mundo, dice uno de sus biógrafos, y era buen trovador, siendo tambien uno de los hombres más locos que hayan jamás existido, pues creia en la realidad de todas las fantasías que imaginaba.

Sus cantos eran los más bellos de entre los que se consideraban mejores en su época, como fueron sus locuras en amor las más ruidosas y raras entre todas. Era tambien notable improvisador, segun nos parece deducir de la frase de su biógrafo provenzal: *E plus leu li avenia trobars que á nuls hom.*

Tan propenso era á decir mal de todos y de todas, y con tan gárrula aficion á vanagloriarse de aventuras amorosas, no realizadas muchas veces, que esto le va-

lió en cierta ocasion que un caballero de San Gilles le hiciera agujerear la lengua, por haber dado á entender que era el amante de su esposa. Hugo, señor de Baux ó Baucio, su protector en aquel entónces, le hizo cuidar por su médico, y cuando curado estuvo y del todo restablecido, pasó á Ultramar, de cuyos lugares regresó más tarde en compañía de una griega con quien se habia casado en la isla de Chipre. Habíanle dado á entender que era sobrina del emperador de Constantinopla, y que, por este enlace, podia presentar y hacer valer sus derechos al Imperio.

Encariñado con esta idea, todo cuanto ganaba y le era fácil adquirir, lo invertia en compra y construccion de buques, creyendo que iba á conquistar aquel Imperio. Llegó á más su desvanecimiento. Se rodeó de una especie de corte, tomó á sueldo una numerosa servidumbre, usaba como timbre y blason las armas imperiales, y así él como su mujer se hacian llamar emperador y emperatriz, aconteciendo á veces recibir en corte, sentados en un trono imperial.

Apasionábase de cuantas mujeres veia, y se declaraba á ellas, sucediendo que, como todas le daban esperanzas, se creia el galan de todas y de todas correspondido, cuando lo cierto era que se mofaban de él. Gustaba tambien de lujo, ostentacion y grandeza; tenía hermosos corceles, buenas armas, mesa aparejada para todos sus amigos; vestia con elegancia y riqueza; era dadivoso y pródigo, valiente y arrojado, y se creia el mejor y más cumplido caballero del mundo, así como el más amado de las damas.

Decia que los maridos le temian más que al agua y al hierro:

> De qui ieu soi plus temutz
> que fuecs ni fers agutz.

No vacilaba tampoco en exclamar con cínica desenvoltura:

«Conozco á cien mujeres que para sí me querrian, si pudieran lograrme, pero yo soy aquel que ni me doblo ni me humillo, y que, sin alabarme, á más mujeres beso y á más caballeros derribo.»

> Cent donas sai, qué cascuna 'm volria
> tener ab se, si aver me podia:
> mas ieu soi celh qu' anc no 'm gabei ni 'm feis,
> ni volgui trop parlar de mi mezeis,
> mas donas bais e cavaliers desroc.

Las *Vidas de los trovadores*, que es la obra provenzal, bien poco conocida por cierto, á la cual acudo para muchos de estos apuntes, cuenta graciosas anécdotas con relacion al trovador Vidal.

Entre las damas á quienes más asíduamente hacía la corte, se contaba Adelaida de Rocamarti, esposa de Barral, vizconde de Marsella, una de las más reputadas en aquella época por su belleza tan peregrina como su genio, y por su proteccion á los trovadores. Acertó á suceder que un dia, encontrando Pedro Vidal sola en su cámara y dormida á Adelaida, se arrodilló junto á ella y le dió atrevidamente un beso en los labios. Sintió ella el beso, creyó que su marido se lo daba, y despertó

risueña y alegre; pero, al encontrarse con Pedro Vidal, dióse á gritar y á pedir auxilio, acudiendo sus doncellas, alborotándose la casa y apelando el trovador á la fuga.

Hubo de enterarse el esposo de aquel caso; y aun cuando no tomó la cosa por lo serio, á causa de ser tenido Pedro Vidal por un loco, hubo, sin embargo, de ceder en parte á las quejas y exigencias de su mujer, que se creia ofendida y pretendia vengarse. Hízose entender al trovador que todo debia temerlo del esposo ofendido y de la dama ultrajada, aderezándose tan á lo vivo la cosa, que Pedro Vidal, cobrando miedo y con las alas del mismo, se fugó á Génova, desde donde pasó á Ultramar con el rey Ricardo. De entónces y de allí, al decir de la crónica, datan algunas de sus mejores canciones, aquellas en todas las cuales recuerda el beso dado y no devuelto.

Y es así en efecto. Las poesías de Vidal, en aquella época, son tiernas, apasionadas, melancólicas; respiran una tristeza y un sentimiento que cautivan.

Antes de partir para Oriente, estando en Génova, dice en una cancion:

«Encuentro delicioso el aire que viene de Provenza. Me trae amores de aquel país. Cuando oigo hablar de él, me extasío de gozo, y por cada elogio que le dirigen, yo pido ciento. Allí, en aquella hermosa comarca, dejé mi corazon. Le debo todo lo que de ingenio, alegría, talento y saber tengo para cantar.»

Se lamenta de verse desterrado léjos de su dama: compara el éxtasis de que se sentia poseido al verla, al de un simple que permanece inmóvil y suspenso ante

una vidriera de colores. Dice que sería el más feliz de los hombres si el beso que robó le fuese aceptado y devuelto.

Adelaida es llamada *Audierna* por el trovador en todas sus poesías. En una de ellas dice:

«*Audierna* es capaz de hacer que se vuelvan locos los más cuerdos. Me hace morir lentamente, como si fuese para ella un gran criminal. Yo no pienso más que en adorarla, y ella en hacerme daño. Pero ¿por qué me ha de querer tan mal, cuando yo le deseo más bien que á mí propio? Cuando me desterró, sólo una cosa habia recibido de ella. Entré una mañana en su cámara, y le robé un beso. Así me muera de repente si [illegible] pasé á más. Me [illegible] hermosos ojos y sus [illegible]. [illegible], tiene para mí un corazon de [illegible].»

Y más abajo dice:

«[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

ni caballero, que no me tema por sólo mi nombradía. No hay caballero más cumplido que yo, y la tierra tiembla bajo mis piés, cuando visto mi armadura y ciño mi espada. Armado de todas armas, jinete en mi caballo, rompo y destrozo cuanto se me pone por delante. Yo solo he hecho cien prisioneros y he desarmado á otros ciento.»

Secundando entónces su manía y halagándole en su flaqueza, fué cuando le dieron á entender que debia casarse con la griega ya citada, persuadiéndole de que era sobrina del emperador de Oriente y le trasmitiria sus derechos al Imperio. Así fué como empezó su locura de creerse emperador, y con ella y con su esposa regresó á Europa para ostentar á los ojos de todos su grandeza.

No olvidaba, sin embargo, sus antiguos amores. Creia que su gloria no sería pura miéntras la oscureciese una sola mancha, pues por tal tenía el recuerdo del suceso ocurrido con la vizcondesa Adelaida. Imploró la mediacion de sus antiguos protectores, Hugo y Barral de Baucio, que le guardaban afecto. Obtuvieron éstos con sus instancias que Adelaida le perdonara, y enviáronselo á decir así al trovador, que, sin esta circunstancia, no queria aventurar su regreso á Provenza.

Cuando Vidal recibió esta nueva, compuso aquella cancion:

«Todos mis pensamientos se cifran en amar y cantar, y mi canto debe hoy resentirse del dulce placer que amor me otorga, ya que mi dama colma con sus promesas mis esperanzas...

»La vez primera que la ví no fuí dueño de mi corazon, que me robó para siempre. No hay otra como ella, ni más hermosa, ni más agradable, ni que mejor sostenga los encantos de su conversacion. Tampoco hay alegría comparable á la que experimento al saber que me devuelve su cariño, como no sea el dolor que siento al verme todavía tan léjos de ella...»

Al ponerse en viaje para regresar á Provenza, compuso esta su sentida cancion:

«Me siento trasportado de júbilo al ver renovarse las flores y la verdura, cantar los pájaros y oir cómo los amantes discurren sobre las dulzuras de amor. Sometido yo á su imperio, los males que por él he sufrido eran tan crueles *que llegué á creer mi espíritu perturbado*. Hoy, sin embargo, puedo entregarme al amor con más fe que nunca, pues que me ofrece una dicha duradera. Me siento revivir como la verdura animada por el cantar de las aves. Las hojas y las flores renacen en mi corazon, al cual mantendrán en perfecta primavera. Nada tengo ya que temer.

»Aquella que parecia odiarme, la más bella, la de más ingenio y gracia que existe debajo del cielo, me acepta hoy por su servidor, sintiendo al fin todo el ardor de mi llama. Sí; tanto tiempo como yo sea jóven, y más aún, ella lo sabe bien, serviré á mi dulce dama, tan graciosa y tan bella, como un amante fiel en cuyo corazon todo es amor.

»Si algun dia tuve que soportar dolores y penas, al ménos ahora alcanzaré de amor todo cuanto alcanzarse puede, hoja, flor y fruto; que ella me acepta por su ver-

dadero amante, tal como soy. Que mi dama considere, por Dios, cuán grande ha sido mi cariño, y cómo á todo ha resistido. A pesar de sus rigores, le he sido siempre fiel, y nunca como ahora, al verme objeto de su cariño, nunca como ahora, me alegró tanto oir cantar á los pájaros y ver esmaltarse los prados.

»Yo seré más alegre que el más alegre de los pájaros si le place darme por amor un beso... Consagraré mi corazon y mi ingenio á hacer todo lo que ella quiera. Nada amo sin ella, y todo lo que amo es por ella... Si me deja consumir en vanos deseos ¡ay! entónces la alegría que da el canto de las aves se desvanecerá bien pronto... Si por amor de Dios favorece á su servidor, me tendrá mucho tiempo alegre, cortés, animado y fresco como una hermosa flor en su rama.»

Endereza.—«Bella *Audierna*, mi corazon os estuvo sometido largo tiempo, y ahora se renueva como hermosa flor en su rama.»

Mout m' es bon e bel
quan vei de novel
la fuoilla e 'l ramel,
e la fresca flor,
e chanton l' auzel
sobre la verdor
e il fin amador
son gai per amor.
Amaire ó drutz sui ieu;
mas tant sunt li maltraich greu
qu' ieu n' ai sufert longamen,
qu' un pauch n' ai camjat mon sen.
. . . .

Pero de bon sen
am de bon talen
amor e joven
e tot quant m' es bel:
o' ab joi longamen
viu e renovel
col fraitz el ramel
quan chanton l' auzel:
que mon cor ai fuoilla e flor,
que 'm ten tot l' an en verdor
et en gauc entier, per qu' ieu
non sent ren que 'm sia grieu.

. . . .

Servirai lo sieu cor bel
gai et adreich et isuel
á lei de fin amador,
qu' a tot son cor en amor.

Pedro Vidal regresó, pues, á Marsella, y se cuenta que fué muy bien acogido por Barral y Adelaida, la cual aceptó entónces de él graciosamente, devolviéndoselo, el beso que en otra época le hurtara.

Otra extraña anécdota se cuenta tambien de este trovador, la cual no sería muy de creer por cierto, si él mismo no aludiese á ella en una de sus composiciones, confirmando así su exactitud.

Segun cuenta su biógrafo provenzal, llegó un dia á enamorarse ciegamente de Loba de Penautier, por cuyos amores abandonó los que á la vez y á la sazon tenía con una dama catalana de Cerdaña llamada Estefanía, y al propio tiempo, pues que en eso de amores no andaba Vidal escrupuloso, con Rimbalda de Bioch, mujer de Guillermo Rostan, señor de Bioch.

Loba de Penautier era una dama principal de Carcasona, mujer muy hermosa, de ánimo y costumbres varoniles, á la cual en el país llamaban *la Loba*, por alusion á su nombre. Tan perdidamente se prendó de ella Pedro Vidal, que hubo de entregarse á toda clase de locuras para atraerse su atencion y su cariño.

Hacíase llamar *el Lobo* por amor de ella, cambió el blason de sus armas, en el que hizo poner un lobo, y envolviéndose un dia en una piel de este animal, quiso hacerse cazar como tal por los pastores y por sus perros en las montañas de Cabaret, donde los Penautier tenian un castillo. Hubieron de tomarle por uno de aquellos animales los pastores y los perros; diéronle caza, en efecto, y tanto debieron maltratarle, que fué conducido en muy mal estado al castillo de la Loba. Cuando ésta supo que era Vidal, celebró grandemente su locura, y divirtiéronse mucho á su costa ella y su marido; pero ámbos le ofrecieron buena y cómoda hospitalidad, cuidando de él y reteniéndole en su castillo hasta que estuvo restablecido del todo.

II.

Varias son las composiciones, áun cuando incompletas muchas de ellas, que de este extraño y vagabundo trovador han llegado hasta nosotros. Por ellas puede irse deduciendo algo de su desordenada y accidentada vida.

Despues de su regreso de Oriente, debió viajar por

Cataluña y Aragon, y residir algun tiempo en estos países, segun lo enterado que de ellos se muestra en sus composiciones. En una de éstas encomia con desmedida alabanza la hospitalidad y proteccion que debió al señor aragonés D. Miguel de Luciá, hospitalidad y proteccion que, segun la hipérbole del trovador, le *valian más que la del San Miguel del cielo.*

Per Saint Jacme qu' on apela
l' apostol de Compostela,
en Luzi' a tal Miquel
que 'm val mais que sel del cel.

Fué segun parece, muy protegido, y por ende, muy partidario del rey D. Alfonso I de Cataluña y II de Aragon, á quien cita y celebra en varias de sus composiciones. Debió gozar en ciertas épocas de la privanza de este monarca, á quien muchos trovadores, como Vidal, ensalzan, si bien algunos otros le atacan duramente, como Beltran de Born, cosa no extraña ciertamente, ya que parte tan activa se vió obligado á tomar en las luchas políticas del que hoy es Mediodía de Francia, siendo objeto, con este motivo, si de los elogios de unos, de los vituperios de otros, segun fuese la causa que se defendia. En todos tiempos fué la pasion política lo mismo.

Pero volviendo á Pedro Vidal, repito que debieron ser frecuentes su trato y relaciones, y algo tambien hubo de tener de privanza con el rey de Aragon, á juzgar por lo mucho que de él habla, y por las veces que á este monarca se refiere ó se dirige.

En una de sus composiciones, que parece dedicada á la vizcondesa de Marsella, presenta al rey D. Alfonso como tipo de riqueza y término de comparacion á sus deseos.

Domna, quar vos mi podetz fai caitiu,
domna, e si us platz plus ric qu' el rei N' Anfós.

Otra vez envia una cancion á la esposa de D. Alfonso, Sancha de Castilla, en favor de la cual agota los elogios: «Cancion, vete á donde mora la reina de Aragon, la más noble y más verdadera de las reinas, como otra no ha visto el mundo ni mejor ni más bien quista, exenta de defectos, franca, leal, de todos querida y agradable á Dios. Así como el rey á todos supera, así á tal rey conviene tal reina.»

Chansó, vai t' en a la valen Regina
en Aragó, quar mais Regina vera
no sai el mon e si n' ai maite quista,
e no trop plus ses tort ó ses querella.
Mais ilh es franca e leais e gracida
per tota gent et a Deu agradiva.
E car lo reis sobr' autres reis s' enansa,
ad aital rei coven aitals regina.

Durante los años de 1180 y 1181 ardió en guerra la Provenza. Alfonso de Aragon, en sosten y demanda de los derechos de su casa, por una parte, y por la otra Ramon conde de Tolosa, y sus aliados, ensangrentaban con sus empeñadas contiendas los fértiles campos de aquel país.

Pedro Vidal en esta ocasion tomó resueltamente el partido de D. Alfonso, haciendo objeto de sus invectivas y sátiras al conde de Tolosa.

«Como yo tuviera dispuesto un buen corcel, dice el trovador con su acostumbrada petulancia, bien tranquilo podria estarse el rey en Balaguer y dormir holgada y plácidamente, pues yo mantendria en paz á Provenza y Montpeller, y ni ladrones ni rondadores malvados volverian á robar el Venaisin y la Crau...

» Si el rey vuelve á Tolosa y á cruzar el rio, y salen el conde y sus menguados arqueros gritando todos á un tiempo: ¡á las armas otra vez! estoy seguro de ser yo quien descargue el primer golpe, y tanto he de hacer que entrarán de dos en dos, y yo con ellos si no me cierran la puerta.»

E s' ieu agués caval adreg corsier,
suau s' estés lo reis part Balaguier,
e dormis si planament é suau
qu' eu tengr' en patz Proensa é Monpesller,
que raubador ni malvat rocinier
no rauberan mais Venaissi ni Crau...
. E si 'l reis torn' a Toloz' el gravier,
e n' els lo coms e sei caitin dardier
que cridon tug: ad espazas tornau!
d' aitant mi van qu' eu n' aurai l' col premier:
e farai tan que si intraran doblier
et eu ab lor, si la porta no m' cláu.

Existe una cancion de Pedro Vidal que se dedica á sí mismo, envaneciéndose con las muestras de cariño de que es objeto: «Son tantos, dice, los saludos que todos

los dias recibo de Cataluña y Lombardía, y de tal manera crecen allí mi nombre y fama, que ya por ello el mismo rey se muere de envidia.»

Que mil salutz mi venon cascun dia
de Catalonha e de Lombardia,
quar a totz jorns poja mos pretz e creis,
quar per un pauc no 's mor d' enveja l' reis.

En otra parte, por el contrario, sin que nada revele en él al petulante y al loco, da un buen y leal consejo al monarca aragonés. Le dice que es poco generoso con la dama de Cabrera, á la cual, cuidando de su propia honra, debiera amparar y proteger, ya que todo poderoso, si desatiende á sus barones, decae en el aprecio de los hombres de pró. En esta cancion, que Vidal dirige al rey, á la sazon, sin duda, en Cervera, protesta de que sus observaciones nacen sólo del afecto que le profesa.

Chansó, vai t' en al bon rei part Cerveira
que de bon pretz non a él mon egansa,
sol plus francs fos ves mi dons de Cabreira,
que d' autre re no fai desmezuransa.
E totz rics hom, quan destruí sos barós
n' es meins amatz e prezatz dels plus pros;
et eu ó dic, car li port fin' amansa.

Esta cancion, á mi entender, debe hacer alusion á las contiendas en que allá, por los años de 1185 y 86, andaban el conde Armengol VIII de Urgel y su cuñado Pons ó Ponce de Cabrera. Este último estaba preso en Castilla, y sin duda su esposa acudió al rey Alfonso

para que fuera su valedor contra los agravios del conde de Urgel. Se ve que es un consejo político el del trovador, pues que trata de inducir al rey á favorecer la causa de los pequeños barones contra la usurpacion y desafueros de los grandes magnates.

Estos versos de Pedro Vidal me explican cierto pasaje de la historia de Cataluña, que, al escribir yo la mia, hallé confuso y dejé en la misma confusion. No conocia estos versos cuando, hace años, la escribí. Consigno allí como único dato, que la cancion del trovador viene á explicar, que el rey Alfonso, al regresar en cierta ocasion de Provenza, prometió amparar la causa de Ponce de Cabrera y valerle contra el conde de Urgel.

Descuidado andaba el rey de Aragon, allá por los años de 1187 con las cosas de Provenza, pues más parecian interesarle y preocuparle sus desavenencias y contiendas con Castilla; y este es el momento que Pedro Vidal escoge para darle otro consejo. Poco gana el rey, le dice, con su larga demora en España, miéntras pierde Provenza.

Al rei valent é car
d' Aragó voill mandar...

Los dos últimos versos de esta cancion son como una *endressa*, dirigidos á una dama, Estefanía de Cerdaña, objeto un dia de los amores del trovador, que entónces formaba parte sin duda de la corte de D. Alfonso, y á la cual parece haberse enviado la cancion como conducto seguro para llegar al rey.

Pero en donde Pedro Vidal, léjos de aparecer como

el atolondrado y demente protagonista de estrafalarias anécdotas, se presenta, por el contrario, como un hombre político de buen seso y buen consejo, cuerdo, previsor, patriota, profundo y adelantado á su época, es en la composicion que dirige por aquel tiempo mismo á los cuatro reyes de España, como les llama, Sancho Garcés de Navarra y los tres Alfonsos contemporáneos, el II de Aragon, el VIII de Castilla y el IX de Leon.

« A los cuatro reyes de España, dice, les sienta muy mal el no querer hacer paces entre sí, ya que por lo demás, son de gran valor, diestros, francos, corteses y leales. Más les valdria que unieran sus esfuerzos y dirigiesen la guerra, con más alta mira, contra la gente que no cree nuestra ley, hasta que España toda tuviese una sola fe.

» Me duele ver á los reyes de España guerrear entre sí, y verles enviar, por miedo, presentes de caballos alazanes y bayos á los moros, cuyo orgullo aumentan así, y de quienes son vencidos. Mejor fuera, si les pluguiere, que hubiese entre ellos paz, ley y fe. »

Als quatre reis d' Espanha estai mout mal
quar no volen aver patz entre lor
car autramen son ilhs de gran valor,
adreg e franc e cortés e leial;
sol que de tan gen sésson lor escolh
que viréson la guerra en autre folh
contra la gen que nostra lei no cre,
tro qu' Espanha fos tota d' una fe.
Dels reis d' Espanha 'm tenh a fais
quar tan vólon guerra mest lor,

e quar destriers ferrans ni bais
trameton als Mors per paor,
que lor orgolh lor an doblat
don ilhs son vencut e sobrat:
e fora melhs s' a lor plagués
qu' entr' els fos patz e leis e fes.

Por los años de 1194 acaeció la muerte del conde Ramon ó Raimundo V de Tolosa, de cuyo favor gozaba Pedro Vidal, despues de su regreso de Tierra Santa, no obstante haber sido en otros tiempos tan adversario suyo, como partidario del rey de Aragon.

Cuentan que esta muerte afectó en gran manera á Vidal, que se entregó á los mayores extremos de dolor. Entristecióse mucho, se vistió de negro diciendo que queria llevar luto toda su vida, cortó la cola y las orejas á todos sus caballos, y se hizo rapar sus cabellos, como igualmente á todos sus servidores, dejándose crecer las uñas y las barbas.

Así vivió mucho tiempo á guisa de hombre loco y doliente, hasta que un dia llegó á Provenza su antiguo amigo y protector D. Alfonso de Aragon, á quien acompañaban muchos barones de su tierra, entre ellos Blasco y García Romeu, Martin de Canet, Miguel de Luciá, Blas de Antillon, Alberto de Castellvell, Ramon Galcerán de Pinós, Guillermo Ramon de Moncada, Arnal de Castellbó y Ramon de Cervera, los cuales hallaron á Pedro Vidal en tan lastimoso estado, que daba compasion de verle. El rey entónces, y todos los barones, que eran amigos suyos, comenzaron á rogarle que se consolara y distrajese, y le pidieron que aban-

donase el luto y compusiera una cancion que pudiesen ellos llevarse á su tierra.

Tanto hubieron de rogarle, que el trovador prometió dejar el luto, regocijarse y componer la cancion. El monarca aragonés mandó entónces que le dieran armas y ricos trajes, y el poeta volvió á vestirse con su antiguo lujo y elegancia, componiendo una cancion que fué muy célebre, y comienza con estos versos:

«No queria volver á cantar por el dolor y por la pena que me causó la muerte del conde, mi señor; pero puesto que al buen rey le place, voy á componer una cancion que lleven á Aragon Guillermo y Blasco Romeu, si les parece buena y no les pesa.»

De chantar m' era laissatz
per ira e per dolor
qu' ai del comte mon senhor;
mas pos vei qu' al bon rey platz,
farais tost una chansó
que porten en Aragó
Guilhems e 'N Blascols Roumieus
si 'l sos lor par bos e leus.

En esta cancion es donde hace referencia á su aventura de los montes de Cabaret. Se felicita de haber sido cazado por los pastores y los perros, y, olvidado ya de aquel amor eterno que pensaba consagrar á la vizcondesa de Marsella, dice en su endereza, que más que á su propia persona, pertenece á su amada Loba de Penautier. Esto, sin embargo, no le impide ensalzar á otra dama, Rimbauda ó Rimbalda de Bioch, de quien

dice haber recibido una cinta, cuyo don hace más feliz al poeta y más dichoso de lo que pueda ser Ricardo con su Poitou, su Turena y su Anjou.

Don n' ai mais d' un pauc cordó
que Na Raymbauda me do;
qu' el reys Richartz ab Peiticus
ni ab Tors ni ab Angieus.

No obstante haber sido tan celebrada esta cancion, es, sin duda, entre las de Vidal, una de las que ménos valen. Mezcla en ella tan extrañamente los nombres de sus damas, y habla de tal manera de amores á un tiempo con Rimbalda y con Loba, que parece notarse algo de desarreglo en la mente del autor.

III.

De sesenta á setenta son las composiciones que de Pedro Vidal se conservan.

No voy naturalmente á citarlas todas, pues sería tarea enojosa; pero algo he de decir de algunas para dar á conocer más á fondo al poeta que nos ocupa:

En una poesía, se considera deudor de una cancion al cortés rey de Aragon, diciendo que, á no ser por él, no cantaria aquel año.

Per sert dei una chansó
al cortes rei d' Aragó,
qu' estier no chanter' ogan...

En otra se lamenta de la muerte del rey D. Alfonso

diciendo que sería completamente feliz, si no le hubiera quitado toda alegría aquel acontecimiento.

Muerto D. Alfonso, Vidal debió pasar á Castilla á la corte de Alfonso VIII, *el de las Navas*, datando quizá de su permanencia allí el siguiente canto:

Terra mout bona es Espanha,
e 'l rei que senhor en so
dous e car e franc e bo
e de corteza companha.
E s' i a d' autres barós
mout avinents e mout pros,
de sens e de conoissensa:
e de faitz e de parvensa:
per so 'm platz qu' entr els remanha
en l' emperial rejó
quar ses tota contensó
me reté gent e 'm gazanha
reis Emperaires Amfós,
per cui jovens es joiós,
que 'n lo mon non a valensa
que sa valors no la vensa.

«Tierra muy buena es la de España, y el rey que es su señor, dulce y querido y franco y de cortés compañía. Tambien hay otros barones muy gentiles y valiosos, de seso y de conocimiento, de buenos hechos y de buen linaje: por esto me agrada permanecer entre ellos en la region imperial, ya que sin esfuerzo alguno me detiene y me cautiva el rey emperador Alfonso, de quien la juventud es entusiasta; pues no hay en el mundo quien en valía le venza.»

De su estancia en Castilla hay recuerdos en varias de sus poesías.

En una de ellas se dirige á una dama y le dice:

> Domna, per vos am Narbonés
> e Molinats e Savartés
> e Castella e 'l bon rei N' Anfós
> de cui sui cavalier per vos...

«Señora, por vos amo el Narbonés, Molina y el Savartés, y Castilla, y el buen rey D. Alfonso, de quien por vos soy caballero.»

Tanto por esta poesía, como por otra en que habla de un D. Diego y de *una gentil castellana*, al propio tiempo que de su linaje Narbonés, puede sospecharse que se trata de alguna dama perteneciente á la familia de D. Diego de Lara y de Molina, enlazada con la casa de Narbona.

»Más me agrada—dice en otro canto—una jóven doncella de Castilla, que mil camellos cargados de oro, junto con el Imperio de Manuel.»

> E plagra 'm mais de Castela
> una pauca jovencela,
> que d' aur cargat mil camel
> al l' emperi de Manuel.

Cuando el rey D. Pedro I de Cataluña y II de Aragon, llamado *el Católico*, sucedió á su padre, D. Alfonso *el Casto*, Pedro Vidal le dedicó y dirigió uno de sus cantos:

«Cancion, véte hácia Vich, al grano nacido de buena

espiga, y díle que no tarde en enriquecer á todo el mundo.»

Cansó vaite 'n part Vic
al gra de bon espic,
e dili que no 's tric
de far tot lo mon ric...

Sin duda no le hizo caso el rey D. Pedro, y permitió que sus cortesanos se burlaran del pobre trovador, á quien se tenía poco ménos que por un loco, pues que así se lamenta en una poesía:

«Tienen los catalanes y aragoneses un señor honrado y valiente, franco, pródigo y entendido, humilde, atrevido y cortés, pero tiene abandonado á su siervo, á quien Dios humilla, pues los señores de su corte buscan toda ocasion de atormentarle y hacerle daño.»

Catalan e Aragonés
an senhor honrat e valen,
e franc e larc e conoissen,
humil e ardit e cortés;
mais trop laissa enmantenir
sos sers cus Dieus bais e azir,
qu' a totz jorns estan en agag
per fur en cort dan e empag.

Más tarde, en otras composiciones, aclama á D. Pedro como el mejor entre los mejores, y maldice á quien esto no cuadre, y en una cancion se expresa así:

«Al rey Pedro, de quien es Vich y Barcelona y Monjuich, le encargo que ponga todo su empeño en

destruir á los paganos de allí, que yo destruiré todos los de acá.»

Al rei Peire, de cui es Vics
e Barsalon e Mon Judics,
man que me a totz sos afics
en destrur els pegás de lai
qu' eu destrusrai totz cels de sai.

Una lindísima cancion amorosa existe de Pedro Vidal, que dice así:

«Ni la nieve, ni el hielo, ni la lluvia, ni el lodo pueden robarme mi alegría y mi contento; que el cielo oscuro me parece claro por el nuevo gozo que hoy siento en mí: es que una jóven dama me ha conquistado, y si, á mi vez, yo puedo conquistarla, cuando tan hermosa la veo, me parecerá volar de placer.»

Neu ni gel ni plueja ni fanch
no 'm tollon de port ni solatz,
que 'l tems escur me par clardatz
pel novel joi en que 'm refranch,
quar jove domna m' a conqués,
e s' ieu lei conquerre pogues,
quan la remir tan bela, 'm par
que de gaug cujera vola.

Véase ahora esta otra, notable por su originalidad y extrañeza:

«Yo amo á mi dama como el sacerdote la Navidad, y ella me ama á mí como el sarraceno es aficionado á regalar; yo la amo como el catalan la fidelidad, y ella me ama á mí como los cortesanos el ajo; yo la amo

como los peregrinos un hermoso dia, y ella á mí como los judíos la cruz; yo la amo como mis criados la sisa, y ella á mí como los marineros un viento contrario.

Yeu am mi dons cum prestre fai Nadal,
et ela a mi cum Sarrazis ufrir;
et ieu am lieis cum Catalan servir,
et ela mi cum alh amon reial;
et ieu am lieis cum bel jorn fai romieu,
et ela mi cum la crotz fai Juzieu;
et ieu am lieis cum raubar fai sirven,
et ela mi cum marinier mal ven.

IV.

Y vamos ya á otro género de composiciones de Pedro Vidal.

Se le supone autor de una obra que merece particular estudio. Es una ficcion poética, de gusto oriental, titulada *Nova*, es decir, cuento ó novela, que el trovador compuso, segun parece, hallándose en la corte de Castilla. No está completa, y se ha perdido el final. Conozco que acaso pareceria pesada á los lectores si aquí la continuara traducida al pié de la letra; me limitaré, pues, á dar una idea de su argumento y de su forma.

El poeta se halla en Castelnou, y se le ocurre aprovechar uno de aquellos hermosos dias de primavera en que el sol resplandece, brillan las flores y cantan los pájaros, para ir á visitar á su señor, que tiene corte en Muret.

Hallándose ya en camino, ve venir á un caballero, jinete en su caballo, vestido de una manera original. Llevaba un traje de flores, todas distintas y de colores diversos, un manto y brial de violetas, un sobretodo de rosas, una corona de geranios en la cabeza, y calzaba unos zapatos guarnecidos de zafiros y esmeraldas. Su rostro estaba dorado por el sol, sus ojos eran dulces y tiernos, fresca y risueña su boca, sus dientes más blancos que la plata, y su aspecto todo el más alegre del mundo. El palafren en que cabalgaba tenía una cola mitad negra y mitad blanca, las crines y la cabeza rojas, una oreja amarilla y otra gris. El arzon de la silla era de jaspe, la brida de serpentina, los estribos de calcedonia. El rey de Francia no tenía dinero bastante para comprar sólo la brida y el petral. Habia sólo dos piedras que valian todos los tesoros de Darío:

Lo fre ni 'l peitral, ses doptanza
no poiria comprar lo rei de Fransa;
e que lhi valgués l' emperaire!
Car tot lo thesaur del rei Daire
valgra dos peiras que i só...

Al lado de este caballero cabalgaba una dama, mil veces más bella aún. La nieve no es de la mitad tan blanca como su garganta, sus piés y sus manos. Su rostro era blanco y colorado como boton de rosa de Mayo. Una corona de rosas ceñia su cabeza, de la que pendian largos cabellos rubios, que por lo resplandecientes parecian de oro. Sus ojos eran tiernos y vivos, su talle delgado y esbelto, su rico traje se acomodaba

al más hermoso cuerpo que jamás se haya visto. La silla y paramentos de su palafren eran de tal riqueza, que valian más que Castilla entera con todos los reinos de España:

> Una donna mil tans plus bela
> que glai ni flor, can renovela;
> ni neu ab gel, can cai en branca,
> non es de la mitat tant blanca
> cum la gola ni 'ls pes ni 'ls mas;
> e de la cara soy certás
> qu' es plus blanca e plus colrada
> que rosa de mai brotonada...

En pos de ellos iba un escudero seguido de una damisela. El escudero llevaba un arco de marfil, con tres dardos en su cinto, uno de los cuales era de oro fino, otro de acero de Poitou muy brillante, y el tercero de plomo enmohecido. Por lo tocante á la damisela, no se podia saber si era morena ó blanca ni qué traje llevaba, porque se envolvia como con un manto en su cabellera que le llegaba hasta los piés.

Esta pareja iba cantando una cancion que decia: «Dama sin amador y caballero sin amor, deberian ser paseados cabalgando en asnos para distinguirles de los que tienen amores y aman lealmente; y á la dama que ama por dinero y vende su amor, debiera condenársela á ir por los caminos en camisa.»

Fuí el primero, dice el poeta, en acercarme á saludarlos, diciéndoles:

—Señor, Dios os guarde de mal, á vos, á vuestra dama y á toda la compañía.

El caballero contestó:

—Y á vos os guarde tambien, Pedro Vidal, y os haga encontrar una dama que os ame lealmente, pues hace tiempo que buscais una.

—Ya la encontré, y tal, que soy mil veces más suyo que mio.

—Podeis muy bien ser de ella, pero ella no será nunca vuestra.

—Señor, me doy por bien pagado por la manera con que me acoge.

—Amigo, dijo entónces la dama interviniendo, así hablan todos los enamorados fátuos.

—Pero si yo la amo con perseverancia, acabará por hacerme merced.

—Amigo, la Merced no vive en su casa.

—Sin embargo, no hace mucho que manifestaba sus deseos de que yo le fuese adicto.

—Amigo, cuando se tiene un mal señor, lo más prudente es renunciar al feudo.

—¿Y si esto no es posible?

—Entónces, quedáos allí como un galeote, Pedro Vidal.

—¿De dónde viene que tan bien me conozcais, pues me habeis nombrado diversas veces?

—Permaneced esta noche con nosotros, y os lo diré.

El trovador acepta el convite y se queda con ellos. En seguida se dirigen á un prado vecino, cercado de rosales, y al concierto de cantadores pájaros se acomodan bajo un frondoso laurel. La damisela extendió sobre la yerba un tapiz bordado en oro fino, representando aves,

animales, flores y una gigantesca salamandra en el centro, todo del más hermoso trabajo que pudiera verse. Mil caballeros hubieran podido estar sobre aquel tapiz sin tocarse unos á otros, y sin embargo, cuando estaba plegado, la damisela lo llevaba en un diminuto bolsillo.

Ab tant, vai tendre sus l' erbatje
la donzela un trap de colors
on ac auzels, bestias e flors,
totas de fin aur emeratz;
e 'l traps fo ricament obratz,
que negus hom non vi son par;
mil cavaller i pogro estar,
que l' us l' autre no toquesso;
et es semblan que no 'l portesso;
detz cavals ab una carreta;
et en que 'us pessatz qu' ela 'l meta?
la doncela, cant es plegatz,
ins en la borsa, so sapchatz,
en menor loc d' una garlanda...

Allí comieron, y en seguida el caballero dice al trovador:

—Pedro Vidal, debeis saber que yo soy el *Amor*. Esta dama tiene por nombre *Merced*, la damisela es *Pudor* y el escudero *Lealtad*.

El trovador se da por muy contento de haber tropezado con tales viajeros, y comienza á hacerles infinidad de preguntas y pedirles solucion á ciertas cuestiones que les propone.

Quiere saber si *Merced* le favorecerá junto á la dama de sus pensamientos: quiere saber tambien de dónde

nace y de qué vive el amor, y como éste puede hacer velar durmiendo, abrasar en el agua, ahogar en el fuego, encadenar sin cadena alguna, herir sin causar llaga.

> Ni cossi fai velhar durmen,
> ni cossi ses parlar conten,
> ni com pot ardre en la mar,
> ni ins en foc com pot negar,
> ni senes lhiam cossi lhia,
> ni cum, ses nafra, nafratz sia?...

Tambien quiere saber por qué motivos puede una dama abandonar á su caballero y un caballero á su dama; y asimismo pregunta: «¿Por qué os llevais á *Merced*, *Pudor* y *Lealtad* de la corte del rey Alfonso de Castilla, á quien sirvo y amo apasionadamente, y á quien tengo por el más bravo, el más virtuoso, el más hidalgo y el más espléndido de los príncipes?»

Amor comienza á contestar á las preguntas del poeta por el órden que éste las hizo.

Le promete el apoyo de *Merced* cerca de su dama, y le explica de dónde nace y de qué vive el amor. «Nace, dice, en el corazon, donde lo nutre la voluntad, despues de haber sido engendrado por el pensamiento.»

Va luégo dando solucion á las demás cuestiones hasta llegar á los motivos que puede alegar un caballero para abandonar á su dama, sin perdonarlo nunca, por grande que su arrepentimiento sea. «Este momento llega, dice, cuando una dama, despues de haber concedido sus últimos favores á un caballero, otorga los mismos á otro. Este crímen no tiene perdon, porque así como no hay

nada más preciado que la virtud de una dama, así no hay nada que más castigo merezca que su infidelidad. Las damas son objeto de toda cortesía, y debe respetárselas cuando su conducta es irreprochable... »

Al llegar aquí se interrumpe el manuscrito, cuyas últimas páginas se han perdido desgraciadamente, lo cual es tanto más sensible, cuanto que *Amor* contestaria sin duda á la última pregunta del poeta, y es de suponer que dijera algo interesante sobre la corte del rey Alfonso de Castilla.

Esta composicion es ingeniosa y agradable, y atrae por su fantasía y orientalismo. La parte del diálogo que he procurado traducir al pié de la letra, tiene facilidad y viveza, revelando en su autor dotes especiales para el caso.

El ilustre escritor aleman Barth ha escrito un curioso trabajo, en que aduce abundantes pruebas, para demostrar que esta poesía no es de Pedro Vidal, sino de un Pedro Wilhen. Antoridades muy competentes como Pablo Meyer y Manuel Milá siguen al docto aleman.

En el manuscrito, es verdad, se escribe el nombre del trovador Pedro W..., pero no se reconoce dato alguno de Wilhen ni suena en parte alguna su nombre.

No rechazo la opinion de dichos autores. Me limito á consignarla.

Pedro Vidal viajó tambien por Italia y por Hungría, así como por Oriente y por España, lo cual hace que sea el tipo más completo que se conoce de los trovadores aventureros.

De su viaje á Hungría á la corte del buen rey Ay-

meric (sin duda Emerico ó Enrique, hijo de Bela III, que estuvo casado con Constanza de Aragon, hija de Alfonso), nos habla el mismo poeta diciendo que fué perfectamente acogido por el rey Aymeric «lo cual, dice, redundará en su honor, pues que haré resonar sus alabanzas por todo el mundo.»

Me 'n anei en Ongria
ab bon reis N' Aimeric,
on trobei bon abric,
servidor e amic,
et aurá i gran onor
si 'm a per servidor
qu' ieu puesc far sa lauzor
per tot lo mon auzir,
et son pretz enantir
mais d' autr' om qu' el mon sia.

V.

He recogido en los antecedentes artículos todo lo que he acertado á encontrar, y he creido pertinente, para dar una idea de Pedro Vidal, el más raro, original y hasta extravagante de los trovadores, pero al que no puede negarse ingenio superior, estro lírico, grandes dotes poéticas y tambien profundidad de pensamientos y altas miras políticas.

Fué durante su vida objeto de amargas burlas y sátiras inhumanas, á que se prestaban su carácter y su vida extravagante y aventurera; pero no ha sido, en verdad, mejor tratado en épocas posteriores.

necia, que floreció treinta ó cuarenta años despues de Pedro Vidal, hace á éste más justicia que le hicieron muchos de sus contemporáneos y le han hecho despues muchos de sus críticos. Bartolomé Giorgi dice en una poesía, que «la locura está en tratar de loco á Pedro Vidal, pues que sus versos no pueden hacerse sin mucha cordura y mucho ingenio.»

Nostradamus escribe que Vidal alcanzó una edad avanzada, y que en su vejez, considerando los peligros de la indiscrecion, compuso un tratado sobre la manera de reprimir la lengua. No he podido comprobar este dato, como tampoco el que da el mismo autor, diciendo que, preocupado siempre con el designio de conseguir el imperio de Oriente, Pedro Vidal hizo un segundo viaje á Ultramar, regresando en 1227 y muriendo dos años despues. Otros, con más crítica, ponen su muerte entre 1215 y 1220.

El abate Millot, con más benevolencia é imparcialidad que otros, juzga á este trovador con perfecto criterio, diciendo que pudo tener algun acceso de demencia que la malignidad de sus contemporáneos presentó como su estado habitual.

Y así debió de ser. En nuestros tiempos hay que ser un poco más justo con el amante desesperanzado de la vizcondesa de Marsella. Sus errores y faltas no tanto deben achacarse á él como al siglo y á la sociedad en que vivia, donde las reputaciones dependian á veces de una preocupacion ó de un capricho.

Lo que principalmente ha hecho que su memoria se cubriera de ridículo, ha sido su visionaria pretension al

imperio, y, más aún, su famosa y extravagante aventura de disfrazarse con una piel de lobo, haciendo que como tal le dieran caza.

A esta aventura alude el príncipe-poeta Bonaparte Wyse en su bellísima poesía *Al ideal (I parpaion blu)* cuando dice:

> E que Peire Vidau, calignaire febrous,
> se fassié coussejá per de chinás furious.

«Pedro Vidal, el febril galanteador, se hacía perseguir por una jauría furiosa.»

Esta aventura, en la cual halló de seguro orígen un conocido pasaje del inmortal *Don Quijote*, de Cervantes, es la que más principalmente ha servido para que cayeran sobre Pedro Vidal las burlas y rechiflas de la posteridad.

Prescindiendo áun de la mayor ó menor fidelidad con que en su orígen se contó esta anécdota por el biógrafo provenzal, debe tenerse en cuenta que entre las muchas extravagancias caballerescas contadas por las *Vidas de los trovadores*, la aventura de Vidal no es sino la expresion más caracterizada, el ejemplo más extraordinario de ese culto de la época al Amor que, como todos los cultos, llegaba en ocasiones al más supremo é inconcebible fanatismo.

Verdad es que Vidal fué considerado como loco por sus contemporáneos, pero la conducta de este trovador, *el de la exaltacion caballeresca*, como dice el citado Bonaparte-Wyse, no deja de estar algo dentro del genio de su siglo, que miraba las extravagancias de amor con

singulares simpatías, y que llegaba á veces á presentarlas y preconizarlas como ejemplos dignos de respeto, cuando no de admiracion y aplauso.

De todos modos, algo, que debe merecer el homenaje de la posteridad inteligente, algo habia en aquel visionario que en medio del fragor de los combates y cuando más recia era la lucha fratricida de los reyes españoles, se atrevió á levantar su varonil acento para ensalzar la paz y la fraternidad, para predicar la Cruzada contra el enemigo comun, para enaltecer, como ideal privilegiado y objeto santo, la unidad de la patria y de la fe. Sí, algo, algo no vulgar, por cierto, habia en aquel pobre loco, dulce cantor de las flores y de los amores, cuyo corazon entusiasta, al sentirse herido por un rayo de sol ó por un rayo de amor, exhalaba tristes quejas y tiernas y enamoradas cántigas, allá, en aquel dulce y solitario retiro, á orillas del Ródano, entre el mar y la Duranza, sitios amados del poeta, y por él cantados como lugares de perpétua delicia y de perfecta paz.

Qu' on no sab tan dous repaire
com de Rózer troca Venza,
si com claus mars é Durenza
ni on tan fins jois s' esclaire.

PISTOLETA.

Comenzó su carrera siendo juglar de Arnaldo de Marveil.

Los manuscritos dicen que era de Provenza, pero no citan de qué lugar, y añaden que de juglar se hizo trovador.

Parece que sus canciones gustaban, más que por la letra, por las agradables tonadas de que sabía acompañarlas, y es fama que recorrió varias cortes, siendo en todas muy bien recibido y agasajado.

Don Alfonso de Aragon fué uno de sus protectores, y en una de las poesías de Pistoleta se encuentra la siguiente dedicatoria á dicho monarca:

Al valen rey qu' es de pretz coronatz
sobre autres reys, e que mielhs se capté,
on fis jois nais et es renovelhat
jois e jovens, t' en vai, chansó, desé
en Aragon on préndon tuit repaire

bon fag valen que franx reis deia faire
e saludam de Perpinhan enan
selhs e selhas qui d' amor han talan.

Hé aquí una *tension* de Pistoleta con una dama:

—Bona domna, un conselh vos deman
que 'm el donés, que molt m' es gran mestier;
qu' en una domna ai mes tot mon talan,
ni nuilha ren tan no dezir ni quier
e diguas me si laudatz que l' enguerra
de s' amistat, o enquar m' en sofrieira;
que 'l reprovier retrai certanamen:
qui 's cocha pert, e consec qui aten.
—Seingner, ben dic, segon lo mieu semblan,
que ben o fai qui bona domna enquier,
e selh sap pauc qui la va redoptan;
car anc domna no feri cavalier,
mas s' el no ill platz que s' amor li profera;
no i a plus dan e nenguna maniera;
que bona domna a tan d' enseignamen;
qu' ab gen parlar s' en part cortesamen.
—Domna, eu tem que, si 'l deman s' amor,
que 'm responda so que mal me sabrá,
e que s' albir son pretz e sa ricor,
e que 'm digua que ja no m' amará.
Miel m' er, so cre, qu' il serva et atenda
tro qu' il plassa que guazardon ais renda;
e digatzme, segon vostre escien,
si farai ben ó s' eu dic faillimen.
—Seingner, totz temps fols a folia cor;
mas selhs es fol que la folia fa,
e cant hom sers lai on non a valor
pois s' en penet, que nuilh gazaing non a;
ans deu saber que ja gair' en despenda,

si 'n pot aver guizardon ni esmenda;
e si 'l conois qu' ill aia bon talen,
serva si dons en patz e bonamen.
—Bona domna, pois aissi me laudatz,
ieu l' enquerai ades senes failhir,
e tenc per bon lo conseilh que 'm donatz,
ni ja no 'l voilh ni camjar ni gequir;
que ben sabetz del don, senes faillensa,
si vol amar, o si a entendensa;
e podetzme en valer veraiamen,
sol vos plassa, ni 'l cors vos o cossen.
—Seingner, e 'us prec que la domna 'm digatz
on eu vos puesc' e valer e servir,
e dic vos ben, e voilh que me crézatz,
qu' ie us en sabrai la vertat descobrir,
e far vos n' ai aisina e cosensa
mantas sasós, s' en leis en trob failhensa;
e digats la ades de mantenen,
e non doptetz ni n' aiatz espaven.
—Bona domna, tant es cortés e pros,
que ben sabetz s' ieu vos am ni us vol be;
que tal joi ai quant posc parlar ab vos
que de ren al no 'm membra ni 'm sové;
e doncs podetz saber á ma semblansa
e conoisser... Mon dig vas vos balansa!...
Vos es selha vas cui mos cors s' aten.
Mercé, domna, car tan dic d' ardimen.

Pistoleta, despues de pasar mucho tiempo recorriendo cortes, retiróse á Marsella, donde se casó y se hizo negociante, consiguiendo adquirir gran fortuna.

Sólo cinco poesías nos quedan de él, todas galantes y dirigidas á una dama que no parece atender sus protestas de amor.

PONS DE CAPDUEIL.

I.

Gallardo, animoso, de buen porte y claro ingenio, reuniendo á todas sus ventajas de cuna y de figura el valor de un caballero, la elocuencia de un orador, las maneras de un galan, el talento de componer versos y el de cantarlos con exquisita gracia, tal fué Pons de Capdueil, rico baron del Puy de Santa María.

Antes que por sus versos, hízose célebre por sus amores. Obsequiaba á Adelaida, hija de Bernardo de Anduse, noble baron de la marca de Provenza y mujer de Oisil de Mercœur, poderoso conde de Auvernia, y daba en su honor lujosas y espléndidas fiestas á las cuales acudian de todas partes caballeros y trovadores, aquéllos para romper una lanza en los torneos, éstos para cantar las gracias y los amores de la bella Adelaida.

Sus relaciones amorosas y sus fiestas espléndidas, en las cuales Pons de Capdueil disipó gran parte de su for-

tuna, duraron largo tiempo, pero llegó un dia en que, debido á algun desacuerdo entre los amantes ó á alguna pasajera impresion del galan, éste abandonó el país para trasladarse á Marsella viéndosele desde entónces suspirar á los piés de aquella vizcondesa de Marsella, á quien las crónicas llaman unas veces Adalasia y otras Andiar, pero que nosotros conocemos por Adelaida.

El manuscrito provenzal que, como de costumbre, se fija mucho en los detalles galantes, dice que Pons de Capdeuil no amaba á Adalasia de Marsella, sino que trató de hacer una prueba para conocer hasta dónde llegaba el amor que por él tenía Adelaida de Mercœur. Creyó que ésta, en el dolor de su desconsuelo, trataria de atraerle nuevamente y allanaria todos los obstáculos que presentarse pudieran á una completa reconciliacion.

No fué así, sin embargo, y poco tardó el galan en arrepentirse de su ligereza. Comenzaba ya entónces á ser conocido y estimado como trovador, gozando de gran boga sus canciones, y esperaba que esto mismo fuera causa de que Adelaida le llamara; pero desde el momento en que la dama supo la existencia de una ri val creyéndose menospreciada, se envolvió en su orgullo y resolvió olvidar al pérfido amante, prohibiendo que hasta su nombre se pronunciara en su presencia. Cuando por cualquier causa se hablaba de él, guardaba un silencio desdeñoso, y hubo de creerse que le habia olvidado por completo al verla entregarse con afan á las diversiones y espectáculos, complaciéndose en los galanteos de nuevos adoradores, atraidos por su belleza y por su gracia.

Pons de Capdueil, que esperaba un mensaje, una

carta de su amada, sintióse herido en lo más sensible de su amor, y, abandonando la corte de la vizcondesa de Marsella, volvióse á sus tierras impaciente de reparar su falta. Escribió entónces á Adelaida implorando perdon, pero no recibió respuesta. Escribióle de nuevo pidiéndole que se le permitiera justificarse. Ninguna respuesta obtuvo tampoco.

Adelaida queria hacer pagar cara su ligereza al amante, y estaba irritada, sobre todo, acaso más del amante, del poeta que, cantando á la vizcondesa de Marsella, habia dicho:

No vuelh aver l' imperi d' Alamanha
si N' Audiartz no vezian miei uelh.

Acudió entónces Pons de Capdueil al canto, para lo que eran tan sensibles las damas de aquella época, y escribió su bella cancion:

Aissi com cel qu' a pro de valedors.

«Vos habeis visto, decia á su antigua amada, ligereza sólo é inconstancia en lo que no ha sido otra cosa que un exceso de amor. Quise en mal hora probaros y quise ver qué efecto causaria en vos mi ausencia. La prueba no era necesaria, hoy lo veo, pero si mi entendimiento erró, mi corazon al ménos os ha permanecido fiel. Cuando no otra cosa, esto os demostrará que vuelvo á vos, convencido de que sólo en vos existe la luz que me atrae.»

La cancion no obtuvo mejor resultado que el de las cartas y los mensajes.

Siguiéronse entónces sin interrupcion las canciones y

versos, cada vez más enamorado el poeta cuanto más desdeñosa parecia la dama.

En una poesía, cediendo á un inspirado rasgo, se queja del espejo de Adelaida. —«Si no fuera por este espejo, dice, no sería tan altiva.»

«Cuanto más oro y plata acumula el avaro, dice luégo, más codicia la riqueza, y yo cuantas más bellas he visto y he tratado, más he sentido acrecer mi antigua pasion; es que el mérito de mi dama es superior al de todas.»

Ni éstas ni aquella su otra sentida cancion

Qui per nesci 'cuidar
fai trop gran falhimen,

consiguieron que la orgullosa y despechada Adelaida perdonase al amante. Hubo éste entónces de acudir á otro recurso, que le fué de más utilidad. Imploró la proteccion de tres amigas de la ofendida dama, é intervinieron las condesas de Ventadorn y de Monferrand y la vizcondesa de Aubusson. Adelaida, vencida por los ruegos de estas damas, perdonó al ingrato, y éste se consideró desde aquel momento el hombre más feliz del mundo, jurando ser fiel eternamente á la que le volvia á su gracia y á su amor, juramento que aquella vez no fué falso como tantas otras.

Gozando en paz de sus amores, escribió el trovador en aquella ocasion sus más bellas y sentidas canciones, las cuales le dieron derecho á ser considerado por la posteridad como uno de los mejores poetas de aquel tiempo. Sus poesías de entónces están llenas de espon-

taneidad, de sentimiento y de verdad. El poeta siente lo que escribe, y es delicadísimo en sus detalles. Sólo se ocupa de su dama. Ni otra cosa ve ni en otra piensa.

«Cuando la veo, dice, gozo mirándola; cuando me alejo, sufro su ausencia, y lloro cantando y mi corazon quiere partir tras ella, y así es como Amor me hace vivir y morir.»

Tan quant la vey me te 'l vezers jauzen
e quant m' en part siu en tal pessamen,
qu' en chantan plor e 'm vol lo cor partir,
en aissi 'm fai l' Amors viur' e murir.

«Dichoso aquel, dice en otra poesía, á quien Amor recompensa, que Amor es orígen de todo lo bueno. El es quien inspira al hombre la amenidad y la cortesía, él quien le hace hidalgo y gentil y á la vez orgulloso y modesto. El que ama vale mil veces más que otro para la guerra, lo propio que para la corte, que es donde las altas proezas hallan su orígen.»

Astrucs es celh cui Amors ten joiós,
qu' amors es caps de trastotz autres bes
e per amor es hom guais e cortés,
francs e gentils, humils et orgolhós.
A qui am tanh, en fai hom mielhs mil tans
guerras e cortz don naisson faitz prezans.

«No es la primavera ni tampoco el estío lo que á mí me inspira, añade. Lo que á otros seduce, para mí es indiferente. Yo sólo canto el amor y sus goces.»

Todas las canciones de este trovador, que nos reve-

lan á la vez un poeta hábil, sentido y discreto, giran sobre él asunto de sus amores con Adelaida, amores que la muerte vino de repente á terminar.

La condesa de Mercœur murió, y el dolor del amante se traduce en la elegía ó *planh* que consagró á su memoria, elegía, por otra parte, que tiene algo de panegírico.

«El cielo ha arrebatado á la tierra la corona de virtudes y belleza que tenía, y la tierra que, viviendo Adelaida, competia en esplendor con la mansion de los ángeles, se ha convertido en un helado desierto. Los ángeles son los que se han alegrado de su muerte, y Adelaida ha pasado á habitar el rico palacio donde aquéllos moran, entre flores eternas y eternas dichas, rodeados de todos los esplendores que guarda Dios para los escogidos.»

Tales son las ideas sobre que versa la elegía.

II.

Con la muerte de su amada, cambió por completo la vida de Pons de Capdueil.

Fiel á su juramento, ni á otra mujer elevó sus miradas y sus cantos, ni de otros amores volvió jamás á ocuparse, ni se le volvió á ver en fiestas, justas y torneos. Parecia haberse llevado consigo Adelaida toda la vida y con ella el alma del trovador.

No fué Pons de Capdueil, como tantos otros, á sepultarse en un claustro, pero tomó la cruz y se dispuso

á pasar á Ultramar, no sin que ántes, abrasado repentinamente de un ardiente celo, y como si buscase en ello alivio á sus recientes pesares, se creyese llamado á ser el órgano de la voluntad celeste proclamando el *¡Dios lo quiere!* El poeta galante, convirtiéndose de pronto en un elocuente y caluroso predicador, dejó escritos ántes de partir tres *serventesios* de cruzada mejores acaso que sus canciones de amor, pues en ellos palpita el alma cristiana y son eco de un entusiasmo verdadero.

Hé aquí el más notable entre los tres:

«Que de hoy en adelante sea nuestro blason y nuestro guía el que mostró á los tres reyes el camino de Belen. Su misericordia nos indica la vía por la cual los peores pueden llegar á puerto de salvacion si la siguen honrada y lealmente. Insensato será el hombre que por el vil interés de sus tierras ó de su fortuna desaproveche la ocasion que de tomar la cruz se le ofrece, pues que entónces por su culpa y por su cobardía perderá su honra y desobedecerá á Dios.

»Ved cuál es la locura del que no quiera cruzarse. Jesús, el Dios de la verdad, ha dicho á sus apóstoles que era preciso seguirle, y que cuantos le siguiesen debian renunciar á sus bienes y afecciones terrestres. Llegado es el momento de cumplir su santo mandato, pues el morir allí (en Ultramar) por su gloria, es preferible á vivir aquí en oprobio, que peor es aquí la vida que allí la muerte. Nada vale una vida sin honra, miéntras que morir por el Señor es (literal) matar la muerte y asegurarse una vida eterna de dicha.

»Humillaos ante la cruz y obtendreis el perdon de vuestros pecados, pues por la cruz fué como nuestro Señor redimió vuestras culpas y crímenes, como en su santa piedad perdonó al buen ladron, como en su excelsa justicia cayó sobre el malo, y como aceptó hasta el arrepentimiento de Longino. Por la cruz salvó á los que estaban en la vía de la perdicion y al sufrir la muerte, sufrióla para salvarnos á todos. Insensato ha de ser el que no corresponda con su sacrificio á la generosidad y al amor de Dios.

»¿De qué sirven las conquistas de la ambicion? En vano será que sometais todos los reinos que se hallan de este lado del mar, si permaneceis infieles é ingratos para con vuestro Dios. Alejandro llegó á someter toda la tierra, pero ¿qué es lo que se llevó con él á su muerte? Un sudario. ¡Cuánta no es la insensatez de aquellos que ven claramente el bien, y sin embargo, escogen el mal, renunciando por vanos y miserables objetos á una dicha que no puede faltar ni noche ni dia! Tal es el efecto de la codicia humana. Ciega á los mortales, les extravía y no les permite reconocer su error.

»Que no se envanezca de ser contado entre los de pró el baron aquél que no tremole el pendon de la cruz y no marche á rescatar el santo sepulcro. Hoy las armas, la lucha, el honor, la caballería, todo lo que de más seductor y bello tiene el mundo, nos pueden procurar la gloria y la felicidad eternas de las celestes mansiones. ¿Qué más pueden desear los reyes y los condes sino el poderse librar, por sus altas acciones, de las

devoradoras llamas en que los réprobos se verán eternamente envueltos?

«Puede haber excusa, no lo niego, para aquél á quien la vejez y los achaques retengan en esta tierra, pero, en cambio, debe prodigar sus riquezas para auxilio de los que parten. Es lo ménos que pueden hacer aquellos que aquí se queden, miéntras por cobardía ó por indiferencia no sea. ¿Qué es lo que responderán el dia del juicio final aquellos que hayan quedado aquí, desobedientes á su deber, cuando Dios les diga: «Falsos y cobardes cristianos, por vosotros me ví cruelmente flagelado, y por vosotros sufrí la muerte.» ¡Ah! el más justo entónces sentiria estremecerse de espanto al oir esta voz.»

Er nos sia capdelhs e guerentia
celh qui guidet tres reys á Bethelen,
que sa mercés nos a mostrat tal via
perque 'l peior venran a salvamen
que lo segran de bon cor legalmen;
e qui per terra ni per manentia
remanra sai mout hi fai gran folhia,
qu' ieu non tenc ges lo plus ric per manen
qui per vergonha e Dieu per avol sen.

Guardatz si fai, qui reman, gran folhia,
qu' als apostols dit Jezus veramen
qu' hom lo seguis e laissés, qui 'l segria
totz sos amics et son ric cazamen;
ares sazós fassam son mandamen
quar qui lai mors mais á que si vivia,
e qui sai viu pietz á que si moria;
qu' avols vida val pauc, e qui mor gen
auci sa mort, e pueis viu ses turmen.

. . . .

Sus otros cantos de cruzada son inferiores á éste.

En nombre y para gloria del Padre, del Hijo y del Espírtu Santo, que forman la Santa Trinidad, exhorta á todos á tomar la cruz para ir á librar los Santos Lugares de los ultrajes con que son manchados por los turcos. Dice que el papa envia por sus cardenales y legados la absolucion de sus pecados á los que se alistan bajo la enseña de su cruz, y, dirigiéndose á los reyes, les exige que dejen sus querellas para unirse todos y todos juntos llevar adelante la gloriosa empresa de rescatar el santo sepulcro.

En honor del Paire en cui es
totz poders e tota vertatz
et el Filh totz sens e totz gratz,
et el San Esperit totz bes,
devem creire l' un e totz tres,
qu' ieu sai que 'l Sanhta Trinitatz
es vers Dieus e vers perdonaire,
vera mercés e vers salvaire,
perqu' ieu dels mortals falhimens
qu' ai fagz en ditz ni en passan
ab falz motz ni ab mal obran,
mi ren colpables penedens.

Senhors, pus sai nos a tramés,
per cardinal e per legatz,
absol celh qu' es en luec panzatz
de Sanh Peire, a cui promés
qu' en cel et en terra pogués
solver quascun de sos peccatz;
qui so non cre, al mieu veiaire,
fals es e felós e trichaire,
e de nostra lei mescrezens;

e qui no se vol trair' enan
de far la crotz, al mieu semblan,
non es a Dieus obediens.
. . . .

Pons de Capdueil hizo lo que no hicieron otros: predicar tambien con su ejemplo. Pasó á Ultramar y halló la muerte en una de aquellas jornadas que tan terribles fueron para el ejército cruzado.

Se supone á este poeta autor de un *romans* que con el título de *Andrieus de Fransa* obtuvo gran boga y popularidad en su tiempo. No ha llegado hasta nosotros: ha desaparecido como tantas otras preciosas obras de la literatura provenzal, y no sabemos otra cosa de su argumento sino que el héroe de este poema, perdidamente enamorado de la reina de Francia, acababa por ser víctima de este amor. Así se desprende de las alusiones que al poema hacen los trovadores en sus poesías. Era este poema considerado como la obra de un maestro.

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

PABLO LANFRANC DE PISTOIA.

Bien pudiera ser que este trovador se llamara Pablo Lanfranchi de Pisa. Así lo creen Salvini y Crescimbeni, sospechando que el copista pudo poner *Pistoia* en lugar de *Pisa*. En este caso sería de la ilustre familia de los Lanfranchi de Pisa, perteneciendo al número de los poetas italianos que trovaron en provenzal.

Contribuyen tambien á hacerlo creer así algunos fragmentos de las composiciones de este autor.

Se manifiesta enemigo de los franceses, y desea todos los males imaginables á la casa de Anjou, opresora de la Italia y de la Provenza. En los fragmentos que de este poeta quedan, hay todo el espíritu que animó á los sicilianos en sus tan famosas como sangrientas Vísperas.

De esta época es Pablo Lanfranc ó Lanfranchi, y acaso tomó parte en aquel movimiento político que debia colocar la corona de Sicilia en las sienes de Pedro III de Aragon.

No es aventurado creer que pudo Lanfranc formar parte de la corte del monarca aragonés, pues poco ántes de la muerte de éste y despues de las derrotas sufridas por los franceses en Cataluña, cuando éstos querian conquistar el Aragon, se dirige á Pedro III á quien ensalza por haber destrozado á los franceses, dándole un consejo político, que acaso aquel gran monarca hubiese seguido á no sorprenderle repentinamente la muerte despues de su victoria contra Francia.

«Valiente señor, rey de los aragoneses, le dice, á quien se ve aumentar en prez y honor todos los dias, acordaos, señor, del rey francés que vino á veros dejando á su país, acompañado de sus dos hijos y del conde de Artois. No hubo de valerle golpe alguno de espada ni lanza, áun cuando se trajo de su país muchos y buenos barones, y los de aquí se acordaran miéntras dure su vida. Bien se vió que Nuestro Señor estaba de vuestro lado, y con esto nada debeis temer. Tal piensa perder que gana, como vos que ahora sois señor de la tierra y del mar, y podeis hacer valer más al rey inglés y al de España si quereis ayudarles.»

Valens senher, reis dels aragonés
á qui pretz et honors tot jorn enansa,
e membre vos, senher, del rey francés
qu' us venc á vezer e laisset Fransa
ab dos sos filhs et ab aquel d' Artés.
Anc no fes colp d' espaza ni de lanza
e mainz barós menet de lur paes.
Jorn de sa vida sai n' auran membranza.
Nostre Senher fazía á vos companha
perqu' en ren mais no 'us cal duptar.

Tals cui' hom que perda qui gazaigna.
Senher es de la terra e de la mar
perque 'l rey engles e celh d' Espagna
ne valran mais s' el voletz ajudar.

PEDRO II DE ARAGON.

Fué este monarca aquél á quien las crónicas llamaron indistintamente *el Católico, el Noble, el Caballero, el de las Navas, el de Muret.*

En las páginas de esta obra se ha hablado de él extensamente, citándose algunos de sus más gloriosos hechos y refiriéndose su muerte en la batalla de Muret, cuyos campos vieron hundirse con él en la tumba el genio de la independencia provenzal.

La historia reserva brillantes páginas á este monarca. Aquí sólo nos toca hablar de él como trovador.

No sólo lo fué, sino que en él hallaron proteccion decidida cuantos se consagraban entónces al cultivo de las letras. Breve fué y accidentada la vida de este monarca en el trono, pero, como podrá recordar quien haya leido en la Introduccion de este libro el capítulo consagrado á hablar de la poesía provenzal en Aragon y en Cataluña, los trovadores fueron en la corte de este príncipe el alma de la política seguida durante su reinado.

Las alusiones á D. Pedro de Aragon en las poesías y serventesios del tiempo son frecuentes y bastantes para dar á entender de qué manera y hasta qué punto aquellos poetas influian en el ánimo del monarca. La

política que dominó en la última época de su reinado, y que á no sobrevenir la muerte de D. Pedro, hubiera de seguro variado los destinos de Provenza, fué principalmente debida á los *serventesios* de los trovadores, unánimes en pedirle que desplegara al aire su bandera para tomar bajo su proteccion los países meridionales y arrojar de ellos al francés.

Fruto fué tambien, por otra parte, de la proteccion dispensada por D. Pedro á la literatura provenzal, el bellísimo romance caballeresco de *Jaufre* ó Godofredo, que es en realidad una de las joyas de aquella literatura.

Que era poeta no cabe duda alguna, como no la hay de que escribió algunas canciones de amor, siguiendo el ejemplo de su padre Alfonso II; pero, por desgracia, sus poesías han desaparecido entre el huracan de fuego y de hierro que, á su muerte, arrastró consigo muchas y quizá las obras principales de aquella literatura que á esta causa deberá siempre el no poder ser á fondo conocida.

Sólo existe, aunque incompleta y mutilada, una *tension* entre Giraldo de Borneil y un monarca aragonés, que se supone fué D. Pedro, atribuyéndose á éste la parte á él correspondiente en el diálogo.

PEDRO DE BERJERAC.

Es un trovador poco conocido, y del que nada se sabe ni otra composicion existe que la inserta á continuacion.

Debió ser catalan, ó por lo ménos, adicto al rey don

Pedro II, y por lo visto, de su corte. Su *serventesio*, que tiene algo del vigor y de la escuela de Beltran de Born, alude á los sucesos que tuvieron lugar por los años de 1204 á 1206, despues del casamiento de D. Pedro con María de Montpeller, y cuando los hermanos bastardos de ésta, teniendo en su favor á gran parte del pueblo de Montpeller, disputaban al monarca aragonés su herencia en aquel país. Sangrientas luchas se originaron con este motivo, y habiéndose declarado la ciudad de Montpeller contraria á los derechos de D. Pedro, éste decidió marchar contra ella y entrarla á la fuerza.

Precisamente en este momento histórico debió escribirse el *serventesio* de Pedro de Berjerac, que así dice:

«Me agrada oir el rumor que produce el choque de la armadura con el arzon, el ruido, los gritos y el estruendo de cuernos y de trompas, y oir tambien el retintin y el son de los cascabeles, y ver pespuntes y mantos arrojados sobre equipos, y pláceme el canto bélico de los soldados.

»Y me agrada la guerra y el verla encendida entre los ricos hombres, y si os he de decir el motivo, es porque nada se da á nadie como no haya lucha y tumulto. Todos huelgan cuando hay paz, y sólo cuando hay guerra son amables, hidalgos, generosos y complacientes.

»No han de tardar en salir á reducir armaduras, yelmos y blasones, caballos, lanzas y espadas, así como buenos caballeros, pues el rey arde en ira contra Montpeller, y pronto vereis á sus puertas luchas, escaramu-

zas y combates y dar y recibir golpes, vaciando arzones á cada instante.

»Y si el buen rey de Aragon conquista en breve y toma Montpeller, no compadezco por su oprobio ni por su daño á Guillermo, que es cobarde, ni tampoco le teme el señor de Baucio, ántes bien está tan irritado contra él que, por la fe que os debo, no sé si acabará en su daño ó en su provecho.»

PEDRO BUSSIGNAC.

Trobaire fo de bons sirventes de rependre las domnas que fazian mal, dice de este trovador el manuscrito.

Y en efecto, los pocos datos que de él tenemos nos hacen creer que realmente era un poeta satírico, autor de serventesios contra las mujeres en general, pero en particular contra las de vida poco honesta.

En una de las dos solas composiciones que de él nos quedan, dirige sus dardos contra las mujeres todas. Dice que tuvo la idea de defenderlas contra el mucho mal que de ellas se propala, pero que acabó por convencerse de la imposibilidad de tomar su defensa, sin faltar á deberes sagrados de imparcialidad, justicia y conciencia.

Pedro de Bussignac en este *serventesio* se declara enemigo capital de las damas, á todas las cuales encuentra infieles, ligeras, interesadas, prontas á hacerlo todo por dinero. No parece sino que habla una víctima de ellas, ó tal vez, segun parece deducirse de una de las estancias, uno que por su figura ó por su maledi-

cencia tenía la desgracia de no ser bien acogido de ellas.

«Me niegan sus favores, dice, porque veo muy claro y porque tengo la reputacion de maldiciente.»

El poeta les dice que la maledicencia, lo propio que la curiosidad, se encarnaron en ellas; que no hacen caso alguno de los hombres de ingenio ó de los caballeros de prez, sino de los que andan á su alrededor mintiendo, adulando y alimentando sus pasiones; y que todo es falso en ellas, hasta la cara, donde se encuentra mucho más que Dios no puso (aludiendo sin duda á los untos y pinturas de que se servian).

»Los que de ellas se fian, añade, se parecen á aquel rey que para curar sus dolencias necesitaba la leche de una mujer fiel á su marido, y jamás llegó á encontrarla.»

En su segundo serventesio parece querer justificarse de los cargos que le hacian sin duda las damas y personas galantes, pero no por esto se enmienda y dice que por cada cabello de maldad que se arranca á una mujer, le nacen tres.

Pueis las avols gens
diran entre dens
qu' ieu sui maldizens,
et ieu, per mon paire,
cuiava lur traire
lo pel d' ont lur nais
malvestatz, e vey
que per un, lur en naisson trey.

La forma de este poeta es grosera, como puede verse. Segun parece, era caballero y habia nacido en el cas-

tillo de Hautefort, perteneciente al famoso Beltran de Born, de quien hubo de heredar la insolencia y la desvergüenza, ya que no el mérito ni el genio.

PEDRO DE CARAVANA.

Trovador güelfo. Sólo existe de él un *serventesio*, no despreciable ciertamente, especie de canto de guerra escrito para levantar el espíritu de los lombardos contra el emperador Federico II que avanzaba contra ellos. Los gibelinos, como es sabido, sostenian al emperador contra el papa.

El *serventesio* de Pedro de Caravana termina en cada estancia con el estribillo: *¡Guardaos bien, lombardos!*

«No olvideis, les dice, á los bravos barones de la Pulla, á quienes sólo quedaron los muros de sus casas, y pensad que puede sucederos lo mismo. Por lo que á mí toca, no puedo decidirme á querer á los alemanes. Se me subleva el corazon cuando oigo su jerga, pues se me figura oir el aullido de perros rabiosos.»

PEDRO CAMOR.

Existe de él una cancion de escaso mérito.

Crescimbeni pretende, y Millot parece aceptarlo, que éste es el mismo Pedro Camó de Tolosa que por los años de 1320 fué uno de los siete mantenedores de la Academia del *Gay Saber*, hoy de los Juegos Florales de Tolosa.

En este caso estaria fuera del ciclo de los trovadores.

PEDRO DE COLS.

Trovador catalan, de Arles, en Rosellon. Sólo queda de él una cancion de amores.

Be 'm troba has et á sa volontat
celha qu' ieu am sus tot aurtr' amor,
qu' ieu aissi 'm ten en fre et en paor
com lo girfals, quant á son cri levat
fa la grua, que tan la denatura
ab son sol crit ses autres batemen
la fai cazer et ses tornas la pren.
Tot en aissi ma domna nobla e pura,
me li' e 'm lassa e 'm pren.

«De tal manera me tiene sometido á su voluntad aquella que amo sobre todo otro amor, que me encuentro con respecto á ella tan atemorizado como la grulla al grito que lanza en los aires el gerifalte. Espántase la grulla al oir sólo el grito, y esto la sobrecoge de tal modo que se deja caer vencida y se rinde. Del mismo modo mi dama, noble y pura, me envuelve, me enlaza y me prende.»

En esta misma poesía dice más abajo, valiéndose de una imágen y de una comparacion de que modernamente se ha hecho no poco abuso:

«El fuego que me consume es de una naturaleza singular! Cuanto más pretendo templarlo, más ardor tiene. Es un baño de delicias como el baño inflamado de la salamandra.»

PEDRO DURAN.

Fué un trovador que alcanzó cierta popularidad, debiéndolo principalmente á las composiciones que compuso en un género que pasaba los límites de la valla impuesta al sentido moral de los poetas.

En una de sus poesías una dama acusa á su marido de no serlo más que á medias; en otra un hombre y una mujer tensionan con gran calor llenándose de insultos y desvergüenzas.

Cuando el trovador Ramon de Miraval repudió á su mujer de la manera que puede verse en el artículo que en este libro se le consagra, Duran compuso un violento serventesio contra él. Dice que se ha separado de su esposa por la envidia que le daban los buenos versos que ella sabía hacer, le acusa por esto de crímen de lesa-galantería, y le exhorta á reconciliarse con ella, aconsejándole que le permita tener un amante que le inspira muy buenas canciones.

Todas las poesías de Pedro Duran son de este género. Algunas repugnan por lo obscenas y lo groseras. Sin embargo, se ve en ellas arte, espontaneidad y conocimiento de la lengua.

PEDRO DE DURBAN.

Sólo queda de él una *tension* con otro trovador, muy poco conocido tambien, Pedro de Gavarret.

Es una composicion muy licenciosa en que, buscando palabras que descifren la idea, pero dejándola comprender, se ocupa de una aventura amorosa.

Sin embargo, por las noticias que he podido adquirir, Pedro de Durban debió escribir varios y muy elevados *serventesios* políticos, que han desaparecido y de que sólo queda alguna cita, como memoria, en algun que otro manuscrito.

Era Pedro de Durban señor del castillo de Montagut, edificado sobre una eminencia en frente del Pas del Roc, por donde se precipita el Leze. Unido al conde de Foix, tomó parte con él en las guerras de su tiempo, defendiendo la casa de Tolosa, perdiendo todos sus bienes de que se apoderó Montfort. Las crónicas cuentan que cierta vez, en uno de los varios sitios sufridos por Tolosa, viendo Pedro de Durban que retrocedian las milicias de la ciudad, perdiéndose la accion, arrancó la bandera de Tolosa de manos del que la llevaba en su fuga, y enarbolándola en alto, y dando de espuelas al caballo, se metió entre las huestes de Montfort gritando: Foix! Foix! Los fugitivos, á este acto de valor, se repusieron, y arrojándose en pos de Durban y de la bandera tolosana, consiguieron restablecer la victoria y ganar la jornada, que se llamó de Montolieu, por haber tenido lugar cerca de la puerta de este nombre.

Se sabe que, así como era valiente capitan, era tambien renombrado poeta; pero segun queda dicho, no ha llegado hasta nosotros más obra suya que la parte que le corresponde en la *tension* con Pedro de Gavarret.

Pedro de Durban murió en el castillo de Foix, á

donde se habia refugiado cuando la catástrofe final que acabó con Provenza.

PEDRO GUILLEM.

Debió conseguir cierta celebridad, pues es continuado en las *Vidas de los trovadores*, aun cuando le consagran muy pocas líneas.

Todo lo que de él dice el manuscrito provenzal se reduce á contar que era un hombre cortés y muy bien educado para vivir entre gentes de mundo; que hacía muy buenas canciones, aun cuando eran demasiadas; y que escribió *serventesios* contra los barones, que iban cantando los juglares. Termina el manuscrito diciendo que se retiró del mundo para entrar en la Órden de la Espada.

Una viñeta de un libro provenzal representa á Pedro Guillem vestido con el hábito de esta Órden, una barba muy larga, un bonete verde, una chupa roja y una capa blanca, y al lado una colosal espada de vaina roja, la empuñadura en alto y la punta en bajo.

Quedan de él una poesía á la Vírgen y una cancion dirigida á su contemporáneo Sordel en que se burla del poco éxito de sus amores con una condesa.

PEDRO GUILLEM, DE LUZERNÚ.

Distinto del anterior, aunque del mismo nombre.

Ha dejado dos composiciones galantes en elogio de una dama, que no nombra, pero á la que representa

como flor de amores, sol de belleza y fuente de virtudes. Es de creer por este retrato que la dama valia infinitamente más que las poesías que le están dedicadas.

PEDRO ESPAÑOL.

Todo induce á creer que era un trovador de Castilla, que escribió en provenzal, y al que sin duda se llamaba Pedro *el Español,* quedándole luégo su nacionalidad como apellido.

Nada más se sabe de él sino que es autor de dos canciones galantes, de escaso mérito, y con pretensiones á imitar á Pedro de Auvernia, de quien pudo ser contemporáneo y discípulo.

PEDRO IMBERT.

Existe de él una cancion galante, como muchas.

PEDRO MILON.

Hay de este trovador seis canciones de amores, que nada de particular ofrecen.

En una de ellas habla de una dama española por la cual suspira el poeta, aunque sin recibir recompensa.

Esto pudiera hacer creer que Pedro Milon estuvo en Aragon ó en Castilla.

Nada se sabe de su vida ni de su época, ni sus composiciones dan luz alguna.

PEDRO DE MULA.

Este trovador, desconocido, ha dejado un *serventesio* curioso en que se lamenta de que se hagan juglares muchos hombres sin talento, prostituyendo el oficio y rebajando el arte. Dice que los juglares se han multiplicado de tal modo, que abundan más que conejos en el corral, y les ataca por sus desórdenes, su grosería, y su complacencia á prestarse á oficios degradantes.

Queda de este autor otro *serventesio* quejándose de la avaricia de los grandes.

PEDRO DE MAENZAC.

Eran dos hermanos, Pedro y Astorc, ámbos trovadores, á quienes su padre, al morir, dejó un castillo llamado de Maenzac y situado en las tierras del Delfin de Auvernia.

Al heredar este castillo, estipulóse un contrato, singular por cierto, entre los hermanos, á creer lo que dice el manuscrito provenzal. Parece que convinieron en que uno de los dos se quedase con el castillo y el otro con la profesion de trovador. Tocóle á Astorc el castillo y dejó de escribir versos desde aquel momento, miéntras que Pedro, por el contrario, fué el poeta. Raro fué, en verdad, el convenio y no deja de prestarse á extrañas interpretaciones.

Lanzado Pedro á la vida aventurera del trovador,

dirigióse á la corte de su señor el Delfin de Auvernia, gran amigo y protector, como ya sabemos, de la gente de letras. La hospitalidad que recibió en esta corte, y la manera como le acogió el Delfin, hicieron que se quedara definitivamente al lado de éste, de quien no tardó en ser íntimo, amigo y consejero.

Hasta qué punto llegaron á intimar los dos, lo prueba un suceso contado por el manuscrito provenzal, única cosa por otra parte que se sabe referente á la vida de Pedro de Maenzac.

Enamoróse éste de una hermosa dama mujer de Bernardo de Tiercí y por ella compuso muy galanas y sentidas canciones de amor que hubieron de tener gran popularidad, contribuyendo no poco á la fama del autor. Correspondió la dama á la ternura del poeta premiando su pasion, pero los celos del marido vinieron á turbar la paz de sus amores, y viendo los amantes que les era imposible comunicarse, el mejor dia la esposa de Bernardo de Tiercí desapareció del hogar conyugal en brazos de Pedro de Maenzac.

El rapto hizo ruido. La dama habia sido llevada por su amante á un castillo del Delfin de Auvernia, y el ultrajado esposo trató de recobrarla, jurando vengarse. Levantó al efecto gente de armas, ayudado por amigos poderosos, y entróse en son de rebato por las tierras del Delfin, el cual, irritado por esto ó movido de su amistad al raptor, decidióse á amparar la causa de éste, valiéndole con todas sus fuerzas.

Siguióse de esto una guerra entre ambos señores, que llegó á tomar sérias proporciones, pero Pedro de Maen-

zac, ayudado y sostenido por el Delfin, guardó su dama que no volvió á los brazos de su esposo.

Dícese de Pedro que era un gallardo caballero, de arrogante porte, diestro en armas y en letras, autor de muy bellas canciones y compositor de la música ó tonada con que se cantaban, pero á esto se reducen todas las noticias que de él tenemos.

Sus poesías han desaparecido y sólo quedan tres, que por cierto no corresponden á su fama, áun cuando todo indica que han llegado hasta nosotros mutiladas y llenas de errores de copia.

PEDRO PELISSIER.

Ya se ha tropezado con este nombre en la vida del *Delfin de Auvernia.*

Hé aquí lo que dice de él el manuscrito provenzal, al pié de la letra traducido:

«Pedro Pelissier era de Marcel, burgo del vizconde de Turena. Fué un ciudadano cortés, bien nacido, generoso y de pró, consiguiendo ser tan considerado por su mérito y su ingenio, que el vizconde le hizo baile de toda su tierra. El Delfin de Auvernia, en aquel tiempo, era el galan de Na Comtor, hija del vizconde, mujer de gran nombradía por su belleza y por su talento. Cuantas veces iba á visitarla, Pedro Pelissier le proporcionaba cuanto habia menester, incluso dinero. Pero sucedió que cuando P. Pelissier quiso recobrar las sumas que le habia adelantado, negóse el Delfin á pagarle, como se negó tambien á recompensarle los servicios que tenía

hechos en su favor. Fué entónces tambien cuando dejó de ver á su dama, no volviendo más al país y terminando toda correspondencia con ella, lo cual hizo que P. Pelissier escribiera aquellos versos:

Al Dalfin man qu' estes dinz son hostal...

PEDRO TORAT.

Conocido por una *tension* con Giraldo Riquier, poco interesante á la verdad, reduciéndose á esto todo cuanto se sabe y existe de este trovador.

PEDRO DE VALERIA.

Poeta que debió ser muy conocido y popular, pues que ocupa un sitio, si quiera sólo de tres líneas, en la *Vida de los trovadores*.

Era contemporáneo de Marcabrú, y por consiguiente, de los más antiguos que se conocen. Nació en Gascuña en tierras de Arnaldo Guillermo de Marsan, y, dice el manuscrito provenzal «hacía versos de la manera que entónces se hacian, de poco valor, de hojas de flores y de cantos de pájaros, sin que él valiera más que sus cantos.»

No han quedado de Pedro de Valeria más que dos canciones triviales.

PEDRO DEL VILLAR.

Tiene un *serventesio* político con motivo de la guerra de Ricardo I rey de Inglaterra, contra Felipe Augusto,

PONS BARBA.

Tan escasas noticias nos quedan de este trovador, que sólo conocemos su nombre y dos composiciones, una cancion y un serventesio, únicas obras suyas que han conseguido salvarse.

La cancion es galante y de escaso mérito. El serventesio tiene más importancia y por él puede venirse en conocimiento de que Pons Barba debia ser catalan y pertenecer á la corte del rey D. Alfonso II.

Es una sátira contra los abusos que se notan en la corte, lamentando el daño que causan los aduladores y las consecuencias que resultan de la distribucion de mercedes sin el debido criterio y sin la correspondiente justicia. Comienza con estas estancias:

Sirventés non es leials
s' om no i ausa dir los mals
dels menors e dels comunals,
e majorment dels majorals;
car il fan los faillimens tals
c' om no deuria parlar d' als;
e car los say e no dic cals,
mon sirventés n' es meinz cabals.
Pero 'l dir me tot temors
c' om non ausa dels maiors
aissi dir verais desonors
com fai mensongieras lauzors,
perque n' es mendres lurs valors,
car loignan los castiadors,

e vei rics los consentidors,
car failhir láissan los seignors.
. . . .

«No es leal un serventesio si no se atreve á condenar las faltas de los pequeños y de los grandes, y sobre todo de los más altos, por ser quienes debieran dar ejemplo. Los grandes cometen faltas tan enormes, que de otra cosa no debiera hablarse; por esto si el serventesio se calla, no es cabal.

»Pero el temor me detiene, que no hay quien se atreva á decirles las verdades con el valor con que se atreven á dirigirles engañosas adulaciones. Su virtud flaquea desde que alejan de su lado á los que las censuran, y enriquecen á los aduladores que tienen la complacencia de hacer prevaricar á sus señores.

»Todo está revuelto. La corte de nuestro señor el rey Alfonso era ántes un manantial fecundo de larguezas, y ahora nada se nos otorga. Al contrario, lo que de derecho nos pertenece pasa á manos de hombres menguados y viles, cometiéndose de esta manera la doble falta de dar á los malos y quitar á los buenos.

»Rey de Aragon, á vos nos volvemos, que vos sois nuestro caudillo y el de todos los hombres de prez.»

Rey d' Aragó, tornem á vos
car vos etz cap de pretz e de nos.

PONS DE LA GARDA.

Hasta doce composiciones quedan de este trovador, que parece fué muy fecundo, pero no se distinguen

por su mérito. Sin embargo, debió gozar de nombradía y celebridad.

Floreció á fines del siglo XII, pues por una de sus canciones se ve que estuvo en la corte de la vizcondesa de Beziers, aquella dama célebre por sus amores con Arnaldo de Marveil primero y despues con el rey Alfonso de Aragon. Habla tambien de otras damas de Tolosa y de Nimes.

Tiene un *serventesio* en que declama contra la falsedad que reina en el mundo. Acusa á las gentes de iglesia de vender las indulgencias y de entregarse descaradamente al saqueo y al pillaje. Censura la iniquidad de los jueces, á los que acusa de vender la justicia, y anuncia el fin del mundo.

PONS DE MONTLAUR.

Poco conocido es este trovador, que era de una familia noble de Provenza.

Pertenecia á la corte y casa del conde de Tolosa, y defendiendo los intereses y derechos de su señor, tomó activa parte en los sucesos que precedieron á la cruzada contra los albigenses y contra la dinastía tolosana.

Segun parece, quedó, cuando la batalla de Muret, prisionero de Simon de Montfort, á quien se sometió, sin duda para recobrar su libertad, no volviendo á ocuparse de él la crónica.

Sólo ha quedado de él una *tension* con Esperdut, que traduzco á continuacion.

«*Esperdut.*—Señor Pons de Montlaur, desearia

saber de vos á quién daríais en amor la preferencia, entre una damisela cortés, bella, graciosa, buena y en condicion de mejorar, ó una dama ya formada, de gran mérito y experta en las artes de la galantería.

»*Pons de Montlaur.*—Esperdut, da prueba de conocer bien poco el amor quien vacile en caso semejante. Por mi parte, prefiero poseer á esperar. Con la dama, tengo certeza de poseer algo; con la damisela, sólo veo incertidumbre y ocasion á disgustos y penas.

»*Esperdut.*—Señor Pons, yo soy de opinion contraria. Un bien presente, unido á la esperanza de un bien mayor en el porvenir, me parece que es cuanto desearse pueda. Con la damisela puedo ir ganando de dia en dia, miéntras que con la dama nada nuevo puedo adquirir. Más bien, en este último caso, me expongo á perder, pues ejemplos repetidos existen de caballos comprados por mil sueldos de oro que luégo no han valido treinta.

»*Pons de Montlaur.*—Esperdut, el que llega á poseer una dama de alto mérito, no tiene ciertamente de qué quejarse ni debe ambicionar otra cosa. Una dama de esta clase contenta mejor á su amigo que otra jóven, cuyas relaciones son susceptibles de disgustos y que, á lo mejor, va á contárselo todo á sus padres.»

PONS DE ORTAFÁ.

Era del Rosellon.

Quedan de él algunas composiciones, de poco mérito ciertamente, siendo tal vez la más notable la que aquí

continúo, como muestra de este trovador, cuya vida se ignora.

¡Si n' ai perdut mon saber
qu' a penas sai on m' estau,
ni sai d' on ven ni d' on vau,
ni que 'm fauc lo jorn ni 'l ser!
E soi d' aital captenensa
que no velh ni posc dormir,
ni 'm plai viure ni morir,
ni mal ni be no 'm agensa.
A per pauc no 'm desesper
o no 'm ren monge d' Aniau,
o no 'm met dins un loc frau
on hom no 'm pogués vezer.
Quar trahitz soi en crezensa
de celha qu' ieu pluz dezir,
que 'm fa suspiran languir
quar mi franh ma convinensa.
Ja mai non cug joi aver
ni un jorn estar suau.
Pos mi dons m' a solatz brau
ni me torn en noncaler,
no sai on m' aia guirensa;
qu' on plus ieu pes e cossir
quo 'l pogués en grat servir,
adoncs creis sa malvolensa.
A gran tort me fai doler:
qu' ieu sia pendut en trau
si ja segui autr' esclau
pos m' ac pres en son poder,
ni fis endreg lieis faillensa;
mas sol aitan, so 'm albir,
quar la tem e n' aus ben dir,
e quar li port bevolensa.

Per re no 'm posc' estener
qu' ieu no l' am e no la lau;
quar la gensor qu' om mentau
es, e non ment, e dic ver,
ab que prezés penedensa
del greu mal que 'm fai sufrir:
e si 's denhés convertir
er complida sa valensa.
Ieu soi aissel que no tensa
ab mi dons ni no m' azir,
ni 'm sai de res enardir
mas de so qu' a leis agensa.
E soi sel que fai semensa,
e sai celar e cobrir
meils qu' autre drutz, e grazir
qui 'm fa secors ni valensa.

R.

RAMON DE CASTELNAU.

Es otro de los trovadores de quienes se tienen escasas noticias.

Comenzamos por no saber á que país pertenece, y puede existir la duda de si sería catalan.

Por alguna de sus composiciones parece haber residido en Castilla en tiempo de Alfonso X *el Sabio*, al cual encomia como si de él fuese favorecido.

Poca importancia tienen las poesías amorosas ó galantes que de él nos quedan, y sólo merece fijar la atencion un *serventesio* en el que, áun cuando nada nuevo se dice, se halla espontaneidad, energía y sentido moral. Se queja de la perversidad de costumbres del siglo, y anatematiza principalmente el lujo, la ostentacion y la codicia de los eclesiásticos, tanto más reprobables en sus vicios, cuanto más obligados á dar ejemplo.

Merecen sus iras aquellos prelados que visten trajes

de gran valor, que se distinguen por sus costumbres mundanas, que son codiciosos de los bienes ajenos, que cobran con urgencia cuanto se les adeuda y hallan siempre motivo para no pagar lo que deben.

De las Órdenes monásticas dice: «Si Dios salva por comer bien y tener mujeres, los monjes negros, los blancos, los templarios, los hospitalarios y los canónigos disfrutarán alegremente del paraiso. Los inocentes y los cándidos fueron San Pedro y San Antonio á quienes costó muchos tormentos y martirios conquistar un paraiso que para los demás es tan fácil.»

Ya el lector recordará haber visto esta misma idea en otros trovadores, los cuales, sin escrúpulo y sin molestarse de que se les pudiera llamar plagiarios, se copiaban unos á otros, por lo que toca á ideas al ménos. He llegado á creer que el tomar una idea de otro, no lo tenian los trovadores por plagio. El plagio estaba sólo para ellos en copiar uno ó más versos.

Volviendo ahora al autor de que nos ocupamos, diré que no son, empero, los eclesiásticos los únicos que provocan la indignacion del poeta. Este pasa luégo revista á todas las clases de la sociedad, como Pedro Cardinal en su *Gesta*, desde los reyes y príncipes hasta los jornaleros y los mendigos. Ramon de Castelnau declama contra los monarcas, los barones, los condes, los senescales, los abogados, los posaderos, los médicos, los ministriles, etc., etc., que no ejercen su cargo ó su profesion con honradez y dignidad. Los que usurpan feudos, imponen gabelas, despojan á sus súbditos, viven de la usura, roban á los viajeros, falsean las leyes ó enga-

ñan á sus semejantes, no son hombres dignos, barones de pró, ni siquiera gente bien nacida. Para el poeta es censurable todo lo que es deslealtad, injusticia, engaño, extorsion, usura, robo, y «si se salvan los que de estos oficios viven y con ellos medran, dice plagiándose á sí propio, locos deben de estar los frailes menores que tan ruda vida llevan y todos aquellos que se confiesan y hacen penitencia.»

Al final de su serventesio dice, como excepcion, que el mejor de los reyes es D. Alfonso, el mejor de los condes el de Rhodez, el mejor de los prelados el de Menda, y su propio hermano el mejor de los barones.

RAMON GANCELMO DE BEZIERS.

Sólo dos líneas consagran las biografías provenzales á este trovador, que floreció en la segunda mitad del siglo XIII, y nada ha podido tampoco averiguar de su vida el celoso Gabriel Azais que ha hecho de sus poesías un detenido estudio.

No sabemos, pues, de él otra cosa sino que era de Beziers, que vivia por los años de 1260 á 1280, que fué muy protegido de un señor de aquella época y de aquella comarca llamado Giraldo de Lignan, que gozaba en el país de gran reputacion como poeta, y que escribió muchas composiciones, sin embargo de ser sólo en número de nueve las llegadas hasta nosotros.

Y por cierto que estas nueve poesías son muy medianas, pudiendo hacer creer que su reputacion valía más que su ingenio y su talento. A juzgar por estas composiciones, el fuego sacro no ardia en el corazon de Ramon Gancelmo. En él vemos al versificador, pero no al

poeta. Es el artífice que con la lima y la paciencia vence todas las dificultades, pule todos los contornos y deja su obra perfectamente acabada en punto de forma, pero no es el artista que en alas del genio, se lanza á las nubes.

La primera obra suya con que tropezamos es un *planh* á la muerte de Giraldo de Lignan, su noble protector y su amigo. Lleva esta elegía la fecha de 1262, y como todos los *planhs* que pertenecen á la época de la decadencia provenzal, se inspira en un sentimiento religioso, pero en un sentimiento religioso basado en aquellas vulgaridades que estaban al alcance de la muchedumbre.

El poeta llora la pérdida de su buen señor, que ha fallecido; maldice á la muerte que va arrebatando á los mejores y más perfectos; habla de la gran nobleza, generosidad y esplendidez de Giraldo de Lignan, y despues de pedir en una estancia que se le acompañe al cielo donde salga á recibirle San Miguel, pide en otra á la Vírgen María que le haga acompañar por *el baron* San Juan, y en la *tornada* expresa sus deseos de que la Vírgen lo coloque al lado de San Fernando.

Por lo que toca á su forma, este *planh* es una de las más bellas poesías de Ramon Gancelmo. Júzguese por estas primeras estrofas:

Quascus planh le sieu damnatge
e sa greu dolor,
perqu' ieu plang e mon coratge
lo mieu bo senhor
que 's mortz. ¡Dieu la maudía

mortz qu' aissius rauba tot dia,
que 'ls melhors ne va menan
e cels que mens fan folia,
don i prendem totz gran dan!
Ja no verai son estatge
qu' ieu tost no 'n plor,
on menava 'l gran barnatge
soven á s' onor:
certas gran dolor deuria
aver qu' n' avia paria,
ni á cui vai remembran
los bos faitz qu' els hi fassia;
San Miquel, siatz cal denan.

Una de las poesías más notables de Ramon Gancelmo y que merece reproducirse íntegra, es la que dirige á un Ramon Gancelmo de Sabran, á quien llama hermano, en el sentido de tocayo, por llevar sus mismos nombres.

El poeta con verdadera candidez de pensamientos, con la mayor sencillez, comienza diciendo que donde quiera que va le preguntan:—«Y bien, Ramon Gancelmo, habeis escrito algo nuevo?» respondiendo él á esto con agrado y cortesía porque lo que más le gusta es oir decir á su paso:—«Ese es aquel que hace coplas y serventesios.» No por esto, sin embargo, quiere que se le den trajes y prendas, porque bastantes tiene y sabe dónde ha de hallar lo que necesita.

El autor no hace de su carrera un oficio vil y bajo. Le gusta la poesía, pero por lo que tiene de noble, no por lo que tiene de pedigüeña. Confiesa que nunca la ejerció por lucro, ántes al contrario, pues léjos de

haberle valido casa, castillo, alquería ó dinero, le cuesta más de quinientas tornesas de su bolsillo el haberse dedicado á ella.

Alaba, sin embargo, á los que regalan, y sienta que quien da se conquista el aplauso de todos y la bendicion de Dios, mereciendo más el que lo hace desinteresadamente, «cuando, dice, la caridad lo inspira al corazon, que es donde la merced sirve de plancha ó de puente.»

El poeta no ve que nadie haga sentar un pobre á su mesa, miéntras que ve á muchos avaros ocultar su riqueza y á muchos prelados, señores y ciudadanos darse muy buena vida, sin acordarse de socorrer á sus semejantes.

Ninguno es capaz de hacer lo de San Martin, que dió la mitad de su capa á un pobre que tiritaba de frio, y esto le duele tanto más cuanto los que así se portan serán castigados con las penas del infierno.

«Serventesio, termina diciendo el autor, véte en línea recta á buscar á Ramon Gancelmo, mi hermano, que es hombre inteligente y entero y cuyo corazon está dispuesto á hacer buenas obras, como otro alguno pueda hacerlas en el mundo.»

A penas vauc en loc qu' om nom deman :
«Raimon Gaucelm, avetz fag res novel?»
E ieu a totz respon ab bon talan,
quar totas ves m' es per vet bon e bel;
em plai quant aug dir de mi: «Aquest es
tals que sab far coblas e sirventés.»
E no per so qu' ieu volha qu' om del mon
me don raubas, qu' ieu n' ai pro e sai don.

E per so n' ai joi et alegrier gran
quar mant home valen me fan cembel
de lor amor e me venon denan;
qu' estiers nul temps no gazanhei castel,
borda ni mas, nil quart d' un clermontés,
ans me costa que val cinc cents tornés;
mas non o plan, quar d' aval o d' amon
n' aug mais nomnar lo meu frair' en Ramon.

Pero aquel que dis que trop mal fan
cels que donon ment plus que fals mezel;
quar qui dona a lauzor on que s' an,
e grat de Dieu quel mon ten en capdel;
quar ses donar nuls hom valens non es.
Pero val mais lo dos on plus francs es,
quan caritat l' adutz a cor volon,
lai on merce li fai planca ni pon.

Mas negus hom no vei, don m' es pezan,
qu' a son manjar negun paupres apel;
e sai ne motz que dins lai on estan
s' acluson plus no fa son past auzel.
E sai prelatz e terriers e borzés
ques veston quetz quascus de mes en mes,
que quascus vent sos vestirs a rescon;
qu' a nul paupre no vei negus aon.

Negus d' aquest no fan ges lo semblan
de san Marti, que parti son mantel
ad un paupre qu' anava tremolan;
et es me greu, quar sai qu' estran mazel
sera d' els fatz lai on la cremor es
del foc d' ifern; e sai que mal lor es
quan hom lor ver en cantan lor despon;
pero mens pres aquel que mais en gron.

Sirventés, vai drec camin a palés
al mieu frair' en Ramon Gaucelm, quez es
savis e ferm; et a fin cor volon
de far bos faitz aitan quant hom del mon.

Tiene una sátira en que se ocupa de las cosas y de los hombres de su tiempo, dirigida principalmente contra la avaricia de los ricos y de los poderosos. Al final de ella manifiesta su prudencia al par que su modestia, diciendo que ha escrito el serventesio á su manera y como sabe, autorizando á cualquiera que lo perfeccione, lo cual, léjos de causarle perjuicio, será en honra, provecho y ventaja del autor.

Est sirventés ai eu fach a ma güia
aissi com sai; e si negús i volia
re meillurar fasso, que no 'm er dans,
ans m' er onor e profiegz et enans.

Sus dos *serventesios* relativos á las cruzadas merecen más atencion. Sobre ser dos documentos históricos, tienen colorido de época, reflejo de costumbres, sabor de localidad y belleza de diccion y pensamiento.

Lleva el primero la fecha de 1268, y se refiere por consiguiente á la octava cruzada, en la que el rey San Luis debia hallar una muerte gloriosa.

El poeta exhorta á los que quieran vivir y morir en Jesucristo, á tomar parte en la Cruzada, y en seguida exclama por medio de esta sentida estancia:

«Dios sufrió cruel suplicio para salvarnos. Le azotaron sin piedad y soportó el martirio hasta morir suspendido á la cruz, donde con gran dolor fué herido

de lanza. Cuando bien lo considero, creo que son falsos los que titubean en cruzarse; mejor harian en marchar, áun cuando hubiesen de ir desnudos y descalzos, si de otro modo no podian.»

Dieus pres per nos salvar greu malanansa
que 'n fon batutz e suffri tal martire
que sus la crotz en volc penden murire,
ab gran dolor ei fo plagatz de lansa:
perquel so fals trastotz, quan be m' ho pes,
aquels que so del passatge duptans;
mielhs lai deuram quascús anar enans
nutz o descaus, qui estiers no pogués.

En la tercera estrofa habla de las excusas vulgares que muchos daban para no tomar parte, unos pretextando su mala salud, otros las atenciones de su familia, algunos diciendo que sólo se cruzarian si se les daba paga.

A los que en estas excusas se apoyan, dice el poeta en la cuarta estancia, Dios sabrá decirles el dia del juicio final:—«Ya que vosotros no quisísteis vengar mi muerte, os entrego á las torturas eternas.» Pero á aquellos que por él hayan padecido, les dirá:—«Amigos mios, venid á mí, pues que me habeis conquistado por completo.»

Veus quals será d' aquelhs lur excusanza
mas s' els no hi fan, Dieus lur sabrá ben dire
al jutjamen, segon lo mieu albire:
«Anc vos autres non demandetz venjansa
de la mia mort, per so siatz a mal mes.»

E als autres, qu' auran suferts afans
per la sua amor dirá: «Los mieus amans,
venetz a mi, que tot m' avetz conqués.»

La quinta estancia la consagra el autor á excitar el celo de todos, á decir que todos, unidos y de buena voluntad, deben pasar allí donde Cristo sufrió martirio y padeció muerte por todos. «Marchemos, pues, allí, que esta es la ocasion y este el momento,» termina diciendo en un buen verso:

Doncs passem lai, que temp e razós es.

El *serventesio* concluye dando el encargo al juglar Miquel de que vaya á cantárselo al vizconde Aymeric de Narbona, y le encomiende que no titubee en ir á la Cruzada, pues como él vaya más pronto quedará todo conquistado.

Ramon Gancelmo predicó con su palabra, pero no con su ejemplo. Quedóse en Europa y partieron los cruzados sufriendo aquella gran catástrofe de que nos hablan las historias. Dos años despues de escrita la anterior poesía, en 1270, y con posterioridad á la muerte de San Luis, acaecida el 25 de Agosto de dicho año, volvió el poeta á escribir un nuevo *serventesio* que tiene algo de *planh* por el recuerdo que consagra al fallecimiento del rey Luis.

Comienza el trovador de Beziers por decir que la cristiandad vivirá en medio de los duelos mayores y de la más profunda tristeza por la muerte «de aquél que era sin par en el mundo y que era valiente entre los valientes.»

Abs grans trebalhs et ab greus marrimens
veirem hueimais cristiantat estar,
pus mortz es selh qu' era del mon ses par,
que valía sobre totz los valens...

No cree el poeta que la muerte del rey ha de inspirar desaliento. Al contrario, cree que ha llegado el momento de una nueva y poderosa cruzada para vengar al monarca y conseguir el objeto, uniéndose todos los cristianos y cayendo en masa sobre los pérfidos turcos hasta anonadarles por completo. Pero por desgracia, dice, la Iglesia está tan dormida que á nadie invita á cruzarse.

Mas la Gleiza esta tan endurmida,
que de passar negus hom no convida.

Se queja amargamente del comportamiento del clero y acusa á éste de que en vez de predicar una nueva cruzada como debiera, permite á cambio de dinero que dejen la cruz los que ántes la tomaran. A esto, á falta de una predicacion enérgica, á la desunion que hay entre cristianos, á la flojedad de espíritu de todos y á la carencia de virtudes, atribuye el poeta la causa de no acabar con los turcos y conquistar las tierras donde moró Jesucristo.

El *serventesio* termina pidiendo á la Madre de Dios, Vírgen soberana, que pues se llevó á aquél que era guía y caudillo de todos, conceda larga vida á su sucesor el rey Felipe, guardándole de mal y de errores.

Maires de Dieus, Vérges emperairitz,
pus pres avetz aquelh que 'ns era guitz,
al rei Felips donatz longamen vida,
e gardatzlo de dan e de falhida.

Aparte de una *tension* casi incomprensible, y de todos modos muy escasa en mérito, con un Juan Miralles, las otras composiciones de Ramon Gancelmo son todas morales y religiosas. El trovador de Beziers pertenecia á la época de la decadencia, cuando ya comenzaban á sentirse muy debilitadas las ideas caballerescas y se componian muy pocas poesías galantes.

RAMON JORDAN,

VIZCONDE DE SAN ANTONIO.

I.

Segun cuentan manuscritos provenzales, nadie superó jamás en gentileza, ni en talento, ni en bizarría, á Ramon Jordan, señor y vizconde del grandioso y fuerte castillo de San Antonio, en la diócesis de Cahors. Era de gallarda presencia, bravo como ninguno en las guerras, galan y liberal como nadie en la paz, y á su educacion esmerada y á su figura distinguida, unia el ingenio y el talento como el mejor de los trovadores.

Cuando se presentaba en un torneo á romper una lanza, en lo cual era diestro y valiente; cuando componia una de sus bellas canciones de amores, en lo cual superaba á todos; cuando daba una fiesta espléndida, no aventajándole nadie en tales casos, pues eran proverbiales su fausto y grandeza, su hidalguía y suntuosidad, ya todos sabian que era en obsequio y honor de una dama, reputada como la más bella y gentil de la

comarca. Tal reputacion tenía, en efecto, la vizcondesa de Pena.

Amábala Ramon Jordan con delirio, y le dedicaba inspirados cantares; pero no parece que al principio fuese muy sensible la vizcondesa al amor del poeta, si ha de juzgarse por una poesía de éste, que es una de sus más bellas canciones, y dice de esta manera fielmente traducida:

«Amor, ¿qué crímen he cometido contra tí? ¿Por qué me matas con los rigores de la belleza á quien amo? Me haces sentir todo su peso, y ciertamente que rematar á un vencido no fué nunca gran proeza. Más glorioso fuera para tí domar á aquella que no te teme y que desafía tus iras.

»Señora, creido estaba de que no volveria á cantar jamás vuestras alabanzas, creido de que vuestra crueldad y rigores matarian el amor que existe en mi alma, creido tambien de que mis cantos extenderian por doquiera la fama de vuestra ingratitud y dureza; pero lo que me confunde, lo que me anonada, es que todo el mundo dice de vos que sois la mejor entre las mejores; de manera que al tratar de perjudicaros en vuestra fama, soy yo sólo el que queda perjudicado.

»Señora, tened ya piedad de mí, vos que teneis tanta. Sólo por vos puedo yo sentir penas ó alegrías de amor. ¿Qué gloria puede caberos en hacerme morir lentamente, bajo el peso de tormentos prolongados? Nadie quiere exterminar á su esclavo, y yo soy el vuestro en cuerpo y alma. Todo cuanto yo pierdo es vos quien lo perdeis, señora.

»Os amo con tal malaventura, que las penas y los dolores no hacen más que inflamar mi amor. ¿No temeis ofender á Dios maltratándome de este modo? Nadie experimentó nunca lo que á mí me pasa. He sufrido vuestro desden, he oido vuestras palabras duras para conmigo, y me asombro, despues de esto, me asombro al encontrarme vivo.

»Todo en vos me desespera; vuestra belleza, como no existe otra, vuestra cortesía sin rival, vuestros ojos que me matan. Nada hay en el mundo, por imposible que sea, que no esté yo dispuesto á hacer ó á intentar para serviros. No me tomeis por amor si no os agrada, pero tomadme como cosa. A vos me entrego, señora, recibid mi homenaje.

»Al pensar sólo que puedo perteneceros y que puede caberme tanta gloria, la alegría me trastorna y temo volverme loco. ¡Cuáles no serian mis transportes si llegaba á realizarse esta dicha! Su esperanza sólo me da tal gozo, que nunca igual Iselda se lo inspiró á Tristan.»

La constancia quiebra peñas. Con sus cantos enamorados, con sus homenajes repetidos, con sus fiestas espléndidas, con sus desinteresados servicios, Ramon Jordan supo abrir camino á su amor hasta llegar al corazon de su vizcondesa, brillando al fin el dia en que, cansada de verle á sus piés, lo recibió en sus brazos.

Nada turbaba la dicha de aquellos amantes, que parecian destinados á vivir siglos y eternidades de ventura, cuando se encendió de repente una cruda guerra entre el vizconde de San Antonio y uno de los señores vecinos suyos. Cambiados fueron los carteles, flotó al viento

en ambos castillos la bandera de guerra, arrojáronse al campo las huestes enemigas, pero hubo de ser tan fatal la suerte del vizconde, que en el primer encuentro, maltrecho y mal herido, quedó tendido en el campo, humillada su bandera, dispersa su gente, y dueño el vencedor de sus dominios. Tuvo Jordan la fortuna de que uno de sus vasallos le retirara moribundo del campo de batalla y le llevara á sitio donde pudo atenderse á su curacion, pero ignorado de todos, para que no cayera en poder de sus enemigos. Así fué cómo circuló la noticia de su muerte, y cómo llegó á oidos de la vizcondesa de Pena, que hubo de ello gran pesar, pero tan grande y vivo, que se encerró en un claustro para llorar eternamente al hombre amado con todo el delirio y todo el cariño del alma.

Cuando el vizconde de San Antonio, de todos creido muerto, volvió á recobrar sus dominios y á aparecer entre sus antiguos amigos, ya su amada habia profesado, y, muerta para el mundo, vivia sepultada entre los muros del claustro. Apoderóse entónces de él la desesperacion y la melancolía, retirándose del mundo y de los placeres y entregándose á una vida solitaria y triste.

«El vizconde, dicen con su característica sencillez las *Vidas de los trovadores*, dejó de divertirse y de cantar, perdió por completo la alegría, en nada hallaba consuelo, y se abandonó al llanto, á los suspiros, á la postracion y al dolor. No volvió á montar á caballo, rompió sus relaciones con los antiguos camaradas de sus placeres, y esta conducta estuvo observando más de un año, de lo cual se dolia mucho la buena gente de la comarca.»

Las heridas de amor con heridas de amor se curan. Una dama fué la destinada á llevar el consuelo y la esperanza al corazon de Ramon Jordan, devolviéndole á los placeres de las cortes y al cariño de sus amigos.

Vivia por entónces, y daba mucho que hablar en la sociedad provenzal, siendo objeto y tema de apasionados cantos de trovadores, una dama llamada Elisa de Montfort, hija del vizconde de Turena y esposa de Guillermo de Gordon, de quien dicen los manuscritos que brillaba y resplandecia entre todas por su juventud, su belleza, su cortesía y su talento.

Dolíase esta dama de ver á tan noble caballero y á tan dulce trovador apartado de los centros donde ántes brillaba por el esplendor de sus fiestas, la hidalguía de sus hechos y el mérito de sus cantos, y resolvió enviarle un mensaje, al cual no pudiera resistirse ni como cortés, ni como trovador, ni como hidalgo.

Algo indiscreta y libre era por cierto la carta que á Ramon Jordan llevó el mensajero, pero tal era aquel tiempo y tales aquellas costumbres. Elisa de Montfort invitaba al vizconde á abandonar su vida de soledad y retraimiento; le decia que las cortes reclamaban su presencia, las damas sus cantos, las fiestas su esplendidez, los torneos su valor, los caballeros su amistad, y acababa rogándole que por amor de ella abandonase sus dolores y tristezas. «Para consolaros de las penas que sufrís, le decia, yo os ofrezco mi amor y mi persona, y os pido que vengais á verme, pues de lo contrario, si os negais á mi ruego, iré yo misma á buscaros.»

El cambio no podia ser más halagador, ni más seductora la oferta. No era hombre un poeta de aquellos tiempos, ni de éstos tampoco, para desairar á dama tan gentil y permanecer indiferente á tan expresivo mensaje.

«Cuando el vizconde, dice el *Manuscrito de los trovadores*, oyó las gratas y honorables cosas que le enviaba á decir la dama, comenzó á sentir embargado su corazon por una dulce sensacion de amor, de tal manera, que empezó á esparcirse y alegrarse. Volvió en seguida á ocupar su antiguo puesto, encontrando solaz y placer en reanudar sus perdidas relaciones; mandó hacer lujosos trajes para él y su servidumbre, tornó á vestir sus armas, y con gran séquito y aparato fué á presentarse á Elisa de Montfort, siendo de ella recibido con honores extremados y extremada gentileza.

»Sintióse muy satisfecho el vizconde con tales honras y mercedes de parte de la dama, miéntras que ella, á su vez, complacida por la bondad, el valor, el ingenio y la cortesía que en él hallaba, léjos de arrepentirse, se felicitó de haberle enviado su amable mensaje. Mostróle el vizconde toda su gratitud y hubo de pedirle que otorgara pruebas de amor bastantes para asegurarse y convencerse de la verdad de aquel mensaje, que escrito llevaba en su corazon desde el momento de recibirle.

»Y otorgóle la dama tantas pruebas cuantas quiso, tomándole por caballero, recibiendo su homenaje y dándose á él por dama, abrazándole y besándole y haciéndole don del anillo que llevaba en su dedo como prueba de garantía y seguridad.»

Desde aquel dia comenzó para el vizconde de San Antonio una nueva vida de animacion y placeres, y si ostentosas fiestas habia dado antiguamente en honor de la vizcondesa de Pena, mayores y más brillantes y lujosas hubo de darlas luégo en obsequio de Elisa de Montfort. El olvido, como una losa de plomo, cayó sobre la memoria de la pobre exclaustrada, y es fama que aquella infeliz, víctima del amor, hubo de oir más de una vez, desde el fondo del austero asilo de benedictinas, donde se habia refugiado, el alegre toque de los cuernos de caza y el galopar vertiginoso de los caballos que pasaban rozando la cerca del monasterio, nuncio de las cacerías, de las fiestas y placeres con que el enamorado vizconde de San Antonio obsequiaba á la bella Elisa de Montfort.

Tal es la leyenda del vizconde de San Antonio, segun la refieren los manuscritos provenzales.

II.

Tal es, en efecto, la leyenda provenzal, pero no es esta en toda su pureza la historia, la historia al ménos como la cuenta Napoleon Peyrat en su *Historia de los albigenses*.

Conocida la leyenda, veamos la historia.

Es el de Pena un nombre ibero. Fué un *castellum* romano ántes de ser una morada feudal. Su roca galo-romana domina orgullosamente un circo de montañas de color de hierro formado por una curva del rio Avey-

ron. Sus barones, vasallos favoritos de la casa vizcondal de Albi, tomaban tambien el título de vizcondes y eran castellanos hereditarios del castillo viejo de Albi. De aquí su fidelidad á los condes de Carcasona, su hostilidad al obispo, y su adhesion á las doctrinas cátaras.

Cuando la primera cruzada, Godofredo de Pena fué uno de los compañeros de Ramon de Saint-Gelis en Palestina, y su valor fué celebrado por los poetas; pero un siglo más tarde su raza guerrera y su castillo feudal no tenian más jefe conocido que una hermosa y jóven dama, viuda ya, no obstante su juventud, y con dos niños, á la cual la poesía contemporánea debia colocar sobre un trono de ternura, de amor y de místico sentimentalismo.

Llamábase esta dama Adelaida de Pena y era su parienta y madrina aquella otra Adelaida de Carcasona, cuyo nombre debia ser tan célebre en las crónicas de los albigenses. Sus hijos se llamaban Olivier y Bernardo de Pena.

Era aquel el tiempo en que los poéticos castillos de Provenza se veian frecuentados por Pedro II de Aragon y sus dos primos, Ramon Roger, vizconde de Carcasona, y Roger Bernardo, infante de Foix, generacion marcada en la frente con un sello fúnebre. Estos príncipes hicieron la corte á Adelaida, pero ésta prefirió á Ramon, hijo de Jordan, vizconde de San Antonio, tipo de gracia poética y caballeresca. Su idilio de amores comprende los nueve primeros años del siglo XIII. La tempestad de la Cruzada debia acabar con este idilio.

El castillo de San Antonio, situado tambien á orillas

del Aveyron, era «mansion de toda gloria y de toda poesía caballeresca,» y su vizconde Ramon Jordan príncipe de los trovadores del Aveyron, tenía, como príncipe, la religion del pueblo que regía, de la mujer que adoraba y del arte que cultivaba. Pues bien; su pueblo era albigense, hasta el punto de que luégo fué dado á Guido de Montfort, el hermano del jefe de la Cruzada; su amante Adelaida era albigense tambien, y albigenses tambien los trovadores, cuyas asambleas presidia. Caballería, amor y poesía, tal era la trilogia del ideal á que aspiraba aquella sociedad.

Cuando la Cruzada comenzó á desencadenar sus furores, el obispo de Puy, uno de sus jefes, cayó sobre las tierras del vizconde de San Antonio, apoderándose de su castillo. Ramon Jordan, Pelfort de Rabastens, Rattier de Caussade, los caballeros de Quercy y del Albigeois, se encerraron entónces en el castillo de Pena agrupándose en torno de Adelaida, dulce reina de cortes de amor convertida en una heroina de guerra.

Su roca inexpugnable era el baluarte del Aveyron. Por espacio de cuatro años resistió á los esfuerzos de los cruzados, y un dia sus defensores partieron para combatir á Simon de Montfort en las llanuras de Tolosa. Tuvo lugar la batalla de Muret, en la cual, segun se aseguró entónces, el vizconde Ramon Jordan habia perecido combatiendo al lado de Pedro de Aragon. Adelaida, á este golpe, sintió rasgarse su corazon y vió perdido su castillo, y llevándose á sus hijos y seguida de Escarona de Rabastens y de Obisca de Causade, fue á refugiarse en Montsegur, fortaleza colocada

en lo alto de los Pirineos, que por largo tiempo debia servir de asilo á los proscritos. Allí, al lado de Esclaramunda de Foix, Adelaida se hizo diaconesa de la religion albigense.

Pero el vizconde no habia muerto. Curado de sus heridas, despues de mucho tiempo, regresó á la comarca de Aveyron. Ya su amada no estaba en Pena, y este castillo como el de San Antonio, habia caido en poder de los cruzados. Balduino, vizconde de Bruniquel, y Guido de Montfort ocupaban todo el valle del Aveyron. Alejóse el noble proscrito de su castillo natal, subió la orilla del rio, y despues de atravesar las rocas de Quercy, se introdujo en las espesas selvas de Cap de Nac, donde vivió retirado en una caverna, con otros proscritos como él, compañeros un dia de fiestas y alegrías, hermanos entónces de destierro y de miserias.

Allí fué donde recibió el mensaje de Alix, Helis ó Elisa, mensaje de guerra que la leyenda poética hubo de trasformar en mensaje de amores.

Elisa era hija del vizconde de Turena, el cual tuvo tres hijas célebres por su belleza y la admiracion de los poetas: Matilde, vizcondesa de Montaignac, que fué la amada del famoso Beltran de Born; María, vizcondesa de Ventadorn, que tuvo por amante y poeta á Gancelmo Faydit; Elisa, que casó con Bernardo de Gourdon, vizconde de Casenac, uno de los más renombrados barones de la Dordogna, y á la cual las leyendas debian dar por amante á Ramon Jordan.

Pudo serlo, pero lo que aparece cierto es que el mensaje fué dirigido al proscrito, ofreciéndole un asilo

y un puesto de peligro en el combate. La imaginacion del leyendista ha trasformado en una escena de galantería un escena de guerra, desnaturalizando la recepcion caballereca hecha al noble vizconde, ilustre por su valor, por su talento y por sus desgracias.

El cronista Pedro de Vaux Cernay nos pinta á Guillermo Bernardo de Gourdòn como un baron cruel y á Elisa de Turena como una mujer varonil y guerrera. Dieron entrambos un asilo al proscrito, le asociaron á sus guerras del Perigord, y cuando hubieron de ceder ante Montfort, se lo llevaron consigo á los Pirineos, yendo juntos á refugiarse al castillo de Montsegur, centro comun de todos los vencidos, donde Ramon Jordan hubo de encontrarse con aquella Adelaida de Pena, tan entusiastamente querida.

Hubieron de permanecer allí por largo tiempo. Allí crecieron los dos hijos de Adelaida, quienes, siendo aún casi niños, volvieron un dia á Provenza con los desterrados de Cataluña, acompañando á los condes hasta su entrada en Tolosa. Uno de los defensores de esta ciudad, sitiada por el conde de Montfort, fué el jóven Bernardo de Pena.

Despues de siete años de luchas y combates, Bernardo y Olivier reconquistaron el castillo de sus padres, que cuando la paz de París se negaron á entregar á los franceses.

De Ramon Jordan sólo se sabe que volvió tambien á recobrar su castillo de San Antonio, pero fué para de nuevo perderlo. San Antonio fué una de las fortalezas entregadas por el conde de Tolosa á los franceses

cuando se firmó la paz. No pudiendo hacerse fuerte en su castillo, el noble poeta abandonó aquella vez para siempre el hogar de sus mayores y se retiró al castillo de Pena, donde terminó su vida en compañía de los hijos de aquella mujer, que habia sido el objeto predilecto de sus enamorados cantares.

Tal es en lo que la historia rectifica la leyenda.

RAMON DE LATOR.

Era de Marsella, segun parece, pero nos es perfectamente desconocido. Sólo se le conoce por las pocas poesías que de él nos quedan, alguna de las cuales puede hacer presumir que estuvo en Castilla y que fué favorecido del rey D. Alfonso X ó de su hermano el infante don Enrique, á quien alaba sin reparo, contra lo que de él comunmente se ha dicho.

En sus *serventesios* existe mucha oscuridad y reina gran confusion, lo cual puede dimanar de alteraciones en las copias ó de grandes mutilaciones en los versos. No se comprende si no, cómo en una de sus poesías parece escribir á favor del conde de Anjou, señor de Provenza, al propio tiempo que ensalza á Manfredo su enemigo encarnizado y su competidor para la corona de Sicilia.

Segun Ramon de Lator, el conde de Anjou pretendia el Imperio al par que el rey de Castilla. El trovador

desea que sus pretensiones obtengan un éxito completo, y se lamenta de la guerra que supone le hacía el clero, como se la hacía al propio tiempo á Manfredo, cuya causa parece el poeta patrocinar. La historia no confirma esa pretension del conde de Anjou al Imperio, y sólo habla de sus aspiraciones al reino de Sicilia, apoyado precisamente por el clero, y en lucha abierta y constante con la casa de Suabia, á la que Manfredo pertenecia. Si lo que dice el *serventesio* del trovador es exacto, la historia quedaria desmentida en este punto, y hé aquí entónces cómo es una verdad que para escribir los anales de aquel tiempo es forzoso tener á la vista los *serventesios* de los trovadores, pues que ellos rectifican errores propagados como grandes verdades por las historias.

Dice así la composicion de Lator:

«Mis canciones deben aumentar en valor y en ingenio desde que el conde de Anjou tiene pretensiones al Imperio, lo cual le traeria guerras, turbaciones, negociaciones y tratados. Sentiria que le engañasen, y si yo estuviese seguro de ser creido, diria que en este caso el clero tendria la culpa. ¡Maldida sea la ociosidad á que se entrega! No estimo al clero en más valor del que tiene un guante. Engañoso y falso, hoy se encarniza contra el buen rey Manfredo, que gobierna en la Pulla, en Austria, en Sicilia, en Calabria y en muchos otros principados; pero los lombardos y los alemanes, que le son adictos, descargarán rudos golpes.

»Si el señor de Provenza tiene tanta influencia como el conde Ricardo y el leal rey de Castilla, buena zambra se armará.»

En otra composicion sobre el mismo asunto, rara como la anterior y confusa, pero verdaderamente muy atrevida, parece patrocinar la candidatura del rey Alfonso de Castilla.

Dice así:

« De razon es que yo cante y hable, pues que Ricardo quiere ser rey de Viena y de Arles, lo cual entristece al rey Cárlos y llena de júbilo á Eduardo, que no es ciertamente ni afeminado ni cobarde.

» Me esmero, pues, en mi canto, porque Ricardo quiere poseer el Imperio y dominar á los lombardos, quienes saben todo el psalterio y en todas sus partes, mejor aún que si lo hubiesen aprendido por medio de las VII artes.

» Y como tambien el rey de Castilla, que reune prez y valor junto con sus españoles, desea el Imperio y se engalana con este título, por esto digo yo que la ardilla misma no le vence en ligereza.

» Este rey es emperador de mérito, cabeza y padre de valor, ahijado de fino júbilo, hijo de fino amor, siendo el alegre solaz su hueste y la tristeza su enemiga.

» Como sé que aquél de los dos que sea coronado, ha de estar largo tiempo en guerra con el conde de Provenza, no contaré ciertamente los golpes que se den y reciban en los ataques y en los alcances.

» Cuando el inglés y el español vengan á buscar la corona de hierro, valiéndose el uno de la fuerza y el otro del fraude, sea cual fuere el que sucumba, los clérigos darán gracias á Dios y vestirán de azul y colorado. »

Ar es dretz qu' ieu chant e parle
pos de Viena e d' Arle
vol esser reis En Richartz,
dona dol lo reis En Karle
e ric plazers N' Odoartz,
que non es glotz ni coartz,
Perqu' ieu mon chan esmeri
quar cuia aver l' Emperi
e seinhorezar Lombartz
que saben tot lo psauteri
de cor e de totas partz,
e mais que per las VII artz.
E quar lo reis de Castella
que pretz e valor capdella,
estan ab sos Espanhols,
vol l' Emperi ni l' apella,
don ieu dic qu' escurols
non es plus lieus que sos vols.
Quar es de pretz emperaires,
e de valor cap e paires,
e fin jois es son filhols,
e fins amors es sa maire,
e gai solatz sos estols
e sos grans ememics dols...
E quar sai qu' a nostre compte
de Proensa rendrá compte
qui 's coronerá lonc clau...
Quan la corona del ferre
vendran drec ez Engles querre,
l' un ab forsa, l' autre ab frau,
pero qu' als que s' en sotzterre,
clerg en faran á Deu lau...

En el *serventesio* en que Ramon de Lator se ocupa del infante de Castilla D. Enrique, no puede estar más

explícito ni más claro. No se notan en éste ciertamente ni la confusion ni las dudas que se observan en las anteriores poesías.

El infante D. Enrique dió mucho que hablar en su agitada y tempestuosa vida. Hermano del rey de Castilla D. Alfonso X *el Sabio*, se refugió en Tunez y sirvió bajo las banderas de los infieles; de allí pasó á Italia con otros caballeros españoles y aceptó el partido y la causa de Cárlos de Anjou, que le hizo nombrar senador de Roma, asistiendo á la batalla de Benevento, la cual dió á Cárlos la corona de Sicilia. Al año siguiente, sin embargo, abandonó las banderas anjoinas y con su hermano Fadrique siguió el partido de Conradino, cayendo prisionero en la célebre derrota de Tagliacozzo.

El poeta provenzal era partidario decidido y admirador entusiasta de D. Enrique, segun se ve por su *serventesio*.

«Enrique, dice, es rico en gloria y en mérito, áun cuando nunca pueda llegar á serlo en dinero, pues que sólo se ocupa en ser valiente y cortés, hidalgo y rumboso. Todo el mundo le ama, y ántes que incurrir en censuras, prefiere renunciar á los bienes de fortuna...

»Como es de aquella noble y antigua raza que ha producido tantos guerreros, su caballería debe llegar á un buen fin...

»Aunque algunos publiquen más y más las alabanzas del emperador su hermano, merece él por su parte ser alabado de todo el mundo...

»Aconsejo al rey de Tunez que conserve por amigo al glorioso D. Enrique...»

Tiene Ramon de Lator otra composicion notable, que dirige á un trovador compañero suyo, y en la cual ensalza los placeres de Florencia y la generosidad y cortesía de un señor llamado Bernabó.

«Gancelmo amigo, dice, si algun dia la suerte os lleva á Toscana, no paseis sin deteneros en Florencia, donde son protegidos el valor y el mérito, donde gozan de gran privanza las canciones y el amor.

»Debeis sobre todo procuraros la amistad del señor Bernabó, que no tiene par ni en honor ni en cortesía. Todos sus actos obedecen á la razon, á la justicia, á la magnificencia. Brillaria y se haria lugar hasta en la misma Provenza y tambien en Francia.

»No hay hombre alguno, venga de donde viniere, por espiritual y galante que sea, á quien él no venza en afabilidad y cortesía. Os aconsejo que os presenteis á él con semblante risueño y que le hagais oir vuestras canciones de amor.

»Seguro podeis estar de ser bien acogido por este medio. El señor Bernabó os dará de regalo un hermoso caballo y no ha de faltaros nada á su lado: lo que os ruego es que, cuando hayais ya conquistado sus favores, le hableis bien de mí.»

Quedan de este poeta otros dos *serventesios*.

El primero es una invectiva, algo grosera, contra dos caballeros llamados Berenguer y Rigaldo, por haber insultado á otros dos, Olivier y Vivant. El trovador acusa á los primeros de haber enviado á los segundos unos juncos rotos. Segun parece, existia entónces entre las costumbres, la de declarar sus sentimientos sir-

viéndose de signos y objetos externos. Una caña ó un junco rotos anunciaban un rompimiento de relaciones, y de aquí la frase *romper con alguno*.

El segundo *serventesio* de Ramon de Lator es una sangrienta sátira contra las suegras, á las que pinta con los más negros y feos colores, tomando pié de un suceso particular que debió dar mucho que decir sin duda en tiempo del poeta.

Hé aquí una idea de esta composicion:

«Toda nuera hará bien en arrojar de casa á su suegra. Jóvenes y viejos, cuerdos y locos, todos saben que una suegra no puede nunca querer bien á su nuera y que siempre la há de tratar mal. Nadie hay que repruebe lo hecho por la bella dama de Balso, al echar de su casa á su infame suegra.

»Envio este medio serventesio á Sisteron para que sea publicado dentro y fuera y llegue á noticia de todas las nueras y de todas las suegras...

»El que arroja de su casa á una suegra, echa de su nido á un murciélago.»

RAMON DE MIRAVAL.

I.

Nada más original y curioso que la vida de este poeta, cortés hasta lo sumo, enamorado recalcitrante, galanteador incansable, amante entusiasta, constantemente cantando el amor y la belleza y constantemente víctima de la belleza y del amor.

Se tomaria su vida por un cuento entretenido si no vinieran á darle autenticidad los irrecusables manuscritos de la época.

Era noble Ramon de Miraval y caballero, pero su fortuna y hacienda se reducian sólo á un castillo del que tomó el nombre, situado en las cercanías de Carcasona, castillo que no poseia tampoco por entero, segun parece, y que no era tampoco, por otra parte, muy considerable, pues al decir de las *Vidas de los trovadores*, sólo contaba cuarenta habitantes. Hubo, pues, de suplir con su talento y su ingenio su falta de fortuna, y por este

lado abrióle ancho camino la Providencia, viéndose colmado de honores y de riquezas, gracias á la proteccion y amistad de algunos de sus más ilustres contemporáneos, entre ellos el conde Ramon de Tolosa, el rey de Aragon D. Pedro II, el vizconde de Beziers y Beltran de Seisac.

El conde de Tolosa especialmente llegó á quererle con singular cariño y á depositar en él toda su confianza: dióle armas, caballos, trajes, le procuró un empleo en su corte y en su palacio, hízole su privado, su consejero, su embajador, permitiéndole que le llamase su *audiart,* es decir, su discípulo, y honrándole como á su maestro en poesía provenzal.

Pero ántes de narrar la vida de Ramon de Miraval bajo este aspecto, ántes de entrar en ciertos detalles de su vida política, ántes, en fin, de conocer al poeta de la *patria,* importa conocer al poeta del *amor.*

El manuscrito que se ocupa de las vidas de los trovadores nos hace de él un retrato acabado. Poseia un gran talento de poeta y de orador, versificaba bien y hablaba admirablemente, tenía un perfecto conocimiento de las cosas de amor y galantería, y sabía y contaba con mucha gracia todas las anécdotas galantes y todas las frases ingeniosas que tenian relacion con los amores ó con los actos de las personas más conocidas. No existia una sola dama de renombre, distinguida ó de elevado rango, que no deseara su amistad y buscase medio de atraérselo, pues que nadie como él sabía honrarlas y hacer valer su mérito, hasta el punto de que ninguna creia ser considerada si no contaba á Ramon de Miraval

en el número de sus íntimos. De muchas estuvo enamorado, de otras fué amante con título de tal, á todas cantó y alabó en sus versos. Entre ellas hubo algunas que le hicieron bien, otras que le hicieron mal: hubo quien le engañó y á quien pagó en igual moneda, pero jamás se permitió vender ni engañar á las que con él fueron leales y honradas. Finalmente, pasó su vida cantando sus amores, siempre amante entusiasta y casi siempre recibiendo desengaños que, en lugar de curarle, parecian por el contrario empujarle á nuevos lazos y á nuevas aventuras.

Sus primeros amores conocidos, fueron por la *Loba*, que ya con este nombre quedó en los anales galantes de los trovadores, aquella dama del Carcasés, esposa del señor de Cabaret, llamada Loba de Penautier, célebre por la aventura de Pedro Vidal cuando éste se vistió de lobo y se hizo cazar como tal, creyendo ser ésta la mejor manera de expresarle su amor y rendirle sus homenajes.

Era muy hermosa mujer la Loba de Penautier y ávida de honores, lo propio que de alabanzas. La fama de su belleza, los encantos de su conversacion, las gracias de su ingenio, atraian á todos los barones del país y á los extranjeros, quedando de ella cautivos cuantos la veian: así contaba entre sus adoradores y galanes al conde de Foix, á Olivier de Saisac, á Pedro Roger de Mirapoix, á Aimeric de Monreal y al mismo ya citado Pedro Vidal, que tan bellos versos y tan grandes locuras debia hacer por ella.

La concurrencia de tan ilustres rivales no arredró á

Ramon de Miraval, quien, al decir de la crónica manuscrita, «la amaba más él solo que todos los otros juntos, y le daba toda cuanta reputacion le era posible por medio de sus canciones y cuentos, que componia con agradables razonamientos y con sutil ingenio mejor que ningun otro caballero del mundo.»

No correspondia Loba al amor del poeta; pero en él hallaba el heraldo de su reputacion y nombradía, y aceptaba sus homenajes, alentaba sus esperanzas, le prometia favores de amor para el porvenir, y hasta, segun dice el manuscrito, llegó un dia á darle algunos besos en garantía y á buena cuenta. Todo esto, sin embargo, no era más que puro artificio, pues á quien Loba amaba en realidad era al conde de Foix, del cual llegó á ser la querida, si bien conservando estas relaciones en lo más íntimo del secreto y del misterio, porque sabido es que en aquel país *se consideraba como á una mujer perdida á la que aceptaba por amante á un gran señor.*

Pero llegó el dia en que la ira de un celoso levantó el velo que ocultaba aquellos amores. Tuvo noticia de ellos Pedro Vidal, á quien su locura de disfrazarse de lobo no habia hecho adelantar mucho en sus propósitos, y se apresuró á divulgar la cosa, tan pronto como la tuvo averiguada, por medio de aquella su cancion que dice:

Estai una gran sazó;

y en la cual se leen estos versos:

Mot ai mon cor feló
per lieis que mala fo.

Gran pesar tuvo Miraval y sintióse muy afligido, pero al ver que la deshonra caia sobre la mujer amada, al ver que todos se indignaban contra aquella que habia cedido á su pasion por un gran señor, no bien curado aún de sus amores ó porfiando en su propósito con engaño, dióse á defender á la injuriada dama, buscando razones con que excusar ó amenguar su culpa. Continuó al mismo tiempo fiel á su amor, sintiendo ó fingiendo mayor ternura cuanto era mayor el desengaño, y fué entónces cuando dirigió á Loba aquella su cancion en que le decia:

«Ni los rigores, ni la indiferencia, ni el odio mismo conseguirán que deje yo de amaros, pues soy tan vuestro y tan sometido os estoy como aquellos españoles prisioneros de los moros, á quienes éstos obligan á combatir contra sus propios hermanos.»

A la misma época pertenece otra de sus canciones en que, despues de hacer el retrato de su dama y de presentarla como dotada de todas las perfecciones, dice:

«Ya puede un hombre ser necio y salir de la nada ignorante de todo, que con sólo ver á mi dama un momento y contemplarla, se encontrará de repente formado, sabio é instruido.»

Lo plus nescis hom del renh
que la veya ni remir,
deuria esser al partir
savis e de belh captenh.

En otra cancion se expresa así:

«No hay amante cuya suerte haya sido más infeliz

que la mia. Nada alcanzo de las damas, ni nada tampoco puedo pedirles. Una mujer me privó de poder amar á otras, y sin embargo, no me permite ser feliz con ella, ni me otorga ningun consuelo. Debo, empero, á este amor y á los sentimientos que me inspira, el estar dispuesto á honrar á las mujeres como se merecen.

» Tan excelente es el amor y tan ingenioso, que halla medios de recompensar, hasta en sus ingratitudes, al que se consagra á él. No existe ningun siervo fiel y adicto que no acabe por obtener galardon. Los caballeros no alcanzan mérito si una dama no les enseña el arte de agradar. Así es que cuando alguno comete una falta, los demás dicen: Se conoce que no aprendió en la escuela de las damas.»

Tanta fidelidad y tanta constancia merecian un premio. Agradecida Loba á la defensa que de ella hacía el trovador y al empeño que ponia en amarla, envióle á buscar un dia y así le habló entre lágrimas y suspiros, segun relacion traducida al pié de la letra del manuscrito provenzal:

« Miraval, si alguna vez he sido considerada y honrada, si adquirí renombre y estimacion en mi patria y fuera de ella, si algun ingenio tengo y alguna cortesía, de vos lo tengo y á vos lo debo. Reconozco que es mia la culpa si no alcanzásteis todo cuanto quereis en derecho de amor, pero no es que os haya sido vedado por amor de otro, sino por atender á vuestras propias frases en aquella cancion vuestra en la cual se dice:

Bona dompna no 's deu d' amor gequir.

»Yo queria honestamente retardaros los placeres de amor para que pudieran seros más gratos cuanto más esperados, y no queria apresurarme, pues sólo hace dos años y cinco meses que os permití besarme, segun vos mismo decís en vuestra cancion:

> Passatz so cinq mes e dui ans
> qu' ieu vos retengui á mos comans.

»Hoy veo que no quereis abandonarme á pesar de la falsa y mentirosa acusacion que mis enemigos y enemigas han hecho caer sobre mí. Por esto os digo que pues vos me sosteneis contra todo el mundo, yo renuncio por vos á cualquier otro amor, y os doy por entero mi corazon y mi cuerpo para que hagais de ellos cuanto os plazca, poniéndome en vuestro poder y en vuestras manos y pidiéndoos tan sólo que, como cosa vuestra, me defendais contra todos.»

Oido este curioso parlamento, Ramon de Miraval aceptó el donativo de Loba y usó de los derechos que ésta le otorgaba, pero poco tardaron en romperse con estrépito y con escándalo estas relaciones, debido al carácter voltario de los amantes, ó tal vez, como hay motivos para sospechar, á que el poeta sólo habia querido ejercer una venganza, lo cual en este caso no daria quizás muy noble muestra de sus sentimientos.

Efectivamente, en una cancion que pudiera muy bien aplicarse á esta aventura, Ramon de Miraval se vanagloría de haber engañado á una dama de quien á su vez recibiera engaño, añadiendo que es la única venganza que se ha permitido tomar con las damas.

II.

De brazos de Loba nuestro poeta pasó á los de Gemesquia, marquesa de Minerva, que, segun las crónicas del tiempo, era una dama jóven, airosa, bella y gentil que nunca habia mentido ni engañado á nadie, ni nunca por nadie fuera engañada ni vendida.

A la marquesa de Minerva fué á quien Ramon de Miraval dedicó aquella su notable cancion que comienza:

S' ieu en chantar soven...

Nada se sabe de estos amores, ni cómo se rompieron, pero es lo cierto que no tardamos en ver al poeta rendido al amor de otra dama, en loores de la cual agotó todas las frases y epítetos del vocabulario de los enamorados, estando ciertamente muy léjos de presumir que con aquellas laudatorias canciones labraba los fundamentos de su futura desdicha. Si Miraval, obediente al antiguo precepto de ocultar la dicha para ser feliz, no hubiese entregado á los vientos de la publicidad la fama de su conquista, cantándola en todos los metros y en todos los tonos, acaso su nueva dama hubiera sido lo que él supone que era en sus canciones, una perla de fidelidad y de amor puro; pero sus cantos llevaron á los piés de su amada una nube de galanes y de rivales poderosísimos, entre los cuales estaba el que debia arrebatarle las primicias de aquel amor por el poeta tan ensalzado.

Adelaida de Boissaison, que es la dama de quien se trata, era de la comarca de Albi y residia en el castillo de Lombers. Noble, hermosa, de sutil ingenio y de gracia exquisita, era el encanto de su reducida corte, y con sus atractivos, conversacion y cortesía, enamoraba á cuantos tenian ocasion de verla; pero su fama y su renombre no habian traspasado las fronteras de la comarca en que habitaba. Llegó un dia á su corte Ramon de Miraval, y Adelaida, desde el primer momento, al ver caer á sus plantas al enamorado trovador, pudo comprender que se abria ante ella el ancho camino de la gloria y de la nombradía. Estaba entónces en toda su fuerza y vigor el genio del poeta, sus cantos hallaban eco en todas partes y eran en todas repetidos y ensalzados. Una cantiga de Miraval era la reputacion y la inmortalidad de una dama.

El inconsiderado amante hizo en su obsequio y alabanza tan bellas canciones, ensalzó tanto aquella «perla de fidelidad y fino amor» por él descubierta en el fondo de un solitario castillo y de una apartada corte, pintó con tan vivos colores la belleza y los encantos de Adelaida, que aquel concierto incesante de elogios estimuló á muchos nobles señores á intentar la preciosa conquista. Las puertas del castillo de Lombers se abrieron para dar paso á renombrados caballeros. Nunca tan ilustres huéspedes habian pisado aquellos umbrales. El conde de Tolosa y el vizconde de Beziers fueron de los primeros en presentarse á rendir sus homenajes á la bella castellana de Lombers, y muchos nobles barones les siguieron en su empeño; pero faltaba todavía el que, siendo el

último llegado, debia ser el primero en alcanzar la palma, gracias á lo gallardo de su presencia, á la fama de su nombre, al mérito de su ingenio, y acaso, más que nada, al brillo de la corona real que ceñia sus sienes. El mismo ciego amante se encargó de presentar á su dama, llevándole de la mano, este su afortunado rival.

Grande amigo de Pedro II de Aragon y favorito suyo era Ramon de Miraval, quien, en sus conversaciones familiares con el monarca, siempre le hablaba de Adelaida de Boissaison, loando sus atractivos, consultándole las canciones que en su alabanza componia y confiándole toda la fuerza de su pasion, alentada pero no correspondida todavía. Entró el rey en curiosidad de conocer á aquella dama, que así traia perturbado al trovador, y comenzó por enviarle mensajes y joyas, decidiéndose por fin á visitarla, grandemente instado por el mismo poeta, que á este propósito y para inducirle más á la visita, compuso su cancion:

Ar ab la forsa del freis...

Acompañado de Ramon de Miraval y llevándole por heraldo y mensajero, dirigióse á Lombers Pedro de Aragon, á quien el cándido amante habia confiado el encargo de hablar á su dama en favor suyo, olvidando que en circunstancias parecidas los reyes, como los demás simples mortales, suelen hablar por cuenta propia más que por la ajena.

Así sucedió en efecto. Prendado el rey de los encantos de la dama, de su amor habló que no del de Miraval, y como fué en él lo mismo llegar que vencer, pudo

ver coronados sus deseos, siendo el asunto tema de murmuracion para la corte y motivo profundo de pesar y de afliccion para el poeta, que en el acto abandonó el castillo de Lombers, maldiciendo de aquella á quien habia llamado perla de fidelidad y de amor. Largo tiempo pasó el trovador lamentándose del engaño de que fué víctima, de la volubilidad de su dama y de la traicion del rey, siendo esta la causa que le inspiró su cancion:

Entre dos volers soy pensiu...

La reaccion, sin embargo, no se hizo esperar mucho en el ánimo de Miraval. Destinado parecia nuestro poeta á ir de una en otra dama para caer de un engaño en otro y ser víctima constante de su credulidad y candidez. Una nueva imágen borró la de Adelaida y una nueva perfidia, superior á todas, vino á hacerle el blanco de punzantes sátiras y sangrientos sarcasmos.

Hallábase entónces en el esplendor de su gloria y de su belleza Ermengarda de Castres, llamada *la hermosa albigense*, la cual, dolida de la situacion del poeta, y deseando para mayor fama suya prenderle en sus redes, le envió un mensaje diciéndole que la indignidad del proceder de Adelaida con tan gran ingénio, le obligaba á recompensarle requiriéndole de amores, en vez de ser ella la requerida. Al verse objeto de este mensaje y de las ternezas de Ermengarda, cuya fama de belleza eclipsaba la de todas las otras damas, Ramon de Miraval llegó hasta á bendecir la traicion de Adelaida que triunfo tal le ofrecia y tan brillante remuneracion le procuraba. Faltóle tiempo para volar á los piés de su

nueva y hermosa dama, á quien ofreció sus servicios, su corazon, su talento y su gloria, olvidando todo lo sufrido y todo lo pasado al ver que Ermengarda le reconocia públicamente por su servidor y por su amante.

Con mayor entusiasmo aún que ántes, con más pasion, con más fe y con más viveza de colores cantó los atractivos de Ermengarda, loando su belleza en inspiradas canciones que al propio tiempo que aumentaban la gloria del poeta, servian á engrandecer y cimentar la reputacion de la dama.

Fué precisamente por entónces, cuando un noble y poderoso baron del país, Olivier de Saissac, se presentó á ser rival del trovador ofreciendo á la hermosa albigense corazon y mano de esposo. Aprovechó Miraval aquella ocasion, receloso de ser víctima como en pasados lances, y preguntó á Ermengarda si era ya llegada la hora de ver recompensado su amor y premiada su constancia. Díjole entónces Ermengarda que pronta estaba á corresponderle otorgándole los derechos de amor, pero que no á título de querida se le uniria, sino á título de mujer propia y legítima, á fin de que sus amores no pudieran ser rotos ni repartidos nunca, para lo cual era preciso proceder al repudio de su esposa.

Efectivamente, Miraval, á pesar de que no lo parecia, estaba casado con una dama llamada Gauderensa, que no debia ciertamente ser fea, á juzgar por lo que ha de verse luégo, y que como él pulsaba la lira, rivalizando con él en apasionadas canciones de amores.

Dióse Miraval por muy contento con la respuesta de Ermengarda y dirigióse apresuradamente á su castillo

para conminar á su mujer con el divorcio. Nada más original que el pretexto que encontró para ello.

Dicho queda que Gauderensa era poetisa. Tenía al parecer gran talento para la poesía, para la danza y para el canto, y hé aquí de qué manera hubo de hablarle Miraval y en qué motivo hubo de fundar su demanda de divorcio, siempre segun el manuscrito provenzal:

—Mi buena Gauderensa, le dijo; no me conviene tener por esposa á quien hace tan buenos versos como yo. Basta con un trovador en una casa, y disponeros podeis á volver á la de vuestros padres, pues que yo estoy decidido á no teneros por mujer.

Al oir este razonamiento, aparentó irritarse mucho Gauderensa, y dijo que advertiria á sus padres; pero en lugar de esto, envió noticia de lo sucedido á Guillermo de Bremon, noble caballero y su amante, que era el objeto de sus canciones de amores, diciéndole ser ocasion aquella de tomarla por mujer, á fin de que pudiera irse con él. El de Bremon se apresuró á corresponder al aviso de su amada, presentándose á las puertas del castillo de Miraval en compañía de varios caballeros, sus deudos y amigos, y en cuanto lo supo Gauderensa participó á su marido que eran ya llegados los que venian en su busca y que pronta estaba á partir con ellos. Plúgole la noticia á Miraval, áun cuando no ménos que á su esposa, y, cumplido y cortés hasta el último momento, quiso acompañar á ésta hasta los umbrales del castillo.

Encontró allí á Guillermo de Bremon con sus ami-

gos y enteróse entónces de lo que al parecer ignoraba, pero no hubo de enojarse por ello, ántes al contrario, llevó hasta los últimos límites su afabilidad y cortesía. Iba ya á montar á caballo Gauderensa, cuando se le ocurrió decir á su marido:

—Separémonos como amigos. Ya que no quereis más de mí, dadme por mujer á Guillermo de Bremon.

—En buen hora sea, contestó Miraval, puesto que así os place.

Y en efecto, adelantóse Guillermo, tomó el anillo de boda, recibió por esposa á Gauderensa de manos de su propio marido y desapareció con ella, sin que los manuscritos ni los anales del tiempo vuelvan á decirnos nada más de aquella mujer y de aquella poetisa, cuyas obras, desaparecidas tambien, no han llegado hasta nosotros.

En cuanto Ramon de Miraval se vió libre de su esposa, corrió á ponerlo en noticia de la bella Ermengarda, exigiéndole el cumplimiento de su palabra en pago de haber él cumplido la suya. Fingióse la pérfida dama muy contenta de ello y le instó á volver á su castillo para hacer los preparativos de su boda y recepcion, diciéndole que no tardaria en llamarle. Obedeció el crédulo amante, y cuando se hallaba en Miraval disponiéndolo todo para su enlace y esperando el aviso de su amada, tuvo el de que Ermengarda se hallaba en el castillo de Saissac, donde con grande esplendidez y regocijo y con grande concurrencia de damas y caballeros se habian celebrado sus bodas con Olivier.

Como Loba, como Gemesquia quizá, como Adelaida,

Ermengarda le habia vendido tambien; pero con más negro engaño y con más cruel perfidia. Dejó entónces de componer y de cantar el triste, perdidos todo reposo y alegría, y desapareció por espacio de dos años de las cortes y de los castillos para entregarse sólo á su amargura y pena.

En medio de su dolor tuvo tambien el de recibir un *serventesio* cruel que acerca de su aventura compuso el baron catalan Hugo de Mataplana, trovador como él, y que comenzaba con estas estrofas:

D' un sirventes m' es pres talens
que razós m' ho mostra e m' ho di,
e quant er fachz tendrá 'l cami
tot dreit á Miravals correns
á 'N Raimon don ai pensansa,
car fetz tan gran mal' estansa
contra dopnei don totz temps s' es vanatz,
e s' anc tenc dreit viatge
de drut cortés, ar camia son coratge.
En lui estava conoissens
lo reproviers, qu' el sabis di
c' om no conois tan ben en si
com en autrai lo falhimens,
qu' el sol aver s' esperansa,
en joi et en alegransa,
mas ara n' es malamens cambiatz,
que mes a tal usatge
don ges no 's pot esdir de vilanatge.
Car per sos bels captenemens
e per sos bels trobars parti
sa cortesa moiller de si
be par qu' el coseil er sirvens;

eisutz es de l' esperansa
d' esser drutz a ma semblansa
car si 'l plagués mais dopneis ni solatz,
no fera tal outratge
don tug cortés volguesson son dampnatge...

La composicion hubo de herir al trovador en lo más vivo y contestó con otro *serventesio*, en el cual dice que Hugo de Mataplana le obliga á escribir versos duros y punzantes.

«Me ataca bruscamente, dice, y con injusticia notoria, sobre una cosa en que no tengo culpa alguna...

»Ningun catalan cortés podrá negarme lo que el honor nos enseña, es á saber, que un honrado caballero debe abandonar á una dama susceptible de dejarse corromper por dinero.»

El envío de esta poesía es á una dama llamada Sancha, amiga al parecer ó querida de Hugo. El poeta le recomienda que castigue á este baron por las locuras que ha dicho, y añade que sólo á su consideracion se debe el no haber estado más duro en su réplica.

Era de creer que, despues de tantos desengaños, Miraval abandonase la senda de los amores; pero no fué así. Una nueva dama fué á solicitarle y pretendióle arrancar de su retiro. Brunisenda de Cabaret se llamaba, y era esposa de P. Roger de Cabaret, hermano ó deudo de aquel otro señor del mismo nombre que fué marido de Loba de Penautier. Brunisenda, que como todas, estaba anhelosa de honores y reputacion, envió un mensaje á Miraval para decirle que alejase sus penas y se consolase por amor de ella. «Si no venís á mí, le decia,

yo iré á buscaros y he de daros tales pruebas de amor, que de seguro os han de convencer de que no quiero engañaros.»

Fué entónces, y con este motivo, cuando Miraval abandonó su retiro y tornó á presentarse en las cortes, haciéndose preceder de aquella su cancion:

Ben aia 'l misatger...

Se ignoran el curso, vicisitudes y término de estos sus nuevos amores. Los acontecimientos de que entónces pasó á ser teatro el país, con motivo de la cruzada contra los albigenses, vinieron á interrumpir de repente todas aquellas fiestas de galantería y todas aquellas aventuras de amores para ser sólo reemplazadas, en un largo espacio de años, por escenas de sangre y de matanza.

Hubo, pues, un cambio en aquella sociedad y húbolo tambien en el carácter y conducta del trovador; pero ántes de penetrar en esta nueva época de su vida, bueno será concluir esta primera y su historia galante, traduciendo, como resúmen, las siguientes líneas del manuscrito provenzal:

«Ya sabeis quién era y de dónde Ramon de Miraval, y cómo galanteaba á todas las mejores y más altas damas de estas comarcas, segun él mismo dice:

Ja ma dompna m' a lei
s' eu a sas mercés m' estais,

cuya cancion dió á su dama gran reputacion y nombradía entre las clases más elevadas.

» Hubo algunas damas que le hicieron bien, pero hubo otras que le hicieron mal, conforme lo dicho por él:

Que mantas vetz me tornet a folor,
e mantas vetz en gaug et en doussor.

» Fué engañado por algunas á quienes á su vez engañó, engañándose así todos mútuamente, segun él dice:

Et en sufren mon dan
saup l' enganar totz enganatz
e pois remaner ab leis en patz.

» Disgustábanle mucho, sin embargo, si le decian que no era considerado por las damas, y desmentia á los que esto propalaban, diciendo:

Ar van dissen a lairó
qu' anc d' amor no fi mon pro.

» Nunca quiso engañar á las mujeres delicadas y leales, por mucho daño que le hubiesen hecho, y áun cuando habria podido utilizarse del engaño, nunca quiso hacer cosa alguna que no fuera honrada y noble. »

III.

Vamos á entrar ahora en una nueva faz de la vida de este trovador. Ya la guerra estaba encendida; ya avanzaban los cruzados dejando á su paso regueros de sangre y de fuego; ya Beziers habia sido entrado á saco y èl vizconde prisionero y muerto; ya en los castillos no

se oian las liras de los trovadores, ni las canciones de amor, ni los discreteos de damas y galanes, y sí sólo el chocar de las armas, el crujir de las fustas y el silbar de las piedras y saetas; ya el conde de Tolosa, perdidos Arjensa y Beaucaire, se habia encerrado en su capital y con él todos aquellos barones y vasallos, caballeros y damas, que acudian á agruparse en torno de la bandera de su señor y dueño, que iban á ofrecer sus vidas y haciendas en holocausto de la independencia amenazada, que huian de sus moradas en ruinas y que sentian rasgarse su corazon, anublarse sus ojos y convelerse sus nervios á la vista de los horrores y desgracias que afligian á la patria hollada por extranjeras hordas.

Ramon de Miraval, que dejó la lira para empuñar la espada y que al entrar los cruzados en su castillo, de él se vió desposeido y arrojado, fué de los que se refugiaron en Tolosa junto al príncipe á quien en mejores tiempos llamaba su *Audiart*. Habia ofrecido Miraval no volver á pulsar la lira ni componer más canciones de amores miéntras su patria no volviera á ser libre y no hubiese recobrado su castillo, y viósele en Tolosa consagrado por completo á los intereses del país y del conde, quien en distintas ocasiones le utilizó, como hombre de su absoluta confianza, para difíciles misiones y peligrosas embajadas.

En cumplimiento de uno de estos encargos hubo alguna vez de trasladarse á Cataluña para entenderse con el rey D. Pedro, su antiguo rival, pero tambien su antiguo amigo y protector, de quien ya habia dicho en otros tiempos que sobresalia tanto entre los galanes que

hacía parecer grandes los hechos de poco valor y de doble valor los que ya lo tenian.

Al rey d' Aragó vai de cors,
chansó, dire qu' ieu 'l salut
e sai tan sobr' autre drut
qu' el pauc pretz fai semblan grans
e 'ls rics faits valer dos tans.

Hubo de oir una vez del rey D. Pedro que estaba dispuesto á proteger los derechos y los intereses del conde de Tolosa y que acudiria en auxilio de éste haciéndole devolver Beaucaire y Carcasona, como al poeta su castillo de Miraval, y hubieron de producirle tanto júbilo estas promesas y esperanzas que, faltando á su voto, volvió á escribir versos en cuanto regresó á Tolosa. Con este motivo y ocasion, y tambien con el de la vuelta de la primavera, escribió aquella su hermosa cancion:

Bel m' es qu' ieu chan e condei
pos l' aur' es douss' e 'l temps gais...

Dedicada se halla esta poesía á la condesa de Tolosa, hermana del monarca aragonés, y esto ha podido hacer creer á alguno que Miraval levantaba sus amorosos vuelos hasta la misma reina de Tolosa, como así llamaban á la condesa, por ser hija de reyes, pero no hay motivo para pensar que esto pudiera ser así. No hay en la cancion una sola palabra que no sea de respeto para aquella desgraciada princesa, y si la poesía se ve inspirada por ésta, bien claro se distingue que es obedeciendo á una idea política, no de amor ciertamente.

«Cancion, ve á decir al rey de Aragon, que guia,

viste y fomenta el júbilo, y en el cual ciframos tambien nuestras esperanzas, que tal como le deseamos le vemos. Le bastará sólo recobrar Montagut y Carcasona, como emperador que es de prez, para que teman su escudo los franceses aquí, allá los musulmanes.

»Señora, me habeis dispensado gran honra con empeñaros en que yo volviera á ser trovador. No pensaba componer cancion alguna hasta que devuelto me fuera el feudo de Miraval, que perdí; pero el rey me ha prometido que ántes de poco me lo devolverá, como tambien Beaucaire á mi Audiart (el conde de Tolosa), y entónces será cuando damas y galanes recobrarán las perdidas alegrías.»

Chansós, vaiten dir al rei
qui joi guida, e vest, e pais,
d' Aragó, qu' es nostre bais
que tal com lo vueilh lo vei.
E sol cobre Montagut
e Carcason, e 'l repaire,
pos es de pretz emperaire,
e doptevan son escut
sai francés e lai masmut.
Domna, pro m' avez valgut,
quan volguets qu' ieu fos chantaire,
qu' ieu no cujés chanson faire,
tro m' aves lo fieu rendut
de Miraval qu' ai perdut.
Mais lo reis m' a convengut
qu' el m' ho rendrá ans de gaire,
et al mieu Audiartz Belcaire:
pois auran domnas e drut
cobrat lo joi qu' han perdut

Se ve, pues, que la idea de esta cancion era mover el ánimo del monarca aragonés á la empresa de ayudar al conde de Tolosa á recobrar sus Estados, y á la patria provenzal á reconquistar su independencia.

En este mismo sentido, con igual fin, se escribieron entónces otras canciones y *serventesios* por distintos poetas y por el mismo Miraval. Todas estas composiciones eran enviadas al rey, y así fué como el eco de la opinion pública llegó á sus oidos induciéndole á aquella su noble y gloriosa, pero fatal empresa de 1213, que acabó en la batalla de Muret con la muerte de D. Pedro y la ruina de la independencia provenzal.

El infortunio cayó entónces sobre la patria romana, y fué completo el desastre y completa la dispersion de aquellos nobles é hidalgos caballeros, modelos de honor, de valor y cortesía; de aquellos trovadores consagrados al amor como fuente de todas las virtudes y á la patria como fuente de todos los amores; de aquellas damas, reinas de cortes de amor, heroinas de leyendas, esposas y amantes de varones de epopeyas y de historias caballerescas. Todos, unos y otras, hubieron de tomar el camino del destierro, y un dia, en pos del carro fúnebre que llevaba al monasterio de Sixena los despojos mortales del rey D. Pedro II de Aragon, vieron los Pirineos cruzar por sus extraviadas y ariscas sendas, conocidas sólo de la salvaje fiera ó del osado cazador, á toda aquella brillante muchedumbre de caballeros, de trovadores, de galanes y de damas, que iban pobres, vagabundos, errantes, á envejecer y á morir en extranjera tierra, á ostentar y á pasear el recuerdo de su es-

plendor pasado y el espectáculo de sus infortunios presentes por las aldeas y castillos de Cerdaña, del Conflent, de Urgel, de Andorra, de Cataluña y Aragon.

Confundido con el grupo de los proscritos, atravesó tambien los Pirineos Ramon de Miraval, yendo á buscar un refugio en Castellbó, donde en torno de su noble vizcondesa Ermesinda de Foix, que fué entónces el amparo, el ángel salvador y la providencia de los fugitivos, hubo de encontrar el poeta á aquellas ilustres y seductoras castellanas del tiempo de sus amores, Loba de Penautier y su cuñada Brunisenda de Cabaret, Ermengarda de Castres, llamada *la bella albigense*, Adelaida de Boissaisson y Gemesquia, la dama de Minerva, nunca como entónces más fiel á su nombre de *Gemma esquiva*, mujeres ilustres todas que un dia, en medio de sus esplendores feudales, habian visto caer á sus plantas á los reyes y barones más poderosos, y que entónces iban á pedir la limosna de un asilo á su rival Ermesinda, pobres palomas plañideras arrojadas de sus nidos de amor, á través de los Pirineos, por la tempestad de hierro, de fuego y de sangre desencadenada sobre el Mediodía. ¡Triste suerte la que en aquellas circunstancias llevaba al poeta, como un recuerdo vivo y amargo de pasadas dichas, al mismo asilo en que se habian refugiado las fugitivas galantes damas, mísera reliquia entónces del esplendor provenzal.

En Castellbó supo el trovador que su castillo de Miraval, perdido entre las torrenteras de Orbid, habia sido regalado por Simon de Montfort al nuevo capítulo eclesiástico de Carcasona, y fué entónces cuando el poeta

desterrado, como un eco fiel de la patria, como un rugido de guerra, lanzó al campo de los proscritos aquel su valiente *serventesio* de: *Arranquemos la patria á Simon de Montfort.*

Tolhem la terra a En Simon!

El canto del trovador pudo contribuir á reanimar el espíritu decaido de los emigrados, y hasta parece que con ellos volvió Ramon de Miraval á pasar los Pirineos para una tentativa que fué infructuosa y desgraciada; pero no tardó el poeta en regresar de nuevo á Cataluña, fijándose en Lérida, donde hubo de vivir algun tiempo y donde fué á sorprenderle la muerte. Millot, Raynouard y todos cuantos se ocupan de él, dicen que entró en la Órden del Cister; pero no están conformes con esta version las noticias que he podido recoger. El error procede tal vez de haber muerto Ramon de Miraval en un convento de religiosas del Cister, donde caritativamente se le acogió al hallarse viejo, enfermo y pobre. Aquellas buenas religiosas leridanas fueron las que le atendieron y cuidaron en su última enfermedad, bajándole al sepulcro.

Miraval vivia aún pasado el año 1216, pues en una de sus poesías escritas en Cataluña, habla, como de un suceso anterior, del sitio de Beaucaire que tuvo lugar el año citado. Durante su emigracion escribió algunos *serventesios*, que han desaparecido, en los cuales se lamentaba de la ruina de Provenza, lloraba la patria perdida y entregada á los franceses é incitaba á los catalanes á levantarse en armas para vengar la muerte de D. Pedro

y ayudar á los condes de Tolosa á recobrar sus dominios.

Cuarenta y ocho composiciones son las que de él nos quedan, algunas visiblemente mutiladas, y todas con el sello característico del talento, ya que no el de la inspiracion. Miraval cuidaba en su poesía más que del fondo de la forma, y no se distingue por inspirados rasgos de genio, pero es claro en sus ideas, prefiriendo expresar su pensamiento con llaneza á oscurecerlo con imágenes y con atrevidos vuelos de fantasía.

Ramon de Miraval comenzó á figurar como poeta cuando aún vivia el padre de D. Pedro, D. Alfonso de Aragon, alcanzando, por consiguiente, una de las épocas más florecientes de la galantería, del esplendor y de la literatura provenzal. Las composiciones de la primera parte de su vida llevan sólo el sello del amante, del entusiasta, del hombre galante que sólo piensa en el amor, en el placer, en la cortesía y en el júbilo, para quien es indiferente y hasta repulsivo todo lo que sea politico, serio y grave.

Rechaza á los que no gustan de las delicias del canto; quiere alegrar su corazon solazándose con sus compañeros; tiene por imperfecto al que no ama; proclama que el amor es fuente única de arte, de ingenio y de cortesía; cree que la dicha suprema consiste en recibir un beso de su dama; piensa que el destino del hombre es el de pasar la vida á los piés de la mujer amada, mirándose en sus ojos, cantándole trovas de amores, viviendo de ella y por ella, y de otra cosa no quiere entender, ni en otra fijarse, ni nada más quiere saber y

averiguar que lo que tenga relacion con el amor, con el placer y con la alegría.

Es notable y curiosa una de sus poesías dando consejos á un soldado, ú hombre de armas, llamado Fornier, que queria abrazar la profesion de juglar:

«Fornier, dícenme que habeis venido á mí para que os instruya, y puesto que Dios os inspiró el deseo de abandonar la carrera de las armas, es preciso enseñaros las maneras que convienen á los hombres de posicion.

»Para ejercer la profesion de cantador, es necesario echar al olvido lo que recuerda la guerra, espadas y lanzas, dardos y broqueles, y prometer á los hospitalarios y á los monjes que no volvereis á saquear sus casas ni sus graneros.

»Y con éste habeis de olvidar muchos otros pecados, que acostumbran cometer los hombres de armas, como es el de la blasfemia cuando se quedan sin un solo sueldo ante una mesa de juego.

»Olvidad por completo todas esas malas costumbres, y lo primero que debeis hacer, al cambiar de estado, es ir á saludar de mi parte al buen Ramon, conde de Tolosa, que posee tantos méritos y de quien recibireis de seguro sendos regalos.

»Si el conde os pregunta lo que habeis hecho y de dónde venís, no olvideis decirle que habeis estado en la corte de Adelaida, esa dama amable y hermosa que da ingenio á los necios y juicio á los locos, despojando de lo uno y de lo otro á los que más lo poseen.

»Tambien os aconsejo que seais cuerdo sin dejar de

ser un poco loco, pues que en el mundo la cordura en absoluto es perjudicial.»

La dama de quien el poeta habla en esta composicion, haciendo de ella tan singular elogio, debia ser aquella Adelaida de Boissaisson, cuyo amor le fué robado por el rey D. Pedro.

En otra composicion del mismo género se dirige á un juglar llamado Bayona, quien, por lo que parece, se habia negado á cantar un *serventesio* de Miraval.

«¿Por qué diablos no hallaste á tu gusto mi serventesio? No sabes lo que te perdiste. En la corte de Narbona te hubiera valido un caballo con una silla de montar de Carcasona, una lanza con banderola, una cota de armas y un broquel.

»Pobre te veo y mal vestido, pero yo te escribiré otro serventesio que puedas fácilmente aprender y cantar, y que te valdrá muchos trajes y mucho dinero.

»Irás primero á la comarca de Carcasona, donde hallarás muchos y nobles barones amantes del canto y de la poesía. Hay tantos, que no sabria á quién dar la preferencia. Te aseguro que serás bien recompensado por ellos.

»Pasa adelante en seguida hasta llegar á la misma Carcasona y hasta presentarte á su vizconde, Pedro Roger, que te colmará de dones. Despues puedes ir á encontrar á Olivier, que te regalará hermosos trajes de paño fino de Carcasona.

»No te detengas mucho tiempo y véte á encontrar á Montesquiou, que te recibirá muy bien, pues no hay caballero más cortés, el cual te dará un caballo bueno

para la carrera y para el torneo y tambien hermosos trajes de verano.

»Vé en seguida á cantarle mis serventesios, y mejor aún mis canciones, á Beltran de Seissac. No te irás seguramente de su castillo con las manos vacías, pues áun cuando no es en regalar muy pródigo, por el cariño que me tiene te dará por lo ménos un hermoso caballo.

»Tampoco dejes de ver á Aimeric de Narbona, que te hará rico con sus donativos, entre los cuales estoy cierto que no te ha de faltar un buen caballo blanco con ricos paramentos.»

Esta curiosísima poesía, que pinta las costumbres de la época y puede dar idea de la popularidad y fama de que gozaba el poeta, cuya modestia no debe echarse de ménos en gracia de las noticias que nos procura, se completa con otra dirigida al mismo juglar Bayona, que se inserta original á continuacion.

Ambas fueron escritas á últimos del reinado de don Alfonso de Aragon, y de este monarca es de quien se trata en esta segunda, que áun cuando en cierta parte incomprensible, merece insertarse íntegra y original por referirse á cosas de nuestras tierras.

Hé aquí, pues, la segunda poesía de Ramon de Miraval á Bayona, debiendo advertir tambien que la Adelaida que se cita al final de esta poesía ha de ser forzosamente, en mi opinion, la famosa vizcondesa de Beziers, condesa de Burlatz, tan célebre entre los trovadores.

«Bayona, sé bien que habeis venido á nosotros en demanda de un nuevo serventesio, y serán tres con éste,

pues ya os compuse otros dias con los cuales ganásteis mucho oro y mucha plata y mucho [illegible] y buena y mala ropa. Ahora, cuando ya ninguno de estos regalos sirve, tratais de renovarlos.

»Cuando de aquí pasásteis á tierra de Barcelona, entre los alegres catalanes, á Cerdaña y al país de Gerona, sé que regresásteis muy [illegible]; pero si ahora vais, bien lograreis un [illegible], Bayona, miéntras que entónces volvísteis como un [illegible] y como un [illegible]chor. Pensad, pues, en volver allá, que aquí ya no podeis manteneros por más tiempo.

»Nuestro rey aragonés, que supera á todos los de pró, quiero que renueve vuestro arnés, y decid de mi parte á los compañeros, que quisiera ver por aquí su alegre comportamiento, pues entre nosotros se van perdiendo las buenas costumbres y los antiguos usos. Yo por mi parte prefiero el placer y el júbilo de buen grado, á las cosas hechas á la fuerza.

»Si por acaso el conde rey D. Alfonso os da audiencia, pedidle [illegible] y también que os dé posada en una de sus casas, [illegible], Bayona, y podréis así vengaros de tantos golpes como habeis recibido en la guerra y que aun os obligan á rascaros.

»A los catalanes, [illegible] gentilmente que [illegible] vidio, Bayona, pues [illegible] rán corte de [illegible] más [illegible] ni de mayor prez que la de Alemania.»

[illegible]

[illegible]

et ab aquest seran tres
qu' ieu vo'n avia fatz dos,
dont mant aur e mant argent
avietz guazanhat, BAYONA,
e maint uzat garniment
e d' avol raub' e de bona:
aras cant res no vo 'n par
cuiatz vo 'n renovelar.
Car sai passés Barsalonés
entr' el catalás joyós,
Serdanha ni Gironés
sai que vengués a rescós,
car si anassetz a prezen
be 'n agratz rossin, BAYONA,
mas vinguetz com a sirven
aissí com sel que laìrona;
doncs pessatz del retornar
que sai no'us podetz selar.
Nostre reis aragonés,
que val mais de tots los pros,
vuelh renovelh vostr' arnés,
e digatz m' als companhós
qu' el sieu gai captenemen
volgra sai vezer BAYONA,
qu' entre nos fug lo coven
et us rics no s' abandona,
perqu' ieu am mais domneiar
que mo mal senhor forsar.
Si ja mais es tant cortés
que veiatz lo rei 'N Anfós,
clamatz li V. C. mercés,
qu' en una de sas maisós
vos des calque bastimen
e seratz portier, BAYONÀ;
poiratz penre venjamen

dels colps que vostra persona
a tant preses al intrar
tan qu' ara us fan razquesar.
Als catalan digatz gen
non lur enveje, BAYONA,
qu' el domneis pus avinen
aitant car mar revirona,
podon al bombei trobar
ab N' Azalais e 'l pus car.

Hé aquí ahora, original é íntegra, la otra poesía á que ántes se ha hecho referencia y de la cual se ha dado una idea, por ser una de las que más caracterizan á Ramon de Miraval en la primera época de su vida:

Selh que no vol auzir chansós,
de nostra companhia 's gar,
qu' ieu chan per mon cor alegrar
e per solatz dels companhós,
e plus per so qu' esdevengués
en chansó qu' a mi dons plagués;
qu' autra voluntatz no 'm destreng
de solatz ni de belh captenh.
Pauc val qui non es enveyós,
e qui no dezira 'l plus car;
e qui no s' entremet d' amar,
non pot esser valens ni pros;
que d' amar ven gautgz e ven bes,
e per amor es hom cortés;
et amors dona l' art e 'l genh
per que bos pretz troba mantenh.
Ben es savis a ley de tos,
qui drut blasma de folheiar,
c' om, pos que 's sap amezurar,

non es pueis adregz amorós;
mas selh que sap far nescies,
aquel sap d' amor tot quan n' es;
qu' eu no sai trop ni no m' en fenh,
ni ja no vuelh qu' om m' en essenh.
De la belha cui suy cochós,
dezir lo tener e 'l baizar
e 'l jazer e 'l plus conquistar
e apres mangas e cordós
e del plus que 'l prengua mercés;
qu' ieu no serai jamais conqués
per joias ni per entresenh,
si so que plus vuelh non atenh.
Ben haya qui prim fon gilós,
que tan cortes mestier saup far;
quar gilozia 'm fai gardar
de folhs parliers e d' enviós.
De gilozia ai tan aprés
que mi eys en tenc en defés
ab mi dons, qu' autra non denh,
neis del cortejar m' en estenh.
E val mais belha traciós,
don ja hom non trobe son par,
qu' autrui buenamans' enveiar
quan Dieus ne vol ajustar dos;
de dona vuelh que l' ajut fes,
e que ja no 'l en sobre res,
perque m' en quier on vau, d' on venh,
pus del tot a son plazer tenh.
N' Audiartz, de vos ai aprés
que d' una sola sai cortés
e d' una chan e d' una 'm fenh,
e d' aquelha Miravals tenh.
Atrobaretz greu qu' us m' essenh
d' amar, pus ieu de vos n' aprenh.

Veamos ahora las composiciones de la segunda época de este autor, para acabarse de formar una idea de su carácter.

Ya no es el poeta del amor, de las damas, de los placeres y de la cortesía; es el poeta del combate, de la lucha, de la guerra: ya no es el poeta de la cancion, es el poeta del serventesio.

Hubo un momento en la política del rey D. Pedro de Aragon en que pudo creerse que se inclinaba á la paz con todos sus vecinos. Sus relaciones con los reyes de Castilla y de Navarra, con los condes de Tolosa y de Provenza, con el mismo rey de Francia, parecian planteadas bajo un plan y conducta que tendian á una política toda de paz y de concordia, y este es el momento que aprovechó Ramon de Miraval para dirigir al monarca aragonés un intencionado *serventesio*, que debió escribirse por los años de 1209.

«Me asombro, dice, que el rey de Aragon, de quien oigo hablar bien á todo el mundo y cuyas acciones son de todos aplaudidas, se ocupe ahora de establecer treguas y tratados de paz, cosa que no debiera hacer si pensara más en su reputacion y en su conveniencia...

»La juventud se hizo para la guerra y la caballería; la paz para la vejez. Es bello el aspecto que presentan los campos llenos de armas, banderas y broqueles, y nada más agradable que el ruido de los aceros cuando se enlazan.

»Yo ví un dia al rey de Aragon tomar la defensa del conde Sancho, que hizo pasar á Provenza. Preciso es que ahora no le abandone hasta que le haga restituir las

tierras que le arrebató su tio, el peor de sus vecinos. Mala paz será la que firme miéntras que el conde no vuelva á ser dueño de los treinta castillos que tiene de él en feudo...»

Una de las poesías más notables de Ramon de Miraval en su segunda época, es una *tension* con un trovador llamado Beltran. Esta tension fué visiblemente escrita en Cataluña entre 1216 y 1218, pues que se habla del sitio de Beaucaire, el cual tuvo lugar en la primera de las citadas fechas, y tambien de Simon de Montfort, cuya muerte acaeció en 1218.

No es fácil deducir quién fué el Beltran que tensionó con Ramon de Miraval. El tema por aquél propuesto es averiguar quiénes, entre los lombardos y los provenzales, se distinguian más por su valor, su cortesía y su esplendidez. Miraval se pronuncia abiertamente por los provenzales.

La *tension*, que así dice, es notable y curiosa bajo muchos puntos de vista.

«*Miraval.*—Los provenzales son los mejores guerreros, y tambien los más valientes y los más hidalgos. ¿No se les ve combatir hoy mismo contra Simon de Montfort sólo para vengar la muerte del rey aragonés y devolver sus dominios á su legítimo señor?

»*Beltran.*—Pero lo cierto es que Simon de Montfort inspiró miedo á los provenzales en Bellcaire, no obstante ser ellos muy superiores en número. Su guarnicion se rindió vergonzosamente. No es, pues, su valor lo que les da superioridad sobre los lombardos.

»*Miraval.*—Los provenzales valen dos veces más.

Aun dejando á un lado su bravura, hay que reconocerles su esplendidez. Proceden hidalgamente en todo, regalando caballos y equipos, miéntras que el que vaya á tierras de lombardos se muere de hambre como no lleve dinero.

» *Beltran.*—Esto es apartarse de la cuestion y discutir otra tésis. Los provenzales, es cierto, regalan caballos, prendas y dinero: se vive muy bien entre ellos, pero los lombardos, aunque más económicos, les son superiores en guerra.

» *Miraval.*—Los provenzales son superiores en todo. Cuentan con excelentes trovadores para componer versos, canciones, tensiones, serventesios y descorts, y tienen encantadoras damas de las cuales una sola vale por diez marquesas y grandes damas de Lombardía.

» *Beltran.*—Os batís ya en retirada. A los lombardos esto les importa poco, y bien os consta que esas damas, á las cuales tanto alabais, tienen la culpa de que sus maridos eduquen á hijos de los cuales no son padres.»

RAMON VIDAL, DE BESALÚ.

Está fuera de toda duda que este trovador era catalan, y de la villa de Besalú. Se deduce claramente de sus propias obras, habiendo caido en error los que le presentan como oriundo de una poblacion de Provenza, llamada Bezaudun.

Es difícil, cuando no imposible, trazar su biografía, pues se ignoran por completo detalles y particularidades de su vida: sólo de sus escritos se desprende que vivió á últimos del siglo XII y comienzos del XIII; que alcanzó tres reinados, el de Ramon Berenguer conde de Barcelona y los de Alfonso II y Pedro II de Aragon, encerrándose por consiguiente su vida desde los años de 1150 á los de 1213; que visitó todas las cortes de España y del Mediodía de Francia; y por fin, que debió ser muy especialmente protegido de Hugo de Mataplana, en cuyo castillo y corte se le ve figurar.

Estas son las únicas noticias que de su vida he

podido procurarme. En cuanto á las obras que de el nos quedan, ofrecen mayor campo.

Más que un trovador, Ramon Vidal fué un literato. Su obra gramatical, muy particularmente, revela en él profundos conocimientos, delicado criterio literario y gran alteza y claridad de juicio. Es en esta obra donde por vez primera fué llamada *lemosina* la lengua de Oc, teniendo en cuenta sin duda Ramon Vidal, que los principales trovadores, y los más célebres entónces, eran del Lemosin. El nombre de *lengua lemosina* con que la bautizó Vidal, es el que ha prevalecido en España, al revés de lo sucedido en Francia, donde generalmente se le llama *provenzal*, y contrariamente á lo que proyectaba Alberto de Sisteron al llamarla *lengua catalana*.

De sus poesías como trovador propiamente tal, poco hay que decir. Son en corto número y de escaso mérito, distinguiéndose la que comienza:

Bel m'es quan l' aura reverdis...

Su composicion *Tal chansoneta farai ab son leugier*, debió brillar más por la música ó por la tonada que por la letra, pues que alcanzó gran boga. Parece tambien que quiso escribir con rimas ricas y con pretensiones científicas la que comienza:

Entre 'l taur e 'l dople signe.

No era esta, sin embargo, la especialidad de Ramon Vidal. Bien pronto debió conocer que no le llamaba Dios por este camino, y abandonando las canciones ligeras, se consagró á obras de más importancia, para las

cuales, al par que ingenio, se necesitaba tener los profundos conocimientos y el elevado criterio de que él se hallaba dotado. Pero no por esto, no por dedicarse á estas obras, de que luégo se ha de hablar, olvidó aquellas en que el ingenio brilla como cualidad especial; así le vemos fijarse con predileccion en el género narrativo, y escribir *novas* ó novelas que pueden ser citadas como modelo y como ejemplo, donde el sentimiento erótico, la abundancia agraciada é ingénua, la verbosa facilidad y hasta el interés dramático se unen á un perfecto conocimiento de los hombres y á un cuadro completo y acabado, áun en sus menores detalles, de las costumbres de la época.

Tales son, entre otras, sus dos *novas*, la de *El fallo de Hugo de Mataplana* que en el artículo correspondiente á dicho trovador se ha publicado, y la del *Castiá Gilós*, de que voy á ocuparme, debiendo haber sido escrita esta última en Castilla, reinando el rey D. Alfonso VIII, para entretenimiento y solaz de la reina Doña Leonor y de las damas de su corte.

Hé aquí, aunque algo reducida para mayor comodidad del lector, la traduccion de la *nova* del *Castiá Gilós*, de la que luégo se publica un trozo original para juzgar del estilo y lenguaje del poeta:

EL CELOSO CASTIGADO.

«Contaros quiero unas nuevas que oí recitar yo mismo á un juglar en la corte del rey más sabio que

hubo jamás de ley alguna, del rey de Castilla D. Alfonso, en quien se encontraban unidas las dotes de prez y generosidad, ingenio, valor y cortesía, y que, á pesar de no ser ungido ni consagrado, brillaba por su corona de lealtad, de hidalguía, de honor y de rectitud.

»Un dia que habia reunido en corte á muchos caballeros, muchos juglares, y muy nobles barones, cuando la asamblea estuvo completa, llegó la reina Leonor vestida, por cierto, de manera que nadie vió su cuerpo, llevando estrechamente ceñido un manto de esa hermosa tela de seda á que se da el nombre de *ciclaton*, siendo el manto rojo con una lista de plata y con un escudo en que estaba bordado un leon de oro. La recien llegada saludó al rey y fué luégo á sentarse algo alejada de él.

»Cuando hubieron todos ocupado su sitio, vióse llegar ruidosamente á un juglar, de buen talante y despejado, el cual, puesto en presencia del rey, le habló de esta manera:

—»Rey y emperador de prez, ya que he llegado hasta vos, os ruego, si os place, que oigais lo que á contaros vengo.

»Y el rey dijo:

—»Mi afecto ha perdido quien hable y le interrumpa hasta que haya dicho todo cuanto tenga por conveniente.

»Entónces el juglar comenzó, de la manera que vais á oir:

—»Hidalgo rey, adornado de toda prez, he venido de mi lugar sólo para relataros la aventura que en las

tierras de donde llego ha ocurrido á un caballero aragonés, cuyo nombre no ha de seros extraño: se llama Alfonso de Barbastro. Hé aquí lo que le pasó por ser celoso. Tenía por mujer una dama tan amable como bella, de irreprochable conducta, la cual nunca quiso prestar oidos á los galanes que en torno de ella pululaban, como no fuese á uno sólo, que era de su casa, feudatario de su marido y cuya conducta daba lugar á murmuraciones.

»Tan perdidamente enamorado se hallaba este caballero de Doña Elvira, pues así se llamaba la mujer de Alfonso de Barbastro, que no podia contenerse y algunas veces la requeria de amores. Dolíase ella de esto, pero preferia mejor oirle que quejarse de él á su marido, exponiendo á entrambos á un conflicto, ya que el galan era hombre de mérito, sin rival en Aragon por sus prendas personales, y muy estimado del marido...

—»Era Blasco de Cotanda, dijo el rey interrumpiendo al juglar.

—»El mismo ciertamente, señor, contestó el juglar. Y oid ahora de qué manera hubo de ser favorecido por la hermosa Elvira.

»Los caballeros amigos del marido, maldicientes y envidiosos, diéronle aviso de la perfidia de Blasco, al cual no titubearon en acusar de haberse atrevido á poner los ojos en la esposa de su señor; pero Alfonso de Barbastro despreció estos cuentos, diciendo á sus amigos que hablaban así por envidia de las altas cualidades que adornaban á Blasco, y que, como se atrevie-

ran á insistir en tales sospechas, les mandaria colgar por el cuello sin remision.

—»Haced de mí lo que os plazca, le dijo entónces uno de ellos; pero sólo os pido que hagais una prueba para aseguraros de si Blasco es ó no el amante de vuestra mujer. Fingid que quereis ir en auxilio del rey de Leon para ayudarle en una empresa de guerra, y como consigais que Blasco os siga, yo os entrego mi persona desde el momento para que hagais de ella lo que mejor os parezca.

—»Queda aceptado, dijo el de Barbastro.

»Y en el acto uno de los presentes, fué en busca de Blasco para invitarle, en nombre de su señor, á que le siguiera á la guerra.

—»De muy buena voluntad, contestó Blasco, y pronto estoy á partir.

»El mensajero fué en seguida á dar la respuesta al de Barbastro, pero el que habia dado el consejo aseguró que Blasco no partiria.

—»Lo veremos pronto, dijo Alfonso, persuadido de lo contrario.

»La verdad es que el pobre amante se hallaba á la sazon en gran perplejidad. ¿Iba á negarse por vez primera á seguir á su señor, á quién nunca habia faltado en caso igual? Esto equivalia á perderse y descubrir el motivo de su negativa. ¿Podia, de otro lado, abandonar á la mujer á quien consagraba sus homenajes? Entre semejantes dudas y vacilaciones, no acertaba á resolverse.

»Por fin, despues de haberlo pensado bien, tomó el

partido de fingirse enfermo y decir que su médico le habia ordenado sangrarse. Así, pues, se envolvió el brazo entre vendas, lo propio tambien que la cabeza, y se hizo el enfermo, de manera que cuando Alfonso llegó, encontróle en cama lamentándose de no poder seguirle á la guerra.

—»Os recomiendo á Dios, dijo el de Barbastro al separarse de él.

—»Y yo pido que os proteja la Santa Vírgen, respondió Blasco.

»Al siguiente dia el señor hubo de ponerse en camino, para proseguir su ficcion, pero se quedó en un castillo cercano esperando la noche para volver atrás, resuelto á una terrible venganza si veia realizarse sus sospechas.

»Llegada la noche, volvióse de oculto á su castillo, y penetrando en él, fué á llamar á la puerta del aposento en que dormia su mujer. Esta, que estaba en cama, dió órden á su doncella para que fuera á abrir. «No espero á nadie, se dijo, pero apostaria que es mi marido, el cual cree sorprenderme con Blasco.»

»Volvieron á llamar á golpes redoblados, y Elvira gritó que iria á abrir ella misma, si su doncella no se apresuraba á hacerlo. Habiendo abierto por fin la doncella, el marido penetró en la cámara fingiéndose el amante, y poniéndose de rodillas junto al lecho, disfrazando la voz, quiso hacer valer su sacrificio en no haber seguido á su señor, haciendo protestas de su amor y pidiendo recompensa.

»La dama conoció perfectamente á su marido, pero

arrojándose de la cama, comenzó á exclamarse por aquel engaño y por aquella traicion. Aparentando creer que era Blasco el que habia penetrado hasta su lecho, le maltrató de palabra diciéndole que era un amigo indigno y un traidor por querer manchar el tálamo de su señor y dueño, y pasando luégo de las palabras á las obras, lo cogió con ambas manos por los cabellos, tratando de arrojarle al suelo, aunque sin conseguirlo. De todas maneras, despues de haberle injuriado y golpeado, salióse precipitadamente de la estancia, dejando encerrado en ella á su marido, hombre el más feliz del mundo en aquel momento, pues no podia dar lugar á engaño la prueba que de su fidelidad acababa de darle su mujer.

»Segura ya la dama de tener al marido bajo llave, fuese entónces al encuentro de Blasco á quien relató lo que acababa de pasar, y, puestos ámbos de acuerdo, dejaron que pasara la noche y asomara el dia.

»Ya con el alba, la dama fué á alborotar por todas partes pidiendo venganza contra el pérfido que habia querido seducirla. Todo el pueblo amotinado se dispuso á castigar la ofensa hecha á su señora, y armados y en tropel acudieron todos al sitio donde se hallaba el temerario. Alfonso, asustado con los clamores y tumulto, aseguraba puertas y ventanas, gritando:

—»Calmaos. No es Blasco quien está aquí, sino yo, vuestro señor.

»Pero nada contenia á los amotinados, que rompieron puertas y cerrojos, atropellando por todo, y teniendo Alfonso que trepar á la torre del refugio por una escala, que arrojó cuando estuvo arriba.

»El pueblo corrió á la cama, en donde se creyó que estaba Blasco; todos parecian haber apostado á quién daria más golpes, pero al fin hubieron de reconocer que no habia nadie, apresurándose entónces á recorrer y escudriñar todos los rincones del departamento. La escala que el marido habia arrojado, hizo que por fin la dama sospechara donde se habia escondido, y se puso á gritar:

—»Ya sé donde está el traidor. Tomad la escala, subid allí arriba y hacedle pedazos.

—»Pero qué, exclamó entónces el de Barbastro viéndose perdido; ¿es posible que no reconozcais á vuestro señor?

»Ya entónces no hubo medio de que las cosas pasaran más adelante, y cuando la dama vió bajar á su marido, comenzó á pedirle perdon deshecha en llanto, gimiendo y desesperándose al ver el peligro á que le habia expuesto su imprudencia.

—»No sois vos, le dijo el marido, soy yo quien debe pediros perdon despues de la ofensa que os hice sospechando de vuestra virtud inmaculada. Jamás volveré á creer en hablillas de maldicientes, y de hoy en adelante quiero vivir estrechamente unido á vos, sin que nada pueda separarnos.

»Consintió en ello la dama, pero á condicion de que se enviara un mensajero á Blasco para contarle lo que habia pasado, y hasta exigió que el marido en persona fuese á darle explicaciones. Contento el marido con el desenlace, siguió de cerca al mensajero y fuese á ver á Blasco, á quien halló en cama y en la oscuridad más

profunda, pues que habia sabido rodearse de todas las medidas de precaucion.

»El fingido enfermo pareció sorprenderse de tan pronto regreso, y Alfonso, tomando por pretexto la enfermedad de un vasallo para él tan querido, dijo que no iria á la guerra hasta que él estuviera restablecido y en disposicion de acompañarle.

—»Pronto curaré, Dios mediante, dijo el enfermo, y podreis entónces disponer de mí.

»Alfonso se volvió al lado de su mujer, muy contento y satisfecho de haber tenido ocasion de conocer tan palmariamente la falsedad de sus sospechas.

»Y ahora, señor rey y señora reina, continuó diciendo el juglar, vosotros en quienes residen honor y belleza, os suplico que ordeneis á todos los maridos residentes en vuestros Estados que dejen de ser celosos, porque las mujeres son tan hábiles que, cuando les place, presentan la verdad como mentira y la mentira como verdad.

»Así habló entónces el rey:

—»Juglar, tengo por buenas, agradables y curiosas las nuevas, como tambien á tí que las has contado, y mandaré que te den tales honorarios que conozcas cuán cierto es que me agradan las nuevas, y quiero que entre nosotros reciban el nombre de *Amonestacion para castigo de celosos.*

»Cuando el rey hubo terminado de hablar, no quedó en la corte baron, caballero, doncel y doncella, ésta ni éste, ni aquél ni aquélla, que no se entusiasmase por las nuevas, no las alabase por buenas y no entrase en

deseos de saber y aprender la historia del *Celoso castigado.*»

Unas novas vos vuelh contar
qu' auzi dir a un joglar
en la cort del pus savi rei
qu' anc fos de nenguna lei,
del rei de Castela N' Anfós
en qui era condutz e dos
sens, valor e cortezia,
et engenhs e cavalaria,
que 'l non era ohns e sagratz,
mas de pretz era coronatz,
e de sen, e de lialeza,
e de valor, e de proeza.
Et ac lo rei fag ajustar
man cavalier e man joglar
en la cort, e man rics baró.
E can la cort complida fo
venc la reina Elionors
et anc negús no vi son cors.
Estrecha venc en un mantel
d' un drap de seda bon e bel
que hom apela sisclató,
vermelhs ab lista d' argen fo,
e y ac un lion d' aur devis.
Al rei soplega, pueis s' assis
ad una part, lonhet de lui.
Ab tant, vens un joglar ab brui
denan lo rei, franc, de bon aire,
e 'l dis:—Rei de pretz emperaire,
ieu soi vengutz aissi a vos,
e prec, si us platz, que ma razós
sia auzida et entenduda.
E 'l rei dis:—M' amor a perduda

qui parlará d' aissi avan
tro aja dit tot son talan.
. . . .

Esta *nova*, y la otra del mismo Ramon Vidal que se ha insertado en el artículo referente al noble trovador Hugo de Mataplana, son tanto más importantes cuanto que nos ofrecen un cuadro de las costumbres de aquel tiempo, que puede perfectamente completarse con las relaciones y enseñanzas de Amaneo des Escás y de Arnaldo de Marsan, sin olvidar otra narracion que á continuacion se inserta, escrita por el mismo poeta de quien nos estamos ocupando.

Aquella sociedad, galante por un lado y batalladora por otro, gustaba mucho de las obras de ingenio, como de los ejercicios corporales, y las *novas* de Ramon Vidal y de otros poetas contribuia á entretener á las damas y á los caballeros en aquellas largas veladas de invierno, pasadas en el interior de los castillos, junto con las *canciones*, los *serventesios* y, sobre todo, las *tensiones* ó juegos partidos donde se debatian puntos difíciles y temas sutiles, que á menudo daban las damas de la concurrencia, y sobre los cuales improvisaban en el acto los trovadores, en pró el uno y el otro en contra.

II.

Y vamos ahora á otra obra de Ramon Vidal, que al propio tiempo que de muy especial interés para nuestra historia literaria, es importantísima como estudio de costumbres y como cuadro de época.

No tiene título y se la acostumbra á llamar *el Abril*, porque empieza con el nombre de este mes: *Abril issis* y *Mais entrava*. Millot y otros autores creyeron esta obra de Pedro Vidal, el loco, y no de Ramon Vidal el de Besalú, pero está fuera de toda duda que pertenece á este último. Es de extension desmedida y su lectura monótona y cansada; pero, aunque aligerándola, debe darse cuenta de ella.

Vidal figura que se hallaba un dia paseando por la plaza de su villa, cuando tropezó con un juglar, á quien convidó á comer, sosteniendo despues con él una animada conversacion sobre las cosas y costumbres de la época.

Empieza así:

«Al terminar Abril y comenzar Mayo, que es cuando cantan las aves, y nacen los frutos y las flores, me hallaba sumido en mis pensamientos paseando por la plaza de Besalú en ocasion en que se me presentó un juglar cuya presencia me alegró en gran manera. Despues de los recíprocos saludos me hizo saber que era un hombre entregado á la juglaría de cantar, como tambien á decir y á narrar romances, nuevas y saludos y famosos cuentos y versos y canciones de Giraldo de Borneil y de Arnaldo de Marveil y versos y lays de otros, pero que habia acabado por convencerse de que en las cortes sólo se hacía caso de los hombres malvados, necios y burlones, desdeñando los corteses y sabios, á consecuencia de lo cual, si bien por esto habia pensado en retirarse, ántes habia tenido deseo de verme.

»Yo le convidé á comer y luégo nos sentamos

junto á un arroyo debajo de un florido bosque. Despues de hablar de los diferentes medios de que se valen los juglares para agradar en las cortes, me contó que su suerte le habia traido desde Riom á Montferrand y al seno de la gentil y alegre corte del Delfin de Auvernia.

—»Sí jamás hubo corte espléndida, me dijo, fué ésta de seguro. No habia dama ni damisela, caballero ni doncel que no fuese más familiar que el pajarito al que se tiene acostumbrado á comer en la mano. Encontre allí muy nobles caballeros y muchos hombres de sútil ingenio, por lo cual me detuve algun tiempo. Era por la época de Navidad, que allí llaman *Calendau*. Al levantarse de la mesa, cerca de un buen fuego, los caballeros y los juglares departian alegremente, y despues de haber conversado de muchas cosas, los caballeros se fueron á acostar. Conocí que monseñor tenía aún deseos de conversacion, y hallando favorable el momento, me acerqué á él, y le hablé de esta manera:

—»Señor, yo tuve un padre que fué gran cantador y narrador muy hábil y fecundo. Por él supe la proteccion que dispensaban á los juglares Enrique de Inglaterra, el valiente marqués de Lombardía y muchos catalanes, provenzales y gascones; por esto me hice juglar y he buscado diferentes tierras, mares, villas y castillos, pero no he hallado sino muy pocos señores que se asemejen á los antiguos. Algunos dan sabiamente, mas otros de una manera necia y tan sólo á aquellos que suelen tener á su lado. Deseo que me digais, señor, cómo ha sido esto.

»Despues de un rato de meditacion, levantóse el Delfin y sentándose luégo, así como ántes estaba echado, contestó que aunque no se hallaba en estado de dar una respuesta tan cumplida como yo deseaba, sin embargo, me diria lo que se le alcanzaba en el asunto. Comenzó enumerando las cualidades necesarias para llegar á ser un perfecto caballero, que son, noble corazon, buen juicio y saber. Estas cualidades realzaron á Enrique de Inglaterra y á sus tres hijos Enrique, Ricardo y Godofredo, y en su época pudo ilustrarse el que supo realizar hechos de nobleza, de valor y de juicio, como pudo tambien en su tiempo cierto señor sarraceno.

»Hubo en España un sultan que no desmereció en valor de sus antecesores, en cuyo reinado se levantó hácia Marruecos un Almanzor dotado de las más nobles prendas. El rey se agradó de sus hazañas y le atrajo á su corte. Un dia se le ofreció la ocasion de recordar sus merecimientos al sultan, el cual al reconocerlos de muy buena gana trató de recompensarlos haciendo que el mismo Almanzor tomase un hermoso sombrero de color encarnado que los paganos llaman almuza, que se lo pusiese en la cabeza con sus propias manos y mandando al propio tiempo que nadie más se atreviese á llevarlo. Pasado mucho tiempo, otro rey tuvo tambien un vasallo por extremo caballeroso, cortés, franco, gentil y valiente que mereció las mayores gracias de su señor. Un dia de Pascua quiso este baron cabalgar con sus compañeros y se puso una almuza semejante á la que el otro rey habia dado al primer Almanzor. Todos se maravillaron y los barones excitaron al rey á que casti-

gase al atrevido favorito. El rey convocó una corte donde reprendió por su osadía al baron, el cual contestó que nadie le ganaba en amor á su soberano, y que sin ánimo de ofenderle, tan sólo porque creia que habia hecho tanto ó más que el antiguo Almanzor, se habia adjudicado aquella insignia y que se sujetaba al buen placer del rey. De este modo, continuó el Delfin, logró el baron sarraceno lo que no hubiera logrado á ser más tímido, y de este modo ganaban prez los antiguos señores dotados de ánimo noble y emprendedor.

»Mas por lo que toca á los presentes, tímidos y menguados, quisiera que les sucediese como á los moros de España, á los cuales por ser buenos y nobles, les fueron concedidos nobleza, posesiones y reinos en todos los países de Marruecos: tales fueron los Almoravides elegidos para caudillos y reyes de todas las guerras y contiendas. Pero sus descendientes degeneraron y por esto fueron dominados por el poderoso y fuerte linaje de los Almohades. Así tambien se han encumbrado muchos hombres de estirpe oscura, como Lobat, Mercadier y Margarit.

»Fuímos luégo á acostarnos, continuó el juglar, y conocí que el Delfin habia dicho verdad. Al dia siguiente, atravesando la Auvernia y pasando por el Puy, fuí á la Provenza que se halla á esta parte, donde hallé muchos alegres barones y tambien al buen conde y á la condesa. De aquí pasé al Tolosano donde hallé al conde y á muchos caballeros, que me dieron arnés. Pasé luégo á Savartés y á Foix, donde no encontré á nadie, porque el conde estaba en Alberú, por lo cual

me trasladé á Castellbó. Llegué á Mataplana donde estaba monseñor Hugo, amable, franco, hidalgo y que sabe escuchar las cosas de mérito. Allí encontré damas que me recordaron á mi padre y al buen siglo cuyo ejemplo me ha engañado.

—» Amigo, le contesté ingénuamente, sigue diciendo Ramon Vidal, habeis venido á mí para saber la causa del cambio que ha habido en el siglo y en los méritos que en otro tiempo tenian valimiento... Por aficion y no con miras interesadas visité yo á menudo la corte del rey D. Alfonso, padre de nuestro hidalgo rey. Allí observé los más nobles actos y me instruí en gran manera. Allí hubiérais visto, segun os contaba vuestro padre, los finos amadores, los donadores nobles y corteses y hubiérais oido decir y contar á los trovadores como vivian viajando y recorriendo tierras y lugares. Y hubiérais visto sus sillas con flecos y otros arreos de valor y frenos dorados y palafrenes; unos venian de allende los puertos y otros del interior de España. Aquí hallaban, gentil y alegre y generoso, al rey D. Alfonso, á D. Diego, que fué hombre tan cumplido, á Godofredo de Gamberés, y al cortés conde Fernando y su hermano tan bien enseñado... Y los que venian por Foix hallaban un señor generoso, discreto y agradable. Y en el Vernet un alegre Pons y un valiente y veraz Arnaldo de Castellnou. Tambien hubiérais hallado á un Ramon Galcelmo Adestanh y en Pinós á un señor gallardo y valiente. En Cardona á Guillermo *el Poderoso* lleno de ostentacion, rodeado de caballeros valientes y diestros, y en Castellvell á Alberto, caballero muy denodado, y á

su alrededor otros barones; y si no hubiéseis oido hablar de las prendas de Guillermo de Moncada, hubiérais podido pasar con él una mañana que hubiera dado mucho gusto el recordarla. Para concluir pasaré á Aragon y os citare á Miguel de Luesia y á García Romeu y á Berenguer de Entenza, y puesto que hemos de volver acá os hablaré del conde de Castelló el buen Pons y su hijo Hugo y del señor de Rocaberti, y de Jaufre que fué muy apreciado en muchos lugares y en muchos reinos, y en Vilademul hubiérais hallado al tio de ellos Bernardo, baron que en todo el mundo no tuvo otros dos iguales en mantener prez, pues ni un solo dia se cansó de ello. Entre nosotros hubiérais hallado á Ponce de Cervera, sabio y de solaz, de valor y de buenas maneras. En Maurellas y en Monells, y en otros lugares que no os digo, hubiérais hallado barones que no los tiene mejores tierra alguna.»

Cita luégo Vidal al emperador Federico, á Enrique de Inglaterra y á sus tres hijos y á D. Ramon de Tolosa. «Así deberíais saber, sigue diciendo al juglar, cuáles fueron el valiente conde de Barcelona y su hijo D. Alfonso. Estos en sus obras supieron distinguir lo bueno y lo malo, y en tiempo de éstos florecieron los trovadores y hombres gentiles, discretos y valientes caballeros como B. de Armalhach, Arnaldo Guillen de Marsan, Berenguer de Robian, Bernardo de Cominges, Guillermo de Monpeller y B. de Saisac. Estos fueron galanes, y disponian torneos y peleas y buscaban damas corteses, discretas y entendidas, como hacía tambien vuestro padre, y todos los emblemas que llevaban ador-

nados de bellas orlas, eran para las damas, á quienes las ofrecian, como nobles y corteses caballeros.»

Ramon Vidal prosigue diciendo que hoy la debilidad y molicie de los reyes y de los condes se comunica á sus vasallos, que el buen sentido y el saber han desaparecido de los unos como de los otros, y que los caballeros, ántes leales y bravos, se han convertido en pérfidos y felones. «Para poner remedio á este desórden —dice —no veo más que un remedio, la juglaría. Este oficio exige franqueza, alegría, dulzura y prudencia. La ciencia es el mayor de los tesoros para quien sabe hacer uso, pero no hay que prodigarla con los ignorantes. Estos no saben sino disputár ó chancearse á su modo, y si quereis discutir con ellos, tendreis que soportar muchas groserías.»

Entra en seguida á dar consejos al juglar. Este no debe fatigar con canciones insípidas, debe variar sus cantos, adaptarse á la tristeza ó á la alegría de los oyentes, vestir decentemente, no hablar mucho, ser discreto, evitar todo exceso, huir de malas compañías, no murmurar y no criticar á los demás juglares, «porque—dice—las críticas que se hacen de los iguales, aparecen como celos mezquinos y baja envidia á los ojos de todos.»

Le indica luégo cómo debe portarse en los castillos de los barones, qué sociedades debe frecuentar, y cuáles ha de evitar, cómo ha de conducirse con las damas, y le encarga, por fin, que procure inspirar siempre el amor á la virtud y el respecto á la vejez.

»Despues de esta conversacion—dice Ramon Vidal

al terminar—regresamos á casa y nos pusimos á cenar. Al dia siguiente mi huésped me dejó. No le he vuelto á ver, y no sé si ha encontrado el siglo mejor de lo que ántes lo hallaba.»

Tal es, abreviada, esta interesante narracion, de la que, como muestra, y para que pueda juzgarse de su estilo, continuaré los primeros versos:

Abril issi' y May intraba
e cascús del auzels cantava
josta sa par qu' aut que bas;
e car remansion atras
vas totas partz neus e freidors,
venion frugz, venion flors
e dar temps e doussa sazós.
E ieu m' estava cossirós
e per amor un pauc embroncs
sove 'm que fo mati adoncs
en la plassa de Bezaudun,
e anc ab me non ac negun,
mas amor e mon pessamen
avion m' aissi solamen,
c' alors no 'm podia visar
ni ieu, que non ho volgra far,
s' autres no 'm en fos ocaizós.
Mas vers Dieus dos e poderós,
e celhs que tot fizel adzora;
volc e 'm donet qu' eu eissa ora
qu' ieu m' estava aissi pessatz,
venc vers mi, vestitz e caussatz,
us joglaretz. . . . . .
. . . .

Sólo falta ahora, para completar este estudio sobre

Ramon Vidal, hacer mencion de su obra más popular y conocida, su *Dreita maniera de trobar*, segun la llaman unos, su *Razôs de trobar*, segun título que le dan otros y segun hubo de darle tambien al parecer su propio autor.

Más bien que una verdadera Arte poética, es una introduccion gramatical al Arte de trovar, y hubo de adquirir tal boga y autoridad, que pasó á ser el modelo de cuantos tratados análogos se escribieron despues, sin exceptuar las mismas *Leis d' amors* mandadas publicar por el consistorio de Tolosa.

RIMBALDO DE VAQUEIRAS.

Nació Rimbaldo en el castillo de Vaqueiras, en el condado de Orange, del cual tomó nombre, siendo hijo de un noble caballero llamado Peirols, segun parece. Murió su padre, dejándole sin caudal y sin medios, y Rimbaldo entró al servicio del príncipe Guillermo IV de Orange, en clase de juglar segun algunos, sabiendo hacerse grato á su señor, que le colmó de favores y le distinguió muy singularmente llegando á ser su amigo. Guillermo de Baucio, príncipe de Orange, era tambien trovador y *tensionó* con nuestro poeta, siendo el príncipe designado con el nombre de *Englés* en estas tensiones.

La casa de Baucio, poderosa un dia, estaba entónces en gran decadencia, y despues de veinte años de lucha con los condes de Barcelona, hubo al fin de ceder y prestar homenaje. Rimbaldo, fiel á la casa, escribió entonces un serventesio en que se queja amargamente de algunos

señores que abandonaron la causa de Baucio, habiendo prometido su auxilio.

En otro serventesio procura incitar al rey de Aragon Alfonso contra el conde de Tolosa, sirviendo en esto tambien á los intereses de la casa de Baucio:

Del rei d' Aragó consir
que mantas gens l' au lauzar...

De esta misma primera época debe ser una poesía de Rimbaldo en que describe un torneo, en el cual, á juzgar por lo que dice el poeta, debieron ser vencedores dos caballeros de la casa de Baucio, únicos á quienes elogia.

Hasta 1189 permaneció Rimbaldo en Orange, pero en esta época se le ve pasar á Italia, deseoso de más nombradía ó cediendo al espíritu aventurero de la época y principalmente al de los trovadores.

Hallándose en Génova, hubo de trabar conocimiento con una bella genovesa, á la cual se declaró, siendo muy mal recibido y permaneciendo inflexible la dama ante sus protestas de amor. Cuenta él propio la aventura en una *tension*, que tiene cierta forma humorística, como se diria ahora. Rimbaldo habla en verso provenzal, con todas las galas de la poesía y todas las delicadezas del amor, segun el culto que le prestaban los trovadores; pero á la dama la hace hablar y replicar en una especie de prosa y en dialecto genovés con lenguaje poco culto y hasta poniendo en su boca palabras de desprecio para los provenzales. Es muy posible que esta *tension* no esté fundada en ningun hecho real, como

hasta ahora han creido cuantos se han ocupado de ella. Leyéndola con algun cuidado, me ha parecido encontrar algo de simbólico, como si en el plan del autor hubiese influido la idea de realzar la lengua, la poesía, la cultura, la cortesía de los provenzales, y tambien las prendas de sus damas sobre las de su nacion vecina. No es, sin embargo, esta la opinion de Millot, de Diez y de cuantos se han ocupado de esta obra, que traduzco aquí para que pueda el lector, sobre estas contradictorias opiniones, formar la suya.

«*Rimbaldo.*—Hermosa dama, os supliqué que me amáseis y que me aceptárais como vuestro esclavo. Sois bella, amable, virtuosa, cortés... ¿Cómo no amaros? No ví ninguna genovesa que se os pudiese comparar, y mi corazon me ha abandonado para ser vuestro. Hareis una obra de caridad con amarme, y más contento he de ponerme que si me dieran la ciudad de Génova con todas las riquezas que contiene.

»*La genovesa.*—Pasad de largo, judío. Es muy poco cortés lo que estais haciendo, importunándome á cada instante. No, jamás sería vuestra amiga, áun cuando eternamente os hubiese de ver á mis piés. Antes os ahogaria cien veces. Pase de largo el provenzal importuno. Yo tengo un marido mucho más gallardo que él. Pase de largo, y vaya á buscar fortuna en otros lugares.

»*Rimbaldo.*—Dama gentil, amable y discreta, sol de bondades, sedme propicia. Amor y prez os guian, y el mérito, la discrecion, la belleza y cortesía os acompañan. Por esto quiero ser vuestro fiel amante, rendido

siempre á vuestras plantas, siempre humilde y en adoracion ante vos. Mi amor, que es mi vida, me domina de tal manera, que sería una noble accion la vuestra si os dignárais corresponderme.

»*La genovesa.*—Loco debes de estar cuando te atreves á dirigirme tales palabras. Vuélvete de donde viniste. Un gato tendria más juicio que tú. Sería rebajarme el acceder á tus deseos. No consentiria en ellos aun cuando fueses hijo de un rey. ¿Me tomaste acaso por una sirviente? Por mi fé te juro que no seré tuya. Los provenzales sois gente indigna.

»*Rimbaldo.*—Dama gentil, no seais tan rigurosa conmigo, que no sienta bien el rigor á tal belleza. No podeis impedirme que os eleve mi ruego, ni tampoco que os ame con todo mi corazon, ni tampoco que os conjure para que me seais propicia, ni tampoco, en fin, que os diga y repita que soy vuestro hombre y vuestro esclavo. Nada hay en el mundo que supere á vuestra belleza, fresca y lozana como rosa de mayo. Os amaré miéntras viva, y si no me correspondeis, Dios os lo tomará en cuenta.

»*La genovesa.*—Toda tu poesía provenzal no vale un ardite. En vano te fatigas, pues no llegarás á persuadirme. Lo mismo es oirte á tí que á un aleman, á un sardo ó á un berberisco. Déjate ya de charla, y cuida que mi marido no sepa lo que ha pasado. Vete y déjame en paz.»

No tardó en llegar nuestro poeta á la corte de Bonifacio marqués de Montferrat, y allí es donde encontró la fortuna. En el ilustre príncipe italiano halló Rim-

baldo un protector, un amigo y hasta un hermano de armas, pues que, prendado el marqués de Montferrat, al par que de sus talentos poéticos de sus conocimientos en el arte militar, le elevó al rango de caballero, colmándole de dones y honores, gracias á los cuales pudo tener alto lugar y desahogada posicion en aquella corte.

A juzgar por sus poesías, pues que estoy reconstruyendo la biografía de Rimbaldo, como hice en general con todas, auxiliado por sus propias obras y teniendo en cuenta lo que de él se ha dicho, hubo de tener varias aventuras galantes en Italia, siendo en cierta ocasion rival del marqués Alberto de Malaspina; pero sobre todas sus aventuras de este género, hubo de descollar una que no puede pasarse en silencio; tan íntimamente enlazada está con la vida y las obras de este poeta.

Residia en el palacio del marqués de Montferrat su hermana Beatriz, esposa de Enrique de Carret, dama dotada de grandes cualidades por su belleza y donosura, por su talento y discrecion y tambien por sus aficiones á justas y torneos, lo cual la hacía sobresalir entre todas las damas, comunicándole gustos y ademanes varoniles. De esta dama hubo de enamorarse perdidamente nuestro poeta, á ella elevó sus votos y sus miras y á ella comenzó á dirigir y dedicar sus poesías, designándola bajo el nombre de *Hermoso caballero*, nombre singular y ciertamente incomprensible, si no vinieran á darnos su clave las crónicas galantes de la época.

Parece que un dia el marqués de Montferrat, al regreso de una expedicion, entró de visita en los aposentos

de su hermana, olvidando su espada al retirarse. Beatriz entónces, creyéndose sola, ciñóse el cinturon y la espada y desnudando ésta, comenzó á blandirla con ademanes de amazona, y á tirar estocadas al aire, sin observar que la estaba contemplando con gran embeleso, á través de los resquicios de una puerta, el trovador Rimbaldo de Vaqueiras. Desde aquel dia tuvo el nombre de *Hermoso coballero (Belhs cavaliers)*, la dama á quien consagraba el poeta sus pensamientos y sus cantos.

Al principio Rimbaldo lucha en sus versos con el respeto, con su propia timidez y con el temor de desagradar al objeto de sus amores. Sus poesías se parecen á todas las demás de igual género y de igual situacion, entre los trovadores. Su dama «es la mejor, la más bella, la más gentil y discreta de las damas.» Vacila en declararse, temiendo ser desechado por la distancia que media entre él y los altos méritos y elevada posicion de su dama, pero implora piedad para sus sufrimientos y correspondencia para su amor «el más puro y leal de los amores.»

«Yo no creia, dice en una de sus poesías, que el amor pudiese dominarme hasta este punto, ni que una dama lograra tenerme en su poder. Esto es, sin embargo, lo que de mí ha conseguido *Hermoso caballero*. Verdad es que no hay en el mundo otra dama que iguale á la mia en belleza y en atractivos.

»Cuando el amor llega á suavizar un corazon duro, éste sabe amar con más vehemencia que un corazon naturalmente tierno. Por esto aquella á quien amo, no fué amada jamás como lo es por mí...

»Dios quiera que me ame á su vez algun dia, sin que tome en cuenta mi audacia en elevar tanto mis deseos, aun cuando bien sé que quien á más alto aspira, de más alto puede ser precipitado...

»*Hermoso caballero*, vos poseeis todos los dones de la tierra ménos uno, el de la merced, y este es precisamente el que necesitaria que tuviérais para mí.

Así dice tambien en otra de sus composiciones de aquella época, que por cierto parece haber alcanzado premio en un certámen poético.

«*Hermoso caballero*, ya para mí no tornarán á ser gratos el primer dia de Mayo y los risueños encantos de la naturaleza, miéntras no reciba de vos un mensaje que, premiando mi constancia, ponga freno á la lengua de los maldicientes y de los envidiosos. Yo os ruego que no les hagais reir á expensas mias. El dia que os pierda será el de mi muerte. Pero, ¿que digo? ¿Puede perderse lo que no se tiene? Nunca hice más que amaros, desearos y temeros.»

He citado éstas entre sus poesías, porque son las que más originalidad tienen dentro del género usual de esta clase de composiciones, rompiendo un poco el molde al que para estos casos parecian acomodar sus obras los trovadores; pero mayor originalidad tiene todavía otra composicion, escrita siempre con el mismo objeto de elevar á su dama sobre todas y presentarla con todo el esplendor de su triunfo y de su gloria.

Esta obra de Rimbaldo de Vaqueiras, que merece reproducirse íntegra, es tanto más notable cuanto que es la única muestra que acaso exista de cierto género de

poesía llamada *Carrós*, cuyo nombre dicen haberse tomado de la carroza en que llevaban su estandarte de guerra ó su pendon de honor los estados italianos, carroza que los combatientes pugnaban por obtener, pues su posesion era la victoria. Otros creen que la composicion llamada *Carrós* pertenecia al género de las conocidas por *torneiamen*, á causa de tratarse en ellas de cosas de justas y torneos.

De todas maneras, la poesía de Rimbaldo es única en su género, siendo un cuadro alegórico, dedicado á Beatriz de Montferrat, su *Hermoso caballero*, en el cual se habla de otras damas de la época, á quienes nominalmente se cita. La idea parece ser la de una guerra emprendida por envidia y celos contra la dama del trovador, en la cual ésta, como es de suponer, consigue el más completo triunfo sobre las viejas, las feas y las envidiosas que querian acabar con ella.

A más de tener esta poesía todo el mérito de la originalidad, reune circunstancias especiales de color, movimiento, novedad de ideas, belleza poética y rasgos de genio.

Héla aquí traducida de la mejor manera que me ha sido posible y con el colorido suficiente para que no perdiera mucho en la version:

«Mala guerra quieren emprender las damas de esta comarca imitando á los villanos que contra su señor se rebelan. Ya sea en el valle, ya en la sierra, intentan levantar una ciudad murada y fuerte, celosas de la dama Beatriz, cuya gloria se eleva sobre todas, como que es flor de todas las mejores. De tal manera las mortifica

el verla realzarse á costa suya y sobrepujar á todas las demás, que quieren levantar contra ella pendon de guerra, á fuego y sangre, á lucha y exterminio.

»Ya la multitud se reune para abrir fosos y alzar muros, y acuden de todas partes, no sin grande prisa y solicitud, todas aquellas damas que perdieron su juventud, su prez y su belleza. Fuertes luchas y rudos embates tendrá que resistir la hija del marqués, que hoy goza en paz su herencia de gloria y de belleza, pero, como valerosa que es, sabrá crecerse en el combate, como sucedia á su padre de quien heredó marcialidad y bravura.

»Acuden á reunirse con la hueste las damas de Verceil, y con ellas llegan Sevelina, Giulda y Rosenda, y tambien, si quier les pese, la madre y la hija de Amziza. No tardan asimismo en presentarse Inés de Lenta y Gibelina de Ventimiglia, y cuando ya está reunida la bulliciosa hueste, ocupando todas las damas su puesto, dan á la ciudad el nombre de Troya y nombran de ella Podestá á la dama de Saboya.

»Auda y Brelenda, Palmira y Edita, Inglesa y Garsenda quieren que Beatriz les devuelva la primacía de la juventud, prontas como se hallan, de lo contrario, á tomar venganza, puestas al frente de las batalladoras damas de Ponsó y de Montcenís, irritadas y furiosas como están todas contra aquella que en hermosura y gentileza ofusca á las más bellas y agraciadas damiselas.

»La Podestá, engreida con su autoridad, manda que la hueste se coloque en órden de batalla. Suena la campana, todas acuden á su puesto y se aprestan á comba-

tir contra la hermosa Beatriz, que hoy por derecho de soberanía reune todos cuantos bienes poseia ántes la comunidad, por ella desheredada. Suenan las bélicas trompas y grita la Podestá: «Vamos á demandarle lo que nos quitó, juventud y gentileza, prez, valía y hermosura.» Y todas gritan á una: «Sea!»

»María de la Sarda y la dama de San Jorge, Inglesa y Bastarda llegan con nueva tropa á reforzar la hueste, de manera que no queda ninguna dama lombarda sin acudir á la cita, pero esto no intimida á Beatriz; que no hay hueste, por numerosa que sea, bastante á dominar su mérito. Acudan, pues, cuantas quieran y cuiden tambien de no faltar las damas de Toscana y Romanía, Tomasina y la dama de Suraña.

»Ya la hueste abandona la ciudad y se mueve la carroza, donde va custodiado el estandarte de honor. Avanzan las viejas damas, llevando todas coraza, arco y carcaj, sin temor á la lluvia ni al mal tiempo, y preparadas para el ataque y el asalto. Comienza el combate, en la creencia de que van á acabar con la prez de Beatriz, pero no lo lograrán, aunque sean cuatro contra una.

»Acercan á los muros ingenios y torres, tienden trabucos, gatas y manganitos, encienden fuego griego, vuelan los dardos, los arietes rompen las murallas, pero no por esto se inmuta la bella sitiada ni piensa en rendirse. Una grita: «Vé á la derecha, hácia la orilla.» La otra exclama: «Preparad las hondas.» Y todas á la vez disparan sus dardos.

»Entónces es cuando Beatriz monta á caballo, con

todo el esplendor de su prez y de su gloria. No viste cota ni embraza rodela y se lanza al combate. Segura tiene la muerte aquella con quien tropieza. Da alcance á una, derriba á otra, tan pronto está cerca como léjos. Desbarata la hueste con sus rápidos ataques, y llega hasta la carroza, que destruye. Tal terror ha sembrado y tanta es la mortandad causada, que la vieja comunidad se desmaya. A todas las persigue Beatriz, serena y valerosa, hasta encerrarlas dentro de su Troya.

» Me place, Beatriz, que hayais escapado á las viejas, puesto que vuestro mérito lleva consigo prez y juventud que destruye su pujanza.

»*Hermoso caballero*, vuestro amor me alienta, me alegra y me enorgullece, cuando los demás desmayan y se entristecen.»

Hé aquí ahora una estancia original de esta bella composicion, para que se pueda juzgar:

Truan, mala guerra
volo sai comensar
donas d' esta terra
e vilás contrafar.
En plan ó en serra
volo cuitat levar
ab tors,
quar tant' pueja l'onor,
de lieiz que sotz terra
lor pretz e'l sieu ten car,
qu' es flors,
de todas las melhors.
Na Bietritz; car tant lor es sobreyra
qu' en contra liei volon levar senhieyra,
guerra è foc, e fum e polvorieyra.

La vencedora de todas aquellas damas, la que triunfaba en estas lides y batallas tan al vivo pintadas por el poeta, acabó por rendirse á su vez y caer en brazos de Rimbaldo. Lució el dia en que el porfiado trovador fué un amante afortunado, tal como desearlo podia hasta en sus más increibles sueños.

Largo tiempo hubieron de durar los amores de Beatriz y de Rimbaldo, y por cierto que, á propósito de ellos, cuentan las crónicas galantes del tiempo una aventura que merece reproducirse.

Dicen que un dia el marqués de Montferrat halló á su hermana dormida en brazos del poeta. El marqués no promovió ningun escándalo, dejó dormir tranquilamente á los amantes, y se contentó sólo con llevarse la capa del trovador, dejándole en cambio la suya. Al despertar, conoció Rimbaldo lo que habia pasado, y fué en el acto á arrojarse á los piés de su señor pidiéndole perdon, pero el marqués, que tenía gente con él en aquel instante, se contentó con decirle:

—Os perdono el cambio de mi capa por la vuestra, pero cuidad de que no vuelva esto á suceder.

Y no dice más la crónica.

Todo esto pasaba ántes de 1204, época en que la escena cambia para Rimbaldo, llamándole la suerte á figurar en más alto teatro.

Se predicaba por disposicion del Papa una nueva cruzada contra los infieles, de la cual, por muerte de unos é impedimentos de otros, vino á ser jefe el marqués de Montferrat, hermano de aquel célebre Conrado que, habiendo formado parte de anteriores

cruzados, llegó á ser proclamado rey de Jerusalen, pocos dias por cierto antes de su muerte. Bonifacio de Montferrat asumió el mando de la cruzada y comenzó á organizar la empresa.

Rambaldo, destinado á ser el [illegible] de la cruzada, el cronista de la expedicion, como hoy diríamos, tiene varios cantos que recuerdan aquellos momentos de fiebre patriótica y de entusiasmo religioso.

Uno de ellos debe reproducirse, en sus pasajes mas principales al ménos.

«Claramente se ve ya que Dios se complace en recompensar á los buenos. Ha elevado tanto la gloria del marqués de Montferrat y tanto ha crecido la nombradía de éste, que los cruzados de Francia y de Champagne le proclaman por su jefe, considerándole como el mejor de todos para reconquistar el Santo Sepulcro. Noble marqués, Dios le ha dado valientes vasallos, amigos leales, inmensas tierras y grandes riquezas para asegurar mejor su gloria y su éxito.....

»El que hizo el aire, el cielo, la tierra, el mar, el calor, el frio, el viento, la lluvia y el rayo, quiere que pasemos todos la mar bajo la bandera del noble marqués, como los reyes magos fueron á Bethleem, donde los turcos hoy dominan, guiados por la luz de la gloria.....

»¡Que San Nicolás guie nuestra flota! ¡Que las gentes de Champagne enarbolen su bandera! ¡Que el marqués lanze su grito de *Montferrat*, y el conde Balduino el suyo de *Flandes!* ¡Que todos se apresten y dispongan á caer sobre los turcos y dar cuenta de ellos! ¡Que el valiente rey de España prosiga sus conquistas

contra los moros miéntras que el marqués lleva adelante su empresa contra el Soldan!....

»*Hermoso caballero*, para quien compongo letra y canto, vacilo y dudo en tomar la cruz por amor vuestro. ¡Me embelesa tanto el veros! Me aflige tanto el dejaros de ver!»

La incertidumbre del trovador no fué larga, que si era por un lado sobresaliente poeta, era por el otro esforzado caballero, y si lazos de amores le detenian, deberes imperiosos de honra y de gratitud le obligaban á no apartarse de la bandera de su protector. Rimbaldo siguió, pues, á Bonifacio de Montferrat, pero nunca olvidó el objeto de sus amores. Apartado, quizá para siempre, de los lugares donde moraba su dama, en medio de la vida errante y aventurera del cruzado, en la soledad del campamento, en el fragor del combate, unas veces hundido en la miseria y en la cárcel, otras encumbrado á la opulencia y viviendo en los palacios, que tal fué la suerte vária del poeta, siempre, en todas ocasiones y en todos sus cantos, hay un recuerdo de amor y de cariño para aquella encantadora Beatriz que fué constantemente la aspiracion suprema y la suprema gloria de Rimbaldo de Vaqueiras.

Hé aquí cómo se expresa en una de sus poesías escritas en Palestina:

«No me agrada invierno ni pascua, ni me alegra ver el cielo azul y sereno y los campos cubiertos de hojas y de flores. Mis tristezas matan mis deseos, mis goces se tornan dolores, y mis gustos me afligen, y mis esperanzas me desesperan, pues que si ántes amor y

goce teníanme más satisfecho que pez en el agua, despues que de ámbos me separé como hombre desterrado y triste, toda otra vida me parece muerte y todo otro goce desconsuelo.

No m' agrada iverns ni pascor
ni clar temps ni fuelhs de garrics,
quar mos enans me par destrics,
e totz mos magers gaugz dolors;
e son maltrag tug mei lezer
e desesperatz mei esper;
e si 'm sol amors e dompneys
tener guay plus que l' aigua 'l peys;
e pus d' amdui me sui partitz,
cum hom eyssellatz e marritz,
tot autra vida 'm sembla mortz
e tot autre jos desconortz.

»Faltóme la flor de amor, añade luégo con gran ternura, faltáronme su dulce fruto y el grano y la espiga de que gocé en tiempos más felices. Dábame amor prez y honor de sobra y un sitio entre los dichosos y un puesto entre los valientes. Hoy caí de aquella altura. No se extingue tan pronto una llama como yo me he visto perdido y abatido desde el dia en que me aparté de amor, cayendo en un abismo profundo de tristezas y dolores.....

»¿De qué me sirven ahora mis conquistas y riquezas? Más rico era cuando era amado, cuando á fiel amor correspondia yo con fidelidad constante, cuando vivia entre los goces puros de aquella dicha. Un solo momento de aquéllos valia más que todas las tierras y

riquezas que hoy poseo. Hoy, cuanto más crece mi poder, más triste estoy y más solitario. Me acuerdo de mi *Hermoso caballero*, tanto más querido cuanto más lejano, y la memoria de las perdidas dichas hace mayor y más profundo mi desconsuelo.»

En efecto, Rimbaldo alcanzó poder, honores y riquezas en Palestina, lo cuàl debió, no tanto á la amistad y proteccion del marqués de Montferrat, como al propio esfuerzo y á las propias proezas, ya que, como ántes se dijo, era Rimbaldo un cumplido y valiente caballero, si amantísimo y sentido poeta.

Nos faltan datos para apreciar la suerte que á Rimbaldo cupo. Se sabe que la fortuna hubo de favorecerle viéndose colmado de honores y riquezas, pero se ignora cómo y dónde murió, si bien su muerte debió ser despues de la de su protector el marqués, la cual tuvo lugar en 1207 ó 1208 en un combate contra turcos.

Queda de Rimbaldo un largo serventesio, muy interesante ciertamente, dirigido á Bonifacio de Montferrat, en el que el poeta encomia sus servicios al marqués, como quejoso de no haber sido recompensado segun sus méritos. No hay, sin embargo, en esta poesía la fatuidad que á primera vista pudiera creerse. El trovador hace resaltar sus servicios y méritos, pero no escasea los elogios del marqués, al cual colma de alabanzas. El serventesio, de que voy á dar en extracto una idea, es por demás importante, pues refiere muchos hechos de armas y alude á aventuras singulares llevadas á cabo entre el noble caballero y el poeta.

«Noble marqués, señor de Montferrat, comienza

compañero, ayudándole á llevar á cabo el rapto de una dama.

«Si yo emprendiera, dice por fin, la tarea de contar todos vuestros hechos, todos aquellos al ménos de que he sido testigo, acabaríamos por fatigarnos, yo de contar y vos de oir. Os he visto casar á más de cien doncellas con condes, marqueses y barones, sin que jamás vuestra juventud os indujera á pecado con ninguna. A más de cien caballeros os he visto establecer por derecho de feudo y á cien otros destruir y arruinar, elevando siempre á los buenos y rebajando á los falsos y malvados. Os he visto, finalmente, consolar y socorrer á tantos desgraciados, que esto sólo bastaria para abriros las puertas del paraiso, si es que por estas cosas se abren.

»Nunca fué por vos desatendido el que os pidió con justicia, y para hablar con verdad, señor, diré que Alejandro os legó su generosidad, Rolando, el duodécimo par, su valor, y el noble Berardo su galantería y su gentileza. En vuestra corte reinan todas las virtudes, la magnificencia en los trajes, el esplendor en las fiestas, la riqueza en las armas.

»Señor, puedo vanagloriarme de que he sabido portarme como debia en vuestra corte. He servido con lealtad, he sido complaciente y discreto. A nadie ofendí jamás, y nadie puede reprocharme que me apartase de vos cuando corríais algun peligro. Miéntras se ha tratado de contribuir á vuestra gloria, la muerte me ha sido indiferente. Justo es, pues, señor marqués, que me recompenseis mejor que á otros. En mí teneis un testigo, un caballero y un poeta.»

Termino este ligero estudio sobre Rimbaldo de Vaqueiras recordando lo que queda dicho en el Discurso preliminar de esta obra. El poeta provenzal de que se trata es el que ha compuesto los versos castellanos más antiguos que en nuestra lengua nacional se conocen.

En uno de los períodos de su vida para nosotros desconocido, sin duda cuando formaba parte de la casa de Baucio, debió pasar á Castilla, y escribir allí los versos que en el Discurso preliminar se copian.

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

RAMON DE ARLES.

Existen de él cinco serventesios en elogio de Constanza de Este. Es todo cuanto hay y cuanto se sabe de este poeta.

RAMON BISTORS.

En algun manuscrito se le llama Bistors de Arles, en otros del Rosellon, lo cual varía esencialmente, pues á ser de este último punto, como parece lo más probable, debiera figurar en el grupo de trovadores catalanes.

Millot y Milá le continúan como del Rosellon, lo cual he tenido ocasion de comprobar por medio de un manuscrito llegado accidentalmente á mis manos, donde hablando de las glorias y grandezas de Perpiñan y de sus hijos ilustres se cita á un Bistors, trovador, como

hijo de aquella villa; Raynouard, sin embargo, acepta la version que le hace oriundo de Arles.

Nada he conseguido rastrear relativamente á la vida de este poeta, que los actores citados sólo mencionan de paso, y del que sólo nos queda alguna poesía incompleta. La época en que vivió nos lo demuestra una composicion, la mejor indudablemente de las que de él se conservan, dedicada á Constanza de Este que es, para el autor, «la dama más bella y de más prez entre cuantas existen.»

Es una poesía de buena y acabada forma, notable por su sentimiento y galanura, áun cuando pertenece á ese inagotable género de canciones amorosas en que los trovadores tenian forzosamente que repetirse y copiarse.

Quedan de él otras composiciones, ó mejor fragmentos de ellas.

En uno, que al parecer debió ser un *serventesio* político, condena la falsedad y la lujuria del clero, ataca su ambicion y sus costumbres y reprobando su ejemplo, dice:

«Si este es el camino por el cual se va al paraiso, hallo que fué un insensato San Lorenzo en dejarse freir.»

En otro fragmento da muestra de nobles y sanos sentimientos. Véase si no:

Non trob qu' en re me reprenda
en faitz ni en ditz,
pos fui de Montan partitz,
perque 'n val mens ma fazenda,[1]
car anc-no fo, si Montans vi mon dan
no ni' no dizés ab motz o en cantan,

que selh qui ve son bon amic failhir
molt l' am pauc s' ilh no li ausa dir;
per qu' eu am mais selh que l' mal me retrai
que sel que' m dis lo be, can fag non l' ai.

«Poco ama á su amigo el que, viéndole en error, no se atreve á decírselo; y más quiero á quien me advierte el mal que quien me alaba el bien, cuando no lo hice.»

RAMON MENUDET.

No se conoce de este trovador más que un *planh* ó elegía á la muerte de un Deodato señor de Boussagues, perteneciente á la comarca de Beziers.

Ab grans dolors et ab grans marrimens.

En este *planh* hace un gran elogio del difunto, tan noble y cumplido caballero, segun el poeta, que jamás vió otro igual la naturaleza.

Anc natura non formet vostre par.

Menudet debió ser catalan á juzgar por el apellido, ó de la comarca de Beziers al ménos.

RAMON DE SALAS.

Cuantas noticias se tienen de este poeta nos las facilita un manuscrito del siglo XIII diciéndonos que era un ciudadano de Marsella, autor de muchas composiciones pero poco conocido y estimado, y que llegó no obstante á poseer el amor de una dama principal.

Hé aquí una *tension* que compuso sin duda ántes de conseguir este amor:

«*Ramon.*—Oh dama, vos que tanto ingenio poseeis y que sois sabedora de todo cuanto conviene hacer, ayudadme con vuestros consejos á salir del apuro en que me encuentro. Amo con amor verdadero á una dama, pero tan alta está y es tan noble, que no me atrevo á descubrirle lo que por ella siento.

»*La dama.*—Ramon, sé lo bastante para deciros que si amais de veras, no debeis ser tan tímido. Si aquella cuyo amor solicitais es buena, discreta y bien nacida, buscará en vos la lealtad y la fe y no ha de tener en cuenta diferencias de cuna tratándose de sentimientos del corazon.

»*Ramon.*—Oh dama, muchas veces se me ha ocurrido demandar merced á la que dueña es de mi alma, pero considerando lo sobresaliente de su belleza y de su mérito me detengo al ir á dirigirle la palabra, la voz se ahoga en mi garganta, y tiemblo como un criminal que va á cometer un delito.

»*La dama.*—Ramon, es preciso tener valor cuando se ama bien y de veras. La timidez es un defecto que debe vencerse. Os aconsejo, pues, que os presenteis al objeto de vuestros amores y la expreseis vuestros sentimientos; que nunca los cobardes ganaron batallas.

»*Ramon.*—Oh dama, yo queria pasar mi vida sin descubrirle mi amor, pero voy á seguir vuestro consejo y no vacilo en ir á ofrecer mi corazon á su dueño.

»*La dama.*—Ramon, yo os declaro en nombre del amor que esto es lo que puede traeros más cuenta.»

RICARDO DE BARBAZIEUX.

En el discurso preliminar de esta obra (capítulo de las *cortes y puys de amor)* se cuenta la aventura galante que dió fama y celebridad á este trovador y se continúa la poesía, de él más conocida, escrita con objeto de la citada aventura.

No es, sin embargo, la sola composicion que de él nos queda. Tiene várias, visiblemente dedicadas á su dama la hija del príncipe de Blaye llamada por él *Mielz de domna*, es decir, la mejor de las damas.

En una de ellas dice:

«Siempre que veo á mi dama, me quedo embelesado y absorto, incapaz de pronunciar la menor palabra... Soy como la velá que se va consumiendo á medida que da luz. Mi amor me destruye.»

Estas ideas las hemos visto tambien en otros trovadores.

En otra poesía, dice con más originalidad:

«Mi situacion es un infierno. Muero de sed teniendo cerca el agua: estoy entre tinieblas y el fuego me abrasa. No me atrevo á llamaros mia porque no quereis contribuir por vuestra parte á que este nombre sea comun de los dos. Sois insensible y dura, no teneis piedad de mí... y sin embargo, espero.»

RICARDO DE TARASCON.

Era un caballero del castillo de Tarascon á quien los manuscritos presentan como un buen poeta y un perfecto y cumplido galan.

Sólo se conocen de él tres poesías, de escaso mérito, las cuales demuestran que fué trovador político, sirviendo á su patria y al conde de Tolosa en las guerras contra la Cruzada del papa y de la iglesia.

RIMBALDO.

Quedan de él dos *tensiones*.

La una es con Perdigó y con Azemar. Rimbaldo les propone que escojan entre tres barones, uno que es hidalgo, desprendido y generoso con todos; otro que sólo lo es con los que le visitan, á quienes trata espléndidamente y concede magnífica hospitalidad; otro que no se ocupa sino de armas y de caballos, distinguiéndose por su valor y destreza en los combates y en las justas.

Perdigó se decide por el primero, Rimbaldo por el segundo y Azemar por el último.

Azemar dice á Rimbaldo: «El que tanto os place es sólo un pródigo, que derrocha sus bienes, y Perdigó ha escogido como juglar ávido, á quien no seduce más que el dinero.»

Perdigó reprocha á monseñor Azemar, que con éste

título le llama, el que prefiera por pura avaricia el valor á todo lo demás.

En la otra *tension*, Rimbaldo propone á Albertet que decida entre dos caballeros de mérito igual, amantes de dos damas igualmente bellas, siendo el uno amante afortunado y aspirando el otro á serlo. ¿Cuál de los dos, pregunta, debe estar más enamorado y ser más rumboso?

Albertet contesta que uno y otro deben ser liberales y espléndidos, pero el que solicita debe ser el que mejor ame y más gaste, para á su vez ser amado de su dama y poder obtenerla.

Rimbaldo sostiene lo contrario, porque los verdaderos amantes, dice, aumentan su amor y magnificencia á proporcion de los favores que reciben.

La esperanza, replica Albertet, excita la emulacion, miéntras que se ha visto muchos amantes, como el Delfin de Auvernia, cuyo amor dismuniye al verse satisfecho.

Rimbaldo dice que cree interpretar la opinion de todos los hombres honrados, miéntras que si se realizara lo de Albertet, se verian obligadas las damas á no conceder nunca ningun favor á sus amantes.

Aunque no sea más que de paso hay que citar como trovadores, pues de cada uno de ellos se conserva alguna composicion, á *Renato de Pou* que tensionó con un *Godofredo de Pou*, su hermano ó pariente quizá; á *Reforzat de Forcalquier*, de la ilustre familia de este

nombre; á un llamado *Rigaldo*; á *Rimbaldo de Beajeu*, que tiene una poesía política en sentido gibelino; á *Rimbaldo de Hieres*, del cual queda una composicion en elogio de Sancha de Provenza; á *Rofin*, que debió ser un juglar si se atiende á la poco decente cancion que de él existe, y á *Rostan de Marqués*, autor de unas poesías galantes.

S.

SAVARICO DE MAULEON.

Los manuscritos provenzales hacen grandes elogios de este poeta ilustre, que era un rico baron del Poitou, señor de Mauleon, Fontenai y otros lugares. Se apuran en favor suyo los elogios. En un manuscrito se dice que apénas bastaria un grueso volúmen para explicar sus más bellos actos; en otro se le llama «el maestro de los caballeros;» en otro, finalmente, se le apellida «el jefe de toda cortesía.» Todo lo que entónces caracterizaba á un hombre cumplido, lo encuentran en Savarico: la mayor cortesía, el más alto valor, la más noble hidalguía, el más claro talento, la más perfecta discrecion, la más suntuosa magnificencia, la galantería más cumplida, en una palabra, todo cuanto se puede desear para la suma perfeccion del hombre y del caballero.

Savarico fué un hombre político. Colocadas sus po-

sesiones en el teatro donde Francia é Inglaterra tenian sus más fuertes combates, no podia ménos de representar un papel importante. Fué primero enemigo de Juan sin Tierra, el cual le hizo prisionero, teniéndole por algun tiempo en Mirabeau y encerrado en dura cárcel, por los años de 1201 ó 1202; pero Savarico hubo de pasarse á su partido, y entónces le colmó de honores nombrándole gran senescal de Aquitania. Ocupando este puesto, Savarico ayudó al conde de Tolosa contra Simon de Montfort en la primera época de la guerra de los albigenses, por los años de 1212 y 1213.

Más tarde fué campeon decidido de Enrique III de Inglaterra, defendió contra Luis VII las ciudades de Niort y la Rochela, y sólo en el último apuro rindió estas dos plazas. Volvió en seguida á abandonar la causa de Inglaterra para volver á abrazar la de Francia, reintegrándole Luis en sus posesiones y dándole elevados empleos. Bajo la bandera de Francia hizo la guerra á los albigenses, á quienes ántes defendiera, pero sus simpatías por la Francia no fueron muy duraderas, pues que á la muerte de Luis volvió de nuevo á sostener los intereses de Inglaterra, allá por los años de 1227, época en que la historia le pierde de vista, no habiendo podido averiguar ni siquiera el año de su muerte.

Se sabe que Savarico hizo un viaje á Cataluña, Aragon y Castilla, el cual probablemente encerraria algun objeto político, asombrando á las cortes aragonesa y castellana por la magnificencia y ostentacion con que se presentó, rodeado de trovadores y de cortesa-

nos, seguido de una numerosa servidumbre de pajes, escuderos y sirvientes.

Su nombre anda mezclado en aventuras galantes y se refieren sus amores con Guillelmina de Benagues primero, y despues con la condesa Matilde de Manchac, por las cuales se dice que compuso bellas y sentidas canciones.

Poco nos queda de él como poeta. Sus mejores obras se han perdido; sólo tenemos la parte que tomó en dos tensiones, y un fragmento de cancion, que no es del todo seguro que le pertenezca.

Millot es quien traslada este fragmento de poesía, en el cual parece dirigirse á una dama, si bien hay motivo para dudar que la composicion pertenezca al género galante, ya que á veces la mala interpretacion de una palabra ó un sencillo error de copia pueden variar esencialmente el sentido.

De todos modos, hé aquí el fragmento que traduzco literalmente del que inserta Millot:

«Dama, considero de justicia el que, conquistada como habeis sido por tantos y por tan malos medios, llegue á mi vez el turno de conquistaros. Tengo mucha gente á mis órdenes: quinientos hombres esperan la órden que yo les dé para ejecutarla fielmente. Esplicadnos, pues, vuestras intenciones. Ensillados están nuestros corceles, y dispuestos nosotros á montar á caballo.....»

Por lo que toca á sus dos *tensiones*, bastará dar una idea de ellas.

Se refiere la primera á una aventura galante, ó, por

mejor decir, á un acto de coquetería de una dama.

Savarico, en compañía de Elías Rudel, señor de Bergerac y de Godofredo Rudel, príncipe de Blaye, fué á visitar un dia á Guillelmina de Benagues, á la cual todos rendian homenaje. Durante la visita, estuvieron los tres, Godofredo frente á la dama, y los otros dos cada uno á un lado, y Guillelmina, experta coqueta de aquel tiempo, tuvo medio de complacer á los tres y dejarles satisfechos por el pronto. A Godofredo le dirigió tiernas y amantes miradas, á Elías le estrechó la mano cariñosamente, y á Savarico, sin que nadie lo notara, le pisó varias veces el pié con el suyo. Este manejo no se descubrió hasta despues de la entrevista, y Savarico entónces, acaso con el objeto de vengarse haciendo pública la coquetería de Guillelmina, propuso una tension á dos trovadores amigos, Gancelmo Faidit y Hugo de la Bacalaria, contándoles el caso, y preguntándoles quién de los tres amantes podia creerse más favorecido.

«Yo prefiero la mirada dulce y tierna, dice Gancelmo, porque los ojos son los mensajeros del corazon. El estrechar la mano no pasa de un acto de cortesía y de afecto, que las damas ejecutan con todos aquellos que merecen su amistad, y en cuanto á tocar con el pié, esto nunca fué señal de amor.

»La mirada no significa nada en mi sentir, contesta Hugo, pues que á todas partes se dirige, y lo mismo puede interpretarla el amante que el indiferente. Tampoco doy importancia á la señal hecha con el pié, pero cuando una mano blanca, sin guante, estrecha dulce-

mente la del amigo, entónces lo considero una prueba de amor verdadero.»

Los dos trovadores discurren sobre este tema en varias coplas, y Savarico acaba por decir que llevará la cuestion á dama María (quizá María de Ventadorn) para que decida.

A un suceso galante se refiere tambien su otra tension.

Por largo tiempo estuvo Savarico haciendo el amor á una dama, de la cual, no viéndose favorecido, se apartó para dirigir sus homenajes á la condesa de Manchac. Consiguió de ésta una cita, pero la primera dama llegó á saberlo, y, arrepentida ó celosa, citó á Savarico para el mismo dia y la misma hora que la condesa. Savarico entónces, aprovechando la ocasion de hallarse en su corte el Preboste de Limoges, que era, segun se dice, un cortés caballero y un excelente trovador, le contó la historia de las dos damas y le invitó á proponer en una tension el problema de á cuál de las dos citas debia darse preferencia.

El Preboste, que sólo es conocido por esta poesía y del cual ni se conoce otra ni se tiene más noticia, plantea la cuestion en una copla á la que el propio Savarico contesta con otra diciendo que un amante verdadero no debe ser mudable y que la cita á que debe asistir es la dada por la primera dama.

No es esta la opinion del Preboste. Éste cree que la primera dama es una ingrata, considera que sólo por envidia y celos ha dado la cita, y cree que se debe cumplir con la segunda.

Ambos poetas insisten en su manera de ver, pero

Savarico termina la tension y la resuelve con estos versos, que están ciertamente impregnados de sentimiento y que bastan por sí solos á revelar un poeta:

«Todos los tormentos y males que por tanto tiempo sufrí, Preboste, me habrian de parecer encantadores y deliciosos si mi amiga se dignaba solamente darme un guante ó permitirme que la estrechara contra mi seno una sola vez ántes de morir. Yo no me haré de rogar ciertamente para volar á sus piés. A ella es á quien quiero ser eternamente adicto: es con mi dulce amiga con la única que quiero vivir. Mi amor enciende y abrasa, pero no engaña.»

El Preboste no se da, sin embargo, por convencido y propone que la cuestion sea resuelta por tres damas, Guillelmina de Benagues, María de Ventadorn y la marquesa de Montferrat, á lo cual, aunque no de muy buen grado, se sometió Savarico.

Es todo cuanto he hallado sobre este poeta, que debió ser muy celebrado en su tiempo, y al cual el famoso Beltran de Bosla tiene dedicado uno de sus enérgicos serventesios.

SORDEL.

Poeta es este del cual mereciera hacerse más detenido estudio que el que hacer puedo en los momentos en que escribo estas líneas y cuando toca á su término esta obra, harto cansada ya tal vez para los lectores.

Existen de Sordel dos noticias biográficas, que no están por cierto de acuerdo y que varian esencialmente en algun detalle.

Segun la primera de estas noticias, Sordel nació en el castillo de Goito, á dos millas de Mantua, hijo de un caballero sin bienes de fortuna. Su aficion por la poesía provenzal se manifestó casi desde su infancia, llevándole sus inclinaciones á la corte del conde de San Bonifacio, de quien fué protegido. Sordel se enamoró de la mujer de su protector, y ella de él. La condesa era hermana de Ezelino y de Alberico de Romano, conocidos entrambos en la historia como jefes y caudillos entusiastas del partido gibelino. Los amores de

Sordel con la condesa y acaso los malos tratamientos que ésta hubo de recibir de su marido al ser dueño del secreto de los amantes, dieron lugar á grandes disgustos domésticos y á que el conde rompiera con los hermanos de su mujer los cuales, protectores de ella, inspiraron á Sordel la idea de un rapto. En efecto, el trovador huyó un dia con Cunizza, que tal era el nombre de la dama, pero al cabo de algun tiempo, perseguido y sin medios para defender á su amada, hubo de apartarse de ella retirándose á la corte de Provenza, donde fué muy protegido por los condes que le hicieron donacion de un castillo, facilitándole por este medio y otros honores el que pudiera casarse con una noble y rica dama del país.

La otra noticia que de este trovador se tiene, varía esencialmente. Supone esta otra version, que Sordel era de la casa de los vizcondes de Mantua, noble caballero, espléndido, rico y justador famoso al par que excelente poeta. Supo inspirar amor á Beatriz, hija de Ezelino de Romanó, señor de la Marca Trevisana, y casó con ella llegando á ser gobernador de Mantua en calidad de Podestá. Estos hechos se encuentran citados por Agnelli, Platina y Crescimbeni, añadiendo este último que Sordel fué señor de Goito; pero aquí puede haber, y hay de seguro, alguna confusion y error de nombre, pues todo induce á creer que la primera noticia es la más exacta, y por lo ménos, la que más se acerca á la verdad histórica.

Que Sordel hubo de ser hombre importante é inteligencia superior, basta á demostrarlo la cita que de él se

halla en el Dante, quien le hace intervenir, y de una manera muy principal por cierto, en tres cantos de su *Purgatorio*, el VI, VII y VIII. Hé aquí de qué modo y con qué ocasion.

Cuando Dante, en su visita al Purgatorio, se acerca á las almas de aquellos que perecieron de muerte violenta, pero cuya última aspiracion fué el arrepentimiento, Virgilio le hace observar un alma que permanece sola y aislada, apartada de todos.—«Hé aquí un alma que nos enseñará el camino más corto, dice Virgilio á Dante.»

Ma vedi la un' anima che á posta
sola soletta verso noi riguarda:
quella ne insgnerá la via piu tosta.

Los dos ilustres poetas se dirigen entónces hácia el alma solitaria, que les deja aproximarse, contentándose con mirarles «como un leon cuando reposa.»

. . . . . Solo guardando
a guisa di leon cuando riposa.

Acércase Virgilio á pedirle que les enseñe el camino más corto, pero el alma, léjos de responder, le pregunta quién es y cuál su patria. Virgilio comenzaba, en contestacion, á decir. «Mantua...» cuando la sombra, que parecia enteramente concentrada en sí, se levantó del sitio en que estaba, y abrazándole le dijo:—«Oh mantuano, yo soy Sordel, el de tu patria.»

Llegado con esto el momento de las explicaciones, y al saber Sordel que su interlocutor es Virgilio, se in-

clina humildemente ante él como ante un maestro, y le dice: «¡Oh gloria de los latinos, por quien mostró aquella nuestra lengua cuanto valía! ¡Oh eterna prez del pueblo que fué mi cuna! ¿Qué mérito ó qué gracia te trae aquí?»

Contesta Virgilio, y Sordel se dispone á acompañarle á él y al Dante, sirviéndoles de guía dentro del espacio que le era permitido recorrer. Así es, en efecto, y Sordel les va explicando lo que ven á su paso y quiénes son y qué significan las almas y apariciones que encuentran.

No puede ser un hombre vulgar aquel á quien Dante presenta de tal manera, solitario y sombrío, viéndoles aproximarse, sin abandonar *la actitud del leon que reposa*; aquel á quien Virgilio abraza; aquel á quien hace intervenir de una manera tan principal en su poema y en cuya boca pone notables parlamentos y contundentes juicios históricos, segun puede ver cualquiera que lea los citados cantos.

Pero no es sólo en su *Divina Comedia* donde Dante nos habla de Sordel. En su libro *De vulgare eloquio* dice: *Vt Sordellus de Mantua sua ostendit..... qui tantus eloquente vir existens non solum in poetando sed quomodolibet loquendo patrium vulgare deseruit* (lib. I, cap. XV).

Estas palabras no pueden dejar duda de que Sordel, si excelente poeta, fué tambien un hombre superior en otros ramos del saber humano.

El aleman Diez, que tan provechosos estudios hizo sobre los trovadores, dice que Benvenuto de Imola, que vivia en la segunda mitad del siglo XIV, atribuye

á Sordel, aun cuando sin salir garante, un *Thesaurus thesaurorum*, siendo posteriormente confirmado el hecho por Landino: «¿Hay, pregunta Diez, identidad entre el docto escritor y el poeta?» No está realmente demostrado, pero es muy probable, atendido á que Benvenuto reconoce en el Sordel del Dante el amante de Cunizza.

Aquí, sin embargo, vamos á juzgar á Sordel sólo como poeta.

Nos quedan de él varias poesías galantes, en número de quince ó veinte, porque no hay duda de ninguna clase en que Sordel, aun admitiendo su cualidad de filósofo, no dejó de prestar al amor un culto muy activo. Una crónica le supone amante correspondido y feliz de Guida, condesa de Rhodez, y otra dice que, á más de sus amores con Cunizza, que hubieron de terminar con un rapto, los tuvo tambien, y muy íntimos, con Otta de Romano, que debia ser de la misma familia de Cunizza, si es que no era hermana de ésta.

No era por cierto Sordel muy escrupuloso en cuestion de amores, y lo confiesa él mismo con una franqueza que raya en cinismo y que, en este punto al ménos, lo coloca al nivel de Pedro Vidal.

«Todo el mundo, dice, me critica por mis amores y porque hago la corte á varias damas; pero la verdad es que unos me critican por envidia y otros porque llevo á cabo las conquistas de sus parientas. Me hablan de los peligros á que me expongo con esto y me dicen que cambie de conducta. Nada temo, sin embargo; á mí me gusta pasar la vida alegre sin importárseme nada de los envidiosos ni de los críticos.

»No es de admirar que estén celosos de mí, pues lo cierto es que no hay dama, por virtuosa que sea, que pueda resistir á mis dulces instancias. Los maridos hacen perfectamente en temblar cuando me ven al lado de sus mujeres. Me importa poco su mal humor y su odio, con tal que yo sea feliz. Las hadas me dotaron de tal manera, que, en cuestiones de amor, obtengo cuanto deseo.»

No hay que juzgar á Sordel por esta poesía, que bien pudiera pertenecer al género de las que hoy en lenguaje moderno llamamos *humorísticas*. Júzguesele mejor en la siguiente cancion, que parece escrita ayer mismo:

«¡Ay! ¿De qué me sirven mis ojos, puesto que no ven á la que es mi amor y mi delicia? La estacion se renueva, la naturaleza se adorna con flores, y mi corazon está triste, pero la reina de las Gracias me invita á cantar y me obliga á olvidar mis penas. Cantaré mis amores, que son mi vida y al par mi muerte. ¡Ay! no veo á la que adoro. ¿De qué, pues, me sirven mis ojos?

»Aun cuando amor me atormenta y me mata, no murmuro, pues que muero por la más bella de las damas. Mis males me han de parecer bienes si ella me compadece, si me permite esperar; pero, nó, me ve morir, oye mis quejas y no me permite verla. ¡Ay! ¿De qué me sirven mis ojos?

»Soy hombre muerto si no consigo su amor. Con alejarme de su lado me mata. Léjos de poderla olvidar, cada dia se aumentará más mi amor por ella. ¡Ay! ¿De qué me sirven mis ojos?

»¿Por qué me ha de tratar con tanto rigor? Ella sabe que sólo de ella vivo. Cuanto más me hace sufrir el amor, más la amo. Señora de mi vida y de mi muerte, dispone en mí por completo de la una y de la otra. ¡Ay! ¿De qué me sirven mis ojos?

»Yo ruego á mi dulce amiga que no me mate sin razon. Cuando esté muerto, reconocerá su falta y se arrepentirá. Confieso, empero, que si no me ha de conceder su amor, prefiero morir. Peor es que la muerte el dejar de verla. ¡Ay! ¿De qué me sirven mis ojos?»

Pasando ahora á las composiciones de este poeta en otro género, hay que recordar su poesía á la muerte de Blacaz. En distintos lugares de esta obra se habla extensamente de esta composicion, sobre la que no hay que volver, especialmente en el Discurso preliminar. Blacaz fué protector de Sordel, aun cuando su rival en amores con la condesa de Rhodez; pero esto último no obstó para que el poeta inmortalizara su nombre con la poesía que consagró á su memoria. Pocas composiciones de trovadores han alcanzado tanta celebridad como aquella que Sordel dedica á recordar la muerte de Blacaz. Verdad es que es una de las más originales que se conocen.

En el género político, digámoslo así, exceptuando la obra que se acaba de citar, no brilla Sordel como en el género amatorio.

En sus serventesios toma un carácter muy personal y se le ve atacar á las personas más que á las cosas, al contrario precisamente de lo que hemos visto hacer á

Pedro Cardinal, que llegó en esto á la cumbre del arte. Entre sus serventesios, sin embargo, hay uno de que debe hacerse especial mencion.

Se lamenta con amargura de la falta de virtudes que se nota en todos y singularmente de la decadencia que existe en los barones. Dice que no puede compararse sin dolor al noble de su época con el de otros tiempos, y que no comprende cómo un caballero puede rebajarse hasta el extremo de olvidar por el oro lo que debe á su nombre y á su linaje. El contagio de su perversidad, segun el poeta, se propaga á todas las clases de la sociedad, y así es como se ven desaparecer la prez, el honor y la virtud.

> ¡Ai! Com pot tan esser desvergognatz
> nulcs hom gentils que i's vai embastarden
> sos lignatges per aur ni per argen,
> que l' avers vai leument e la rictatz,
> e 'l vida es breus e la mortz ven viatz;
> per qu' om degra lialmen viure aman
> Dieu, retenen del mon grat, gen regnar.....

Este serventesio termina con estos versos dirigidos al rey de Aragon:

> Al rei tramet mon siventes viatz
> cel d' Arag6, qu' ell fais lo plus presan
> sosten de pretz, per c' ell ten entrenan.

SERVERI, DE GERONA.

Poco se ha dicho de este trovador, y algunos apénas le citan, pero hablan de él Millot, Cambouliu y Milá. Este último lo hace con más detencion que ninguno, y copia de él varias poesías, acompañándolas de oportunas y curiosas observaciones. El estudio del docto Milá es importante y podrá servir de base algun dia para un trabajo detenido sobre este poeta, que alguno hará sin duda, cuando puedan conocerse todas sus poesías, de las cuales sólo existe, segun mis noticias, un ejemplar manuscrito y único en manos de un particular celoso. Hasta ahora sólo son conocidas para el público las diez y seis composiciones suyas que ha dado á luz Milá.

Hé aquí los datos que de este poeta he podido recoger, entre los cuales se observará que hay alguno nuevo sobre los que de él nos dan Millot, Cambouliu y Milá.

No puede dudarse que Serveri, á quien Millot

llama Gerveri, quizá por error de copia ó de imprenta, era catalan y de la ciudad de Gerona.

Floreció principalmente en la época de Pedro III de Aragon, *el Grande*, pero habia alcanzado los tiempos de D. Jaime *el Conquistador*, de quien habla en alguna de sus poesías y cuya muerte reciente lamenta.

> Si 'l rei Jacme fos vius enqueras chans
> fera subtils mas ar m' ho tol afans.

De su vida nada apénas se sabe. Sólo puede rastrearse algo por sus propias poesías y por algunas noticias dispersas en distintos autores.

Eximenis dice que era noble, pero no parece deducirse así de una de sus canciones, la que comienza *Cruenda chansó plazen ses vilhanatge*, donde encomia el mérito como superior á la nobleza y á la cuna. «Sin prez (es decir sin mérito), de nada sirven solar y linaje. Más que el linaje, veo honrada la riqueza, y veo á aquellos que más solian saber, más viles que villanos de pasaje.»

> No valon res ses pretz locs ni linatge,
> porqu' onrar vey mas que linatge aver,
> e vey celhs mens qui solon mais valer
> qu' er son pus vils que vilá de passatge.

En otra composicion se queja tambien de que no sea estimado el mérito y no sea recompensado el hombre sólo por su genio y su talento.

«Si reviviese, dice, el tiempo antiguo, en que era estimado el canto (es decir, el ingenio y el talento),

en aquella época de cortes, justas y torneos, y cumpliesen con la ley aquellos que no cumplen, no pasaria lo que ahora se ve, y el mérito sería, entónces, recompensado.»

Sus poesías van por lo general dedicadas á una dama á quien da el nombre de *Sobrepretz*, es decir, superior en mérito, ó á otra á quien llama *Dompna dels Cartz*, dama de los cardos, que debió ser la vizcondesa de Cardona, cuyo blason consiste en tres cardos de oro. Parece deducirse de la lectura de algunas poesías que estas dos damas eran una misma.

En una composicion, que como observó Milá, es interesante para la historia literaria, habla del conde de Rhodez como de un personaje á quien se debe proteccion y favores; elogia á un marqués de Canillac como poeta y autor de buenos cantos, y cita como trovadores célebres, lamentando su muerte, al honrado Parazol, segun le llama, y á Fray Bernardo Vidal, los dos del obispado de Gerona.

Hay fundados motivos para creer que Serveri perteneció á la corte, ó mejor dicho aún, á la casa del monarca aragonés D. Pedro y que obtuvo la confianza de éste para algunas misiones delicadas. Cuando estaba próxima á estallar la guerra entre Aragon y Francia, las crónicas hablan de un Server ó Serveri que estuvo en el Rosellon, como enviado del monarca aragonés, y que bien pudo ser nuestro poeta.

Serveri debió ser un escritor muy fecundo. Se tiene noticia de muchas composiciones suyas, pertenecientes en gran mayoría al género sentencioso y moral, que es

á lo que le llevaban sus inclinaciones. En el género amatorio tiene algunas poesías, pero no brillan ciertamente por su ingenio, y en ambos géneros se deja dominar un poco por el mal gusto y por el afan de moralizar que constituyen el carácter dominante de la época de decadencia.

No hay en Serveri aquellos rasgos de pasion y de sentimiento que tan notables son en los trovadores de la buena época, pero hay, sin embargo, un verdadero conocimiento del corazon humano, sus obras son hijas del talento más que del genio, y si no parten del corazon, son al ménos eco fiel de la razon y de la conciencia.

Una de sus poesías amatorias está compuesta toda de versos monosílabos ó dosilábicos, verdadero juego de palabras en que con dificultad se puede ir á buscar un sentido. Comienza así:

Tans
afans
pezans
e dans
tan grans
d' amor
ay...
ses jai,
qu' esmay,
esglay
mi fay
don plor.

Y prosigue de esta manera, intercalando sólo al final de cada estancia un verso de seis sílabas.

Aun cuando no olvida nunca de consagrar un gentil recuerdo á su *Sobrepretz* ó su *Domna dels cars*, lo cierto es que no descuella por su galantería en favor de las damas.

«Más fácil sería, dice en una de sus composiciones, conocer el camino seguido en el mar por una nave y más fácil medir el agua del mismo mar, que conocer los ardides y engaños de una mujer falsa.

»Más fácil sería conocer en el aire el punto por donde ha cruzado un pájaro, contar las hojas que tienen un pino y dos hayas y las estrellas del cielo, que saber lo que maquina una mujer engañadora.»

Va luégo diciendo que si es ágil y flexible la serpiente, más flexibilidad y agilidad se necesita todavía para evitar los lazos de una mala mujer. Para el poeta es más fácil oscurecer el sol, hacer menguar la luna cuando está en creciente, encadenar los cuatro vientos y poner un freno á un leon furioso, que contener las pasiones de una mujer impúdica.

Hay novedad, como se ve, en estos puntos de comparacion, siendo este uno de los méritos de Serveri.

«En mal hora fué creada una tierra donde la luz no es duradera, dice en otra poesía; y en peor hora aún nacida la mujer desprovista de bondad.

»A vil corazon responde la lengua que miente, como á torcidos intentos la mujer falsa.

»Mal guardada está la ropa con mala cerradura y peor guardada la mujer que no tiene nobles y leales sentimientos.»

En la poesía de que hablo son notables las enderezas ó dedicatorias, una á *Sobrepretz*, que parece confundirse con la *Dama de Cardona;* otra al rey de Aragon, de quien dice que mejora la ley, lanza en ristre, sufriendo calor y frio, y armado, porque la prez le agrada, por extranjeras comarcas. Se ha creido que el monarca á quien se dirige Serveri, pudiera ser don Jaime, pero, en mi opinion, se refiere á D. Pedro cuando éste pasó á Sicilia.

Non gart flor ni verdura
à cantar tan m' agrada
quar Sobrepretz, m' atura
en joi, e 'l Don onrada
de Cardona prezada.
Rey d' Aragó melhura
la ley, lansa dressada,
sofren caut e freydura,
armatz, quar pretz l' agrada,
per estranha encontrada.

Ya se ha dicho que la mayor parte de las composiciones de este poeta pertenecen al género sentencioso y moral, siendo muy aficionado á las comparaciones, en las que realmente se encuentra alguna originalidad, y tambien á las antítesis, de las cuales abusa en determinadas circunstancias.

Así sucede en una poesía, compuesta toda de antítesis, de que voy á copiar como ejemplo la primera estrofa:

«No vale juramento donde no hay lealtad, ni razon en tribunal que no reconoce derecho, ni peticion donde

hay codicia, ni amonestacion donde falta pundonor, etc.»

No val jurar lai on folh lialtatz,
ni razonars en cort que dreg soan,
ni demandars lui on renh cobeitatz,
ni castiars qui vergonha non blan,
ni val mercés lai on falh chauzimens,
ni chauzimens lai on mal es á tria.

Hé aquí el juicio que ha formado Cambouliu del poeta que nos ocupa, juicio que, si no es todo lo exacto que ser debiera, en mi opinion se acerca mucho á la verdad:

«El carácter distintivo de Serveri, al propio tiempo que el de moralista, consiste en apoyarse únicamente en la razon y en el sentido comun, no en el dogma católico. Folquet, Perdigó, Rimbaldo de Vaqueiras, Pedro Cardinal que han dejado algunas obras en este género, invocan á cada instante los libros santos, la doctrina de la Iglesia, el infierno y el paraiso; Serveri no apela más que al buen sentido, á la experiencia, á la fortuna ó á los reveses de la vida presente. Los primeros (añade Cambouliu con una afirmacion que dista mucho de ser exacta), se limitan á dogmatizar, á poner en verso los sermones. Serveri observa el corazon humano y tiende á deducir de sus observaciones una especie de ciencia de la vida práctica. Sus maneras recuerdan en muchos puntos las de los moralistas orientales, bastante conocidos por lo demás en el Norte de la Península y en el Mediodía de Francia para que se

pueda creer que no debian ser extraños á Serveri. Le gusta á éste proceder como aquéllos, por vía de semejanzas y comparaciones entre los fenómenos de la naturaleza física y los movimientos del corazon humano. Se vale como ellos de la forma sentenciosa y parece inclinado á formular proverbios. «Es difícil parar el sol, cambiar el bien en mal, el oso en cordero, el gallo en pavo; es difícil detener la luna en su curso creciente, pero es más difícil todavía ser feliz con una mala mujer. Triste es la casa donde hay hambre; pero es más odiosa la mujer viuda de castidad. En cambio, la mujer honrada es de más precio de lo que pueden ser los baluartes á una villa sitiada.»

CONCLUSION.

I.

No puedo dar por terminada esta obra sin entrar en ciertas consideraciones, que no sólo creo pertinentes sino necesarias.

Sea la primera la que se refiere al punto, hasta hoy por demás oscuro, de si los trovadores tuvieron y conocieron el teatro.

Una feliz casualidad, debida á las relaciones de antiguo compañerismo que me unen al esclarecido maestro compositor y bibliófilo D. Francisco Ansenjo Barbieri, hizo llegar á mis manos el ejemplar núm. 46 de los únicos doscientos con que la Sociedad de Letras, Ciencias y Artes, de los Alpes Marítimos, ha impreso en Niza el *Martirio de Santa Inês*, tragedia en antigua lengua provenzal, que dicha Sociedad titula *Misterio*, con manifiesto error á mi juicio.

Quien primero descubrió esta obra y dió cuenta fué

el sabio profesor aleman Cárlos Bartsch, el cual hubo de encontrarla en Roma y en la biblioteca del príncipe Chigi. De ella ha hecho ahora una edicion reducidísima, segun queda indicado, la Sociedad de los Alpes Marítimos, bajo la inspeccion inteligente de Mr. A. L. Sardou, que ha comprobado el texto con el manuscrito original, exornándola con notas y comentarios de gran interés y erudicion, y acompañándola con las piezas de canto, reproducidas en notacion moderna.

Es una obra que considero de importancia suma y prueba concluyente para fijar los orígenes del teatro moderno.

Se han buscado éstos en las reminiscencias de las fiestas y ceremonias paganas que entre el pueblo se conservaban cuando los primeros años del cristianismo, y tambien en aquella especie de representaciones que tenian lugar en los templos, arregladas por poetas cristianos, sobre sucesos de la historia religiosa, con cierto gusto clásico y con forma verdaderamente dramática.

Al siglo VI se atribuyen las primeras representaciones formales de esta especie, estando escritas todas aquellas obras en lengua latina; pero cuando en el siglo IX comenzó, para la instruccion religiosa y para el canto de algunos himnos, el empleo de la vulgar, hubo de introducirse tambien ésta en aquellas representaciones.

La más antigua composicion en forma dramática, ó *Misterio*, de que se tenía noticia en la historia de la literatura provenzal ó lemosina, era el fragmento, publicado por Raynouard, de *Las Vírgenes prudentes y las Vírgenes locas*. Se cree esta obra del siglo XI; pero áun

cuando Raynouard la presenta como escrita en antiguo provenzal, lo cierto es que pertenece á tres lenguas, pues que en ella el latin se mezcla y confunde con las lenguas de *oc* y de *oil*.

El misterio de *Las Vírgenes prudentes y de las Vírgenes locas* es, sin embargo, una verdadera composicion dramática, en que intervienen muchos personajes, siendo los que hablan en lengua vulgar las Vírgenes, unos Mercaderes y el Esposo.

El asunto es el siguiente:

Algunas mujeres piadosas van en busca del Salvador, y el Angel custodio del Sepulcro les anuncia haberse verificado la resurreccion. Aparece el Esposo y predica la rectitud y vigilancia á las Vírgenes. Hablan primero las prudentes y despues las locas; intervienen en el diálogo unos Mercaderes, y el Esposo pronuncia su sentencia ó fallo contra las Vírgenes locas, que son arrebatadas por los demonios, siguiéndose luégo varios y pesados diálogos entre personas del Antiguo y del Nuevo Testamento, apareciendo tambien Virgilio y la Sibila, que dan testimonio de las profecías que anunciaron la venida del Salvador.

Es indudable que esta representacion debia hacerse con cierta solemnidad y aparato; pero á ésta se hallaban reducidas cuantas noticias se tenian de representaciones dramáticas en lengua provenzal, y por ser poco valiosa la muestra, no influyó en aquellos que, al ocuparse de la literatura de los trovadores, negaron que hubiese existido el teatro en su época. La afirmacion no debió haberse hecho tan en absoluto.

El misterio de *Las Vírgenes prudentes y de las Vírgenes locas* no es realmente un dato concluyente para afirmar la existencia de un teatro en tiempo de los trovadores; pero, unido este dato á otros importantísimos, que olvidados existian en las crónicas, manuscritos y archivos, debiera haber sido suficiente para que ciertos autores reservaran al ménos su opinion.

La existencia de un teatro—considerado éste como debe considerarse, relativamente á lo inculto de aquellos siglos, al estado de aquellas costumbres, con la imperfeccion natural del arte y la forma primitiva del orígen;—la existencia, repito, de un teatro en el seno de aquella literatura de los siglos XII y XIII, abundosa de vida y de sentimiento, era cosa que revelaban de una manera clara y evidente las Memorias de la época.

En buen hora que no se juzgara dato suficiente el misterio de *Las Vírgenes prudentes*, sin embargo de su forma verdaderamente dramática, y de haberse escrito sin duda de ninguna clase para ser *representado*; en buen hora que se pusieran en duda los datos que respecto á obras dramáticas de los trovadores publica Nostradamus, ya que se ha tenido dolorosa ocasion de comprobar muchas falsedades de su crónica; pero todos cuantos con detenimiento y criterio han podido estudiar las Memorias y manuscritos de aquellos tiempos, pudieran haber hallado rastros, indicios, noticias, hasta evidencias, de que necesariamente debia existir un teatro, ó algo á él muy parecido, en aquella sociedad galante y caballeresca.

Yo hallé en una crónica del tiempo que el poeta Ri-

cardo de Noves compuso un canto fúnebre á la muerte del conde de Provenza, Ramon Berenguer, acaecida en 1245, y que iba recitándolo por los castillos y casas de los grandes señores, apareciendo en un tablado que se levantaba al efecto, vistiendo un traje de luto, propio del acto, paseando y haciendo los ademanes y gestos convenientes para el juego de la fisonomía, y los cambios de voz, *y toda suerte de acciones para el efecto cómico.*

Yo leí en un manuscrito, que me enseñaron en la Biblioteca de Aix, una poesía del siglo XII, que se supone de Rimbaldo de Orange, el amante de la condesa de Dia, escrita evidentemente para ser declamada en público con cierto aparato teatral, pues que entre estrofa y estrofa hay acotaciones en prosa latina, como para dar consejos al que debia representar ó declamar aquel *soliloquio*, tocante á las actitudes, inflexiones de voz y sentimientos de horror, tristeza ó alegría que podian usarse ó expresar.

Yo encontré en otro manuscrito del siglo XIII, que en las grandes fiestas, ó, como ahora las llamaríamos, en las veladas literarias que frecuentemente daba en su castillo el galante marqués de Montferrat, se levantaba un tablado en un ángulo del salon, donde se presentaban los juglares á hacer diferentes y entretenidos juegos, á tocar y tañer instrumentos diversos, á cantar serventesios y canciones, ó á *declamar versos* de los más renombrados trovadores, sucediendo á veces que los mismos poetas subian á *las tablas* para, entre ellos, improvisar diálogos ó *tensiones* sobre un tema galante, que se apresuraban á dar las damas ó caballeros del concurso.

Es evidente que estos ejemplos ponen ya en camino de descubrir ó adivinar un teatro en los siglos XII y XIII; pero hay hechos más concretos y precisos.

Se sabe de un trovador, llamado Roger de Clermont, que componia muy bellas é ingeniosas *comedias*, y que las iba recitando ó representando por los castillos y cortes más famosas, con grande compañía de juglares y criados, y gran tren de suntuosos aparatos. Conocido es el alcance que la palabra *comedia* tenía en aquellos siglos; pero ¿qué puede significar ese acompañamiento de juglares y criados, y qué esos grandes y suntuosos aparatos, sino los actores destinados á representar ciertos personajes y la maquinaria de que debia echarse mano en ciertas escenas teatrales? Ese Roger de Clermont, con su acompañamiento de juglares y sus máquinas escénicas, tiene algo de esos directores de cómicos de la legua que vemos aparecer algunos siglos más tarde, en España, y de que tanto se habla en el *Viaje entretenido* de nuestro Rojas y en otras obras.

Eugenio Baret cuenta, con referencia á antiguas crónicas, que el trovador Gancelmo Faydit vendia sus obras dramáticas en dos ó tres mil libras, dirigiendo la representacion y embolsando todo lo que pagaban oyentes y espectadores. Añade que Gancelmo era autor de la comedia titulada *La Heregia dels Preyres*, mencionada por Roquefort, obra que el poeta guardó largo tiempo en su poder, hasta que al fin se la dió al marqués Bonifacio de Montferrat, quien la hizo representar en su castillo.

Indicios son éstos bastantes, unidos al fragmento de

Las Vírgenes prudentes, que nos dió á conocer Raynouard, para adivinar la existencia de un teatro en tiempo de los trovadores; pero sobre todos estos datos hay otro que á mí me parece concluyente, y que tuve la buena suerte de encontrar registrando, hace algunos años, los manuscritos que existen en la biblioteca de Aix.

La condesa Garsenda de Sabran, esposa de Alfonso II, que sucedió á su padre, como conde de Provenza, en 1196, y, por consiguiente, á últimos del siglo XII, hacía *representar* en su palacio de Aix, durante las fiestas de Navidad, unas *comedias*, cuyo argumento consistia en la adoracion de los Reyes Magos y de los pastores, y en escenas referentes al nacimiento del Niño Dios. A estas *comedias*, que se representaban todos los años en el palacio condal durante la festividad citada, acudia todo el pueblo, que se mezclaba con la corte, para admirar los prodigios que tenian entónces lugar en aquel salon del castillo, donde se veian aparecer la estrella guiadora de los reyes, los ángeles que bajaban de entre las nubes para anunciar la buena nueva, y donde se presentaban, hablando y accionando, *vivos en carnes humanas, nuestro glorioso padre San José y la beata Santísima Vírgen con los pastores y los Reyes*.

En el manuscrito donde hallé este importantísimo dato se dice tambien que aquellas *comedias* eran dirigidas por la condesa Garsenda y escritas por ella misma en verso é idioma provenzal; que sobre ser la condesa Garsenda una de las más nobles, más galantes y más bellas damas de su época, era tambien una poetisa cé-

lebre, presidenta de *Córtes de amor* y entusiasta é inspirada trovadora.

Posteriormente al hallazgo de este dato, tuve ocasion de ver un fragmento de veintidos versos provenzales pertenecientes á un *Misterio de los Inocentes ó de la Natividad* (obra del siglo XIII, y muy probablemente de la condesa Garsenda), que publicó Mr. Camilo Chaboneau, y en la *Revista de Lenguas Romanas* correspondiente al 15 de Setiembre de 1876 leí que se habia encontrado, entre los manuscritos de Didot, un *Misterio de la Pasion*, del mismo siglo XIII, escrito tambien en lengua de *oc*.

Pareciéronme suficientes todos estos datos para apartarme en esta obra de la comun opinion, casi por todos los autores emitida y apénas por nadie refutada, relativamente á creer que los poetas provenzales de los siglos XI, XII y XIII habian totalmente desconocido la literatura dramática y el arte del teatro. Vacilé mucho tiempo entre las noticias por mí recogidas y la autoridad de autores respetabilísimos, que negaban en absoluto lo que mis notas me daban, sin embargo, como evidente; y no atreviéndome á contradecir lo que sabios tan profundos y varones tan estrenuos en el arte sentaban como inconcuso, me limité á manifestar mis dudas y á reservar mi opinion.

Y bien me hubo de ello, ya que la *Tragedia de Santa Inés*, que así se titula en el manuscrito original, y no *Misterio*, como equivocadamente se llama en la edicion que tengo á la vista, y de que voy á dar breve cuenta, viene á resolver el problema con la lógica indiscutible de un hecho.

Descubierta la *Tragedia de Santa Inés*, es como si se hubiese descorrido un telon, apareciendo el teatro cuya existencia se negaba. Ya no puede caber ni sombra siquiera de duda.

Es un drama, y no un *misterio;* un drama en toda la extension de la palabra, y lo que es más todavía, un drama lírico, con mezcla de canto y declamacion; un drama romántico en variedad de metros, con grandes escenas de espectáculo, con infinidad de personajes, con repetidas mutaciones de escena, con una accion dramática de interés vivo y sostenido, y con diez y seis escenas musicales, que consisten en coros, arias y piezas concertantes.

Pertenece indudablemente este drama al siglo XIII, y no pudo ser el primero, porque el autor marcha con seguro paso por caminos trillados y sendas conocidas. Es, sin embargo, uno de los primeros como modelo de una accion teatral, en la que se halla asociado el canto á la declamacion.

El texto está en verso provenzal, y las acotaciones en latin; pero me permitiré observar que por el lenguaje, por ciertos giros, por frases enteras y palabras que sólo eran usuales en determinado territorio, puede sospecharse, con gran fundamento, que su desconocido autor debió ser oriundo de alguna de las comarcas encerradas entre Montpeller, Narbona, Rosellon y Cataluña, perteneciendo por consiguiente, á la rama española de la literatura provenzal.

El metro varía, segun la importancia de las escenas, desde el verso octosílabo hasta el alejandrino. Al llegar

el momento del canto, la acotacion latina indica la tonada que debe emplearse, perteneciendo todos los aires á cantos populares de Provenza y á obras célebres de trovadores, de las cuales la acotacion cita el título ó el primer verso, exactamente como hoy se acostumbra en las operetas y *vaudevilles* franceses.

He dicho ya que es desconocido el nombre del autor, y faltan en el manuscrito original las primeras escenas; pero Mr. Sardou ha tenido el buen acierto de suplir éstas con las primeras páginas de la relacion latina que San Ambrosio escribió sobre la vida de Santa Inés, cuya leyenda parece que hubo de tener á la vista el autor para componer su drama.

El manuscrito lleva el siguiente título en latin, que por la letra aparece añadido posteriormente á la época en que se compuso, pero que conserva el nombre de *Tragedia*, título dado á su obra por el autor, no el de *Misterio*:

Tragedia
D. Stae Agnetis Martyris
rithmicis versibus
conscripta
prisca Occitania lingua
cum notis musicis quæ tunc in usu erant.
Incerto auctore.

No puede caber duda de ninguna clase que esta tragedia se compuso para ser representada, y representada en público teatro, no en un templo, con grande

espectáculo y aparato de decoraciones, coros, guardias, pueblo, sayones, cortesanas, ángeles, demonios y personajes que salian á caballo, como se ve por las acotaciones. En ella, áun cuando no del todo perfecto, hay un verdadero conocimiento del teatro. Con poca enmienda pudiera convertirse en un drama moderno de espectáculo, segun puede juzgarse por el extracto que paso á hacer.

La *Tragedia de Santa Inés* comienza con este prefacio, escrito en la elegante prosa latina de San Ambrosio:

«Santa Inés, cuando contaba apénas trece años de edad, perdió la muerte y halló la vida, ya que sólo el Autor de la vida era su amado. Niña por los años, adulta por la inteligencia, jóven de cuerpo, ciertamente, aunque vieja por la razon, tenía hermosa presencia, pero su fe era más hermosa todavía.

»Vióla un dia el hijo del Prefecto, á su regreso de las escuelas, y quedó de ella prendado. Averiguó quiénes eran los padres de Inés, fué á su casa, y colmóles de regalos, ofreciendo dárselos mayores. Volvió otro dia con joyas de gran precio para Inés, pero hubo ésta de rechazarlas como si fueran de ruda escoria, espoleando así más y más el amor del jóven. Creyó éste que deseaba prendas más ricas, y proveyéndose de cuantas piedras preciosas y de labor más delicada pudo hallar á mano, pasó á ofrecérselas, tentando su codicia y prometiéndole tesoros, palacios, dominios, cuantas delicias pueda haber en el mundo, si le aceptaba por esposo.

»Inés sólo dió esta respuesta al jóven:

—»¡Léjos de mí, piedra de pecado, alimento de crímen, pasto de muerte! Léjos de mí, pues yo pertenezco ya á un amante que me regala joyas más espléndidas que las tuyas, con quien estoy comprometida por el anillo nupcial, y que es mucho mejor que tú y mucho más noble por su cuna y por su rango. Sólo para él guardo mi fe, y á él me entrego toda entera. Amándole soy casta; con su trato soy pura; dándome á él soy vírgen.

»A estas palabras el jóven insensato se siente poseido de un ciego amor; los más terribles tormentos se apoderan de su alma y de su cuerpo, y el dolor acaba por postrarle en el lecho, donde sus suspiros revelan su pena á los médicos, y éstos á su padre.»

Hasta aquí la prosa latina con que se ha reemplazado lo que falta en el manuscrito provenzal. Aparecen en escena el jóven y el Prefecto, su padre.

El hijo manifiesta al padre que sólo el amor de Inés puede curar su dolencia, y entónces el Prefecto llama por tres veces á Rabat, *el nuncio de las cortesanas*, y le encarga que haga comparecer á Inés ante su presencia.

Rabat cumple el encargo, va en busca de la jóven, la exhorta á corresponder al amor del hijo del Prefecto, y le ordena que se presente á éste. Inés contesta que obedecerá la órden del Prefecto en lo relativo á presentarse á él, pero que jamás cederá á los deseos del hijo.

Inés y Rabat aparecen en el palacio del Prefecto, llamado Sempronio. Éste hace sentar á la jóven, la acaricia, y haciendo resaltar las dotes y cualidades de su hijo, le ruega que le tome por esposo.

—Señor senador, contesta Inés; no es de magnates ni de hombres de pró querer que se quebrante la ley y se tuerza el derecho; que para mantener lo uno y lo otro están ellos, no para destruirlo. El derecho dice que nadie puede tener dos mujeres, ni la mujer dos maridos, y como yo tengo el mio, si me enlazaba á tu hijo tendria dos, consiguiendo que nadie me aceptase por honrada, pues que siendo la esposa legítima del uno, sólo pudiera ser la barragana del otro. No, no he de hacerlo en mi vida. Conservaré sin mancha para mi Señor la pureza de mi cuerpo, como hacer debe la esposa que ama á su marido.

—»Ya veo que los cristianos te han trastornado el juicio, dice Sempronio.»

Y volviendo á llamar otras tres veces á Rabat, le da órden de que vengan á su presencia los romanos que forman el consejo, y los indivíduos de la familia de Inés.

Acuden todos los llamados, Sempronio consulta con los consejeros, y en seguida comienza á increpar al padre de Inés, diciéndole que, pues ésta es cristiana, de él y de su familia debe haber aprendido la nueva ley, ya que los hijos sólo tienen las enseñanzas de los padres. Concluye amenazándoles á todos y conminándoles con la hoguera.

El padre, el hermano mayor, el menor y un primo de Inés contestan al senador con arrogancia, rechazando la acusacion, miéntras que otro de sus primos se dirige á la doncella, preguntándole si es en efecto posible que sea cristiana. Inés, en levantados versos, confiesa

entónces su fe, y declara que sigue la ley de Cristo á escondite de su familia. Sus hermanos y primos, horrorizados, la increpan con gran vehemencia y maldicen la hora de su nacimiento. Un romano, en nombre de los demás, dice al Prefecto que en buena justicia no puede declararse culpables á aquellos hombres, y Sempronio da la órden de que se les ponga en libertad, quedándose á solas con Inés.

Sigue una escena larga y verdaderamente interesante entre ambos personajes, escrita con pasion y con sentimiento. El Prefecto comienza por rogar de nuevo á la doncella que acceda á los deseos de su hijo, pero Inés vuelve á decir que es esposa del Hijo de la Vírgen, muerto en cruz para redimir al mundo. Insisten uno y otra. En vano Sempronio, apelando delicadamente á todos los medios de convencerla, apura cuantos recursos, alguno de ellos muy dramático, le sugieren su amor de padre y sus sentimientos; pero Inés continúa inflexible, y en una larga tirada de armoniosos versos se afirma en su religion, en su amor á Dios, en su desprecio de las mundanas vanidades, renegando de los ídolos de metal, de barro y de madera.

Exasperado el Prefecto al oir que se blasfema de los dioses, llama de nuevo á Rabat y le ordena llevar á Inés al burdel público, entregándola desnuda al escarnio y ultraje de los que visitan aquellos lugares.

Rabat se la lleva, y aparece un nuevo personaje, llamado por Sempronio. Es Saboret el pregonero, á quien dice el Prefecto, cambiando de metro y sustituyendo los versos de ocho sílabas por los de doce:

—«Saboret, vé á pregonar por todas partes que Inés ha sido conducida al burdel á causa de haber blasfemado de nuestra santa diosa, y que allí la encontrarán los truhanes, los lujuriosos y los perdidos. Veremos ahora si sus dioses la ayudan.»

Saboret, vai cridar que vengan li marpaut
e li luxuriós e tut li aul ribaut,
e veiran el bordel Ainés, qu'a blaifemada
nostra sancta divesa e formentz deisonrada;
e poiran lur plaser am lui complir e far,
e veirem si'l sieus dieus l'en poirá ájudar.

Cambia la escena, apareciendo una plaza pública, y entra Saboret montado á caballo, que corre y da vueltas por el teatro, pregonando:

—«¿Dónde estais, truhanes y desarrapados? Acudid en seguida al lupanar, miserables y vagabundos, y allí encontrareis á Inés, que ha blasfemado de nuestros dioses y les ha ultrajado por ensalzar á un hombre que dice ser hijo de aquel Dios que hizo el cielo. Acudid de prisa y vereis que nunca hubo más gentil muchacha.»

¿Ovu est, ribaut e's esquexá?
venes tost, marpaut é mivá,
al bordel, e poires aver
Aines á tot vostre plaser:
qu'ieh á nostre Dieu blasfemat
e vil tengut e deisonrat,
per un home que diz qu'es
filz d'aquel Dieu que lo cel fesó

venés en tost e vereishó
qu'hanc plus belha filha no fo.

Figura entónces que la madre y las hermanas de Inés oyen el pregon, y nada más tierno ni más dulce que los cantos de dolor puestos por el poeta en boca de aquellas desoladas mujeres.

Cesa, pues, la declamacion y comienza el canto. Segun la acotacion, el de la madre es con la música de la albada: *Rei glorios, verai lums e clartat.*

—«Rey glorioso, Señor, ¿por qué nací? canta la madre. Debiera haber muerto el dia que te engendré, dulce hija mia, que si grande fué entónces el júbilo, mayor es la pena que siento hoy, pues que en mal hora naciste.»

Rei glorios, Sener, pequ'hanc nasqueiei?
Morir volgra lo jorn que't enfantei,
belha filha; quar anc n'aic alegranza,
ar n'ai mil tanz de dol e de pensanza,
que mala fossas nada!

Sigue el canto de las hermanas con la misma música, y á estos cantos contesta y se une á lo léjos un bellísimo canto de Inés desde el burdel, con la música de la cancion popular:

El b osc clar ai vist al palais Amfós
a la fenestra de la plus auta tor.

—«Poderoso rey, que creaste los elementos, guarda mi cuerpo de esas gentes malvadas. Noble Señor, haz que no puedan mancharme con su contacto, y defién-

deme tú, Señor leal.— Siento dolor tan fuerte, que mi corazon se parte, pues que desnuda me hallo entre esa gente vil. Grata sería para mí la muerte si pudiese ir al cielo, donde están mis deseos, con mi Señor.»

Rei poderós qu'as faz los elemenz,
garda mon cos d'aquestas malas genz:
que no'l puescan tocar, Sener plascenz
ni oressar: sias mi bon defendenz
Sener leals!
Tal dolor ai que'l cor mi vol partir
car nuda sui afr'aquesta gen vil.
Per lo mieu grat adés volgra morir,
sol que'l cel fos, on ai tot mon desir,
ab mon Sener.

La escena, al llegar aquí, se traslada al cielo, y el drama cambia de metro. Aparece Cristo con una vestidura de cabellos en la mano, y llamando al arcángel Miguel, y dirigiéndose á él en versos alejandrinos, le encarga que lleve á su esposa Inés aquella túnica para que con ella cubra sus desnudas carnes. Tambien entrega al Arcángel una espada para que defienda á Inés y mate al que deshonrarla intente.

Trasládase Miguel al lupanar y entrega á Inés la cabellera, que ésta se pone, cubriéndola por completo, entonando los ángeles un cántico que suena como un coro de aves á oidos de las mujeres que pueblan el burdel, dando lugar á una interesante escena, que es sin disputa una de las mejores del drama.

Piria, Elisa, Sancha y otras cortesanas se precipitan

fuera de la casa y discurren entre sí, volviendo los actores á la declamacion.

—«¿Habeis oido, les pregunta Piria, el canto de esas aves atrayéndonos fuera del burdel, á causa de esa mujer que ha sido presa por no querer adorar á nuestra diosa Vesta y no querer corresponder á los amores del senador?»

¿Avés auzit los chants qu'an fah aicil aucelh,
ni com nos an gitadas dinz de nostre bordelh,
per la femna qu'es presa, quan no vol asorar
la divesa Na Vestis ni'l cenador amar?

Las cortesanas, comprendiendo que hay algo de maravilloso y sobrenatural en lo que pasa, se deciden á llamar á Inés para decirle que quieren adorar al Dios que ella adora, abandonando el culto de Vesta, y le piden que las instruya en la doctrina cristiana. Lo hace así Inés, y cuando Piria, en nombre de todas, se da por instruida, entonan juntas un cántico de gracias, con la música de la cancion: *Bel paires car, non vos veireis ab mi:*

Belh Sener Dieus que's en crotz fust levatz,
e's al ters jorn de mort ressucitaz,
tu sias grazit; car for ors de pecatz
e de follor.
Sancta Maria, maire del Creator:
prega tou filh per la sancta douzor:
qu'el nos perdon e nos done s'amor,
si á lui plai.

Al cántico de las cortesanas á la puerta del burdel,

responde un canto de Cristo y de los ángeles desde el cielo.

En el ínterin, el hijo del Prefecto, sabedor de que su amada ha sido conducida al lupanar, envia en su busca á unos guardias, pero éstos encuentran junto á ella un ángel que esparce gran claridad, con una espada desnuda en la mano, y vuelven á su señor diciéndole lo que han visto y cómo el ángel que la guarda *esparce más luz que la del sol en todo su esplendor.*

> Sener, nos hem vengut, mais nos hem for torbat
> car ab la verge Ainés non avem res trobat,
> mais sol l'angel de Dieu, que fai majhor clartat
> que non fat le solelz quant es en son regnat.

Furioso el hijo del Prefecto, vuelve á mandar á los guardias, pero les sucede lo que la vez primera. De nuevo ven al ángel resplandeciente de luz, con la espada en la mano custodiando á la doncella, y huyen amedrentados y confusos.

—«Yo mismo iré, dice entónces el osado mancebo, y veremos si el ángel la ampara.

En efecto, vuela el hijo del Prefecto al lupanar, y ébrio de amor y de locura, quiere apoderarse de Inés, que resiste á sus deseos, pero el jóven no hace caso de sus amenazas; y cuando intenta tomar en brazos á la doncella, el ángel le hiere con su espada de fuego, dejándole cadáver. Acuden los guardias, ven muerto al hijo del Prefecto, y creyendo que Inés lo ha asesinado, corren á dar la voz de alarma por la villa. Sempronio se apercibe del tumulto, quiere indagar la causa, y en

vano trata de saber la verdad, pues que se la ocultan todos aquellos á quienes interroga. Un romano se la dice por fin, y el Prefecto entónces se presenta á Inés pidiéndole cuenta de la sangre de su hijo y llenándola de injurias. La doncella cuenta el caso, y dice que fué el ángel quien hirió al jóven, cuando éste trataba de deshonrarla. El Prefecto jura que creerá en el Dios que ella adora, si le es devuelto su hijo, y al oir esto Inés se arrodilla junto al cadáver y dirige un tierno cántico al Señor pidiéndole la resurreccion del mancebo.

Otra escena fantástica vuelve á tener lugar entónces. Aparece de nuevo el cielo, y Cristo en él llamando al arcángel Rafael, á quien encarga que, para atender al ruego de su esposa, vaya al infierno en busca del alma del muerto y la devuelva á su cuerpo.

Se ve pasar á los ángeles volando por el fondo del teatro, capitaneados por Rafael, y dirigiéndose al infierno, cantando un coro con el aire de *veni creator spiritus*. Los diablos huyen á su aspecto, penetran los ángeles en el infierno, se apoderan del alma del difunto, la llevan al cadáver que yace á los piés de Inés, y el muerto vuelve á la vida.

Sus primeras palabras son un tiernísimo canto de gracias, con el aire de la cancion provenzal: *Ven, aura douza, que vens d'outra mar*; y en seguida, arrojándose á los piés de la doncella, le pide perdon y solicita el bautismo. Acude en aquel momento el Prefecto con toda su familia, se enternecen al ver resucitado á su hijo y al contemplar aquella escena, y se postran á las plantas de Inés, que, poniendo la mano sobre la ca-

beza del Prefecto, levanta sus ojos al cielo y pide el amor y la bendicion de Dios para los arrepentidos.

Todos juntos entonan entónces un canto de alabanza al Señor, que, segun la acotacion del drama, debe ser cantado con la música de una cancion del conde de Poitiers (el trovador Guillermo de Aquitania, considerado como el primer trovador de quien se tiene noticia).

Al llegar aquí, cuando el espectador ó el lector pudieran creer que terminaba el drama, éste toma un nuevo aspecto y tambien un carácter que pudiera llamarse político, y comienza una segunda parte, desenvolviéndose una nueva accion con nuevos personajes.

Tiene lugar una sublevacion en el pueblo al saberse lo ocurrido, y los romanos, en tumulto, invaden el palacio del Prefecto pidiéndole cuenta de su abjuracion. El senador responde noblemente que es ya cristiano y que maldice de los ídolos de barro para adorar al Dios único y verdadero. A grandes voces pide el pueblo la muerte de Inés, por creer que el Prefecto recobrará la razon cuando aquélla haya muerto; pero Sempronio se declara el campeon de la doncella y se dispone á protegerla y á salvarla con todo su poder, ayudado de su hijo, que acude á sostener lo dicho por su padre, enfrente de la cólera y de las iras del pueblo amotinado.

Los romanos entónces se congregan, destituyen al senador Sempronio y eligen por Prefecto á otro senador llamado Aspasio. Este ofrece sostener la ley romana, y dispone que la cristiana se presente ante su tribunal.

Acude Inés, y al negarse á adorar á los ídolos, Aspasio decreta para ella el suplicio del fuego.

La jóven es atada á un poste por los sayones, y se arrima en torno de ella gran cantidad de leña, á la cual se prende fuego; pero al són de celestes trompetas aparecen unos ángeles que defienden del fuego á la doncella, arrojándoselo á los romanos. Tienen lugar entónces varios incidentes escénicos, y vuelve á aparecer el cielo con Cristo, que canta un aria con la tonada de la cancion provenzal: «Desde el pié de la montaña» *(da pe de la montana)*, encargando al arcángel Rafael que baje á decir á Inés que ha ganado ya la corona y que el paraiso la aguarda.

Cumple el ángel con su mision miéntras que los romanos, amotinados de nuevo, van en busca del prefecto Aspasio y le exigen decididamente la muerte de la cristiana. Aspasio ordena un segundo suplicio, y quiere asistir en persona para asegurarse de que sus órdenes se cumplen.

Inés es nuevamente arrojada á las llamas, que por esta vez terminan su obra, y Aspasio no abandona el lugar del suplicio hasta asegurarse de que la doncella ha muerto realmente. Convencido ya de ello, manda á todos que se retiren con él, diciendo estas palabras:

—«Así la diosa Vesta me guarde de mal, como hoy ha sido nuestra mejor jornada. Partámos, pues, de aquí, y dejemos que los perros se coman el cadáver.»

Si Na Vestis mi guart de mal,
non fessem maih tan bon jhornal,

e partamos ueymaih d'aci
e manjaran lo corps li chi.

Al retirarse todos, la escena queda sola unos instantes; y á poco se rasgan las nubes y comienzan á aparecer los ángeles volando por los aires. Cuatro de ellos descienden á la tierra y se colocan junto al cuerpo de la doncella cantando la antífona: *Veni, esposa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus preparavit in æternum.*

Uno de los ángeles, terminado este cántico, se inclina sobre el cuerpo de la doncella, recoge el alma y se lanza á los aires llevándola en sus manos, seguido por las milicias angélicas, que cantan á coro: *Hæc est virgo sapiens et una de numero prudentium.*

Así termina el drama lírico de la *Tragedia de Santa Inés.*

Despues de su lectura, ¿puede continuarse ya diciendo que los poetas de la Edad-media, llamados trovadores, desconocian en absoluto el arte del teatro?

II.

Y aquí doy por terminada mi *Historia política y literaria de los trovadores.*

He escrito esta obra luchando contra toda clase de obstáculos, inconvenientes y tropiezos. Cien veces hube de interrumpirla, arrastrado por vertiginosos sucesos políticos que me llevaron á puntos y esferas donde faltaba tiempo para el estudio y el cuidado indispensables

en esta clase de trabajos; cien veces pude continuarla en escasos períodos de relativa calma, no sin interrupciones tambien de otra clase y de otro género.

La obra debe haberse resentido forzosamente, pero puse empeño en terminarla porque con su publicacion realizo un acto y cumplo un deber, acto y deber que acaso no sean apreciados en toda su significacion el primero y en todo su sacrificio el segundo.

Precisamente por lo que tiene de lo uno y de lo otro, precisamente tambien por haber atendido más que al lucimiento propio á la utilidad ajena, es por lo que esta obra, sin perder su fondo de historia, ántes bien conservándolo y mejorándolo, ha tomado su forma de autología biográfica y hasta alfabética. Conseguí así escribir la vida de los trovadores contada por ellos mismos.

Nada de seguro más fácil que trazar la historia literaria de aquella época, sobre todo á grandes rasgos, como hubiera sido conveniente para solaz de los lectores y para utilidad del autor; pero dados los documentos y noticias que éste poseia, hubiese sido un delito prescindir de ellos, sobre todo en España, donde confesarse debe, si quier sea doloroso, que hay generalmente un desconocimiento profundo, no tanto de aquella literatura como de aquellos poetas, no tanto de aquella época como de aquellos hombres. Indicado á grandes rasgos en el Discurso preliminar lo que eran la poesía y la época, habia necesidad de decir lo que eran los hombres y los poetas. Yo sabía bien que haciendo la biografía de cada uno de éstos; reconstitu-

yéndola con el auxilio de sus propios escritos; recogiendo de muchos de ellos los datos esparcidos en varios manuscritos y diversos libros; dando de otros noticias hasta hoy ignoradas; continuando de todos alguna obra original para hacer resaltar con crítica su idea, su *manifestacion*, su simbolismo y hasta su personalismo; realizando, en una palabra, un trabajo de benedictino, hasta donde pudieran alcanzar mis fuerzas, escribia al propio tiempo que la historia de los hombres la historia de la época, y la historia literaria al par que la política.

Creí necesario, indispensable, contar la vida de aquellos hombres que sucumbieron, nobilísimos mártires, sin perder la fe de la patria provenzal, la cual, en medio de sus ruinas y desastres, sólo pudo pagar su sacrificio con el tributo de sus sollozos y de sus lágrimas; de aquellos hombres que, siendo grandes patriotas, hubieron de ser malamente considerados como grandes herejes, condenándoles al olvido y á la calumnia de la historia. Creí necesario, indispensable, poner en escena, digámoslo así, á aquellos poetas entregados por muchos al ridículo y con tanta ligereza juzgados por ciertos historiadores, merced á la costumbre de aceptar opiniones ya formadas; á aquellos poetas, precursores y maestros de Dante y de Petrarca, de Arnaldo de Vilanova y de Raymundo Lull, que por espacio de dos siglos se agruparon en torno de Tolosa, la Atenas provenzal.

Porque allí, en Tolosa, fué donde la civilizacion y la literatura romanas tuvieron su centro, su vida, su corte. Allí estaba su templo, en sus concurridas escue-

las, en su floreciente universidad costeada por los condes de Tolosa, monumento de grandeza literaria, foco de civilizacion y de progreso, á que habia de atentar el primero, poniéndole mano sacrílega, uno de sus mismos discípulos, aquel á quien el vulgo apellidaba *el obispo de los diablos* (1), el antiguo trovador Folquet que, como todos los traidores, necesitaba hacer grandes servicios en favor de los invasores de la patria para que pudiera olvidarse su pecado original. Folquet tuvo que cumplir con la triste mision de ser el primero en dar el golpe de muerte á aquella universidad libre fundada por los condes de Tolosa, sustituida luégo por una universidad escolástica y teocrática donde se enseñó un latin bárbaro y un francés todavía inculto, en lugar de la lengua melodiosa de los trovadores, perseguida á la sazon y proscrita como hereje.

Hasta entónces habia vivido la patria provenzal, es decir, la patria romana, con todo el colorido, con toda la pujanza y con todo el esplendor que le prestaban sus usos tradicionales, sus costumbres caballerescas y galantes, sus grandes casas solariegas, sus libertades

---

(1) Un dia que el obispo Folquet, en compañía de varios caballeros franceses, pasaba por junto á los muros del castillo de Bassede, fué saludado con denuestos y silbidos por los hombres de armas que habia en la muralla.—«¡Ohé! ohé! gritaban: allá va el obispo de los diablos.»—«¿Oís lo que dicen, monseñor?» le preguntaron los caballeros franceses.—«Tienen razon, contestó jovialmente el prelado, porque ellos son diablos y yo soy su obispo.» (Guil. de Pui. 37.)

comunales, sus opulentos barones no tan firmes paladines de la aristocracia como de la democracia lo eran sus virtuosos ciudadanos, sus corteses damas, sus discretas y galantes cortes, su adelantada civilizacion, su indisputable progreso, y sus admirables trovadores, representacion viva de una sociedad en la cual influian poderosamente, pues que habian hallado la forma de embelesarla por medio de dos grandes é incontrastables elementos: la poesía y el canto.

Hay que estudiar lo que era aquella sociedad para comprender el efecto que en ella producian la poesía y el canto, este último sobre todo. Por esto generalmente todos los poetas cantaban. Aun hoy sucede lo propio en la Provenza moderna. Sus mejores poetas cantan sus versos, en lugar de leerlos ó declamarlos, como sucede en España y en otros países. El canto influye más que el habla para impresionar los corazones. Es, sin duda, porque la palabra es sólo la inteligencia, miéntras que el canto es el alma.

Fué necesaria una guerra de cerca de medio siglo, desde los primeros años del XIII hasta 1247 en que ocurrió la caida de Montsegur, para acabar con todo. La nacion romana, como la llamaban los poetas, hubo de resistir hasta el último momento. Luchó miéntras tuvo fuerzas, miéntras se sintió con un átomo de vida, hasta apurar el último maravedí de sus arcas y la última gota de su sangre, hasta ver terminada su generacion y extinguida casi su raza. Arrasados fueron sus castillos, entradas á saco sus villas, rotos sus pactos y libertades comunales; terminaron sus condes, desapare-

cieron sus cortes, huyeron sus damas, se dispersaron ó murieron sus trovadores; y en medio de aquella ruina general y en aquel suelo sembrado de cadáveres y de escombros, sólo quedaron de pié, imponiéndose por el terror, la Francia, soberbia, codiciosa, tirana, con su feudalismo normando, y la Inquisicion, feroz, perseguidora, implacable, con sus rojas hogueras que lo devoraban todo, libros y hombres, pensamiento y carne. Los inquisidores fueron los vampiros de la nacionalidad romana. Robespierres y Marats de la teocracia anticipados á su siglo, todo lo destruyeron y con todo acabaron. En sólo un auto de fe, en sólo una hoguera encendida en lo alto de los Pirineos, sobre el monte Thabor, cuando la expugnacion del castillo de Montsegur, hicieron perecer hasta trescientas víctimas, contándose entre ellas nobles caballeros é ilustres damas de la comarca. Más sangrientos son aquellos hechos que los de la moderna Revolucion francesa, por muchos tan justamente anatematizada. Al lado de los horrores de la Inquisicion en la Provenza del siglo XIII, algunos pudieran creer idilios de amor y de ternura los horrores de la Revolucion en el París de últimos del siglo XVIII. Para determinadas escuelas, casi puede aparecer lo último como una represalia de lo primero.

La saña y el odio de aquellos inquisidores fueron tan insaciables y crueles, que la tradicion ha quedado viva á través de las edades y de las generaciones. Aun hoy, cuando el forastero pregunta sorprendido la causa de que sea roja la tierra del país, el labrador le contesta sencillamense: *Porque está teñida de sangre albi-*

gense (1). Aun hoy, cuando en las cimas del Thabor ó del Nora aparecen unas nubecillas blancas atigradas de negro, nuncio de tormenta y de pedrisco, el pastor de los Pirineos se apresura á retirar su ganado al abrigo de una choza ó de una cueva, gritando con terror: *¡Los monjes! ¡Los domínicos!* A todas partes llevó la Inquisicion del siglo XIII el terror y la muerte. Por esto, en el sepulcro de ciertos inquisidores, sacrificados por la justicia popular, suntuoso monumento de mármol con hiperbólicos epitafios latinos en letras de oro, y á continuacion de los títulos de las víctimas, una mano desconocida escribió en letra borrosa la siguiente leyenda, destinada á perecer como de prisa y furtivamente trazada, pero que se ha conservado sin embargo más que el mismo monumento: *Totam terram disipabant et confundebant.*

Es que la Francia y la Inquisicion querian acabar con la patria romana donde germinaba, fecunda y civilizadora, la idea del porvenir, la idea que se siente palpitar en estas nobles y levantadas palabras del conde Roger Bernardo de Foix, cuando fué á pactar con Francia, dirigidas al vice-legado de Roma, Pedro de Colmieu, que le invitaba á firmar la paz y á templar los enojos del Papa:

—«¡El Papa! ¿En qué le ofendí? Si es por la guerra, sólo se la hice al verme atacado, defendiendo mi libertad y mi independencia; si es por mi religion, el Papa no tiene derecho á mezclarse en ello. Cada

(1) Napoleon Peyrat.

uno debe tenerla libre. El conde, mi padre, me recomendó siempre que conservara esta libertad seguro de que, guardando esta actitud, si algun dia llegaba á desplomarse el cielo, podria verle caer con impasibilidad y calma, salvándome de la ruina. No es, pues, el temor lo que me obliga á ceder; es el amor que tengo á mis vasallos y el deseo de evitar la ruina de mi país, para el cual no quiero el esterminio. A no ser por esto, yo continuaria siendo una muralla inaccesible á brecha y escalada para mis enemigos (1).»

Tales son las nobilísimas palabras del atleta de los Pirineos.

En ellas está la idea de aquella sociedad, la clave de aquella guerra, el secreto de aquella matanza y de aquel esterminio.

Todo acabó un dia, todo fué disuelto por el hierro y por el fuego, pero las ideas quedaron vagando errantes por el espacio sobre las hogueras y sobre las ruinas, buscando nuevos hombres en que encarnarse.

No tardaron en hallarles.

El espíritu de la civilizacion romana, arrojado de las llanuras de Provenza por las llamas de la Inquisicion, pareció partirse en dos mitades, yéndose la una del lado de allá de los Alpes, viniéndose la otra

---

(1) Perrin, 138. Alberico, II, 538. Peyrat, I, 216. Perrin ha traducido en francés del siglo XVI este levantado discurso del conde de Foix, conservándole su sello ibero, y cuyo comienzo tiene un verdadero énfasis español. Peirat, *id.*

al lado de acá de los Pirineos. Así fué como el genio literario engendró dos grandes poetas: Dante y Petrarca; y el genio revolucionario dos grandes filósofos: Arnaldo de Vilanova y Raymundo Lull.

Un autor ilustre, Macaulay, ha dicho, y ha sido ciertamente el primero en decirlo, que los títulos de Petrarca se parecen mucho á los de Americo Vespucio sobre el continente que descubrió Colon (1). Fueron los poetas provenzales los maestros del Petrarca; pero ellos escribieron en una época que no podia comprender cuánto valian, miéntras que su imitador alcanzó la en que las obras escritas en la lengua materna comenzaban á llamar la atencion de las gentes.

Pues si Petrarca fué en la literatura galante lo que es en amor un Valentin, como sienta Macaulay, — es decir, segun las costumbres inglesas el primer jóven que encuentran las doncellas casaderas el dia de San Valentin, y al cual por esta circunstancia hacen su novio de oficio, su Valentin, — Dante es tambien, es indudablemente, un Valentin en la literatura política.

Prescindiendo aún de si la *Divina Comedia* pudo nacer del estudio del *Breviario de amor* de Matfre Ermengaud, Dante, en mi sentir, se inspiró en los serventesios de los trovadores como Petrarca en sus canciones.

Dante y Petrarca fueron dos trovadores, como lo fueron tambien Vilanova y Lull. Aymerich de Peguilhá,

(1) Lord Macaulay: *Estudios literarios* traducidos del inglés por M. Juderias Bender.

los dos Arnaldos, Bernardo de Ventadorn, Beltran de Born y muchos otros pudieran muy bien reclamar, en definitiva cuenta de liquidacion, *algo* que se lee en las obras de los poetas italianos; como Pedro Cardinal, Figuera, Carbonell de Marsella, y muchos más tambien, *algo* de lo que se encuentra en los libros de los filósofos catalanes.

El amor como ideal de perfeccion y de virtud y como suma de todas las perfecciones y virtudes; el pensamiento como genearca de superioridad y de alteza y como sinopsis de todas las altezas y de todas las superioridades; la poesía como fuente de belleza y objeto y fin de la perfeccion humana; la libertad absoluta del pensamiento y de la conciencia como hélice de todas las libertades y luz de toda civilizacion y de todo progreso, hé aquí el génesis y el espíritu de aquella literatura.

Lo primero fué recogido y personificado por el Dante y por el Petrarca. Lo segundo por Arnaldo de Vilanova y por Raymundo Lull.

FIN DE LA HISTORIA PÒLÍTICA Y LITERARIA DE LOS TROVADORES.

ÍNDICE DEL SEXTO TOMO.

FE DE ERRATAS.

Se ruega á los lectores que se sirvan corregir las varias erratas deslizadas en los seis tomos de que consta esta obra, hijas algunas de no haber podido corregir el autor todos los pliegos con el cuidado necesario, hijas otras de errores involuntarios cometidos en las copias á que en circunstancias dadas hubo de someter sus manuscritos.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

POR

DON VÍCTOR BALAGUER,

de las cuales aún quedan ejemplares, si bien de algunas en muy reducido número.

TRAGEDIAS. — Un volúmen con el original en verso catalán. Tragedias: *La muerte de Aníbal*, *Coriolano*, *La sombra de César*, *El festin de Tibúlo*, *La muerte de Neron*, *Safo*, *La tragedia de Llivia* y *La última hora de Cristóbal Colon*, con las traducciones en verso castellano hechas por los señores Llorente, Barrera, Perez Echevarría, Roselló, Nuñez de Arce, Biedma, Ruiz Aguilera, Rétes, Sierra, Valenzuela y Chaves. — Precio: 20 rs.

NUEVAS TRAGEDIAS. — Un volúmen conteniendo las tragedias: *El conde de Foix*, *Rayo de Luna*, *El guante del degollado* y *Los esponsales de la muerte*, puestas en castellano por el autor. — Precio: 10 rs.

LA MISMA OBRA con el original en verso catalán. — Precio: 12 rs.

ESTUDIOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS. — Un volúmen que contiene: *Un recuerdo*, *Pablo Claris*, *El capitan Cabanyes*, *El Conceller Casanovas*, *Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña*, *Las bodas de Felipe V*, *Bach de Roda*, *Un episodio del sitio de Barcelona en* 1705, *El asalto de Brihuega*, *Los últimos dias de Álvarez*, *De la soberanía nacional* y *De las Córtes en Cataluña*, *El Castillo* y *los caballeros de Egara*, *El rey D. Jaime* y *El Obispo de Gerona*. — Precio: 10 rs.

POESÍAS COMPLETAS. — Contiene todas las que el autor ha escrito en catalán, divididas en tres partes: *El libro del amor*, *El libro de la fe* y *El libro de la patria*. — Precio: 20 rs.

LA MISMA OBRA, traducida en prosa castellana por varios autores, con una introduccion sobre las obras del autor y el renacimiento de la literatura catalana. — Precio: 20 rs.

EL DEL CAPUZ COLORADO. — EL DONCEL DE LA REINA, novelas. — Un tomo: 8 rs.

Pueden adquirirse estas obras dirigiéndose directamente á su autor ó á D. Antonio de San Martin, Puerta del Sol, 6, ó Carretas, 39.

Tendrá derecho á una rebaja de un 25 por 100 quien tome más de doce ejemplares.

CASA EDITORIAL

DEL

Excmo. Sr. D. JOSÉ GIL DORREGARAY,

BARQUILLO, 19, SEGUNDO.

ADMINISTRACION: ALMIRANTE, 5, BAJO.

Tratado de Dermatología general y Clínica iconográfica de las enfermedades de la piel, por el Dr. Excmo. Sr. D. José Eugenio Olavide. — Consta de dos tomos de 126 entregas á 20 rs. una, y un Apéndice con las lecciones prácticas por el mismo.

Las Joyas de la Pintura en España, reproducidas en grabado ó en litografía por hábiles profesores, é ilustradas por D. Pedro de Madrazo, Individuo de número de las Reales Academias de San Fernando y de la Historia, y electo de la Española. — Un tomo en folio, ilustrado con multitud de láminas, cuya obra se halla terminada. — Se vende á 800 rs. el ejemplar en la Administracion, Almirante, 5, bajo, Madrid.

Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares é infantiles, recogidos en los pueblos de campo por Fernan Caballero. *Última produccion de su autora.* — Un grueso tomo de 504 págs., 12 rs. — Administracion: Almirante, 5, bajo, Madrid, único punto de venta para pedidos al por mayor.

Monumentos Arquitectónicos de España. — Edicion en folio imperial, de $0^m,74$ á $0^m,60$ destinada á reproducir científicamente las principales fábricas arquitectónicas de la Península Ibérica, ora en magníficos grabados en acero, cobre y piedra, ora en esmeradísimos cromos y litografías, y á ilustrarlas por medio de doctos trabajos crítico-arqueológicos, enriquecidos á su vez por hermosas letras de colores, vistas, plantas de edificios y preciosos detalles arquitectónicos. — Van publicados de esta magna obra ochenta cuadernos, los cuales contienen más de *doscientas veintitres preciosas láminas.* — Condiciones de la publicacion: el precio de cada cuaderno es el de 25 pesetas en toda España. Las suscriciones se admiten en la calle de Alcalá, núm. 11, Academia de Bellas Artes, y Almirante, 5, bajo. *Lóndres:* en casa de Mister Bernardo Quarith, Bookseller, 15, Picadilly, W. *París:* Rosa y Bouret y Monsieur Buxo, Rue Assas, 5.

Historia social, política y religiosa de los Judíos de España y Portugal, por el Excmo. Sr. D. José Amador de los Ríos, Individuo numerario de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando, Catedrático del Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, Inspector general de Instruccion pública, etc. — Se halla de venta en casa del Administrador D. Agustin Peinado, Almirante, 5, bajo, y en las principales librerías. — Precio: 60 pesetas los tres tomos de que consta la obra.

Museo Español de Antigüedades. — Edicion en folio mayor. Su objeto es ilustrar todas las obras notables del arte y de la arqueología nacional, por medio de grabados, litografías y cromos. — Publícase bajo la direccion del Académico de la Historia D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, con la cooperacion de los más entendidos arqueólogos y renombrados artistas españoles. Han visto ya la pública luz nueve tomos, hallándose en prensa el décimo y último. Constan cada cual de 704 páginas en diez cuadernos, y contienen un caudal inmenso de noticias históricas, relativas á la nacionalidad española, con 360 láminas en cobre y acero, cromos y multitud de letras capitulares. Cada entrega de esta obra consta de 16 páginas de impresion, folio mayor, con letras de adorno, alegorías al asunto, y una lámina al cromo grabada en acero, cobre ó litografía, segun lo requiera el asunto. El precio en toda España es el de 2 escudos. Van publicados nueve tomos á 40 duros cada uno. — Puntos de venta: en casa de su Editor, el Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray, Barquillo, 19, piso 2.°, y en la Administracion, D. Agustin Peinado, Almirante, 5, bajo.

Historia política y literaria de los Trovadores, por el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer. — Se publica esta obra por tomos de más de 300 páginas á 30 reales tomo, y se suscribe en la Administracion, Almirante, 5, bajo.



DATE DUE
